

Simon Clark

La
noche
de los
trífidos

minotauro

Lectulandia

Al final de *El día de los trífidos*, el protagonista, Bill Masen, se une a la colonia recién fundada en la isla de Wight. Esta pequeña comunidad, de momento a salvo de las terribles plantas mutantes, se emplea a fondo no sólo en erradicarlas, sino también en sentar las bases de una nueva civilización.

Veinticinco años después, una mañana de verano, la tierra se ve repentinamente sumida en la oscuridad: no ha salido el sol. A los trífidos les ha faltado tiempo para invadir la isla, de modo que el hijo de Masen, David, emprende un arriesgado viaje para averiguar a qué se debe la negrura y para acabar definitivamente con las plantas. La aventura lo conducirá hasta un Manhattan aparentemente utópico y a una dolorosa verdad: la peor amenaza para el ser humano reside en la crueldad de la que es capaz.

Simon Clark ha logrado una continuación del clásico de **John Wyndham** que desmiente el tópico de las segundas partes y atrapa al lector sorprendiéndolo hasta la última línea.

Lectulandia

Simon Clark

La noche de los trífidos

ePUB v1.1

GONZALEZ 19.06.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Night of the Triffids*

© 2001, Simon Clark

Traducción: Franca Borsani di Masso

Editor original: GONZALEZ (v1.0 a v1.1)

Corrección de erratas: Atramentum

ePub base v2.0

A LA MEMORIA DE
JOHN WYNDHAM (1903-1969)

PRÓLOGO

Hace veinticinco años, trescientos hombres, mujeres y niños se retiraban del territorio continental británico para establecer una colonia de supervivientes en la Isla de Wight.

Allí, en cada biblioteca y en cada escuela, hay una copia mimeografiada del relato de William Masen sobre La Gran Ceguera, la llegada de los trífidos y la caída de la civilización.

No comprende más de doscientas páginas y está encuadernado con tapas de cartulina rígida de color naranja. No encontraréis dentro ninguna ilustración y nada más que una única fotografía.

No obstante es una historia bastante vívida.

Éste es el párrafo final del libro de William Masen:

Así que debemos pensar que la tarea que nos espera es sólo nuestra. Creemos vislumbrar ya el camino, pero hay todavía mucho que trabajar e investigar antes que nuestros hijos, o los hijos de nuestros hijos puedan cruzar el estrecho e iniciar la cruzada que hará retroceder más y más a los trífidos, más y más, destruyéndolos incesantemente hasta borrarlos de la faz de la tierra que han osado usurpar.

Ése es el final del testimonio de William Masen. Lo que sigue ahora es el comienzo de otro, en un mundo que sigue estando dominado por los terribles trífidos...

1. EL MUNDO EN TINIEBLAS

Cuando las nueve en punto de una mañana de verano parecen, a juzgar por tus ojos, negras como la medianoche en las profundidades del invierno, entonces es que hay algo que va muy mal.

Era una de esas mañanas en las que me despertaba totalmente despabilado, descansado y listo para un nuevo día. Mi madre, Josella Masen, hubiera dicho que tenía los ojos brillantes y el culo inquieto.

Sólo que, por mucho que intentara descubrirlo, no sabía por qué me sentía así. Me levanté un poco apoyándome en un codo y le eché un vistazo a la habitación. No estaba simplemente oscuro. Ésa es una palabra demasiado leve para describirlo. Había una ausencia absoluta de luz. No veía nada. Ni siquiera la tenue luz de las estrellas a través de la ventana. Ni la luz de una lámpara en una casa vecina. Ni siquiera mi mano delante de la cara. Nada.

Únicamente oscuridad en su negra inmensidad.

Ya ves, recordé decirme a mí mismo firmemente, todavía es plena noche. Te has despertado con el maullido de algún gato. O quizá el viejo de la habitación de al lado se ha levantado por algo. Ahora vuelve a dormir.

Me recosté boca arriba y cerré los ojos.

Pero algo no iba bien. Una alarma mental tintineó débilmente aunque con cierta urgencia en algún lugar de mi cabeza.

Abrí los ojos. Aún no podía ver nada.

Escuché con recelo, con la intensidad con la que escucharía el dueño de una casa al oír el crujido de un tablón del suelo bajo los cautelosos pies de un intruso.

Ahora estaba seguro de que era plena noche; nada podía poner en duda el testimonio de mis ojos. No podía ver siquiera el más mínimo atisbo de luz del amanecer comenzando a filtrarse por las cortinas de la ventana. Sin embargo, en ese momento caí en la cuenta de que algo estaba ocurriendo: los sonidos que podía oír eran los de una mañana de verano, en la que el sol iluminaba a raudales los campos de la isla.

Oí el cloc cloc de un caballo que pasaba frente a la casa, luego el enérgico golpeteo de un bastón en la acera indicando que uno de los ciegos había salido para emprender un nuevo día. Después comenzaron a oírse puertas cerrándose estrepitosamente. Caía agua por un desagüe. Y quizá lo más notable era el maravilloso chisporrotear del bacon frito para el desayuno, acompañado de su tentador aroma.

Inmediatamente mi estómago hambriento sonó ruidosamente. Pero con esas primeras punzadas de hambre me di cuenta de que el mundo, de un modo u otro, no

andaba bien. Nada bien.

Ése fue el momento en el que mi vida, la que había conocido durante los últimos veintinueve años, se acabó. Justo entonces, ese miércoles 28 de mayo. Nada volvería a ser igual. Las campanas no tocaron a muerto para marcar su final. Únicamente oía los sonidos que no debían ser, de hecho, ¡no *podían* ser!, esos sonidos matutinos tan inesperadamente fuera de lugar en el oscuro corazón de la noche: el sonido de un caballo arrastrando una carreta hacia la playa; los golpecitos de los bastones de los ciegos mientras subían la colina hacia la Casa Madre; la alegre despedida de un hombre y su mujer al salir de casa para empezar un nuevo día de trabajo.

Me quedé allí recostado oyéndolo todo perfectamente. Pero debo confesar que nada de todo aquello tenía sentido. Miré fijamente al techo. Clavé la mirada allí durante cinco minutos completos, cinco minutos aparentemente interminables, con la esperanza de que mis ojos se adaptaran a la penumbra.

Pero no.

Nada.

Seguía estando tan oscuro como si me hubieran encerrado en una caja y enterrado a varios metros bajo tierra.

Empecé a sentirme intranquilo. Y, en cuestión de segundos, esa intranquilidad se extendió como el mismísimo demonio en forma de picazón por todo el cuerpo, hasta que ya no pude seguir acostado. Rápidamente, me incorporé, saqué los pies de la cama y los posé sobre el linóleo.

La habitación en la que me encontraba no me era en absoluto familiar; no estaba seguro ni siquiera de qué dirección debía tomar para llegar hasta la puerta. El destino me había llevado hasta ese lugar. Había cogido un barco volador para hacer un corto viaje desde Shanklin hasta Lymington, atravesando los casi siete kilómetros de aguas brillantes del estrecho hasta llegar al continente, donde debía recoger a un grupo nuevo de personas.

Había estado pilotando yo solo aquel avión de un solo motor (los pequeños viajes de la isla al continente no eran más difíciles que un viaje en carreta por la isla después de todos esos años). El cielo estaba despejado y el mar muy tranquilo, reflejando el impecable azul, y yo estaba de muy buen humor ante la perspectiva de un vuelo sin problemas en un día de verano tan perfecto.

Sin embargo, el destino siempre está a la espera del momento adecuado para fastidiar a quien está satisfecho de sí mismo, con resultados cómicos, irritantes, o letales.

En el mismísimo instante en que sobrevolaba la costa de la Isla de Wight, una gran gaviota cambió su existencia terrenal por la oportunidad de alcanzar un posible paraíso de las aves, utilizando para ello el sencillo recurso de volar hacia la única hélice de mi aeronave. Inmediatamente, la paleta de madera quedó hecha añicos.

Y un barco volador sin su hélice sirve tan poco para volar como un ladrillo.

Afortunadamente, me las arreglé para girar el morro de la aeronave hasta formar una U mientras bajaba en picado. La estela atravesaba los montantes de las alas.

El aterrizaje, aunque carente de toda elegancia, fue al menos satisfactorio; es decir, que el barco no sufrió ningún daño cuando se desplomó sobre la superficie del mar a tan sólo unos metros de la playa.

El resto de ese incidente en particular no fue nada dramático. Un característico olor a pescado me llevó hasta un embarcadero en el que amarré el avión. Después caminé hasta la pequeña aldea costera de Bytewater, desde donde mandé un mensaje por radio informando de que había sido derribado por una gaviota.

Después de las risas y las bromas obligadas, me dijeron que enviarían un mecánico y una nueva hélice a Bytewater a la mañana siguiente. Mientras tanto, debía buscar un lugar donde dormir esa noche.

Luego pasé una complicada hora más o menos, sacando lo que quedaba del pájaro del motor del avión.

Sin embargo, debí haber guardado una pluma de esa gaviota como amuleto de la suerte; sí, debí haberlo hecho. Porque, sin saberlo yo, ese pájaro acababa de salvarme la vida.

Y sin su sacrificio, vosotros desde luego no estaríais leyendo estas palabras.

El aprieto en el que me encontraba no pareció mejorar cuando me senté en la cama. Los ojos seguían diciéndome que era plena noche.

Sin embargo, los oídos y la nariz replicaban enfáticamente que ya hacía tiempo que había pasado la hora del amanecer.

Se oían personas trabajando. Personas moviéndose de un lado para otro. Todo el rumor y el murmullo de las horas diurnas.

Entonces, de repente, oí a lo lejos un estallido de gritos ininteligibles. Tal vez no fuera más que una discusión entre un hombre y su mujer, pensé. Incluso esperaba oír el golpe violento de una puerta al cerrarse, señalando el dramático final de la disputa.

La voz se calló abruptamente.

De hecho, *el* golpeteo de bastones cesó con la misma rapidez.

Segundos más tarde, el continuo cloc cloc del caballo se convirtió en un repentino y rápido chacoloteo de cascos contra la superficie de la calle al salir disparado.

Luego, también eso se desvaneció hasta convertirse en un espeluznante silencio.

Y la oscuridad que lo impregnaba todo...

Realmente, era demasiado.

Yo era un piloto. Un hombre de nervios templados. Pero esa oscuridad estaba empezando a comerme por dentro, inquietándome más de lo imaginable.

Grité el nombre del dueño de la casa.

—Señor Hartlow... ¿Señor Hartlow?

Esperé, con la esperanza de oír la puerta abrirse en cualquier momento y la amable voz del señor Hartlow diciendo: »Bueno, bueno, ya está bien. ¿Por qué tanto alboroto, David?«.

Pero no llegó el señor Hartlow, que, después de treinta años de ceguera, podía encontrar el camino por su casa con la misma seguridad que un joven con visión completamente normal.

—Señor Hartlow...

Esa hambrienta oscuridad devoró mi voz con avidez.

Una desagradable sensación empezó a recorrerme el cuerpo. Poderosa. Innegable. La vuelta de los miedos de la infancia que uno encierra cuando madura y se hace adulto. De repente volvían a pasos agigantados.

El terror a la oscuridad. Cuando una silueta en la pared puede convertirse en una bestia cruel e indescriptible que está esperando para abalanzarse sobre ti y desgarrarte... y el crujido de uno de los tablones del suelo... anuncia la llegada de un loco que está a punto de atravesar la puerta, esgrimiendo un hacha ensangrentada...

En ese momento caí en la cuenta: esos miedos no desaparecen con el tiempo, simplemente hibernan. Sólo necesitan el entorno adecuado y entonces regresan, avanzando con paso largo y ligero como fantasmas que te persiguen desde los lugares más recónditos de tu mente...

Y la razón por la que no puedo ver, y la razón por la que puedo oír a la gente moviéndose de un lado para otro como si fuera pleno día es que...

Un intenso escalofrío me recorrió el cuerpo mientras las palabras llegaban lenta aunque inexorablemente desde algún rincón de mi cabeza. No puedo ver porque: *estoy ciego.*

Como hombre recientemente ciego, no tenía la confianza en mí mismo propia de los viejos ciegos que habían perdido la vista cuando las extrañas luces verdes inundaron el cielo nocturno tres décadas atrás.

En cambio, debo de haber esbozado una patética y lenta figura al atravesar la habitación, con las manos extendidas delante del cuerpo. Ahora lo único que podía oír era el enérgico latido de mi corazón.

—Señor Hartlow... ¿puede oírme?

No hubo respuesta.

—Señor Hartlow... ¡Señor Hartlow!

Sin respuesta.

Pasé la puerta y llegué hasta el rellano, sumido aún en esa absoluta oscuridad. Ahora podía sentir una suave alfombra bajo los pies desnudos. Avancé arrastrando los pies. Las puntas de mis dedos presionaban la áspera textura del panelado; después sentí la fría dureza del marco de una puerta, seguido de ésta.

La abrí llamando.

—¿Señor Hartlow?, ¿está usted aquí?

No recibí ninguna respuesta. Mi aterrorizada respiración, que acompañaba el pum pum de mi corazón, era demasiado ruidosa para permitirme oír sonidos más sutiles que animasen el ambiente.

Continué a duras penas, abriendo puertas y llamando.

Para entonces ya me estaba desorientando, ni siquiera estaba seguro de en qué dirección se encontraba mi habitación.

De modo que esto es lo que se siente al estar ciego, me dije a mí mismo. Un mundo de interminable noche.

Y de repente se me ocurrió una idea siniestra.

¿Y si habían regresado a los cielos esas misteriosas luces verdes que habían cegado a más del noventa por ciento de la población tantos años atrás? ¿Esos extraños fuegos de artificio cósmicos que habían hechizado a tanta gente la misma noche que mi padre, Bill Masen, se pasó acostado en la cama de un hospital, con los ojos vendados después de haber recibido un chorro de veneno de trífido en la cara?

Hice memoria.

Me había acostado después de una agradable velada escuchando un concierto de piano en Isla Radio y conversando con mi anfitrión, el señor Hartlow. Me había servido uno o dos vasos de su excelente licor de chirivía para ponerme a tono, como quien dice. Por mucho que lo intentara, no podía recordar haber visto nada extraño en el cielo de esa noche.

Sin embargo, tal vez, uno ni siquiera tenía que ver las luces verdes, si es que ellas eran las responsables de mi lamentable ceguera. Quizá habían atravesado el cielo durante el día, sin ser vistas por la gente que iba y venía por la isla ocupada en sus tareas. ¿Era posible que emitieran una radiación *invisible*, y que ésta fuera la responsable de destruir el nervio óptico?

¡Ay!

Había encontrado la escalera al pisar el borde de un escalón. Resbalé y me deslicé con el pie al menos tres escalones más antes de que consiguiera coger el pasamanos. A pesar de que había logrado evitar precipitarme hacia adelante y romperme el cuello, me había torcido el tobillo dolorosamente.

Sin embargo, en cierto modo, ese pinchazo de dolor a lo largo del puente del pie les hizo bastante bien a mis nervios. Me animó a hacer que mi mente dejara de vagar agitada e infructuosamente, buscando lo que podría o no haberme pasado, a dejar de revolearme en la autocompasión y a hacer *algo* de una puñetera vez.

Cuando llegué a la planta baja me detuve y escuché; podía sentir las heladas losas de piedra de la cocina bajo los pies.

No, no logré oír nada.

Cojeando un poco a causa de la torcedura, me moví por la cocina, con las manos

extendidas para detectar cualquier posible obstáculo (y esperando irracionalmente todo el tiempo que mis dedos tocaran los suaves huecos y contornos de un rostro humano con vida). Me di con el pie en la pata de un taburete y, durante algunos segundos, el dolor me hizo perder el interés en todo lo demás, soltando de mis labios un par de palabras que nunca hubiera pronunciado en presencia de mi madre, a pesar de lo difícil que resultaba escandalizarla.

Una vez más llegué a una pared. Con vacilación, como si de repente pudieran brotar de la pared bocas con dientes afilados y morderme la punta de los dedos (¡desde luego, mi ceguera había desatado un centenar de irracionales fantasías!), me moví lentamente a lo largo de ella. Primero llegué a una ventana con cortina (los ciegos siguen utilizando cortinas por costumbre). Rápidamente, la abrí de un tirón, esperando en vano que la luz entrara a raudales y me deslumbrara.

Suspiré.

Oscuridad, todavía oscuridad.

Seguí avanzando, tocando cazuelas que colgaban de ganchos, una serie de cuchillos, manojos de hierbas secas. En algún sitio, un reloj hacía tic tac con un ritmo lento y cargado de fatalidad.

Tic... tac... tic... tac...

Un sonido insufrible que odiaba, una vez más irracionalmente, con toda mi alma.

Tic... tac...

Si por casualidad hubiera puesto las manos sobre el reloj, habría aplastado el detestable aparato contra el suelo.

—¿Señor Hartlow?

Y luego agregué, con bastante poca lógica:

—¿Puede oírme?

Porque si me hubiera oído, seguramente habría respondido.

Tic... tac...

—¿Señor Hartlow?

Tic... tac... tic...

Cuando llegué a una puerta rocé con la mano un interruptor de luz eléctrica. En una aldea pequeña como ésta no podía haber electricidad, por supuesto. La electricidad, después de todo, era un lujo reservado para los talleres, los hospitales, las clínicas, las comunicaciones, y para los laboratorios como el de mi padre. No obstante, accioné el interruptor con entusiasmo. Obviamente no había sido utilizado en décadas; los contactos de metal rechinaron atravesando un cúmulo de polvo al deslizarse hacia abajo.

No hubo luz.

La parte racional de mi mente no la había esperado. Pero había una fastidiosa voz dentro de mi cabeza que gritaba alto y claro que la luz, un torrente de preciosa y

brillante luz, había caído en cascada desde la bombilla e inundado la cocina. *Pero no puedes verla, porque realmente estás ciego, David Masen... ciego como un topo... un topo ciego que persigne a la esposa del granjero...*

Deja de hacer eso, me dije de repente, luchando contra la ola de pánico que invadía peligrosamente todo mi ser. *Deja de hacer eso inmediatamente.*

Una vez más avancé a tientas tocando las paredes. Ahora palpaba una encimera.

Un fregadero. Una cocina.

Más armarios, con platos de...

Me detuve.

¿Una cocina?

Rápidamente volví a tientas cruzando el manto de oscuridad hasta que encontré los quemadores y los soportes de hierro sobre los que colocar las cazuelas. Pude sentir los pomos redondos para controlar el gas, duros bajo mis ansiosos dedos.

Gas. Sí, sí.

Busqué a tientas un mechero, que, según pensé, tenía que estar cerca.

Después de unos momentos de infructuosa búsqueda comencé a soltar tacos: una ocupación igualmente vana.

También me di cuenta de que tenía que haber velas y lámparas en algún sitio cerca de allí. No para que las utilizara el señor Hartlow, por supuesto, sino para cualquier huésped con vista que pudiera recibir.

Pero, para mí, en ese momento, bien podían estar escondidas en el lado oscuro de la Luna. Busqué a tientas por lo que parecían ser interminables pilas de platos, cubiertos y verduras en cestos. Quizá hubiera una vela justo delante de mis narices, pero yo no pude encontrarla, por mucho que lo intenté.

Finalmente, mi característica impaciencia rescató a mi cada vez más debilitada cordura.

Encontré otra vez la cocina.

O mejor dicho, la localicé, posando ciegamente la mano en la grasa de bacon caliente que había dentro de una sartén. Hice girar los mandos de la cocina y en el acto oí cómo el metano silbaba inodoramente en los quemadores.

Bien, esto era primario... pero si funcionaba... sería sencillamente un gran acierto por mi parte.

Estiré las manos para dar otra vez con la encimera. Encontré con los dedos una cacerola, una que era satisfactoriamente pesada, y la cogí. Luego, con el gas silbando desde los fuegos de la cocina, golpeé con fuerza la cacerola contra los soportes de hierro.

El impacto hizo un fuerte ruido metálico.

Volví a golpear la parte superior de la cocina.

Y, una vez más, el ruido metálico resonó con fuerza en mis oídos.

Luego, en el tercer intento (esta vez golpeando la cacerola con todas mis fuerzas y rompiendo en pedazos el mango) mi plan funcionó.

Al estrellarse una contra otra, las dos superficies de metal produjeron una chispa.

Hubo una pequeña explosión bastante estruendosa, seguida de una ráfaga de gas, e inmediatamente tuve una bola de fuego justo debajo de mi nariz.

Me alejé tambaleándome del torrente de calor; el olor a chamuscado me decía que había sido demasiado lento para salvar mis cejas.

Pero no me importó. No me importó lo más mínimo. Porque había pasado algo maravilloso.

Podía ver.

Vi perfectamente todos los detalles de ese breve florecimiento de fuego naranja y amarillo. En tan sólo un segundo se había desvanecido y quedaron cuatro discos de llama azul en las aberturas de la salida del gas.

Eran cualquier cosa menos luminosos. Sin embargo irradiaban una tenue luz azulada de un lado a otro de la cocina, revelando la escalera, la mesa, la radio, y allí estaban la pipa y el paquete de tabaco del señor Hartlow sobre un estante junto a la ventana.

Y, más importante aún, pude ver en la pared el reloj del que surgían esos lúgubres tics y tacs. Por un momento pensé realmente que me engañaban los ojos.

El reloj, si funcionaba bien, me indicaba que habían pasado diez minutos ya de las nueve de la mañana.

Miré a través de la ventana.

Ese fue el momento preciso en que me di cuenta de que o bien de algún modo me había vuelto espectacularmente loco y me estaba imaginando todo aquello, o que realmente era el fin del mundo. Porque todo lo que podía ver más allá de la ventana era una oscuridad absoluta. La fastidiosa voz de la insensatez no perdió el tiempo y murmuró: «Estás en lo cierto, David Masen. El sol ha muerto, y éste es el comienzo de una noche sin fin».

2. UN VIEJO ENEMIGO

El gran alivio que debí sentir por ver de nuevo dio paso inmediatamente a una absoluta y aturrida perplejidad.

Era una mañana de mayo después de las nueve. La aldea y los campos que la rodeaban debían de estar inundados de luz. Pero, en cambio, lo único que había era ese terciopelo negro. De modo que ¿adónde se había ido el sol?

Se me pasó por la cabeza la idea de que sencillamente no hubiera salido. ¿Podía ser que durante la noche algún desastre de proporciones cósmicas hubiera sacado la Tierra de su órbita? ¿O que la Tierra hubiese dejado de girar y que de ahora en adelante le diese al Sol siempre la misma cara, igual que la Luna presentaba eternamente sólo uno de sus lados a la Tierra?

Pero eso era demasiado fantástico. Un desastre de esas proporciones, como un cometa que se estrellara contra nuestro planeta a miles de kilómetros por hora, habría causado maremotos, terremotos, terribles explosiones en todos los continentes.

Pero aquí en la Isla de Wight todo estaba tranquilo, tranquilo como en una mañana de verano.

Mi mente era un confuso torbellino. Porque recordaba haberme despertado y oído a la gente comentar su día de trabajo como si nada malo o extraño pasara. Pero ¿por qué habían seguido con sus cosas como si todo fuese normal? Como si el mundo no se hubiera vuelto patas arriba. Como si no hubiera estado sumido en una absoluta oscuridad.

Me di cuenta de que esa pregunta tenía una respuesta tremendamente simple, y era que Bytewater era una comunidad de ciegos.

¿Cómo podían saber que no había luz?

Después de todo, la oscuridad no se le pega a uno en el cuerpo; no puede olerse, no puede saborearse. Si un hombre es ciego no hay manera de que pueda diferenciar la luz de la oscuridad. A menos que esté bajo unos rayos de sol tan fuertes que le calienten la piel. En cambio, tiene que confiar en las campanadas de los relojes y en la palabra de los que pueden ver.

De modo que los ciegos de Bytewater sencillamente se habían despertado en medio de una oscuridad absoluta, luego habían comenzado el día inconscientemente, creyendo que era como cualquier otro.

Después de quedarme mirando fijamente la oscuridad por la ventana durante unos largos tres minutos, sacudí la cabeza. Tenía que hacer algo; no podía quedarme allí esperando a que el sol regresara de repente como por arte de magia. El primer paso obvio a seguir era ponerme algo de ropa.

No tuve ninguna dificultad en encontrar una vela. Y esa luz, ¡esa hermosa y maravillosa luz!, un milagro en la oscuridad, iluminó mi camino de regreso a la

habitación.

Una vez vestido, hice un rápido reconocimiento de la casa. No encontré al señor Hartlow. Tal vez había ido a darles de comer a sus conejos. Seguramente había pensado que yo era un holgazán por quedarme durmiendo por la mañana mientras los demás trabajaban.

Cambié la vela por un farol de aceite que me ofrecía más luz, dejé la casa de campo, cerrando la puerta cuidadosamente detrás de mí, consciente de que mi anfitrión no me hubiera agradecido que dejara entrar a todos los gatos del vecindario en su cocina. Y luego emprendí el camino que llevaba al interior de la isla.

El farol irradiaba una mancha borrosa de color amarillo delante de mí; nada más que una manchita de luz en esa oscuridad que todo lo abarcaba. Pero recuerdo haber pensado en ese momento que ese aplazamiento del amanecer no podía ser más que una extraña nube que había ocultado temporalmente el sol, y que pronto pasaría de largo.

Me detenía bastante a menudo para levantar el farol, buscando algún ciego que estuviese cuidando de su ganado en el campo, aún inconsciente de la oscuridad.

No vi a nadie.

Al borde del camino estaban las barandillas pintadas de blanco que los aldeanos ciegos solían seguir. Las barandas estaban hechas de madera y quedaban a la altura de la cintura. Aquí y allá había carteles en braille que indicaban a los ciegos que girasen a la derecha o a la izquierda para llegar a una casa en particular, a la fonda o a la Casa Madre. Los ciegos siempre avanzaban dejando el pasamanos a su izquierda, evitando así chocarse de cabeza contra un vecino. Pero, de hecho, estaban tan bien adaptados a su condición que se movían con soltura y eficacia, rozando apenas la barandilla con la punta de los dedos.

Comencé a caminar más de prisa.

El farol de aceite no tenía una placa reflectora que enfocara la luz. Caminaba en cambio en medio de un fulgor de bordes indefinidos, así que no podía ver más allá de tres metros delante de mí.

De modo que me sorprendí bastante al encontrar al señor Hartlow sentado solo en un banco que había al lado del camino.

El señor Hartlow era un hombre fornido de más de sesenta años y cabello blanco muy corto. Mucho tiempo atrás había sido abogado en Londres, especializado en derechos de autor.

Levantó la cabeza a pesar de que yo me había detenido y el sonido de mis pasos había cesado. Su agudo oído debió de haber captado el sonido de mi respiración.

—¿Quién está ahí?

Sonaba tremendamente cansado.

—Soy David Masen —dije mientras caminaba hacia él.

—Ay, David... acércate, por favor...

Estiró la mano y se la cogió. Inmediatamente la aferró con todas sus fuerzas.

—¿Qué ha ocurrido, David? Algo va mal, ¿verdad?

—Está oscuro. Todo oscuro, como si el sol no hubiera salido.

—Oscuro. Ah... —Su voz sonaba afónica por el agotamiento, como si acabara de sobrevivir a la batalla más descorazonadora de su vida—. Por un momento pensé que... —Sacudió la cabeza de cabellos blancos—. Pensé que quizá las luces verdes habían regresado. —Alzó sus ojos ciegos al cielo—. He oído a Tom Adkinson gritar esta mañana temprano... oh, tú no conoces a Tom, ¿verdad?

Le dije que no.

—Es uno de los pocos videntes aquí en la aldea. Es pescador, y una de las personas más gruñonas que he conocido en toda mi vida. Siempre tiene demasiado calor o demasiado frío, o los peces no quieren picar o el viento sopla en la dirección incorrecta... Ah...

Dejó de hablar. Por un momento pensé que simplemente iba a echar una cabezada sentado en el banco. Levanté el farol para mirarlo, pero la cabeza le colgaba fatigosamente.

—¿Señor Hartlow?

Me pareció que tomaba fuerzas.

—Lo siento... No sé qué me pasa esta mañana. Me tropecé contra el seto que está por ahí. Me habré hecho una zancadilla yo mismo. Me estoy convirtiendo en un maldito torpe. Nunca me había pasado algo así...

De repente pareció sacudirse a sí mismo para despertarse.

—Sí, te estaba hablando de Tom Adkinson, ¿verdad? Estaba en la calle gritando que no podía ver. Al principio, como te he dicho antes, pensé que las estrellas fugaces o lo que fueran habían regresado, esas cosas detestables que apagaron nuestra vista treinta años atrás. —Hizo una pausa, luego respiró profundamente—. ¿Sabes, David? —Me apretó la mano aún con más fuerza y comenzó a hablar en voz muy baja—. Ese miedo ha vuelto. Como lo hizo después de haberme quedado en el jardín esa noche hace tantos años. Dios mío. Hasta hicimos una fiesta para festejarlo con los vecinos porque decían que era algo que nunca volveríamos a ver. —De su boca salió una risa anodina—. Nunca volveríamos a ver. Cuánta razón tenían. Porque por la mañana estábamos todos ciegos. Y por supuesto nunca más vi a mi familia, a pesar de que estaban en casa conmigo. Pero podía oírlos gritar. Oh, por Dios, podía oírlos claramente... gritando llenos de pánico mientras su vista se desvanecía.

El señor Hartlow había aflojado ligeramente el apretón de mi mano durante su triste remembranza, pero ahora volvía a apretarla. Clavó en mi rostro sus ojos ciegos. Y a pesar de que yo sabía que era uno de los viejos ciegos, en ese momento creí que no sólo me miraba *a* mí, sino *dentro de* mí, en las profundidades de mi alma.

—David. Ya sabes, yo tenía una esposa hermosa e inteligente. Tenía dos hijas preciosas, de tan sólo diez y trece años. Y treinta años atrás, de repente ciego... completamente ciego... me paraba todos los días en la puerta de nuestra casa y gritaba pidiendo ayuda. Y oía a mi esposa y a mis hijas llorar hasta quedarse dormidas todos los días durante tres meses. Nos quedamos sin comida, ¿sabes? No podía encontrar más en ninguna parte... —Sacudió la cabeza—. Me odiaba a mí mismo, David. Era demasiado débil para dar con la manera de ayudarlas. Dios mío, desearía poder volver atrás en el tiempo... Desearía tener esa única oportunidad para ayudarlas, para hacer que dejaran de sufrir... porque... —Le falló la voz.

—Lo llevaré hasta su casa —le dije suavemente.

—Tal vez dentro de un momento. No tengo fuerzas para nada. ¿Qué demonios me ha sucedido, David?

—No se preocupe, señor Hartlow, debe de ser por el golpe que se dio.

—¿Al caerme sobre unos arbustos? Ya es hora de que me ponga a criar malvas, ¿no es cierto?

—Pronto estará usted en forma otra vez, señor Hartlow.

—Tal vez, David. Tal vez. Dime, ¿ves por algún lado a Tom Adkinson, ese viejo gruñón?

—No puedo ver nada. Este farol no da demasiada luz.

—Pero ¿cómo demonios se ha puesto todo tan oscuro? No siento que vaya a llover, de modo que no puede haber tantas nubes como para... ah...

De repente dejó de apretarme la mano. Volvió a inclinar la cabeza, que le quedó colgando sobre el pecho.

—¿Señor Hartlow?

—Oh... ¿hum? Lo siento, David... es que estoy tan mareado. Siento como si me hubiera metido una o dos jarras de cerveza de más. Vamos a ver, ¿quién crees... quién crees que es responsable de esta oscuridad?

—No lo sé; una nube, quizá. Pero tiene que ser increíblemente densa. Sin un farol no puedo verme la mano delante de mis narices.

—Ahora esa clase de oscuridad nos pone a ti y a mí en igualdad, ¿no es cierto?

No había malicia en su comentario; sonaba tan bondadoso como siempre.

—Señor Hartlow, le ayudaré a regresar a...

Despreció la mano que le tendí para ayudarlo.

—No, David. Todavía no.

Respiró profundamente.

—¿Sabes, David...? Siempre sospeché que ocurriría algo así. Todos estos años me he sentado en mi casa de campo y he pensado en la terrible calamidad que aconteció al planeta y en cómo gente como tu madre y tu padre e Ivan Simpson han obrado milagros, cómo salvaron a tanta gente, tanto ciegos como videntes, y cómo lograron

crear un pequeño atisbo de civilización en esta isla. —Suspiró—. Pero hace mucho tiempo llegué a la conclusión de que todo era una pérdida de tiempo y de esfuerzo. Hace tres décadas, la madre naturaleza, el destino o el mismísimo Dios decidieron que la humanidad ya llevaba demasiado tiempo gobernando este planeta, de modo que se intentó aniquilar al hombre, extinguirlo. Estuvieron a punto de conseguirlo. No obstante, como siempre digo, gracias a los grandes esfuerzos de los Masen y de gente como ellos, logramos trampalear la extinción. Pero escucha bien lo que te digo, David. —Me miró. Una vez más esos ojos ciegos parecían perforarme el alma—. Dios no se dejará engañar. El hombre no podrá hacer nada para frustrar su plan. Todos vamos a morir. Así lo ha decidido Él. Los últimos veinticinco años en este planeta no han sido más que un pacífico intervalo. Un descanso entre las dos mitades de una catástrofe titánica que destruirá toda vida humana. Ahora Él... —El señor Hartlow señaló el cielo con el dedo—. Él va a acabar su trabajo. Recuerda el libro del Éxodo de la Biblia. Una de las plagas que padeció el faraón fue la oscuridad. El Señor le dijo a Moisés: «Alza la mano al cielo y haya tinieblas sobre la tierra de Egipto, tan densas que se palpen». —Los ojos le brillaban de manera extraña. El viejo levantó la mano como queriendo tocar la oscuridad que lo cubría todo—. En todas las culturas, la oscuridad precede al fin del mundo. Los vikingos decían que el fin del mundo comenzaría cuando el monstruo lobo, Fenrir, se tragara el sol, trayendo así la oscuridad. Los antiguos sumerios contaban cómo moriría casi toda la gente de la Tierra «cuando la luz del día se convierta en oscuridad» y su dios «aplastaría la Tierra como una copa...». Acuérdate de lo que te digo, David. Acuérdate bien... Este es el principio del fin.

—Señor Hartlow, está cansado. Déjeme que lo lleve a casa.

—Gracias, tal vez... Oh...

—¿Qué sucede?

—Me duele la cara. Debo de haberme hecho un rasguño al caerme.

Se tocó la mejilla.

—Déjeme echarle un vistazo... Señor Hartlow... ¿Señor Hartlow?

La cabeza le colgaba hacia delante y tuve que cogerlo del hombro para evitar que se cayera. Aunque al señor Hartlow ya no le habría importado. Mientras lo bajaba de lado para acercarlo al banco supe instintivamente que estaba muerto.

Levanté el farol para mirarle la cara.

Allí, a la luz del farol, pude ver claramente la raya roja y brillante que le atravesaba la mejilla.

Ahora sabía qué lo había matado.

Me agaché rápidamente, utilizando el respaldo del banco para proteger al menos parte de mi cuerpo. Luego, levantando el farol lo más alto que pude, miré las figuras oscuras de los arbustos y los árboles. Pero la luz era demasiado tenue para identificar

una especie en particular. Puede que fueran alisos comunes y corrientes, sicómoros, robles pequeños, castaños jóvenes, pero también puede que fueran algo completamente diferente. Algo infinitamente más siniestro.

Sabía que no podía hacer nada más por el señor Hartlow. Lo que importaba ahora era que tenía que advertir a la Central de Emergencias de Newport.

Corrí agachado, manteniéndome lo más bajo posible.

Y comenzó mientras corría. Un sonido de golpes secos, golpes de madera contra madera. Un sonido que a cualquier niño de la isla le habrían enseñado a reconocer.

Algo crujía en los setos que había junto a mí.

Bajé la cabeza aún más y aceleré el paso.

Vislumbré frente a mí la oscura figura de un caballo. El animal estaba muerto.

Un poco más adelante vi un par de botas altas que sobresalían de la larga hierba al lado del camino. Se trataba de Tom Adkinson; varios pescados plateados habían caído de su cesta y estaban esparcidos por el suelo. Aquélla había sido su última pesca.

El sonido era cada vez más fuerte. Un enloquecedor tip tap tip tap.

Más adelante vi una casa que tenía un cartel que indicaba OFICINA DE CORREOS. Corrí hacia ella, viendo con el rabillo del ojo una monstruosa sombra que se movía sacudiéndose a través de la penumbra.

Mi voz rompió el silencio mientras irrumpía en la casa.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

Sólo silencio, tan opresivo como la oscuridad.

Ahora todo parecía indicar que me encontraba solo en esa aldea. Con el farol proyectando unas sombras que saltaban como locas por las paredes, busqué la oficina de correos hasta que encontré la habitación que se utilizaba de cabina de radio. Allí me senté frente al pequeño aparato y lo encendí. Segundos más tarde, unas válvulas se colorearon de amarillo a través de las ranuras de ventilación.

Algo dio un golpecito en la ventana abierta que había sobre mi cabeza.

Salté hasta la ventana, utilizando el folleto de instrucciones en braille del aparato de radio para protegerme la cara, la cerré de un empujón y luego la trabé. Ahora por fin podía hacer esa llamada pidiendo ayuda.

Presioné el botón de transmisión.

—Hola, ésta es una transmisión de emergencia en frecuencia nueve. Central de Emergencias Newport, ¿me recibís? Cambio.

Se oyó el siseo de la frecuencia.

Por un momento estuve convencido de que no recibiría ninguna respuesta. Había llegado demasiado tarde: la isla había sido invadida.

Volví a intentarlo, la tensión hizo que mi voz sonara más aguda:

—Central de Emergencias Newport, hola, ¿me recibís? Cambio.

—Recibido. Frecuencia nueve; por favor, manténgase fuera de contacto.

El cansancio impregnó la señal del operador. Sonaba como si hubiese tenido una larga noche.

—Pero necesito informar de una emergencia. Cambio.

—¿La oscuridad? Oh, sí, gracias, ya lo sabemos.

Estaba claro que el hombre me había tomado por un mentecato.

—Mire, estoy esperando varios informes de incendio. Tengo que mantener libre esta frecuencia. De modo que, por favor, manténgase fuera de contacto. Cambio.

—¡Madre mía! No puede estar hablándome en serio —grité, olvidándome de los códigos que deben utilizarse en el aire.

—Señor, entiendo que esté usted ansioso debido a la oscuridad. La consigna oficial es no moverse de donde se encuentra. Probablemente se trate de una capa de nubes extraordinariamente densa que ha escondido al sol. Así que sea tan amable de apagar...

—¡No... escúcheme! Tengo que informar de algo más. Cambio.

—Adelante —dijo el hombre, un poco reacio.

—Mi nombre es David Masen, llamo desde Bytewater. Deseo informar de una incursión de trífidos.

Hubo una pausa. Otra vez el siseo.

Finalmente, desde la central respondió una voz que sonaba más bien a incredulidad.

—Repítalo, señor Masen. Creí oír la palabra «trífido». Cambio.

Algo azotó la ventana.

—Ha oído bien. Y hasta que alguien pueda decirme algo diferente, diría que acabamos de ser invadidos.

3. EL OJO DEL HURACÁN

Hace más de veinte años, mi padre, David Masen, se sentó frente a su escritorio y, durante un largo invierno en el que se encontraba atrapado por la nieve, escribió un relato muy personal sobre lo que le había ocurrido durante el período posterior a La Gran Ceguera y a la llegada de los trífidos. Hoy en día, es el libro de cabecera de todos los colonos y sus familias, no sólo en la Isla de Wight, sino también en las islas Sorlinga, así como en las islas Anglonormandas. La obra, mimeografiada, encuadernada y cubierta con tapas anaranjadas, es instantáneamente reconocible.

Junto con la *Historia de una colonia*, de Elspeth Cary, y las películas documentales de Matt y Gwynne Lloyd, que continuaron narrando cronológicamente la vida cotidiana de los colonos, es un registro inestimable de cómo acabamos en nuestras islas fortaleza cuando el mundo entero cayó bajo el terrible dominio del trífido. Éste fue el fenómeno botánico proclamado a son de trompeta como «la planta milagrosa que camina», que en escasos años se convirtió en el vengador del hombre, y en su destructor.

Naturalmente, leí el relato de mi padre cuando era niño. Qué extraño fue redescubrir a mi padre como Bill Masen, el complejo individuo por derecho propio, en lugar del papá alegre y principalmente optimista, aunque a veces preocupado, que había conocido desde que nació.

Nunca pensé que escribiría nada que pudiera compararse a ese libro. Hasta ahora mis escritos se habían limitado a notas previas a un vuelo, que tenían que ver con el clima, las velocidades del viento y cálculos de navegación, apuntadas en el dorso de viejos sobres y envoltorios de bocadillos, y muchas veces decoradas pintorescamente con una o dos huellas digitales.

Ahora me descubro aquí, sentado a una mesa, con una docena de libretas de notas frente a mí. Me golpeo ligeramente un lápiz contra los labios. La frente se me llena de surcos mientras me pregunto cómo demonios puedo revivir con palabras todas esas extrañas aventuras, esas aventuras a veces de pesadilla, que han dominado mi vida desde ese fatídico 28 de mayo, tres décadas después de la caída de la civilización.

Ése fue el día en que me desperté en un mundo de oscuridad. Y ése fue el día en que los trífidos invadieron una vez más nuestra hasta entonces segura isla, nuestro hogar.

Algunos dicen que la segunda llegada de los trífidos en el mismo fatídico momento en que la noche se negó a claudicar ante el día fue demasiado para tratarse de una coincidencia. Algunos vieron una mano detrás de todo aquello, quizá la mano divina de un dios vengativo. ¡Ayl, no puedo *aclarar* ese tema (si se me disculpa el juego de palabras no intencionado). Sin embargo, recuerdo un pasaje del libro de mi

padre en el que reflexiona sobre el hecho de que la repentina ceguera de la población mundial ocurriese al mismo tiempo que un sinnúmero de trífidos escapaba de granjas y jardines. Mi padre escribió: «Por supuesto, todo el tiempo suceden coincidencias, pero uno se fija en ellas sólo de vez en cuando...».

De modo que, coincidencia o no, estoy aquí sentado en un mundo muy diferente a aquél en el que crecí.

Un viento más frío del que nunca antes había sentido sopla contra esta torre. Una y otra vez, el aullido del viento que presagia el vendaval me recuerda que, a pesar de que puedo no tener aptitudes literarias naturales, sí tengo todo el tiempo del mundo para escribir mi libro.

Por lo tanto escribiré lo que me ha pasado.

Y empezaré por el principio...

Mi infancia fue idílica. Crecí entre las gredas rodantes y las colinas vestidas de verde de la Isla de Wight. Una extensión de tierra fértil, que se convirtió en isla hace unos seis mil años, cuando el nivel del mar creció hasta inundar un valle que ahora se conoce como el Solent. Desde entonces, la isla ha sido anfitriona de reuniones prehistóricas de cazadores, de granjeros romanos que llamaron a la isla Vectis, de inmigrantes sajones y, luego, finalmente, de turistas Victorianos, incluyendo a lord Tennyson, que declaró que «¡el aire en las tierras bajas vale doce peniques la pinta!». Y, más recientemente, nosotros, los pocos supervivientes del continente. Me sorprende recordar estos datos de alguna clase de historia de hace mucho tiempo, cuando el señor Pinz-Wilks intentaba con tanto esfuerzo inculcarme algunos conocimientos académicos. De hecho, estoy seguro de que el señor Pinz-Wilk (que seguramente ya debe haber partido para recibir su recompensa final) estaría también sorprendido. Recuerdo demasiado claramente cómo tantas y tantas veces alzaba al techo sus ojos ciegos, lleno de frustración. Es triste, pero yo retenía los datos históricos con la misma facilidad con la que un colador retiene el agua.

Allí, en el corazón de la Isla de Wight, compartí una gran casa en la pintoresca aldea de Arretton (población: cuarenta y tres habitantes) con mi madre, mi padre y dos hermanas más pequeñas.

En cuanto crecí lo suficiente, comencé a vagar por los prados cubiertos de amapolas, explorando y buscando Mantun.

Ése fue el nombre que le puse a mi ciudad perdida imaginaria: una fantasía infantil que a menudo dejaba perplejos a mis padres. Y cuando la lluvia o los castigos de mi madre y de mi padre tras mis habituales travesuras me recluirían en mi habitación, solía coger un lápiz con una mano rechoncha y hacer dibujos que mostraban un montón de edificios larguiruchos como cañas de bambú. Por supuesto, cuando mis padres me preguntaban qué era lo que había dibujado, yo respondía orgullosamente: «Mantun». Mi imaginación era vigorosa y receptiva en aquel

entonces. Divertido para mí, pero desconcertante para otros.

Mi padre trabajaba principalmente en casa en los invernaderos y en el laboratorio. Cultivaba trífidos con escrupuloso cuidado, luego los analizaba minuciosamente con esa misma esmerada atención en los detalles. Cuando yo tenía cinco o seis años solía observarlo mezclando elementos nutritivos, que disolvía en agua, antes de alimentar a las plantas con una regadera. Acariciaba las hojas, como vosotros o yo haríamos a un gato, y a veces les hablaba a las plantas como si fueran sus mejores amigas.

Durante mucho tiempo creí que las amaba, como si fueran una parte muy querida de nuestra familia, de modo que me sorprendí bastante cuando, a los ocho años, descubrí que estaba intentando encontrar una forma de matarlas. Realmente fue algo desconcertante para mí. Y lo fue aún más cuando me dijo que no se contentaría solamente con matar a los trífidos que estaban en nuestro invernadero, sino que quería destruir a todos los del mundo. Mientras se pasaba los dedos por su atractiva cabeza de cabellos canosos, solía hablarme de defoliantes, hormonas de crecimiento, degeneradores celulares, inhibidores de polinización y especies imitantes de trífidos con capacidad de reproducción nula garantizada.

Más palabrejas desconcertantes. A mí todo me sonaba a chino.

Y entonces yo tiraba de la manga de su blanca chaqueta de laboratorio, pidiéndole que viniera y me ayudara a volar la cometa. La mayoría de las veces me lanzaba una de sus bondadosas sonrisas y me decía: «Dame diez minutos, y luego nos encontraremos en la colina».

En realidad todo eso debió de darle a mi padre una buena pista de hacia dónde se encaminaba mi futuro. Es decir, comprensión de botánica nula (mi falta de interés en ella lo demostraba) sumado a cero talento para las asignaturas académicas, lo que significaba que era muy dudoso que yo siguiera sus pasos.

Sin duda mi padre albergaba sueños en los que yo llevaba a cabo una carrera en ciencias botánicas aplicadas, dedicada específicamente a la erradicación de la amenaza de los trífidos. Pero por mucho que quisiera a mi padre y por mucho que intentase dominar el desconcertante lenguaje de la botánica y la bizantina complejidad de una probeta, una retorta y un mechero Bunsen, debo haber sido para él algo así como un enigma. Pero decir que fui una decepción para mi padre sería exagerar un poco.

Porque, sencillamente, Bill Masen quería a sus hijos. Nos permitió cultivar nuestros propios intereses; ni por un solo instante deseó que fuéramos meras copias de él o de nuestra madre. (Aunque mi hermana Lisabeth sí que heredó las aptitudes literarias de mi madre, y un gusto travieso por escandalizar, con sus calientes historias de *affaires d'amour* que aparecían en la *Revista Freshwater*, cuando bien podría haber seguido siendo, según la reprobadora directora de su colegio, una adolescente de diecisiete años que aún consiguiera ruborizarse.)

Mi total incompetencia en el trabajo de investigación de laboratorio llegó a su punto decisivo una tarde de martes después del colegio, cuando estaba «ayudando» a mi padre. Tenía doce años. Me las arreglé, accidentalmente, para preparar una mezcla explosiva, combinando el conocido aceite rosa de trífido sin refinar con una cantidad similar de alcohol metílico. Mi padre me dijo que dejara la taza de cristal en algún sitio templado para que el alcohol se evaporara. Tuve una idea genial: aceleraría el proceso hirviendo el alcohol con la llama del mechero Bunsen.

Y entonces me senté a observar, sonriendo resplandecientemente ante mi propia brillantez.

La explosión que tuvo lugar unos segundos después fue tan impresionante como estruendosa. La oyeron hasta las madres en la casa solariega de Arreton. Perdí casi todo el pelo con la bola de fuego que se formó. Y perdí, permanentemente, mi trabajo de media jornada como ayudante de laboratorio de mi padre.

La cabellera me volvió a crecer, aunque adquirió un mechón completamente blanco en el flequillo, que por lo demás era color negro azabache, con lo cual me gané el apodo de Copo de Nieve en el colegio. (Y, ay, qué vergüenza me daba cuando alguno de mis amigos me llamaba así para fastidiarme.)

Más tarde, ese mismo día de la explosión, después de que mi padre (y sus más competentes ayudantes) remediaron gran parte del destrozo que había hecho yo, me vino a visitar a mi habitación. Allí estaba, de pie y con una vela en la mano, con la luz haciéndole brillar la melena canosa. Se quedó un rato mirando fijamente la venda que llevaba en la cabeza, pensando que estaba dormido; lo oí suspirar con fuerza a través de los pelillos blancos de su bigote.

Yo esperaba una descripción sumamente pintoresca, y por supuesto a alto volumen, de mis incapacidades.

En lugar de eso, me di cuenta de que mientras me miraba estaba dando gracias a Dios por que no hubiese perdido la cabeza en la explosión. (Después de todo, el doctor Weisser había tenido que quitarme con pinzas media docena de esquirlas de cristal de la cara.)

Mi padre me subió la manta hasta cubrirme los hombros y luego, cariñosamente, posó la mano sobre mi brazo. —No fue mi intención destrozarte el laboratorio, papá. —Lo siento, David, ¿te he despertado? —No, no consigo dormir. —¿Te duele?

—La verdad es que no —dije lo más valientemente que pude—. Sólo me pica un poco alrededor de los ojos.

—No te preocupes, lo que te ha dado el doctor Weisser pronto te hará efecto. Y también te hará dormir. —¿Podrás reparar alguna vez el laboratorio?

—Dios mío, claro que sí. —Se rió un poco mientras dejaba la vela sobre la mesita—. Tardamos más de dos horas en deshacer la que tú conseguiste hacer en dos segundos, pero ahora ya está todo bien. De hecho, he conseguido agenciarme un buen

equipo de repuesto del viejo general, que no es tan bueno como tener uno nuevo, sino que es *mejor*.

—No creo que pueda servirte mucho como ayudante, ¿no crees, papá? Tal vez Lisabeth o Annie lo harían mejor.

—Ahora no te preocupes por eso. Estás entero; eso es lo único que importa. Y no tienes que preocuparte por tu pelo; te volverá a crecer, ¿sabes?

—Después de todo, tal vez no haya nacido para ser científico. —Me incorporé en la cama—. Quizá tenga que pensar en otra carrera.

Mi padre sonrió y varias arrugas aparecieron alrededor de sus brillantes ojos azules.

—Pues mi padre, que Dios lo bendiga, era contable en la Administración pública en aquellos años, cuando el Reino Unido tenía una institución bastante despreciada llamada Hacienda. Dio por sentado que yo seguiría sus pasos en lo que él llamaba «la empresa familiar». —Sin dejar de sonreír, sacudió la canosa cabeza—. Ay, yo no era nada bueno con los números. —¿Así como yo no soy bueno con las probetas y esas cosas? —Exactamente. Me las arreglaba bastante bien contando con los dedos pero si me pedías que dividiera ciento veintiuno entre siete, te llevabas una imagen de mí bastante lamentable: rascándome la cabeza, contando con los dedos. Mi padre nunca criticaba mi ignorancia si de repente me planteaba un problema de aritmética. Pero mientras me observaba debatiéndome, su cara se ponía más y más colorada. Sin embargo, finalmente encontré mi verdadera vocación. De modo que cree en la palabra de quien te habla por experiencia propia. *Experto crede*, como dijo un caballero romano. Tú también encontrarás la tuya si...

En ese momento su voz se apagó mientras parecía advertir por primera vez en su vida las imágenes que empapelaban mi habitación. Las paredes estaban cubiertas de fotografías de aeroplanos y de dirigibles, mientras que por toda la habitación había maquetas, desde esqueletos sin terminar hasta aeronaves completas que llevaban pequeñísimos motores, y fuselajes y alas cubiertos con un papel de seda que había sido maravillosamente transformado en un duro armazón laqueado con barniz de revestimiento para maquetas. Colgando de un buen trozo de sedal que caía del techo, había un hermoso biplano, pintado de un brillante rojo fresa. Yo había conseguido con éxito hacer volar esa máquina desde nuestro huerto, pasando sobre la Casa Madre, hasta un campo lejano en la ladera más alejada de Downend. También había cometas y cianotipos, así como libros de aeromodelismo y revistas antiguas de aviación publicadas antes del fin del Viejo Mundo. Y en la mesa que había junto a la ventana estaba mi mayor orgullo: un cohete de marquetería que yo mismo había inventado y que presumiría de unas alas de dos metros cuando estuviera todo montado.

Como he dicho antes, mi padre miró todo aquello como si de repente se le hubiera

caído una venda de los ojos y estuviera viéndolo todo por primera vez (a pesar de que muchas veces había oído a mi madre quejarse del estado en que se encontraba mi habitación).

Ése fue el momento en que, como dice el viejo dicho, mi padre y yo nos caímos del guindo.

Un piloto. Eso era lo que yo iba a ser en la vida. Por supuesto, era demasiado joven en aquel entonces para comenzar a entrenar como piloto para la escasa flota aérea de la isla. Pero la semilla había sido sembrada. Ya me imaginaba en la cabina de un veloz reactor, elevándome entre las nubes muy por encima de la tierra y del mar.

Mi padre me animaba en un sentido más práctico. Me trajo más libros y revistas de aviación. También me preparó mi propio taller en el que podía trabajar en mis adoradas maquetas de aviones. Fue prudente y escogió un lugar bastante apartado de la casa cuando se enteró de que el combustible que necesitaba mi cohete era una cantidad considerable de pólvora que yo guardaba en una lata de galletas debajo de mi cama. Puedo decir que más de una vez me chamusqué los pelillos negros de mi bigote adolescente intentando encender el motor del cohete.

Mientras tanto, continuaba con mis estudios en el colegio; ahora con un poco más de entusiasmo, ya que era consciente de que necesitaría tener por lo menos algún título académico antes de matricularme en un curso de piloto.

Sin embargo, una de las asignaturas más importantes del colegio era el estudio del trífido: sus orígenes, su ciclo vital, sus atributos, sus peligros.

Durante los primeros años de la existencia de la colonia, el trífido había sido convertido en un demonio y considerado responsable de la destrucción del Viejo Mundo en plena época de lo que después se denominó el siglo xx. De modo que de lo único que se hablaba era de lo perversa que era la planta, de cómo se la podía mantener alejada de la isla. De cómo podía ser aniquilada.

Ahora se ha desarrollado una visión más equilibrada. Con una ironía que cualquier escritor satírico hubiera encontrado deliciosa, hemos llegado a depender del trífido para obtener aceite, combustible, forraje para el ganado y casi cincuenta productos más. Aunque los únicos trífidos que crecían en la isla eran unos pocos ejemplares disminuidos para trabajos de investigación, cosechamos muchísimos de ellos en el territorio continental británico, en donde crecían silvestremente y sin control alguno. Después de ser derribados por equipos de poda sumamente protegidos, las plantas eran llevadas en barco hasta la Isla de Wight para ser procesadas. Por supuesto, a todos los niños se les enseñaba a reconocer la planta desde que daban sus primeros pasos.

Como hijo de Bill Masen, el mayor experto en trífidos del mundo, los maestros siempre solían, o eso me parecía a mí, hacerme las preguntas más difíciles acerca de

esa planta ambulante. (Como si el conocimiento de los trífidos pudiera ser transmitido genéticamente de padre a hijo. O tal vez sea mejor decir, teniendo en cuenta la naturaleza botánica del tema, a través de algún misterioso proceso de osmosis, que ¡ya quisiera yo!)

—Masen —solía comenzar a decir el señor Pinz-Wilks con ese tono de voz tan típico de las universidades de Oxford y Cambridge, que retumbaba desde debajo de su bigote parecido al manillar de una bicicleta—. Masen, ¿podría por favor hacer una descripción de la planta del trífido para la clase?

(Esta pregunta era formulada en repetidas ocasiones pese a los numerosos pósters de la planta colgados en la pared.)

—La planta madura mide alrededor de dos metros y medio —repetía entonces yo, como un loro—. Un tallo recto crece desde el tronco de madera. Eh, en la punta del tallo hay un embudo; dentro hay un líquido pegajoso que atrapa insectos con los que se alimenta la planta, disolviendo los nutrientes y haciéndolos descender a lo largo del tallo en una solución de savia. Sus grupos de hojas son verdes y correosos. El trífido posee un aguijón que está enroscado formando una espiral, algo así como la cola de un cerdo gigante. —Risas de toda la clase. Yo les lanzaba una sonrisa a mis amigos—. Este aguijón puede desenroscarse a gran velocidad para azotar a su presa. Eh... hum...

—¿Y qué más, Masen?

—Eh... el aguijón es venenoso. Es mortífero si alcanza la piel expuesta de un hombre o una mujer.

—De hecho, pueden derribar a una vaca o a un caballo. ¿Alguna otra perla de sabiduría, Masen?

Me di cuenta de que el señor Pinz-Wilks no estaba para nada impresionado con mi mediocre recitación. Además, para entonces, yo ya estaba balanceándome, inquieto, de un lado para otro.

—Tal vez, Masen, podría usted haber empezado por los orígenes de la planta. Después de todo, ¿existía ya cuando el emperador Claudio conquistó las islas Británicas en el año 43 después de Cristo? ¿Podemos ser tan disparatados e imaginarnos que su descubrimiento impregna las primeras páginas del *Acta Diurna* de Roma?

—No, señor.

—¿O acaso llegó a este planeta desde el espacio exterior, quizá después de conseguir que la cola de un cometa la trajera hasta aquí?

—No, señor. Eh... se piensa que los trífidos fueron desarrollados por unos científicos en Rusia, después de, eh, la segunda guerra mundial, señor.

—Eso es correcto, Masen. Un híbrido creado a partir de muchas especies diferentes. ¿Pero acaso he mencionado alguna vez que la E es la quinta letra del

alfabeto y la segunda de sus vocales, que reemplaza a la Y para evitar el hiato, que es un prefijo de origen latino que denota procedencia o extensión, y que también puede cumplir la función de sufijo de sustantivos verbales?

—¿Disculpe? —Estaba confundido.

—Lo que sucede es simplemente que tiene tanta afición por puntuar sus oraciones con la letra E que pensé que podría estar considerando un estudio profundo y riguroso de esa letra como prefijo, sufijo y otras particularidades.

Mi confusión era aún mayor. El legendario ingenio del profesor era muchas veces tan impenetrable como sarcástico.

Como he dicho antes, la botánica era un punto débil para mí, un punto muy débil en mi más bien pobre curriculum de aptitudes académicas. Muchas veces, en momentos como ése, el maestro solía señalar infaliblemente con su bastón blanco a un niño al que ni siquiera podía ver, y luego le pedía a ese individuo mucho más inteligente que continuara.

El muchacho solía seguir enumerando datos enérgicamente. —El trífido, aunque sería más correcto decir *pseudopodia*, tarda alrededor de dos años en desarrollar su aguijón en forma de látigo con el que puede atacar a una víctima que se encuentre a entre tres y cuatro metros y medio de distancia. Generalmente, el aguijón es mortal para los seres humanos, a menos que pueda ser inyectado un antídoto en la arteria carótida. Lo más insólito acerca del trífido, si se lo compara con otras plantas, no es que coma carne (la venus atrapamoscas se alimenta de un modo más o menos similar) sino que la planta pueda caminar. Anda utilizando tres salientes que terminan en una punta afilada y que se extienden desde su parte inferior. En un primer momento se puede pensar, equivocadamente, que se trata de las raíces. Éstas sostienen casi todo el cuerpo de la planta y la elevan, quizá, a treinta centímetros del suelo. Camina de un modo similar a un hombre con muletas. Dos de las afiladas patas se deslizan hacia adelante, luego toda la planta avanza tambaleándose mientras la pata de atrás queda a la misma altura. A cada paso, el tallo sale disparado violentamente hacia atrás y hacia adelante. Y como dijo William Masen, el experto en trífidos: «Mirarlo le daba a uno una sensación de mareo». El efecto del movimiento es irregular y espasmódico, pero la planta puede desplazarse por el terreno a un ritmo medio.

—Excelente, Merryweather. Excelente. ¿Algo más de importancia?

—De las plantas extraemos aceite que puede ser utilizado en la elaboración de ciertos alimentos y refinado para fabricar combustible para motores. También obtenemos de ellas ingredientes sin refinar para plásticos y para una variedad de medicamentos. Utilizamos sus fibras para hacer cuerdas, y los restos secos de las plantas procesadas, triturados y, en forma de pasta, sirven de alimento para el ganado.

—Muy bien.

—La planta produce un repiqueteo al golpear las pequeñas ramitas contra su

propio tallo. William Masen consideró la posibilidad de que pudieran estar comunicándose entre ellas, pero, hasta ahora, no hay ninguna evidencia que apoye esta teoría.

—Magnífico, Merryweather. Por favor, siéntese. Ahora, historia, la noble historia...

De vez en cuando realmente me irritaba escuchar que se citaba a mi padre como si fuera un científico muerto ya hace tiempo. Pero, la mayoría de las veces, mientras los brillantes estudiantes repetían con eficiencia su sermón, mis ojos se sentían atraídos por la ventana por la que solía mirar distraídamente las nubes que flotaban a través de un cielo azul profundo, ligeras como plumas. Después me imaginaba a mí mismo sentado en la cabina de un avión, escuchando el dulce murmullo de un par de motores Merlin y sintiendo el temblor de aquellos vibrantes cilindros que llegaba a la palanca de mandos, haciéndome cosquillas en la palma de la mano. Sí. Llevaba la aventura en la sangre.

Así pues, como siempre, soñaba despierto y me alejaba de la clase hacia un mundo más allá de mi segura pero mundana isla, mi hogar.

Hablando de hogar, podría ser interesante para cualquiera que lea esto saber algo sobre la comunidad de la isla. La población era de apenas unos pocos cientos de personas cuando mi familia llegó a la Isla de Wight hace unos veinticinco años, después de su dramático vuelo desde Shirning en una Inglaterra infestada de trífidos.

Sin embargo, la población fue aumentando constantemente a medida que iban llegando más refugiados a la isla desde la República de Irlanda, desde Gran Bretaña e incluso desde el continente europeo, en donde las oleadas de trífidos que se extendían desde las estepas rusas llevaron a los supervivientes humanos hacia el oeste, hasta que quedaron de espaldas al Atlántico.

En Europa occidental, las comunidades más considerables estaban emplazadas en las islas Anglonormandas, en la Isla de Wight y en las islas escocesas más grandes, mientras que las islas Faroe, en el Atlántico Norte, formaron la comunidad más septentrional. Gran Bretaña y Europa eran en gran parte zonas prohibidas. Los trífidos se extendieron en inmensos bosques ambulantes, atacando campos abiertos y calles de ciudades por igual.

Gracias a vuelos exploratorios y al cuidadoso seguimiento de emisiones radiofónicas, supimos de la existencia de algunas comunidades pequeñas que se mantenían a duras penas en el territorio continental, asediadas permanentemente por los ejércitos de trífidos. Además de los grupos de Europa occidental, había otras comunidades esparcidas por todo el mundo, a cual más frágil. Muchas desaparecieron a causa de los trífidos, de desastres naturales, enfermedad, hambre e, incluso, ridiculamente, por guerras que enfrentaban a hombres contra hombres. La mayor parte de la población mundial murió en esos primeros meses del año 1 de la

catástrofe. Se estimó que toda la población del globo en ese momento no podía ascender a más de un millón de hombres, mujeres y niños. Tal vez un tercio de esos habitantes eran ciegos.

A la luz de tan vertiginosa caída en el número de habitantes, no fue de extrañar, en aquel entonces, que el Consejo de nuestra isla diera tanta prioridad a la repoblación. Después de todo, esos primeros escasos cientos de personas que habían hecho de la Isla de Wight su hogar, tantos años atrás, debían de sentirse perdidos en sus 380 kilómetros cuadrados, como la proverbial aguja en el pajar.

Las mujeres en edad de procrear eran animadas a tener tantos niños como pudieran. Media docena era considerado el mínimo. Sin embargo, la mismísima madre naturaleza solía estropear con facilidad cualquier plan que hicieran los humanos.

Mi madre, por ejemplo, perdió la capacidad de tener hijos con el nacimiento de mi hermana menor por cesárea. (Eso dejó a mis padres con un total de tres descendientes.)

La iniciativa más radical fue la creación de las Casas Madre. A pesar de que yo había nacido en el territorio continental, había llegado a la isla siendo un niño muy pequeño. De modo que, en realidad, yo también era un niño de la colonia. La moral y las convenciones sociales del Viejo Mundo me importaban un bledo, y la idea de las Casas Madre no me resultaba extraña en absoluto.

Pero cuando se propuso la idea, hace más de veinte años, hubo indignación y escándalo. Muchos abandonaron la isla para unirse a otras comunidades en Jersey y en Guernesey, que se adherían a lo que algunos consideraban un código moral más estricto. Sencillamente, el plan era que las mujeres ciegas que tuvieran edad de tener hijos serían invitadas (algunos decían «engatusadas», otros exclamaban «coaccionadas») a convertirse en madres profesionales.

Inicialmente, el proyecto estipulaba que un hombre vidente tendría un «harén» de mujeres ciegas, así como una esposa vidente.

¡Qué escándalo!

Pero la idea no desapareció.

En cambio, bajo la dirección de matronas (éstas eran mujeres mayores, principalmente ciegas, que habían pasado ya la edad de tener hijos), las madres profesionales se apoderaron de muchas de las casas de campo más grandes. Dejaron bastante claro que serían gobernadas democráticamente, pero fueron estrictas en cuanto a que no quisieron ninguna clase de participación de parte de los hombres; es decir, participación administrativa, pues la biología humana aún no había llegado al estado en el que la mujer de la especie pudiera reproducirse sin necesitar al menos la mínima contribución por parte del macho.

En pocas palabras, las Casas Madre funcionaban como comunidades

autogobernadas de mujeres que se dedicaban a producir bebés engendrados por hombres que *ellas* elegían. Pronto, las Casas Madre estuvieron llenas a rebosar de nuevos bebés. Las construcciones cercanas se convirtieron en guarderías; luego, a medida que los niños iban creciendo, más edificios se transformaron en escuelas. Todo parecía indicar que las Casas Madre tendrían, sin duda, una larga historia en nuestra isla. Y debo decir que a mí me gustaban bastante. Siempre eran lugares alegres, aunque un poco ruidosos. Y daban niños felices y fuertes, que consideraban a todos los niños de su Casa Madre como hermanos o hermanas y a todas las mujeres como madres.

Un acontecimiento que pilló por sorpresa incluso al Consejo fue que, en lugar de convertirse en guetos para mujeres ciegas infelices que no podían encontrar un esposo vidente, las Casas Madre y sus ocupantes eran tratados con la misma clase de respeto y admiración que se otorgaba a las órdenes sagradas de monjas en el Viejo Mundo. Tanto era así que muchas muchachas videntes que nacieron en la isla decidieron unirse a ellas, incluso en ciertas ocasiones «cegándose» simbólicamente, cubriéndose los ojos con pañuelos.

Algunos de los antiguos miembros de la comunidad, especialmente los estrechos de miras, se quejaban de las Casas Madre, refiriéndose a las madres como «esas malditas monjas invertidas» o a la Casa Madre de su vecindario como «casa dudosa» mientras insinuaban que esos lugares eran cama de todos. Pero, aunque parezca mentira, eso no era cierto. De un modo bastante extraño, las madres eran vistas como extremadamente castas y puras, a pesar de que podían dar a luz diez hijos engendrados por diez hombres diferentes. Y, desde luego, no vivían a costa del resto de la comunidad; de hecho, no tardaron en convertirse en «exportadoras» de su producto. Mi viejo maestro, el señor Pinz-Wilks (de quien sospecho que consideraba que la única civilización de importancia había caído con la desaparición del último emperador romano), comentó con bastante admiración que él veía a las madres como encarnaciones terrenales de la diosa Artemisa, que era venerada no sólo como la diosa de la caza, sino que también incorporaba la aparente dicotomía de opuestos en el hecho de que era adorada como divina protectora de la castidad tanto como de la maternidad.

El sistema Madre funcionaba. Funcionaba a las mil maravillas.

El índice de natalidad de la isla era alto. Junto con el bienvenido flujo de inmigrantes ayudó a aumentar la población de la isla hasta el saludable número de veintiséis mil habitantes. Eso era quizá un cuarto de la población original de la isla antes del año 1.

Permitidme decir que, teniéndolo todo en cuenta, fue un muy buen trabajo.

Siempre llega el momento, al menos uno, en que el padre y el hijo hablan de hombre a hombre. Como iguales.

Para mí, ese momento llegó justo unas escasas horas antes de que el mundo se sumergiera en la oscuridad ese fatídico 28 de mayo.

Comenzó como empezaban muchas conversaciones con mi padre. En su invernadero, mientras se tomaba un descanso del estudio de esas plantas que habían echado raíces tan firmes, e inamovibles. Estaba a punto de servirme un café del termo.

—¿Metal o porcelana? —me preguntó mientras señalaba dos tazas que había sobre su escritorio de trabajo.

—Metal.

—Buena elección. —Luego sirvió el oscuro líquido, sacudiendo la cabeza melancólicamente—. Ay, lo que daría por oler una vez más el aroma de los granos de café colombiano o quizá una suave mezcla de Kenia. Bellotas asadas... por muchos trucos que inventemos para darles sabor, nunca sabrán como el verdadero café.

Se llenó la pipa con hebras de ese tabaco color marrón claro de Jersey, cultivado en la mayor de las islas Anglonormandas, con la mirada perdida en los trífidos que crecían en fila en sus macetas de barro. La luz brillaba a través del cristal iluminando sus hojas. A esos trífidos se les habían quitado cuidadosamente los agujones y habían sido encadenados a unas estacas para evitar que caminaran. Aun así, a menudo solían dar a sus cadenas un tirón experimental. De vez en cuando, podía oírse el tintineo de los eslabones de acero golpeando unos contra otros.

De niño yo había percibido algo emocionante en aquel lugar: el olor de las plantas debajo del cristal, el calor, la atmósfera prácticamente tropical incluso en invierno. Me gustaba ir allí y observar a mi padre manejando un cuchillo afilado con toda la destreza de un cirujano mientras podaba ramas, o cuando mellaba el tallo para calibrar la calidad del aceite de trífido, que solía salir de la corteza como sangre diluida hasta quedar de un rosa pálido.

Después de pasar un momento contemplando las plantas, se rascó una de sus espesas cejas blancas y dijo:

—Seguramente los oíste hablar ayer por la noche.

—¿A los trífidos?

Mi padre asintió con la cabeza y me dedicó una sonrisa de soslayo.

—Hacía mucho, mucho tiempo que no los oía tan activos. Golpeteaban las ramitas contra los tallos, imitando algo así como una versión botánica del código Morse.

—¿Crees que realmente pueden hablar? Quiero decir, con inteligencia, no como los pájaros que se llaman unos a otros.

—Bueno, los pájaros y otros animales sí que se comunican con los de su especie: envían mensajes, graznan advertencias, lo que sea.

—Pero de una manera puramente instintiva: o bien están alertando de la presencia

de un depredador o están intentando atraer a una hembra.

—Es cierto, Pero yo me pregunto si los trífidos han llegado a dominar el arte de transmitir mensajes más complejos a los de su especie.

Aspiró profundamente de su pipa antes de exhalar una nube de humo azul, que se elevó formando un remolino hasta mezclarse con la luz del sol.

—Tal vez incluso puedan explicar conceptos e ideas a sus vecinos.

—Quieres decir que ese trífido que está allí junto a la puerta puede estar pasándole un mensaje a uno que se encuentra en el otro extremo del invernadero, diciendo algo así como «escucha lo que dicen esos humanos, están hablando de nosotros otra vez».

Mi padre se rió entre dientes.

—Puede ser, puede ser. Pero una vez trabajé con un hombre llamado Lucknor, que parecía haber desarrollado una comprensión intuitiva de los trífidos. Estaba convencido de que realmente hablaban entre ellos, y es más, de que tenían una inteligencia muy desarrollada.

—¿Tú crees que estaba en lo cierto?

—Creo que estaba bastante cerca.

Volvió a rascarse la ceja blanca, una vieja costumbre que tenía cuando estaba reflexionando sobre algo.

—Pero ¿sabes qué, David? Yo debo de haber analizado minuciosamente miles de esas cosas y aún no he encontrado ningún rastro de su sistema nervioso y, desde luego, no he dado ni siquiera con un atisbo de algo que pudiera ni remotamente describirse como cerebro. Sin embargo... sí he visto cómo actúan esas plantas, las he visto hacerlo durante los últimos cuarenta años. Se mueven con un propósito. Se comunican golpeando ligeramente las ramitas contra los tallos. Cuando azotan con sus látigos aguijones «saben» apuntar al rostro desprotegido de un ser humano. Y los he observado moviéndose por el campo, legiones de trífidos como una infantería en plena marcha; he visto cómo se dirigen hacia una comunidad, cómo la rodean.

Bebió un sorbo de café.

—Bueno, quizá estoy evitando decir que son inteligentes, pero si algo tiene cuatro patas, meneas la cola y ladra, cualquiera diría que es un perro, ¿no es cierto? Pues esas plantas que ves allí actúan y reaccionan y planean y atacan y matan como si ocultaran una fría inteligencia en su interior.

—Pero ¿podemos vencerlas?

—Oh, desde luego que lo intentaremos. Lo intentaremos de todas las maneras posibles.

Observó fijamente las plantas una vez más antes de mirarme a mí con el rabillo del ojo.

—Después de todo, no creo que sean ellas quienes tengan que heredar la Tierra,

¿no crees?

Las plantas respondieron por mí. Hasta ese momento habían estado en silencio, pero de repente comenzaron a golpear las ramitas contra los tallos. Parecían niños traviesos en la escuela intentando irritar al maestro, tamborileando con los dedos sobre los pupitres en cuanto éste les daba la espalda para escribir los deberes en la pizarra.

Mi padre me miró con una sonrisa.

—Y ahí están otra vez... mis niños de la tierra. Hablando.

Escuché cómo las plantas golpeteaban sus pequeñas ramitas. Pensé que podría oír el ritmo que seguían y comencé a sentir que en ese momento estaban comunicando una emergencia, como si cada trífido estuviera pasándole un mensaje secreto a su vecino.

En aquel momento hubiera jurado que una especie de emoción recorría la hilera de veinte trífidos que estaban encerrados en el invernadero.

Mi padre también lo reconoció. Cuando volvió a hablar se dirigió directamente a los trífidos.

—¿Qué es lo que habéis oído, pues? ¿Acaso alguno de vuestros ejércitos ha conquistado otra de nuestras comunidades humanas? ¿O es que el alto mando trífido está planeando aparecer una vez más? ¿Estáis ansiosos por unirlos a ellos?

Pudo haber sido una coincidencia o su respuesta a las preguntas de mi padre, que habían sido hechas medio en broma medio en serio, pero el tic tic tic de las ramitas contra los tallos de repente creció hasta convertirse en un torbellino de ruido. Era un clamor poderoso; las cadenas golpeteaban mientras las plantas tiraban de ellas. Los tallos se agitaban de lado a lado como un maizal azotado por un repentino vendaval.

En ese momento bien podía creer que de alguna manera esas plantas acababan de ser exaltadas por un enfervorizado grito de lucha de uno de los suyos al otro lado del mar. Y entonces ellas, a su inescrutable manera, respondían. El golpeteo de ramitas era su extático aplauso; sus balanceos de lado a lado eran señales de júbilo.

Podían sentir batallas inminentes. Victorias inminentes. Podía creer en eso con la misma facilidad con que creía que el sol saldría al día siguiente.

Mi padre observaba esa demostración de los trífidos: ruido, movimiento y, tal vez, incluso emoción. Sus cabellos grises brillaban bajo los rayos del sol mientras sacudía lentamente la cabeza. Su rostro no revelaba ni un ápice de lo que probablemente sentía.

Después de un breve silencio, me dijo:

—David, En lo más profundo de mi ser siempre ha habido un núcleo de optimismo duro como el hierro, pero últimamente... estoy comenzando a tener dudas, ¿sabes?

—Pero ¿seguro que, aquí en la isla, estamos a salvo de los trífidos?

—Nosotros mismos estamos criando algunos aquí, hijo. Aunque de vez en cuando me lo pregunto. Tal vez estemos viviendo realmente en el ojo del huracán. A salvo por ahora, quizá.

—Entonces ¿tú crees que vivimos en un mundo de sueños? —Nunca había oído a mi padre expresar esa clase de dudas; me preocupó—. ¿Que después de todo no podremos sacar adelante esta comunidad?

—Lo que me atrevo a decir es lo siguiente. El destino quiso que tuviéramos un respiro después de llegar hasta aquí escapando del territorio continental. Un descanso. Los últimos veinticinco años han sido una tregua, una pacífica y hasta próspera tregua, te lo aseguro. Pero creo que tenemos que enfrentarnos a una realidad más dura: que llegará un momento en el futuro en que deberemos encontrarnos con el mayor de nuestros desafíos.

—Pero si aquí nos está yendo bien. Tenemos orden, comercio, transporte, hogares, una tasa de natalidad en aumento.

—Desde luego que sí, y eso es todo un milagro. Pero nos hemos vuelto autocomplacientes. Y aquí estamos, a salvo en nuestra pequeña isla. Sin embargo, hace mucho tiempo que le hemos vuelto la espalda al mundo exterior, con excepción de las otras comunidades de las islas Anglonormandas. —Me miró fijamente un instante. Después comenzó a hablarme con una voz tranquila pero grave—. David, escúchame. Somos una sociedad que se ha vuelto brillante en el arte de la reparación. Reciclaje, restauración, renovación. Pero no creamos partiendo desde el principio. No excavamos para sacar minerales de debajo de la tierra con el propósito de fundirlos y obtener metales refinados. Si no estamos haciendo eso, ¿cómo demonios podremos siquiera comenzar a construir tractores o coches completamente nuevos, o fundir aunque sólo sea una simple cucharilla? En estos tiempos, si no podemos encontrar un tractor medianamente decente que fue construido antes de que el mundo se quedara ciego, desmontamos media docena de viejos tractores desvencijados y pergeñamos uno que hará el trabajo. Esas aeronaves en las que vuelas... la más nueva tiene más de treinta años. *Treinta años*, David; ya deberían ser piezas de museo. —Hizo un gesto con la mano para dar más fuerza a sus palabras—. David, lo que sea que estamos consiguiendo no es suficiente. Debemos avanzar y dejar de rebuscar entre la basura, la carroña de una civilización muerta. Tenemos que comenzar a inventar una vez más, a desarrollar nuevas máquinas. Y deberíamos hacer todo eso partiendo desde el principio: extrayendo minerales, fundiendo, buscando nuevos elementos, porque un día ya no quedará nada que rescatar del Viejo Mundo. Entonces, y de eso no me cabe ni la más mínima duda, iremos hacia atrás hasta instalarnos en una nueva época de ignorancia y superstición, de la que podríamos no salir jamás.

De repente lo vi todo claro, sorprendentemente claro. Mi padre preveía un futuro desprovisto de la luz de la civilización, un futuro devorado por todos los oscuros

terrores que traería una época de caos y anarquía como ésa.

Más tarde, esa misma mañana, conduje una cuidadísima batidora de cuarenta años desde el parque de automóviles a través de las tierras bajas, bañadas por el sol, hasta llegar a Shanklin, donde estaba amarrado mi barco volador, listo para el corto viaje hasta el territorio continental. (Un vuelo que, como vosotros seguramente recordaréis, sería interrumpido de golpe por el vuelo suicida de la gaviota.) Mientras conducía el coche con cuidado por los estrechos caminos campestres, pensé en lo que me había dicho mi padre. Y me pregunté qué forma adoptaría esa nueva época oscura.

Y resultó que mi reflexión acerca de un inminente anochecer metafórico estaba lejos de la verdad. Porque los horrores negros que llegarían serían literales. La oscuridad real.

Y absoluta.

4. TIERRAS NOCTURNAS

Me alejé de la oficina de correos corriendo a toda pastilla. En la mano izquierda llevaba el farol encendido. En la derecha, una puerta de armario que había arrancado de sus bisagras y que esperaba que me sirviera de escudo si llegaba a estar al alcance del látigo aguijón de un trífido.

El operador de radio me había dicho que me quedara sentado y tranquilo en la oficina de correos. Pero cuando los aguijones de los trífidos comenzaron a dar golpes secos contra los cristales de las ventanas, dejando rayas de veneno como saliva sobre el cristal, me di cuenta de que esconderme allí como un cobarde significaba que sería culpable de homicidio involuntario por incomparecencia.

Los trífidos habían invadido nuestra isla. Eso estaba claro. Ya habían matado. Volverían a hacerlo. Y cerca de allí seguramente había docenas de isleños desprevenidos. Sabía que tenía el deber de advertirles.

Ahora me movía lo más rápido que podía, con mi luz y mi escudo.

El día seguía siendo tan negro como... como la noche. No podía ver más que a unos pocos pasos delante de mí. De repente fui totalmente consciente de que ni siquiera vería al trífido que podría matarme, teniendo en cuenta que podía atacar con su látigo de tres metros desde la oscuridad más allá del pequeño círculo de luz irradiada por el farol.

Un problema adicional: no conocía bien la zona. No obstante, recordaba que subiendo por la colina desde Bytewater había un camino estrecho. Y ese camino subía atravesando campos abiertos hasta llegar a una de las Casas Madre. Allí, los trífidos encontrarían objetivos fáciles. Niños jugando en los jardines; las madres, algunas de las cuales eran ciegas, llevando bebés en cochecitos o yendo de aquí para allá ocupadas en sus faenas.

De modo que corría atravesando esa absoluta oscuridad, con la respiración agitada resonando en mi garganta y el corazón palpitándome ensordecedoramente. Lo único que podía ver eran mis pies avanzando y un escaso metro cuadrado de la superficie del camino bajo ellos.

Cada cierto tiempo, tumbados en el suelo, veía un pájaro derribado o un gato, que habían sido alcanzados por el zarcillo venenoso de un trífido. Y lo que es peor, en seguida tuve muy claro que los patrones de conducta de las mortíferas plantas habían cambiado. En lugar de cometer un asesinato y luego echar raíces junto a su víctima con el fin de alimentarse de ella cuando comenzara el proceso de putrefacción, ahora un trífido mataba y seguía su camino en una búsqueda despiadada de nuevas víctimas. No había manera de saber exactamente qué había originado esta nueva pauta, pero significaba que ahora eran aún más peligrosos.

Corrí, aguzando la vista para ver un poco más, buscando la característica figura

oscilante de dos metros y medio de altura de la planta asesina en busca de nuevas presas.

Tenía los nervios de punta, estaba extremadamente sensible a cualquier sonido, a cualquier movimiento, a cualquier forma que pudiera entrever por el rabillo del ojo sin importar cuan fugazmente. Más de una vez me agaché, levantando simultáneamente la puerta del armario para protegerme la cara, sólo para después bajarla y descubrir que me estaba protegiendo de una señal en el camino o de un vulgar arbusto espino.

No me permití hacer demasiados descansos. Podía ver en mi mente con espantosa claridad esas plantas asesinas moviéndose sobre sus espasmódicos tocones de tres patas, entrando en los jardines de la Casa Madre, lanzando los agujones aquí y allá para golpear los rostros de los niños y de las mujeres.

Me horrorizaba pensar que llegaría a la casa y me quedaría allí de pie con el farol en alto, mirando impotente a mi alrededor, con docenas de cadáveres en el suelo con los brazos arrancados y los rostros congelados en expresiones de agonía post mórtem.

El viento traía un sonido de silbido. En seguida giré bruscamente la puerta del armario y la coloqué delante de mi rostro. Un segundo después sentí el golpe del agujón contra el otro lado de la puerta. La fuerza del golpe fue tal que me hizo perder el equilibrio.

Oí ramitas golpeteando contra tallos, con la fría seguridad de que habían encontrado otra víctima.

Pero yo no iba a caer en sus garras y convertirme en su víctima tan fácilmente. Protegiéndome con la puerta, seguí corriendo. Un trífido intentó azotarme otra vez con su agujón pero falló mientras me alejaba zigzagueando por el camino. Jadeaba mucho. Me dolía terriblemente el pie que me había torcido al resbalarme en la escalera en la casa del señor Hartlow. Más de una vez casi se me *cae* el farol.

Y el farol, ese pequeño y frágil farol con su mecha de telas, era mi única fuente de luz. Si llegaba a romperlo sin querer, me quedaría impotentemente ciego en esas tierras nocturnas. Me arriesgué a mirar al cielo. A pesar de que debía de ser media mañana, todavía no había ni siquiera un atisbo de claridad.

Llegué a la cima de la colina haciendo un esfuerzo por recuperar el aliento, llevando lúgubrementemente la puerta del armario, que parecía ganar peso a cada paso que daba.

El muro que rodeaba la vieja casa solariega parecía comenzar en el infinito, tan débil era la luz del farol.

Oí un chirrido. Con el corazón aporreándome el pecho me detuve, intentando procesar ese sonido en mi cabeza, esforzándome por unirlo a una imagen de mi memoria.

Chirrido, chirrido...

Tenía que ser el movimiento de un trífido sobre el camino de grava.

Presioné el rostro contra la puerta del armario, esperando el golpe del aguijón.

—¿Sí? ¿Qué desea? —me preguntó una voz de mujer.

Me sorprendió tanto oír la voz de un ser humano que me quedé congelado.

—¿Hola? Ay, no sea tonto. Sé que hay alguien ahí.

Entonces volví a oírlo: chirrido, chirrido.

Levanté el farol.

Pude ver con la luz a una de las madres ciegas. La reconocí gracias al característico pañuelo blanco en la cabeza que todas llevaban. Estaba rastrillando enérgicamente la gravilla del suelo, allanándola por donde los carros habían formado rodadas. Cada tanto «miraba» en mi dirección con ojos que, a pesar de ser ciegos, revelaban sin embargo una aguda inteligencia. Y, aunque debía de tener unos setenta años, conservaba una fuerte energía; las piedrecillas de caliza blanca burbujeaban bajo los dientes de ese vigoroso rastrillo.

—Madre... —dije jadeando, encontrando por fin la voz y dirigiéndome a ella formalmente por su título.

—Madre, tiene usted que regresar a los jardines y cerrar las verjas.

—Tengo, ¿tengo, joven? —Sí. Hay...

—¿Y quién me está dando órdenes tan insolentemente? —Lo siento. Mi nombre es David Masen. —¿Masen, eh? ¿Alguna relación con el señor Bill Masen? —Sí, soy su hijo.

—Entonces, señor Masen *júnior*, ¿por qué tanta prisa y tanta agitación?

En ese momento, la luz del farol se atenuó hasta convertirse en un débil fulgor. Había abandonado con tanta prisa la casa de campo del señor Hartlow que no me había fijado en cuánto aceite (aceite de trífido, qué ironía) quedaba en el depósito. La oscuridad no tardó en precipitarse cubriendo el único metro de luz que me rodeaba, como el aire que entra a raudales para llenar un vacío. A mi alrededor acechaban las serpenteantes y monstruosas sombras de arbustos, árboles y quién sabe qué más.

—Por favor, madre.

Miré asustado de un lado para otro. Ahora ya no podía ver nada con el farol.

—Madre. Hay trífidos acercándose hacia aquí.

—¿Trífidos?

Sonaba sorprendida, e inmediatamente dejó de rastrillar.

—¡Será mejor que no se trate de una broma, jovencito!

—No es una broma, madre. Por favor... tenemos que cerrar las verjas. Llegarán en cualquier momento.

Eché un vistazo hacia atrás, en la dirección por la que había venido. A mi espalda no había más que oscuridad, una espantosa oscuridad.

—Rápido —me dijo, tomando conciencia del peligro.

—Usted ocúpese de la verja de la derecha. Yo me ocuparé de la que está a la izquierda.

La luz de la lámpara se extinguía rápidamente a medida que se agotaba el aceite. Apenas podía distinguir las verjas de hierro trabajado que medían casi tres metros. Sin embargo, cuando estaban cerradas tapaban el espacio en el muro de ladrillos de aproximadamente la misma altura. Rogué que el muro trazara un círculo alrededor de toda la propiedad, y que no hubiera más verjas abiertas. Al fin y al cabo, los trífidos eran lo bastante astutos para seguir el recorrido de una barrera hasta encontrar una abertura. Y entonces estarían dentro: envenenando, cegando, matando.

A lo lejos oí las voces agudas y excitadas de unos niños.

Mientras la madre cerraba de golpe la verja con un candado, le dije:

—Madre, ¿hay alguna manera de hacer que los niños entren inmediatamente en la casa? Si se acercan demasiado a los muros pueden quedar al alcance de los agujones de los trífidos.

—Haré sonar la campana de la escuela —me dijo, mientras, con un infalible sentido de la orientación, se alejaba rápidamente por el camino de entrada.

—Venga conmigo, joven, usted puede ayudar. Los niños están muy alborotados; dicen que el cielo aún está oscuro.

—Lo está.

La madre se detuvo.

—¿Cómo de oscuro?

Le dije que sin un farol no podía ver mi mano frente a mis narices.

Se quedó pensando unos instantes.

—Primero oscuridad, luego los trífidos... parece un presagio bastante siniestro, ¿no es cierto?

En ese momento, la luz de mi farol se apagó por completo. A pesar de que se suponía que estábamos a salvo, al menos de momento, tuve un doloroso espasmo en el estómago. Había perdido una vez más la capacidad de ver.

Tragué saliva.

—¿Tiene usted un aparato emisor y receptor de radio? Necesitamos ponernos en contacto con las autoridades. Ya les he advertido sobre los trífidos, pero deberíamos hacerles saber que de momento estamos a salvo.

—Desde luego que deberíamos hacer eso, señor Masen. Sígame, subiremos a la casa. Está justo debajo de esos árboles de allí.

—Eh, disculpe, madre.

—¿Por qué está usted tan nervioso, joven? ¿Qué sucede?

—Mi farol se ha apagado.

—¿Quiere decir que está tan oscuro que no puede ver nada?

—Así es, sí.

—Hum, realmente esto es muy extraño, ¿verdad? Bueno, señor Masen, permítame que lo coja del brazo y le haga de guía.

Entonces, esa viejecita que había estado ciega durante treinta años caminó con soltura y eficacia por el camino de entrada, cogiéndome del brazo, conduciéndome a través de la absoluta oscuridad. Nuestros pies hacían crujir la grava.

Caminé con una mano extendida frente a mí, a la altura de los ojos. Como cualquier persona que se queda de repente sin vista tenía miedo de tropezarme con algo duro y lastimarme la cara.

—Señor Masen, ¿ya puede ver las luces de la casa?

—No, no veo nada.

—En cualquier momento las verá. Tal vez todavía estén tapadas por los árboles.

O tal vez, me dije muerto de miedo, *los trífidos ya han logrado introducirse por otra entrada para exterminarnos a todos con sus látigos aguijones.*

—Bueno, señor Masen. He oído muchas historias nuevas acerca del loable trabajo de su padre para exterminar esas malditas plantas. Sin embargo, nunca he oído mencionar *su* nombre.

—Es porque no trabajo con mi padre. No tengo la cabeza que él tiene para las ciencias.

—¿Y qué es lo que hace usted, señor Masen? Si me permite la indiscreción... — Soy piloto.

—Ah, uno de nuestros pocos valientes. Pero esas cabinas deben de resultarle espantosamente estrechas. Me doy cuenta de que es usted un hombre alto, que sobrepasa bastante la media de estatura. ¿Un metro noventa, tal vez?

—Un metro noventa y cinco.

—Qué barbaridad.

Me dio conversación para tranquilizarme, sabiendo seguramente lo incómodo que era, por no decir otra cosa, quedarse de repente sin vista. Pero la verdad es que lo que menos sentía era tranquilidad. No me gustaba esta oscuridad antinatural. No me gustaba nada. Y además sabía que los trífidos estarían apresurándose para llegar a la casa tan de prisa como se lo permitieran sus tocones de madera, como una jauría de perros hambrientos atraídos por el aroma de carne asada.

—¿Está casado, señor Masen?

—No.

—¿No ha encontrado a la chica adecuada?

—En parte. Pero a veces me ausento de la isla durante semanas seguidas. No sería justo para una esposa.

—Ah, un hombre sensible y con la estatura de un héroe. Realmente tenemos que hablar más tarde. Usted es para la isla un elemento más importante de lo que quizá usted mismo se imagine. Y ¿cómo está su madre? Recuerdo haber leído hace mucho

tiempo su gran novela *El sexo es mi aventura*.

—Está muy bien, gracias. Aunque ahora se dedica a escribir exclusivamente informes de laboratorio y los... ¡Vaya! No me esperaba eso.

—El «vaya», supongo, indica que los focos han sido encendidos, ¿no es cierto?

El rostro sonriente de la madre fue la primera cosa que vi gracias a la estela de luz que salía de las lámparas eléctricas colocadas sobre unos postes a lo largo del camino de entrada. Lo siguiente, mientras bordeábamos una densa barrera de arbustos, fue la grandiosa mansión de tres plantas y unos niños jugando en un patio junto a la casa, que estaba iluminado por una serie de lámparas eléctricas más austeras.

—Bueno, ahora que puede ver otra vez podría ayudarme a meter a los niños dentro de la casa. Dio unas cuantas palmadas.

—Timothy, Lucy. Bajad inmediatamente de ese árbol. Cómo demonios pudo identificar individualmente a cada niño que jugaba en el árbol me dejó totalmente perplejo. Luego se acercó hasta algo parecido a un poste de telégrafo que estaba junto al camino de entrada. Atada a él había una cuerda. No pude ver la punta del poste puesto que se perdía en la oscuridad. Pero en cuanto tiró de la cuerda oí el sonido de la campana resonando en el otro extremo de los jardines y en las tierras nocturnas más allá de los muros.

Los niños respondieron obedientemente a la llamada de la campana. Pasaron corriendo junto a mí, gritando con esas voces agudas y excitadas, encantados más que asustados porque el sol no hubiera salido. Por lo que podía ver, estaban entrando atropelladamente en una de las alas de la casa, donde las luces brillaban a través de las ventanas.

La madre seguía tirando con fuerza de la cuerda; la campana seguía sonando. Les indicaba a los niños que regresaran a sus aulas. Pero también les enviaba una clara señal a los trífidos que vagaban por los campos. Para ellos bien podía ser el repique de la campana del almuerzo. Sabía que no tardarían mucho tiempo en agruparse alrededor de la verja, presionando contra ella, poniendo a prueba su solidez.

Una madre vidente de unos veinte años se acercaba hacia nosotros por el camino.

—Ya están todos los niños dentro, madre Susan.

—Gracias, madre Ángela. Lo mejor es que tú también entres ahora. Y, por favor, pídeles a todas las madres y a las auxiliares que se reúnan en el refectorio, necesito hablar con todas vosotras.

—Sí, madre.

Después de dedicarme una mirada evaluativa regresó rápidamente a la casa.

Ahora no se podía hacer nada más que esperar.

Todas las verjas que daban a los jardines habían sido cerradas. Resistirían el ataque de los trífidos durante no más de una hora o así, lo que les daría a las brigadas antitrífido tiempo suficiente para llegar. Además, las puertas de la propia casa eran

bastante resistentes en caso de que alguna de las plantas lograra abrirse paso a través de los jardines.

Sin nada más que hacer, deambulé por el viejo edificio durante un buen rato. En la biblioteca, sobre una chimenea de la época de Jacobo I, descubrí una lápida que había sido incrustada en la pared por los constructores de la casa. Allí, cinceladas con bastante profundidad, estaban las palabras *Sol lucet ómnibus*. Por suerte para mí, la traducción había sido inscrita debajo: *El sol brilla para todos*.

Pues, no... ya no, ya no brillaba.

Afuera, el mundo estaba tan negro como el Hades. Y ¿quién sabía durante cuánto tiempo permanecería así?

Después de la biblioteca desanduve mis pasos a lo largo del pasillo. Oí a una clase cantando un antiguo himno en una de las aulas:

*Todas las cosas brillantes y hermosas,
todas las criaturas grandes y pequeñas,
todas las cosas sabias y maravillosas,
a todas ellas el Señor creó...*

El sonido de las voces de los niños en ese momento hizo que un escalofrío me recorriera el cuerpo de punta a punta. Cantaban, sintiéndose seguros y a salvo en su mundo familiar. Pero más allá de los muros, allí afuera en la oscuridad, los trífidos oírían la melodía. Podía verlos en mi mente. Esas plantas grotescas, con los tallos balanceándose de un lado para otro, con la amenaza propia de las cabras que se mueven al son de una flauta. Sólo que esas despiadadas monstruosidades jamás se quedarían encantadas por la música. A la mínima oportunidad, desenroscarían sus látigos de tres metros para azotar las caras de los niños.

La imagen mental me perturbó. Si hubiera sido el encargado, me habría inclinado por llevar a todos los niños a la relativa seguridad del sótano.

La madre Susan, sin embargo, había pensado que era mejor no asustarlos. De modo que, a excepción de la oscuridad detrás de las ventanas, era un día como cualquier otro, aunque sí sugerí que se tomara la precaución de enviar a un cierto número de madres videntes a hacer guardia. Ahora esas madres patrullaban por el tejado del edificio. De vez en cuando, bajaban e informaban a la gran madre de que podían verse unos tallos esbeltos agitándose detrás de los muros con esos movimientos espasmódicos tan característicos.

Más tarde, la madre Susan me encontró infaliblemente en el refectorio, donde me estaban dando té y unas tostadas para recuperar fuerzas. Se sentó junto a mí en una de las largas mesas y me dijo sin preámbulos:

—Señor Masen, normalmente me parece mejor preguntar este tipo de cosas de

forma directa. ¿Está usted registrado en alguna de las Casas Madre?

—¿Registrado? —le pregunté, haciéndome el tonto.

—Bueno, bueno, no se haga el mojigato conmigo, señor Masen, sabe perfectamente a qué me refiero. Entonces ¿está registrado o no?

—No, no lo estoy.

—Pero la población de la isla se beneficiaría enormemente de una sangre tan buena como la suya.

—Pues no sé si...

—¿No tiene ninguna objeción filosófica o eugenésica?

—No, pero...

—Pues, entonces ya está resuelto. Cuando esta pequeña tormenta se haya acabado y una vez que regresemos a nuestra rutina de siempre, tiene que hacernos una visita y quedarse a cenar.

—Tendría que volar a...

—Ay, no vamos a presionarlo, señor Masen —me dijo con una sonrisa brillante—. ¿Le parece bien el próximo viernes?

—Eh, no estoy seguro...

—¡Excelente! Entonces quedamos para el viernes que viene. Y recuerde: no todo el monte es orégano. Bien, lo dejaré con sus tostadas. Y no deje de probar la mermelada de grosella silvestre, es sublime. —Mientras se ponía de pie me sonrió una vez más, antes de agregar con aire despreocupado—: Bueno, no todos los días es invitado uno a contribuir de un modo tan físico en la repoblación del mundo, ¿no es cierto?

—Eh, no... No, no sucede todos los días.

Me dejó sintiéndome un poco aturdido y con su extraordinaria invitación resonándose en la cabeza. Invitación a la que desde luego dedicaría gran parte de mis pensamientos.

En ese momento, a pesar de encontrarme sumido en la oscuridad cuando tendría que haber sido de día y de mi alarma por la incursión de los trífidos que habían cruzado el Solent y llegado a la playa de Bytewater, seguía creyendo que mi vida, tarde o temprano, volvería a ser como antes. Seguiría transportando pasajeros en avión hasta las islas Sorlinga, Jersey y Guernesey, y haciendo de vez en cuando incursiones en el territorio continental. Cuando desperté en las tierras nocturnas no tenía ni idea de que todo eso había acabado. El futuro que había previsto se había roto en mil pedazos, quedando completamente destruido como un cristal que estalla.

Más tarde, ese mismo día, las brigadas antitrífido llegaron con sus equipos protectores, armados con fusiles. Esos equipos de hombres y mujeres habían sido formados con gente de toda condición. En cuanto sonaba una alerta de trífido, ellos abandonaban lo que estuvieran haciendo y corrían a los puntos de encuentro que

tenían designados, preparados para enfrentarse a cualquier ataque de esas plantas. Cuando aparecieron me sentí convencido de que la vida recuperaría la normalidad.

Desde una de las ventanas de la planta superior de la Casa Madre observé cómo los vehículos se acercaban a las plantas con los faros encendidos. En cuestión de minutos, los trífidos estaban siendo eficientemente decapitados y privados, así, de la capacidad de atacar. Luego fueron derribados uno a uno y se les cortaron también los tocones de madera. Después de eso, los tallos y los troncos de madera fueron transportados para ser procesados y reducidos a pasta de papel, como si no fueran más siniestros que fardos de residuos de papel.

En cuestión de escasas horas, la isla había sido librada de la invasión de los trífidos. Las emisoras de radio anunciaban la noticia a toque de trompeta.

Pero aún quedaban unos siniestros signos de interrogación colgando del oscuro cielo que nos cubría.

¿Qué había pasado con la luz del día?

¿De dónde demonios habían salido los trífidos tan de repente y tan asesinos?

Pero, tal como estaban las cosas, no haría falta esperar mucho tiempo para tener las respuestas a esas preguntas. Esa tarde recibí un mensaje urgente reclamando mi presencia inmediata en la base aérea.

No me imaginaba que ese corto trayecto sería la primera etapa del viaje más extraordinario de mi vida.

5. CIELOS OSCUROS

Hacia las tres y media de esa tarde, el ritmo de los acontecimientos se estaba animando.

Un coche castigado por el clima pero mecánicamente sólido me llevó de regreso desde la Casa Madre de Bytewater hasta mi base aérea al otro lado de la isla.

Los focos brillaban iluminando la pista y los hangares de las aeronaves, con el mundo aún inmerso en una absoluta oscuridad.

Me recibió la ayudante personal del comandante de la base aérea y me dijo que me pusiera el traje inmediatamente. Tenía que coger nuestro único reactor de combate Panther y determinar hasta dónde se extendía la cubierta de nubes.

—¡Masen, he oído por ahí que fuiste abatido por una gaviota!

La alegre voz de *Mitch Mitcheil* me recibió en cuanto atravesé la puerta del vestuario. Era un hombre pequeño, pero tenía unos largos brazos nervudos con los que a veces se ganaba el apodo adicional de Mono. Desde la radio que había en una esquina salía una selección de alegres canciones del programa de Noel Coward, que hacían vibrar las ventanas del vestuario. La Radio de la Isla estaba aportando su grano de arena para levantar el humor de la gente. Una irónica *Habitación con vistas* fue seguida de un pastiche compuesto precipitadamente, llamado *No seamos brutales con el trífido*.

Mitch Mitcheil me lanzó una galleta y luego se volvió para echar agua hirviendo en una tetera.

—Entonces ¿qué pasó con esa gaviota? ¿Qué llevaba?, ¿un cañón de treinta milímetros o misiles aire aire?

—Muy gracioso, Mitch.

—¿Muchos daños?

—Se rompió la hélice. Estará arreglada mañana.

—Así que te toca el papel de héroe, ¿no es cierto?

—No me gusta cómo suena eso.

—Mañana serás la noticia de primera plana, tesoro.

—Espero que por una buena razón.

—Las chicas van a hacer cola, macho.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que sí, tío. Y después, basta de cuñas. Abres la válvula reguladora y estarás en el gran más allá de los excesos con más faldas de las que puedas merecer.

—Pero los héroes tienen la costumbre de acabar muy muertos y muy de prisa.

Era nuestra típica manera de bromear. Había hecho toda la escuela de piloto con Mitch y para entonces habíamos desarrollado una especie de dialecto propio que a cualquier otra persona le resultaba desconcertante. Mientras nos lanzábamos chistes

breves, como dos jugadores de tenis disfrutando de un peloteo constante, me puse el traje presurizado.

Hecho de un resistente algodón vulcanizado con cuello y puños de neopreno, me quedaba tan bien como una segunda piel. De la cadera colgaba un trozo de manguera que luego sería conectado al suministro de aire de la aeronave.

—¿Hay alguna noticia sobre lo que está causando el apagón? —pregunté.

—Ha habido boletines informativos por la radio, sugiriendo que se trata simplemente de una capa muy espesa de nubes...

—La mar de espesa.

—¿Té?

—Gracias.

—Pues si me lo preguntas a mí, David, ha dejado perplejos a los científicos. ¿Qué aparato te llevas?

—El Panther.

—Vaya suerte tienes. Los dioses te sonrén, viejo.

—Esperemos que así sea.

Terminé de subir la resistente cremallera que me cruzaba el pecho.

Justo en ese momento, la ayudante del comandante asomó la cabeza por la puerta.

—¿Estás decente?

—Más de lo que nunca estará —bromeó Mitch. —Cambio de planes —me dijo.

—El jefe le ha ordenado al equipo de tierra que sacara el Javelin.

—¿El Javelin? Pero es un biplaza. ¿Qué le ha hecho cambiar de opinión?

—A mí no me lo preguntes. —Me lanzó una sonrisa de pintalabios color cereza—. Yo sólo trabajo aquí.

—Quizá quieran que yo te coja la mano, David —dijo Mitch sonriendo—. Yo puedo ahuyentar a todos esos malintencionados pájaros que no dejan de atacarte.

—Tal vez —le respondí—. Quizá sea mejor que también te prepares.

—¡Anda! A mí también me van a convertir en un héroe —exclamó—. Esas chicas van a abalanzarse sobre mí, espera y verás, amigo. —Cuando comenzó a aflojarse la corbata, llamó a la bonita ayudante que justo estaba yéndose—. Oye, preciosa, tengo una idea: ¿qué te parece si paso a buscarte esta noche a eso de las ocho?

—Yo tengo una idea mejor. —Le lanzó una sonrisa—. Ni te molestes.

Mitch se encogió de hombros y luego me guiñó un ojo.

—Bueno, no dijo que no exactamente, ¿verdad?

Los esfuerzos de Mitch para intentar deslizarse en el traje presurizado fueron en vano. Cuando nos presentamos en la oficina del jefe fue para escuchar que llevaría conmigo a un pasajero en el reactor de combate biplaza.

Para entonces había comenzado a llover. Por alguna razón, el sonido de las gotas de lluvia golpeteando en el techo de hierro ondulado me pareció de mal agüero.

El comandante Reynolds, más conocido como «el jefe», tenía por lo menos sesenta y cinco años y una papada tan grande que parecía un viejo bulldog que acaba de despertar de una profunda siesta.

—Masen —me gruñó el jefe—. Éste es el señor Hinkman.

Un joven de ojos encendidos que estaba de pie junto al escritorio inclinó la cabeza y me tendió la mano. Tenía un aire entusiasta; parecía un estudiante con cara de novato al que acababan de concederle su primera misión.

—El señor Hinkman es meteorólogo —continuó el jefe con su característico gruñido grave—. Eso significa que el tiempo es su fuerte. Irá en el asiento de navegante.

—Sí, señor —dije yo con cierta desgana—. Pero ¿puedo preguntar si el señor Hinkman ha tenido alguna experiencia de volar en un reactor de combate?

—No, yo...

A pesar de que el joven y entusiasta meteorólogo había comenzado a hablar, el jefe gruñó por encima de su respuesta.

—Ninguna, me imagino. Ni tampoco la necesita. Se sentará en la cabina detrás de usted, Masen. Tomará notas, fotografiará lo que necesite ser fotografiado; ese tipo de cosas.

—Sí, señor.

—¿Alguna pregunta?

—No, señor... Bueno, es que...

—¿Sí, Masen?

—¿Tenemos por ahora alguna idea de lo que puede estar causando esta oscuridad, señor?

La lluvia golpeaba aún más fuerte contra el techo mientras el jefe se rascaba pensativamente un pliegue de su papada colgante.

—Personalmente, nunca he visto nada como esto. Está demasiado oscuro para tratarse de una nube normal. Lo más cerca que estuve de esta clase de apagón fue en Suez. La maldita tormenta de arena estalló con tanta fuerza que uno no podía ver su propia mano delante de las narices. ¿Señor Hinkman?

El señor Hinkman se dio cuenta de que lo estaba invitando a contribuir en la conversación. Con entusiasmo, los ojos brillantes, se lanzó.

—Puede que el comandante Reynolds haya dado en el clavo. Las nubes con las que estamos familiarizados en esta parte del mundo están compuestas de partículas de agua o de hielo que no oscurecen la luz por completo. Sin embargo, las tormentas de arena están compuestas de, eh, naturalmente, partículas de *arena*. Éstas conforman una barrera contra la luz mucho más eficaz y tapan literalmente al sol.

El jefe parecía sorprendido.

—¿Tormentas de arena? ¿En la Isla de Wight? ¡No puede estar hablando en serio!

—Bueno, no tormentas de arena propiamente dichas, comandante. Pero para que la luz del día se vea reducida en... bueno, eh, en un ciento por ciento, entonces es que nos encontramos frente a un fenómeno bastante insólito.

—Y nuestro trabajo, señores Masen y Hinkman, es resolver este particular misterio.

Hinkman había comenzado a hablar de nuevo acerca de partículas que hay en el aire, pero el jefe estaba mirando su reloj con atención y seriedad.

—Hora mil seiscientas. Y si no me equivoco, puedo escuchar los motores de su avión. Buena suerte, caballeros.

Hombre de pocas palabras, estrechó la mano de Hinkman y luego la mía.

—Un tiempo atroz, Masen. Lamento tener que enviarlo con un tiempo tan inmundado, pero es necesario, y todo eso.

La lluvia golpeaba contra el techo y a través de la ventana creí vislumbrar el parpadeo azul y blanco de un relámpago.

A pesar de que esos cielos oscuros estaban lejos de ser agradables, yo tenía una cita con ellos que no podía esperar.

Poco después de las cuatro y media estábamos arrellanados en la cabina, con el reactor aún en la pista, esperando el permiso de despeje desde la torre de control.

Yo estaba sentado en el asiento del piloto, y Hinkman, detrás de mí, apenas hacía alguna que otra pausa para tomar aire. A pesar de que estaba vestido igual que yo, con casco y traje presurizado, lo cual debió de haber sido algo bastante extraño para él, su charla era fluida y rápida.

—Hay diez formas principales de nube —me dijo—. Desde la nimboestrato, que se forma a un nivel relativamente bajo, pasando por las altas nubes de cirros y cirrostratos, y así hasta llegar a nubes que pueden existir a una altitud de casi cinco mil metros.

Mientras él hablaba, yo seguía con mis controles previos al vuelo. Mientras tanto, la lluvia golpeaba ferozmente contra la cubierta corrediza de plexiglás del reactor. El olor del combustible ya estaba en el aire. Era una destilación de aceite de trífido. Tenía un olor dulce, como el que emanan las peras cociéndose en un pastel.

—Estoy seguro de que la oscura capa de nubes comenzará a un nivel bastante bajo —estaba diciendo Hinkman—. Pero, puesto que se trata claramente de una variedad de nube conocida como cumulonimbo, que es la que está produciendo esta tormenta, bien puede extenderse hacia arriba hasta una altura superior a los seis mil metros.

Como si los elementos desearan estar de acuerdo con la observación del meteorólogo, un relámpago se bifurcó y atravesó el cielo. Un momento después, un trueno golpeó la aeronave que aún estaba quieta en la pista.

—¿Señor Masen?

—¿Sí?

—Nuestro plan es elegante por su simplicidad. Usted tiene que pilotar el avión, atravesar la nube hasta que lleguemos a la luz del sol para determinar la extensión de la capa de nubes.

—Entiendo.

—¿Este avión puede alcanzar una altitud de 6.000 metros?

—Tiene un límite de unos dieciséis mil metros. ¿Será eso suficientemente alto para usted, señor Hinkman?

—Sí... sí, claro que sí.

En ese momento percibí una cierta disminución de su entusiasmo.

Otro relámpago estalló e inundó el paisaje con una luz azul eléctrica. Las siluetas de los árboles se insinuaron durante sólo un segundo y parecían inmensas bestias peludas reunidas para atacar. Una imagen poderosa. Y también escalofriante.

—Eh, señor Masen...

—David, por favor.

—Ay, sí, claro, claro. Entonces por favor llámame Seymour.

—¿Sí, Seymour?

—La tormenta; no puedo evitar observar que parece bastante fuerte.

—Es una verdadera maravilla, ¿verdad, Seymour?

—Eh...sí.

Oí la tenue parodia de una risa en mi auricular.

—Lo es, David. Ejem... me preguntaba si...

—¿Sí?

—¿Realmente deberíamos volar con este tiempo?

—Como dijo el comandante Reynolds, es necesario.

—Ah, sí, dijo eso.

—Y nosotros *queremos* llegar hasta el fondo de este infernal apagón, ¿no es cierto?

—Sí, sí, por supuesto. Eh... pero ¿no podría... no podría ocurrir que un relámpago cayera sobre nuestro avión?

—No, yo diría que ésa no es una posibilidad, Seymour. Diría que es una certeza.

—Ay, Dios mío.

—No te preocupes. Ayer estrellé un avión, de modo que no creo tener tanta mala suerte para que me pase hoy otra vez, ¿no crees?

—Yo... eh...

—Ahí está la luz verde. Agárrate fuerte, Seymour. Esta nena sabe bien cómo moverse.

Pensé que había comenzado a decir algo, hasta pudo haber sido una oración. Pero el rugir de los motores ahogó sus palabras. Momentos más tarde nos elevábamos

hacia lo que fuera que se extendía sobre nosotros.

6. EXPLORACIÓN

Con todo bajo control, había esperado un vuelo de rutina. Lo que descubrí algunos segundos más tarde me dio mucho que pensar.

Era cierto, las condiciones no eran las habituales. El tiempo era atroz. Y también era cierto que había despegado en medio de una absoluta oscuridad con Seymour Hinkman, el ahora sumamente introspectivo, y ¡Dios mío!, tan callado, meteorólogo. No obstante, este avión, el Gloster Javelin, era una aeronave de combate que resistía todas las inclemencias del tiempo y que había sido diseñado para enfrentarse eficazmente a cualquier ataque, incluso en el Ártico y en pleno invierno. De modo que remontamos el vuelo. 1.500 metros, 1.800, 2.000... Y todavía oscuridad, aparentemente eterna. Yo mandaba mensajes de radio a la base. Pero había poco que informar.

3.000, 3.500, 4.000 metros.

Para entonces estaba haciendo girar al avión, dibujando largos círculos de más de 32 kilómetros alrededor de una Isla de Wight invisible bajo nosotros. Seguí elevándome, los motores bramaban. La poca agua que quedaba en la cubierta corrediza del reactor fue barrida por las ráfagas de viento de casi mil kilómetros por hora. 5.500 metros.

El altímetro se aceleraba; por el contador rodaban cifras cada vez más y más altas. Oí una fina voz en mi oído.

—David... ejem, Da, David... ¿la hemos atravesado sin problemas?

—¿La tormenta? Sí, ningún problema. —¿No nos ha alcanzado ningún relámpago? —Nos han caído seis.

—¿Seis? —De repente su voz sonó ahogada—. ¿Seis?

—Seis —confirmé yo tranquilamente—. No te preocupes. Los instrumentos se han animado un poco. Pero como no estábamos en tierra no hubo ningún daño.

—Gracias a Dios —dijo Seymour con alivio.

No pude verle la cara cuando eché un vistazo hacia atrás, debido al casco, la visera y la máscara de oxígeno, pero pude ver cómo su cabeza giraba a izquierda y derecha. Al parecer, ahora le dominaba el miedo lo suficiente para interesarse una vez más por lo que lo rodeaba.

—¿A qué altura estamos exactamente? —me preguntó.

—Estamos llegando a los 6.000 metros.

—Deberíamos estar acercándonos a la parte superior de la nube.

—¿Ves algo? —le pregunté.

—Ni un solo pájaro. ¿Y tú?

—Nada. Seguiré subiendo.

—¿Crees que podrás... eh... encontrar el camino de regreso?

—No te preocupes, estoy en contacto por radio con tierra, y ellos nos tienen bien controlados en su pantalla de radar. Ahora mismo estamos directamente sobre Winchester.

—Winchester —dijo Seymour haciendo eco de mis palabras—. Madre mía. Mi padre fue profesor de deportes en una escuela de allí. ¿Sabes?, escapó a la ceguera porque se cayó de un poni de polo el día anterior a que las luces aparecieran en el cielo. Aquello lo dejó dormido durante cuarenta y ocho horas.

Me descubrí sintiendo simpatía por Seymour. La pequeña dosis de miedo que le había inoculado nuestro despegue en medio de una tormenta lo había humanizado muchísimo.

—Voy a ladearme hacia la izquierda —le dije—. Eso nos llevará hacia el sur, otra vez hacia la costa. ¿Cómo te sientes?

—Bien, gracias. Bueno... un poco mareado y con náuseas pero creo que se me está pasando.

Un momento más tarde los números blancos hicieron clic y pasaron la marca de 7.500. —Seymour. 7.500 metros.

—Me atrevo a decir que nos hemos encontrado con unas nubes rompedoras de todo récord, David. Deberíamos... Espera... espera un momento. —Su voz se apagó—. Puedo ver formas de nubes; debemos de estar casi sobre ellas.

Miré hacia arriba, en busca de un pálido fulgor de luz penetrando a través de una nube. Todavía no había nada. Aumentando la fuerza de propulsión de los turborreactores gemelos Sapphire, subí aún más.

8.000 metros... 8.200, 8.500.

En cualquier momento, me dije a mí mismo. En cualquier momento entraríamos de repente en un paisaje de sol, cayendo en cascada sobre unas nubes de lana y algodón.

9.000 metros. Tiré de la palanca hacia atrás y puse la potencia al máximo. Ahora el avión estaba sentado sobre su cola mientras ascendía como un cohete.

A los 10.000 metros nos liberamos de la nube.

—Oh...

La voz de Seymour en mi auricular era de perplejidad, incluso de desilusión.

Habíamos dejado la nube, pero no habíamos encontrado luz.

Por lo menos, no la clase de luz que esperábamos.

El mundo había sufrido una profunda transformación.

—¿Qué...? No... No lo comprendo...

Oía la voz de Seymour pero mi atención estaba centrada en la luz que había en el cielo.

Imaginad un ámbar moribundo. Imaginadlo tan sólo unos momentos antes de que el fulgor abandone la ceniza. Hay una rojez, pero es un rojo muy, muy apagado que

no promete nada más que la muerte del fuego.

La luz que vi me recordó esa clase de fulgor a punto de extinguirse. Porque todo lo que podía ver, desde el límite de un horizonte, a lo largo de todo el arco del cielo, y hasta el siguiente horizonte, era ese mismo rojo almizcleño. La luz que daba era muy escasa. Y se veía fría. Incluso más terriblemente fría de lo que era de todas formas a esa altura. El aire gemía sobre las alas del avión en un canto casi fúnebre. Un canto que dio voz a mis sentimientos, de repente aprensivos.

—No lo entiendo —dijo Seymour.

—La nube está debajo de nosotros. Pero, entonces ¿dónde está el sol?

Durante media hora describimos círculos en ese cielo sombrío. Su rojez profundamente apagada ofrecía muy poca luz. Lancé una mirada a lo largo de las alas de metal del avión. Normalmente, durante las horas del día y sobre las nubes, la brillante luz del sol danzaría sobre toda su extensión, desde el principio hasta la punta. Ahora la *luz* teñía esa superficie generalmente plateada del color del óxido.

—De modo que no puede ser una nube común y corriente la responsable de la oscuridad —me atreví a decir por fin—. Al menos, no son nubes de tormenta.

—No —se mostró de acuerdo Seymour—. Lo han exagerado, de eso no cabe duda. Pero tiene que haber otra capa de nubes que esté escondiendo el sol.

—Pero tú dijiste antes que probablemente la nube no estaría por encima de los 7.500 metros, ¿no es cierto?

—Sí, eso es cierto. Pero si puedes, intenta volar más alto. Efectivamente llevé el avión aún más alto. De hecho, hasta su límite máximo de 16.500 metros, donde ni un solo ruido del motor llegaba a la cabina a través de la enrarecida atmósfera. Allí el cielo debía de haber sido casi negro en lugar de azul. Pero sólo se veía ese oscuro rojo.

Aunque nos hubiéramos equivocado de hora y hubiéramos volado después del atardecer, habríamos visto un fantástico despliegue de estrellas brillando como diamantes. Era como si los mismísimos dioses se hubiesen cansado de la Tierra y le hubieran arrojado encima una mortaja roja.

Hablé con la central durante unos minutos. Creí oír al jefe al otro lado de la línea, gruñéndole instrucciones al interlocutor en tierra. Cada cierto tiempo, un siseo de interferencia sonaba en mi oído mientras los relámpagos causaban estragos sobre el aeródromo. Detrás de mí, Seymour escribía sus notas y sacaba fotografías.

Eché un vistazo a los indicadores de combustible. Las agujas señalaban que a los tanques les quedaba un cuarto.

Se nos había acabado el tiempo. Le dije a Seymour que guardara la cámara. Nos íbamos a casa.

Aflojé la potencia y dejé que el avión descendiera. Hasta el último momento del aterrizaje iríamos a ciegas. La torre de control tendría que darme instrucciones para

acercarme hasta que pudiera ver las luces de aterrizaje de la pista.

Ya me estaba imaginando al control de radar estudiando esmeradamente su pantalla, observando la gran señal en el radar que nos representaba a nosotros.

Detrás de mí, Seymour estaba un poco más animado y, aunque me imagino que más que hablarme a mí pensaba en voz alta, estaba especulando sobre la causa de la pérdida de la luz del sol.

—Las erupciones volcánicas pueden lanzar restos a la atmósfera superior y, como resultado, producir la obstrucción parcial del sol. Pero nunca hasta este punto, al menos, no hay nadie que lo recuerde. La erupción del Krakatoa redujo de manera significativa la cantidad de luz solar que llegaba a la superficie de la Tierra. Eso, a su vez, tuvo como resultado el descenso de las temperaturas en todo el mundo y supuso una sucesión de terribles inviernos y frescos veranos. Pero *esto* es algo sin precedentes. Si decidimos seguir adelante, tendríamos que especular que...

Oí al control de tierra en mi auricular.

—Reduce la altitud hasta 4.000 metros, mantén la velocidad de 700 kilómetros por hora, mantén rumbo hasta...

Una vez más hubo interferencias que sonaron en mi oído como una ola rompiendo contra un malecón.

Esperé el regreso de la voz serena del control en tierra. Seguía habiendo interferencias.

—... Por lo tanto —estaba diciendo Seymour—, está claro que ni partículas de agua ni de hielo pueden ser responsables de esta importante disminución de la luz del sol. Si las erupciones volcánicas no son responsables, entonces nos vemos forzados a...

—Control tierra. ¿Me recibís? Cambio. —La cantidad de restos en la atmósfera superior tiene que ser fenomenal. Uno podría... —Seymour —dijo de repente.

—¿Sí?

—Tenemos un problema.

—¿Qué clase de problema? —Hablabas casi distraídamente; estaba claro que seguía pensando en sus propios cálculos mentales.

—He perdido el contacto con el control en tierra.

—¿Y eso es grave?

—Sí. Muy grave.

—Inténtalo otra vez.

—Ya lo he hecho. No responden.

Abrí la válvula reguladora, y el afilado cono del morro del reactor de combate se alzó. El altímetro dio marcha atrás en su avance hacia abajo a medida que recuperábamos altura.

—Estamos subiendo —dijo Seymour innecesariamente—. Necesitamos aterrizar,

¿no es cierto?

—Así es. Pero preferentemente en la pista, no en la huerta de repollos de alguien.

—¿Quieres decir que no podemos aterrizar hasta que restablezcamos contacto por radio?

—Algo así —le respondí.

—Voy a dar vueltas durante unos minutos mientras, espero, arreglan este contratiempo técnico.

Así que dimos vueltas durante diez minutos...

Doce minutos.

Quince, dieciséis.

Los indicadores de combustible avanzaban lentamente hacia esa siniestra zona roja.

Aún no teníamos contacto.

Y aún no había luz más allá de la cabina del avión. Ni siquiera ese triste cielo rojo. Había mucha altitud por encima de la nube por la que estábamos nadando. El Javelin era como una anguila deslizándose a través del lecho de cieno de un río especialmente sucio.

Después de diecisiete minutos le dije a Seymour:

—Si nos quedamos aquí arriba durante mucho tiempo más, tendremos que salir y caminar.

—¿Cómo?

—No te inquietes, es un chiste de pilotos.

Deslicé suavemente la palanca y el avión descendió. Iba a agregar algo sobre cómo utilizar el asiento eyectable si nos quedábamos sin combustible. Pero, en ese entorno lóbrego y teniendo en cuenta que Seymour era un auténtico principiante de la aviación, habría sido más considerado ponerle sencillamente una pistola en la cabeza.

Con el contacto por radio perdido, tendría que depender de algún cálculo estimativo que me llevara a establecer contacto visual con las luces de la pista de aterrizaje. Antes del despegue habían disparado un par de bengalas, que habían mostrado que la distancia de seguridad que había entre el suelo y la nube era de 300 metros.

Si bajaba cuidadosamente con el avión, podría deslizarme sobre la superficie inferior de la nube sin peligro de estrellarme contra la ladera de una colina ni nada parecido. Aunque un altímetro a esa altura ya no es un instrumento preciso, el Gloster Javelin tenía un par de luces de aterrizaje sumamente potentes. Incluso a una distancia de 300 metros de altura sería capaz de ver si estábamos volando sobre tierra firme o sobre agua.

Hice descender el avión tranquilamente hasta la marca de 300 metros.

Me quedaban tal vez siete minutos de combustible.

Cualquier tipo de aterrizaje en esas circunstancias sería, inevitablemente, un aterrizaje difícil.

Había calculado que habíamos volado en un gran círculo subiendo hacia las nubes. En el centro de ese círculo, a lo largo de una línea de radio de unos veinticuatro kilómetros aproximadamente, estaba la Isla de Wight. Me parecía que si seguía avanzando por esa línea a una altitud de alrededor de 300 metros, vería las luces de la pista de aterrizaje, y si no las veía, al menos, vislumbraría las luces de los pueblos y las aldeas.

Pero no había tenido en cuenta que el tiempo estaría aún peor que antes.

Las gotas de lluvia golpeaban la cubierta corrediza de plexiglás como balas de ametralladora. Las luces de la propia aeronave únicamente revelaban aún más extensiones de lluvia, que serpenteaba y se rizaba como el humo.

Me *pareció* que tenía tres opciones, al menos, en lo que se refería a volar.

Opción uno: volar a través de los remolinos de lluvia y la confusión de vientos que azotaban el avión.

Opción dos: volar hacia la absoluta oscuridad de las nubes.

Opción tres: atravesar las nubes y la oscuridad hacia los tristes cielos rojos. (Utilizo la palabra «cielos» refiriéndome al reino que hay sobre tu cabeza, aunque esa región sobre las nubes evocaba más al infierno, y un infierno escalofriantemente oscuro, además.)

Pero, de hecho, las opciones que tenía allí en el aire estaban disminuyendo rápidamente. Con los indicadores de combustible acercándose a cero y sin haber reanudado aún el contacto con tierra, en realidad no tenía más remedio que seguir volando pegado a la superficie inferior de las nubes de tormenta. Volé durante unos treinta segundos a 500 kilómetros por hora aproximadamente. La turbulencia hacía con el avión lo que la brisa con una pluma. La cortina de lluvia reflejaba deslumbrantemente las luces del avión. La estela bramaba lúgubrementemente sobre las alas.

Los latidos de mi corazón se aceleraron; el sudor se deslizaba desagradablemente por mi pecho.

Entonces abandoné las opciones dos y tres. Descendí. Aún no podía ver el suelo bajo nosotros. Y sin embargo a esa altura (el altímetro estaba casi a cero) podría enterrar fácilmente esa aeronave de treinta años de edad *en* la ladera de una de las suaves y ondulantes colinas de la Isla de Wight.

—David... David, ¿puedes ver ya la pista de aterrizaje?

—No.

Pero, claro, no podía ver absolutamente nada. Volví a tirar de la válvula reguladora, bajando la velocidad de vuelo a 450. El morro del avión bajó un poco, y ya estábamos unos metros más cerca de tierra firme.

—Madre mía —dije ahogando un grito.

—¿Qué sucede? —preguntó Seymour.

—Mar —respondí yo secamente.

Acababa de ver olas a unos pocos metros debajo de nosotros.

Tenían motas blancas; las repentinas ráfagas de viento habían removido el mar hasta convertirlo en una masa en ebullición.

Debía mantener la calma y ser sensato. Llevar el avión hacia arriba no tenía sentido. De todas formas se nos había acabado el combustible. Además, si perdía de vista el mar, no sabría cuándo llegaríamos a tierra. Ladeé el avión hacia la izquierda, la punta del ala a babor casi cortaba las olas. Un momento más tarde el morro apuntaba hacia el norte. Ahora tenía que llegar a tierra. Ya fuera a nuestra isla o al continente. Ahora realmente no importaba.

Tendría que aterrizar el avión en los próximos sesenta segundos o nos arriesgábamos a mojarnos más que los pies.

—David, creo que...

—Por favor, ahora no, Seymour. Voy a necesitar toda mi concentración en el próximo minuto.

Cerró la boca.

Debajo de mí podía ver el mar enfurecido. Me pareció que veía incluso gotitas como rocío volando hacia la aeronave.

Una luz roja comenzó a titilar en el panel de control debajo del indicador de combustible. No necesitaba ser un experto en aviación para saber lo que eso significaba. Empujé con cuidado la válvula, intentando conservar el preciado chorrito de combustible, que para entonces sólo debía de humedecer el fondo del tanque.

Con calma, con calma...

Adelante. Una masa aún más oscura. Una masa que no reflejaba las luces.

Me dije a mí mismo que si no era tierra me comería el sombrero, y las zapatillas de postre.

No podía ver afloramientos de rocas, ni árboles, ni casas. Allí abajo todo parecía ser una pradera llana. No había posibilidad de tomar tierra con el tren de aterrizaje desplegado. Si la rueda del morro chocaba aunque sólo fuera con una madriguera de conejo, daríamos una voltereta lateral. Tendríamos que dejarnos caer sobre la suave panza del avión.

—Agárrate fuerte —dije—. Vamos a aterrizar.

Durante un rato, el aterrizaje me hizo perder el interés por cualquier cosa que este vasto e inmenso mundo tuviera para ofrecer.

Finalmente, abrí los ojos y pensé que estaba despertando en la cama.

Sin embargo, podía oír un repiqueteo contra mi cráneo. Con mucho tiento, me toqué la cabeza con los dedos. Estaba entumecida; no sentía nada. Los dedos también

estaban entumecidos.

Luego, de repente, en un momento de clara conciencia, me di cuenta de que seguía sentado en la aeronave. El repiqueteo eran gotas de lluvia cayendo sobre mi casco de aluminio. Alguien había abierto la cubierta corrediza de la cabina.

Me dolía el cuello. Y, a juzgar por el dolor que me subía desde las espinillas, los indicios no eran demasiado buenos. Aflojé el correa de mi traje y gemí.

—David —gritó una voz por encima del repiqueteo de la lluvia—. ¿Estás bien?

Asentí con la cabeza. Ese gesto hizo que me doliera el cuello, pero por lo menos todo se movió tal como esperaba.

—¿Seymour? —pregunté yo.

—¿Sí?

—¿Aún estás en el avión?

—Sí, pensé que sería mejor esperar aquí hasta que volvieras en ti.

—Dios mío. ¿Cuánto tiempo hace que estás ahí sentado?

—Más o menos media hora.

—Eres un idiota. Puede que todavía haya combustible suficiente en los tanques para hacernos volar por los aires. ¿Por qué no has salido?

—No me di cuenta. Lo siento.

Ahora que mis sentidos estaban regresando a su estado normal, vi que a pesar de que fuera del avión aún estaba todo tan negro como el Hades, la lluvia estaba amainando. Pensé que teníamos mucho que agradecerle. Había aplacado cualquier fuego y enfriado el metal caliente, que, de lo contrario, hubiera podido encender el poco combustible que quedaba y abrasarnos hasta convertirnos en cenizas.

Seguí los pasos necesarios para comprobar el funcionamiento de la radio, pero mis pesimistas sospechas no tardaron en confirmarse. Había quedado completamente destrozada por la colisión del aterrizaje. Le dije a Seymour que saliera del avión. Nos deslizamos por las superficies de metal hasta llegar al suelo, aún con los cascos puestos, y cada movimiento me hacía gemir y estremecerme de dolor.

El suelo no sólo estaba empapado, parecía que estábamos chapoteando sobre barro. Evidentemente, había aterrizado en una zona pantanosa. Pero vete a saber en qué lugar de la isla, o del continente, estábamos. Normalmente, yo hubiera sugerido que lo mejor sería esperar hasta que llegaran las primeras luces de la mañana. Pero, puesto que era probable que no llegaran ni las primeras ni ninguna otra luz, no teníamos más remedio que caminar con dificultad hasta llegar a la granja o casa más cercana y, desde allí, comunicarnos con la base aérea.

Examiné mis piernas cuidadosamente durante un momento. A pesar de que me dolían tremendamente las espinillas, no estaban rotas. Estaba bastante seguro de que cuando me desvistiera encontraría una atractiva marmoración de cardenales de llamativas formas en verdes y azules.

Le lancé una mirada al Javelin detrás de nosotros. La luz de la cabina seguía encendida, de modo que había luz suficiente para ver que el avión estaba más o menos intacto. Sin duda, una de las alas sí que estaba medio caída y cubierta por el fuselaje, y el morro puntiagudo tenía vegetación por barba. Pero no había sido un aterrizaje *catastrófico*, después de todo. Al menos, Seymour y yo estábamos intactos.

—En el equipo de emergencias hay linternas —le dije a Seymour—. Las cogeré y luego empezaremos a caminar.

—¿En qué dirección? —Se quitó el casco y se quedó allí de pie; parecía perdido bajo la luz que salía de la cabina—. No sabemos adonde ir.

—Derechos al sur. Si estamos en el territorio continental, llegaremos a la costa. Si estamos en la isla, no pasa nada. Probablemente encontraremos una casa deshabitada por el camino.

Seymour se secó la frente. Supongo que había una buena cantidad de sudor mezclado con agua de lluvia.

—Creo que me vendría bien una taza de té —dijo con un hilo de voz.

—Me apunto, Seymour.

Después de esas palabras, fui hasta el avión a buscar un par de linternas. Cuando regresé descubrí que Seymour Hinkman, el entusiasta meteorólogo, estaba muerto.

7. AISLAMIENTO

Por la mañana abrí los ojos y descubrí que ya no estaba solo.

Allí, a través de la cubierta corrediza de la cabina, pude ver unas figuras siniestras que se balanceaban de un lado a otro. Docenas de trífidos se habían congregado alrededor del avión derribado, ansiosos como una jauría de sabuesos a la hora de comer.

Cada vez había más. Podía ver sus figuras tambaleándose y avanzando hacia mí por el pantano, con las hojas temblando y sacudiéndose a cada paso.

Me quedé un rato observando, hipnotizado por la visión de tantas de esas plantas andantes en marcha. Tal vez en ese momento me sentí como un ratón paralizado ante la mirada fija y penetrante de un gato. Porque sabía, sin ninguna duda, que esos trífidos habían visto en mí la próxima comida que los dejaría colmados.

El cuerpo del joven meteorólogo había desaparecido ya bajo el follaje de los trífidos. Y no quería darle demasiadas vueltas a lo que le hubiese ocurrido allí.

El hecho de dormir en esas circunstancias, acurrucado en los estrechos confines de la cabina después de estrellarnos en el aterrizaje, horrorizado por la muerte de Hinkman y asediado por los trífidos, era extraordinario. Se lo atribuyo a los efectos posteriores del propio trauma. En los momentos más difíciles, el cuerpo humano buscará posponerlo todo durmiendo. Después de todo, un cuerpo descansado, está en mucha mejor forma para sobrevivir que un cuerpo exhausto.

Mientras miraba todas esas cosas que me rodeaban y ahora se agolpaban contra el Javelin, se me ocurrió de repente que había pasado algo maravilloso. *Podía ver.*

La luz había regresado al mundo.

Me conmoví; el corazón me golpeaba el pecho cada vez con más fuerza.

Por lo menos me quedaba algo para ser optimista. Pero era cierto que el sol sólo se revelaba como un mortecino disco no más brillante que un trozo de papel de plata pegado contra el cielo. Un cielo rojo y apagado, además. Pero, por lo menos, podía ver a mi alrededor. La atmósfera superior estaba en su mayor parte libre de nubes, con excepción de algunos jirones de altos cirros, que se revelaban como líneas negras paralelas que atravesaban el cielo.

El que volviera de repente mi cabeza para mirar a un lado y a otro excitó a los trífidos y los hizo actuar. Instantáneamente golpearon sus agujijones contra la cubierta transparente del reactor, creando una lluvia de golpes despiadados. Cada agujijón dejaba una mancha de pegajoso veneno en el plexiglás hasta que casi ya no pude ver nada a través de él.

Las recámaras de municiones de la aeronave habían sido descargadas adrede para reducir peso y aumentar así la duración del viaje. Una lástima; realmente me hubiera encantado presionar el botón rojo de la palanca de mando y enviar esas plantas

asesinas al mismísimo infierno.

Por un momento me quedé inmóvil, controlando mi frenética respiración. Tenía que pensar con claridad y decidir mi próximo plan de acción. Cuando dejé de moverme, los golpes contra la cabina amainaron.

Pronto todo quedó en silencio, salvo por un leve traqueteo que hacían los trífidos golpeando sus pequeños y gruesos «dedos» ramitas contra los troncos.

Me sorprendí pensando en lo que me había dicho mi padre. *Las plantas están hablando*, me había dicho. *Hablan entre sí, intercambian información, hacen planes, tal vez incluso expresan su sueño de dominar el mundo y extinguir la humanidad.* Por primera vez, entendí realmente lo que había dicho. Y lo creí.

Esas plantas infernales eran inteligentes. Incluso ahora estaban avisando a sus vecinos:

*Aquí hay un hombre.
¡Venid, uníos a la fiesta!*

Quedarse allí era la muerte.

No me cabía ninguna duda, sentado allí en la cabina del reactor, rodeado por treinta trífidos o más, con la luz rojiza del día destellando tenuemente en sus hojas.

Era obvio que el avión había aterrizado en el territorio continental. Era igualmente evidente que no podía quedarme allí y esperar simplemente que me rescataran. Los recursos de la comunidad para organizar la búsqueda de un avión caído eran terriblemente limitados. Si la tormenta había destrozado el radar de la isla, así como la conexión radial, entonces tendrían una idea muy confusa sobre dónde comenzar a buscar, además, con poca luz y en medio de cientos de kilómetros cuadrados de un paisaje cubierto de matorrales.

Fuera, el golpeteo de los trífidos era cada vez más acelerado, cada vez más enérgico. Era casi como si pudieran sentir que yo estaba a punto de actuar.

Tenía que pensar en mi plan razonablemente.

Primero, tenía que abandonar el avión para comenzar a caminar hacia el sur, hasta llegar a la costa.

Estaba seguro de que los trífidos me atacarían en el mismísimo instante en que abriera la cubierta. Sin embargo, aún tenía puesto el traje presurizado. Estaba hecho de un grueso algodón cubierto de goma y, una vez que me pusiera los guantes y el casco con su visera de plexiglás, no quedaría ni siquiera un centímetro de piel expuesta.

En teoría estaba tan seguro como dentro de una casa. Pero ¿qué sucedería si el veneno atravesase el material? ¿Y si me sentía ahogado y me veía forzado a levantar el visor?

Supuse que si seguía pensando en esas cosas, los nervios podrían llegar a traicionarme. No tenía más remedio que ponerme el casco y los guantes. Y luego salir a dar un paseo.

Después de abrocharme cuidadosamente el casco (la visera trabada en su posición de protección total) y de asegurarme de que mis guantes se unieran con los puños de goma del traje sin dejar pasar nada de aire, abrí la cabina.

Me sorprendí aguantando la respiración mientras saltaba de mi asiento y salía del avión. Me movía como si estuviera intentando controlar los nervios antes de dar un salto a un estanque de agua helada.

En un instante, me azotaron los agujijones. Aunque el veneno no podía penetrar mi resistente traje presurizado, la fuerza de los golpes asestados contra mi cuerpo era suficiente para hacer que me escociera la piel, mientras que los golpes contra el casco hacían que los tensos músculos de mi cuello vibraran desagradablemente.

En un abrir y cerrar de ojos estaba en el suelo y abriéndome paso a través de las carnosas hojas como un explorador en medio de la jungla virgen. Mi visera quedó toda sucia en cuestión de segundos, con el veneno salpicado a cada golpe de agujijón, reduciendo el mundo a mi alrededor a un cuadro rojo y borroso de sombras en movimiento.

Entreví las botas del hombre muerto, las piernas ya encogidas. Los trífidos modernos se ocupaban rápidamente de su presa.

Después, gracias a Dios, logré atravesar la aglomeración de plantas. Aun así, mientras huía sentía los agujijones chasqueando contra mi espalda como látigos.

Quitó el veneno de la visera con el dorso del guante. Con un poco más de visibilidad pude entonces moverme más de prisa, de modo que no perdí tiempo escapándome del grupo de trífidos de alrededor del avión.

El paisaje que se abría frente a mí era llano, muy llano, y sorprendentemente mullido bajo mis pies. Era como si estuviera caminando sobre un colchón gigante.

El motivo era deprimentemente sencillo o, al menos, eso pensé yo. Sabía que gran parte de las tierras bajas del sur de Inglaterra habían sido zonas pantanosas hacía mucho tiempo y que habían sido drenadas en la Edad Media o incluso más tarde. Con la desaparición de las bombas de drenaje eléctricas y con las zanjas cada vez más tapadas por el cieno, la cota de agua estaba volviendo lentamente a sus niveles originales y, sin duda, convirtiendo las tierras de labranza en cenagales.

Me detuve un momento para revisar el revólver, así como las raciones de emergencia que llevaba colgadas de un hombro en una bolsa de lona. Después de eso, puse toda la atención en la brújula de bolsillo. Cuando localicé el sur, fijé la vista en el lúgubre horizonte rojo y comencé a caminar.

Había muy poca cosa que ver a mi alrededor cuando empecé la caminata. Sólo vegetación, maleza y matorrales; nada de árboles de verdad, ni casas, ni caminos.

Con el horizonte tapado por una neblina color óxido y la visera toda manchada, que no ayudaba ni pizca a la ya escasa visibilidad, tampoco veía nada a lo lejos.

Hacía apenas cinco minutos que estaba caminando cuando vi dónde terminaba la tierra y comenzaba el mar.

Justo cuando me estaba diciendo a mí mismo que ése debía de ser el Solent, que separaba el territorio continental de Inglaterra de la Isla de Wight, se me ocurrió que no podía estar más lejos de la verdad.

Había algo que nunca había visto.

La tierra no terminaba en un acantilado y no había playa. Aunque parezca mentira, la tierra sencillamente se deshilachaba en los bordes, como si se hubiera descompuesto hasta quedar en fibras, fibras que estaban bañadas por la marea.

A medida que avanzaba, ahora muy lentamente, hacia el borde, la tierra se hacía cada vez más mullida bajo mis pies. De vez en cuando perforaba el suelo con la bota y podía sentir el líquido que había debajo.

Limpié la visera una vez más. Aunque me sirvió para ver apenas un poco más, pude observar que esa orilla deshilachada se extendía hacia mi izquierda y hacia mi derecha, quizá casi cien metros o así, antes de volver a extenderse a mi espalda. Podía haber descrito ese trozo de tierra como un cabo promontorio, pero me di cuenta de que la palabra «tierra» era, en el mejor de los casos, una aproximación.

Esa «tierra» era falsa. Era una aberración de la naturaleza. Prudentemente me acerqué al mar. Las aguas destellaban en suaves rojos y naranjas, reflejando el cielo sombrío; hasta la espuma azotada por la fresca brisa tenía el color del óxido. Había cangrejos del tamaño de platos, con opacos caparazones verdes, escabullándose por las malas hierbas.

Por el amor de Dios, ¿en qué clase de mundo había caído? Me lo pregunté una y otra vez mientras me abría camino hacia la orilla, esperando ver en cualquier momento una extensión de roca o de arena.

Pero no.

Observé cómo una ola más grande rompía en la orilla. Su fuerza alcanzó para pasar apenas sobre la «tierra» en la que me encontraba. Sentí la inmensa y lenta onda moverse bajo las suelas de mis botas y avanzar tierra adentro.

Volvió a ocurrir. Y una vez más. Madre mía, ésta no era tierra sólida para nada. Era una masa de vegetación flotante. Una masa inmensa, flotando sobre el mar, alzándose y cayendo en armonía con las olas.

Regresé «tierra adentro» hasta donde la capa de vegetación fuera probablemente más gruesa y, por lo tanto, pudiera soportar mejor mi peso. Porque eso no era más que una balsa colosal de madera, que había quedado a la deriva y unida por una capa delgada de hierba. Debajo de aquello no había más que profundidades de agua salada.

No obstante, albergaba la esperanza de que esta enorme alfombrilla flotante de

vegetación, *podiera* estar todavía unida a tierra sólida. Pero un poco de investigación, que llevé a cabo durante una hora de caminata alrededor de sus límites exteriores, en seguida me dio una idea bastante clara de la verdad. Mi «isla» se dejaba llevar a la deriva por las aguas del mar.

Comprendí que el territorio continental de Inglaterra, en su mayor parte exento de vida humana, podía haberse convertido en una tierra cubierta de matojos; los ríos llenos de cieno habían alterado seguramente sus cursos y las ciudades se habían hundido en cimientos inundados. Sin embargo, la idea de que quizá un enorme bloque de residuos pudiera haberse acumulado en un río, cubrirse de una especie de hierba y luego, simplemente, separarse para convertirse en una balsa flotante y libre de veinte o veinticinco kilómetros cuadrados de superficie, me parecía, como mínimo, algo bastante extraordinario.

A cien metros vi un bosquecillo de trífidos, sus hojas se balanceaban con la brisa. Por lo demás estaban inmóviles, contentos tal vez de estar allí de pie con las raíces hundidas y esperando. ¿Esa gran balsa vegetal era acaso su invención? Tal vez, después de todo, tuvieran cerebros en los troncos. Tal vez habían evolucionado a tanta velocidad que en los últimos veinte o treinta años se habían desarrollado intelectualmente, y esas plantas en particular ya habían adquirido destrezas especializadas. ¿Trífidos jefes militares? ¿Trífidos técnicos? ¿Trífidos ingenieros? Ingenieros cuyo papel consistía en planear, en construir e incluso en pilotar una embarcación como ésta, que llevaría a su raza hacia tierras hasta ahora no conquistadas.

¿Un concepto demasiado fabuloso?

No lo sabía. Pero pregúntale a un granjero la rapidez con que un vulgar y ordinario cardo puede colonizar todo un trigal. O invita a un jardinero para que sea testigo de cómo incluso la más humilde de las margaritas puede invadir, conquistar y dominar toda la extensión de césped de un jardín. Luego pregúntate a ti mismo si una planta que puede caminar, que puede comunicarse, y que puede matar, podría inventar una embarcación así para buscar nuevas tierras. Yo, por mi parte, me di cuenta en ese momento de cómo los trífidos habían logrado llegar a la Isla de Wight desembarcando en Bytewater hacía tan sólo algunas horas. No dudé ni por un instante que nuestra gente encontraría una alfombra de vegetación igual que ésta en la playa. Una que seguramente había transportado a las tropas de ataque de la invasión trífida.

La pregunta que se me ocurría ahora era: ¿adonde llevarían las corrientes esta nave trífida?

El tiempo lo dirá, me dije lúgubrementemente. Mientras tanto, me fijé en un grupo de pequeños montículos que se elevaban en el extremo septentrional de la balsa. En vez de utilizar la cabina del reactor como escondite, decidí investigar qué otros secretos

podía ocultar esa particular embarcación.

8. UNA ISLA ENCANTADA

Lo que encontré entre esos montículos confirmó mis anteriores sospechas. Bajo una mortaja de enredadera, hiedra y musgo, vi los restos de un embarcadero; tal vez uno que había estado en la parte alta de Southampton Water o en el río Avon.

Todavía con el casco puesto, con la visera protectora colocada contra cualquier ataque de trífido, anduve con tiento por los restos. Aquí y allá veía los maderos de un malecón en la alfombrilla de vegetación. Clavado en un sólido poste, un cartel indicaba «Amarres sólo para poseedores de permiso». La letra apenas legible se había descolorido hacía mucho tiempo y quedaban solamente las líneas de la plantilla alrededor de algunas manchas de pintura negra.

En otra parte vi los restos de un zapato de treinta años enredado en las malas hierbas, y lo que reconocí como la carcasa de un aparato de televisión, sin pantalla de cristal ni tubo, dentro de la cual vivía un bello cangrejo con las pinzas más grandes que había visto en mi vida. Cuando me acerqué me lanzó una de sus pinzas; no iba a renunciar sin luchar a su hogar de baquelita.

Sobre mí, el sol rojo seguía brillando lúgubrememente en un cielo color robín. Las gaviotas gritaban, el sonido era tan obsesivamente triste que servía sólo para acentuar la sombría atmósfera. Qué mundo, qué mundo tan exquisitamente sombrío. La luz de color herrumbroso, los desechos de una nación ahora extinta, y una sensación de soledad casi sobrenatural.

Musgo, musgo, musgo; el último rey de Angkor Vat está muerto...

Momentos más tarde caminé entre montículos cubiertos de hierba que eran más grandes que casas. Me sorprendió ver que eran los cascos abandonados de pequeños buques de carga, remolcadores y barcos de pesca. Todo se había fundido hasta convertirse en esa enorme alfombrilla de materia vegetal y, luego, en algún momento, esa balsa había quedado libre para dejarse llevar por la corriente río abajo hasta el mar abierto.

Casi hipnotizado por la escena increíblemente desoladora (una escena que aparecía ante mí como la tumba de todo lo que la humanidad había apreciado alguna vez) anduve con tiento sobre barcos ladeados hacia un lado y otro, medio sumergidos en la malvada vegetación. Por ahí sobresalía la chimenea de un barco. Por allí vislumbré una portilla abierta detrás de unas enredaderas propias de la selva. Y, dentro de la embarcación, había formas que parecían las literas de la tripulación. Reanudé la marcha, apartando de mi camino trozos de malas hierbas, tal vez para revelar un nombre pintado en la proa o una portilla que estuviera cubierta por una piel de musgo.

Repelido y fascinado a partes iguales por esa fusión de la naturaleza con artefactos hechos por el hombre, no estaba preparado para lo que vi después.

De repente me quedé helado al apartar una enredadera colgante del flanco de un yate. La sangre me palpitaba en los oídos. Allí en la portilla había un rostro. Una cara con un par de ojos que me miraban ardientes, más brillantes que nada de lo que había visto desde que caí en esa maraña vegetal. Nos miramos durante un escaso segundo. La intensidad del encuentro me dejó sin aliento.

Luego el rostro desapareció.

Recuperándome de la sorpresa, di un paso hacia atrás, me tropecé con una rama y caí con fuerza sobre el trasero.

Cuando miré hacia arriba vi aparecer una figura en la cubierta del barco. No la identifiqué inmediatamente como una figura humana. Por el contrario, tenía la surrealista impresión de que se trataba de un ser ágil pero no humano, una criatura cubierta de cabellos negros. Iba vestida asombrosamente, con lo que parecían ser vendas que ondeaban con la brisa. Me recordó a una momia egipcia, aunque se movía con agilidad y con mucha vida sobre aquel barco destrozado.

—¡Espera! —grité—. ¡Por favor, espera!

La figura se detuvo y miró hacia atrás. Entonces me di cuenta de que se trataba de una muchacha. Tendría quizá dieciséis años. Tenía los ojos brillantes de miedo; me miraba fijamente como si yo acabara de salir de repente de una tumba.

Luego me di cuenta de que su reacción era perfectamente natural. Porque allí estaba, vestido de algo que a ella debía de parecerle totalmente extravagante, con el casco y la visera de plexiglás ocultándome la cara.

En un segundo me había quitado el casco.

—No te asustes —le dije—. No voy a hacerte daño.

Ante la imagen de alguien que aparentemente se quitaba la cabeza, la muchacha ahogó un grito y levantó dos manos temblorosas frente a su rostro.

Le hablé lo más tranquilizadamente que pude.

—No te preocupes. No te preocupes, por favor. No voy a hacerte daño...

Ahora podía verla un poco mejor. No estaba cubierta de vendas, sino con ropas que estaban hechas jirones. Aunque su cara estaba limpia, incluso se notaba que se la había limpiado con esmero, su mata de pelo era de susto. Nunca había visto un ser humano así. Además, tenía un toque salvaje. Como un gato salvaje.

—Me gustaría hablar contigo, si me lo permites... por favor... No te lastimaré. Mi nombre es David... Estoy aquí por accidente. Como tú.

Ésa parecía ser la suposición más obvia: que de alguna manera esa muchacha se había quedado allí aislada. Pero sólo Dios sabía cómo había evitado llamar la atención de los trífidos durante tanto tiempo.

Le sonreí.

—Créeme, no te haré daño. Me quedaré aquí en el suelo. Simplemente me gustaría...

—Mm... merm urr.

—Lo siento, no...

—Mem urr. ¡Ah! ¡Ah!

Le brillaban los ojos. Parecían expresar vitalidad e inteligencia, pero ¿era muda? O... Me avergüenza decir que sentí algo parecido al asco. Había oído historias de niños abandonados en lo que quedaba del territorio continental, asediados por los trífidos, niños que eran criados por animales como los legendarios Rómulo y Remo. Había considerado esas historias como simples cuentos. Aunque, desde luego, había relatos recurrentes de supervivientes que se volvían absolutamente salvajes. Incluso hasta el punto de perder totalmente el habla humana.

—Merm urr. ¡Ah! ¡Ah!

De repente puso la mano como una garra y se la llevó a la boca.

—Merm urr. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

—Comida... ¿quieres decir que si tengo comida?

Finalmente hubo entendimiento.

—¿Tienes hambre? —Inclinó la cabeza hacia un lado, sin comprender—. Comida. —Describí con gestos el acto de comer.

—¡Ah! ¡Ah! —Comprendió.

Yo sonreí y asentí con la cabeza. La pobre desgraciada podía llevar semanas enteras allí; desde luego, debía de estar muriéndose de hambre. Estiré la mano para coger mi bolsa.

Pero ella fue más rápida. Saltó como un rayo de la cubierta del barco, sus pies descalzos golpearon suavemente la hierba. Luego avanzó hacia mí, asintiendo con la cabeza y sonriendo mientras desenvolvía algo cubierto con lo que parecía ser un trozo de lona.

Me detuve porque comprendí lo que estaba haciendo. *Ella* me estaba ofreciendo comida a *mí*.

Ahora asentía con la cabeza y sonreía, los dientes deslumbrantemente blancos; luego extendió la tela sobre el suelo ante mí como preparando un picnic. Allí, en el centro de la tela había dos cangrejos, y una gran rata.

La muchacha cogió la rata e hizo mímica simulando comérsela, mientras emitía un exagerado «humm, humm». Luego estiró la mano ofreciéndomela para que yo pudiera disfrutar del fruto de su trabajo.

La sonrisa que dibujé en mi rostro era falsa.

La rata, desde luego, no era en absoluto apetitosa. Le goteaba sangre de las ventanas de la nariz, tenía el pelo enmarañado y sus prominentes dientes eran de un amarillo enfermizo.

No quería ofender a mi nueva amiga rechazando el manjar que me ofrecía. En cambio, aún sonriéndole afectuosamente, partí un trozo de galleta de mi paquete de

supervivencia y se lo ofrecí.

Parecía satisfecha con nuestro pequeño ritual, porque volvió a poner la rata sobre la tela, la envolvió rápidamente y luego se la puso bajo el brazo. Pero no rehusó mi ofrecimiento. Como si estuviera cogiendo una castaña caliente del fuego, su mano se movió con la velocidad de un relámpago para coger la galleta de mis dedos.

No era glotonería ni salvajismo; sencillamente era su manera de moverse. De prisa, pero con elegancia.

Miró la galleta. Era obvio que nunca había visto nada cocido. Luego la olfateó y la frotó experimentalmente con el pulgar. Cuando quedó satisfecha, la lamió.

—¡Humm, humm!

Sus ojos se clavaron otra vez en los míos. Brillaban de placer mientras se metía la galleta en la boca y la masticaba ruidosamente, y con evidente placer. Después de tragarla, se chupó uno a uno todos los dedos.

—¡Humm... humm!

—¿Te gusta?

—¡Humm!

Le sonreí.

—Mi nombre es... David... Da vid.

Me miró intrigada.

—Da...Pa...

Volvió a intentarlo, moviendo los labios con aparente esfuerzo.

—Da...pi...pi..:

—David.

Me ofreció una sonrisa radiante. Luego, para mi sorpresa, dijo:

—Papi.

Su voz se hizo más infantil.

—Papi papi papi papi.

En ese momento tuve de repente una imagen mental de claridad casi sobrenatural. Vi una comunidad en el territorio continental, luchando por su supervivencia. Allí, una familia: padre, madre, niña pequeña. Luego sobreviene el desastre. Todos mueren, menos la niña. Los horrores que la pequeña soportó para sobrevivir hasta llegar a la madurez podrían llenar un libro entero. Crecer salvajemente y en soledad, acosada por constantes peligros.

—Papi papi papi —repetía la palabra, encantada—. Papi, mami, tía Sue, limpia cara... Papi mer murr. ¡Limpia cara!

Sonriendo resplandecientemente, simuló lavarse la boca y la barbilla.

Luego se rió. Y fue una risa tan hermosa que me sorprendí a mí mismo riéndome también. Intenté reprimir la risa. Pero era una de esas risas que no pueden ser contenidas; salía desde lo más profundo de mi estómago y fluía a borbotones de mi

boca.

Era una imagen bastante extraña. Allí estaba yo, vestido como el astronauta de uno de esos preciados cómics que leían los niños del Viejo Mundo, el casco plateado debajo del brazo. La muchacha, que parecía una niña salvaje, vestida con harapos, alimentándose de carne de rata. Estamos en un mundo rojo de musgo y barcos naufragados, riendo como un par de niños mareados.

En ese momento sentí también una especie de amor desamparado por esa criatura. Era hermosa, vital, graciosa, indestructiblemente sana a pesar de su medio ambiente. Y allí estábamos: dos seres humanos juntos en la adversidad.

Supe allí mismo y en ese momento que de alguna manera tenía que encontrar un modo de rescatarla de esa alfombrilla flotante de hierba. Después de un tiempo se aclimataría a la vida de mi tierra natal. Allí habría gente cualificada que se ocuparía de ella. Aprendería a hablar inglés; quizá hasta llegara a formar parte de una familia otra vez.

Una figura se tambaleó en la periferia de mi visión.

En un solo y ligero movimiento saqué la pistola y lancé dos disparos. Se estrellaron contra el tronco del trífido que se acercaba a nosotros. La tercera bala dio en el tallo del aguijón mientras se enroscaba preparándose para atacar. La bala calibre 45 destrozó la carne de la planta hasta convertirla en fibra.

La muchacha lanzó un agudo chillido. Luego, tapándose las orejas con ambas manos, salió disparada.

—¡Espera! —le grité—. ¡No tengas miedo!

La muchacha corría, huyendo como un cervatillo, a través del enredo de tablas y tablones.

Corrí detrás de ella, gritándole para tranquilizarla, pero estaba aterrorizada. No debía de haber oído nunca el sonido de un arma.

Corría ciegamente. Frente a ella había un tupido matorral de trífidos, todos de pie y con las raíces en el suelo.

Creí que giraría bruscamente.

No lo hizo.

Pensé que seguramente se detendría.

Tampoco lo hizo.

Corrió y corrió. El sonido de los disparos la había atontado de miedo.

—¡Por favor, detente! ¡No entres en el...! ¡No!

Por un demencial segundo tuve en cuenta realmente la posibilidad de intentar dispararle en la pierna para que dejara de correr directamente hacia una trampa mortal.

Pero en el último segundo bajé el arma, sacudiendo la cabeza desesperadamente. Lo único que pude hacer fue mirar aturdido cómo la muchacha se metía gritando en

la arboleda de trífidos. Las hojas y los tallos se sacudieron y docenas de agujones se desenroscaron para atacar. El grupo de repugnantes plantas representaba la misma amenaza rabiosa que un nido de cobras.

A medida que los trífidos la rodeaban, la muchacha fue desapareciendo de mi vista. Después de otro salvaje frenesí de movimientos, los desagradables monstruos se quedaron quietos de repente.

Ya no se oían los chillidos de la muchacha.

Y allí estaba yo, de pie, mirando fijamente. Y sentí como si algo hubiera muerto dentro de mi corazón.

Mi siguiente semana fue horrible. Regresé al reactor, intenté dormir lo mejor que pude, comí las raciones de supervivencia, observé cómo las noches seguían a los días. Me sentía asediado por una especie de cansancio que no podía superar.

En varias ocasiones me puse el casco y los guantes y merodeé por mis aproximadamente veinte kilómetros cuadrados de isla flotante. Había cangrejos por todas partes. Las gaviotas gritaban como almas perdidas.

Mi pequeño mundo seguía iluminado por el mismo rojo y apagado fulgor. No había nada que me levantara el ánimo.

Caminé hasta la «orilla» una y otra vez y me quedé con la mirada clavada en el mar. No había tierra, ni barcos: nada. Simplemente unas aguas sombrías, de color óxido. Por lo que yo sabía, bien podía estar entrando en los estrechos del Hades.

De vez en cuando llovía. El agua se acumulaba en los huecos con forma de cuenco que había formado con un trozo de madera en las alas del avión. Había recogido el agua con mucho cuidado y la había metido en mi botella para permitir que mi existencia mecánica continuara (comiendo, bebiendo, durmiendo), pero la verdad era que ni mi corazón ni mi espíritu estaban en ello para nada. Los trífidos habían matado a dos personas a las que apenas conocía. Pero a medida que fueron pasando los días, mi odio hacia las plantas se convirtió en una tranquila aceptación. Como los marineros en alta mar. Sin embargo, los hijos de los marineros, muchas veces, siguen a sus padres y se convierten ellos también en hombres de mar. De modo que terminé aceptando lo que el destino me imponía. Es más, en poco tiempo, los trífidos se convirtieron en mi cuerda de salvamento. Protegido como estaba por el casco y el traje presurizado, derribaba a los trífidos y les cortaba el agujón con mi cuchillo. Luego cosechaba sus hojas y brotes más tiernos y los masticaba con esa misma predisposición mecánica. Eran agridulces, muy agridulces, pero complementaban mi miserable dieta.

Una vez que comía volvía a acomodarme en mi asiento con la cubierta corrediza cerrada, me quedaba mirando fijamente el cielo rojo sobre mí y pensaba en la muchacha que había conocido allí. Me preguntaba cuál sería su nombre. Y si ella misma lo recordaría desde los días en que había tenido una madre y un padre.

Eran las noches más oscuras que había visto en toda mi vida. Y aunque sospecho que algunas estaban despejadas, sin nubes, no se veía ni una sola estrella. La luna estaba completamente escondida.

Me sentaba bajo la cubierta de plexiglás y dormía intermitentemente.

A veces abría los ojos y veía un rostro de grandes ojos mirándome con atención, observándome mientras dormía.

A pesar de que eso me asustaba, por la mañana les quitaba importancia a esas visitas diciéndome que no eran más que sueños. Sin embargo, cuando caminaba con soltura por mi pequeña hacienda transportada por el mar e intentaba olvidar, seguía teniendo en la mente el rostro risueño de la muchacha salvaje.

Mi padre escribió que la humanidad es incapaz de soportar un estado de tragedia. La mente tiene una cualidad de fénix, se eleva una y otra vez desde las cenizas de la desesperación.

De hecho, después de un tiempo mi humor mejoró. Pensaba cada vez más en escapar de la isla flotante. Comencé a quitar con mi cuchillo las enredaderas que cubrían un yate de aspecto resistente. Calculé que en un par de días podría liberarlo y quizá de alguna manera intentar encontrar un camino hacia tierra firme: si iba hacia el norte tenía que llegar a la Isla de Wight o al menos a la costa del territorio continental. Mientras trabajaba tuve que mantenerme alerta. Los trífidos se escondían cerca constantemente. En el momento en que se acercaban deslizaba la visera protectora del casco. De modo que trabajar se hacía pesado e incómodo, pero al menos las detestables plantas no podían hacerme daño.

Durante los primeros días que pasé en la «isla» oía a menudo el tamborileo entrecortado de los trífidos. Sin embargo, gradualmente se fueron callando. Más tarde, sentado en la cabina y sin poder dormir, me acordé de uno de los aforismos de Oscar Wilde. ¿No decía una de sus ocurrencias algo así como: «Solamente hay una cosa peor a que los demás hablen de uno... y es que no lo hagan»? Tal vez los trífidos ya habían dicho todo lo que tenían que decir sobre mí. Quizá no me consideraban demasiado interesante. O quizá me consideraran fuera de su alcance cuando estaba seguro en mi avión o dentro de mi traje presurizado. Fuera cual fuera la razón, todo parecía indicar que habían elegido ignorarme, lo que les daba un aire malhumorado más que siniestro.

Al principio, el repentino silencio me dejó intranquilo. Pero, al ver que seguían ignorándome, no puedo decir que me sintiera demasiado desairado. Además, estaba recibiendo atención en otra parte. Ratas no era precisamente lo que faltaba. Me imaginaba que me veían como un posible desayuno, almuerzo y merienda, y por eso habían intentado atacarme algunas veces mientras trabajaba. Pero rescaté una cadena de un metro y medio del puente de mando de un buque carguero. Ésta se convertía en un arma muy eficaz cuando la hacía girar vertiginosamente alrededor de mi cabeza.

Las ratas se escabullían rápidamente y regresaban a sus aguas del pantoque, en donde, sin duda, me miraban con ojos hambrientos.

De vez en cuando la marea subía y sacudía la balsa de trífidos con espectaculares saltos. Éstos podían ser tan potentes que el «suelo» se levantaba hasta la altura de mi cabeza y volvía a caer. En esos momentos estar de pie era algo imposible y yo iba rebotando por la alfombrilla como una judía saltarina.

Las nubes de lluvia traían oscuridad. Entonces me veía obligado a regresar a la cabina del reactor. Allí dormitaba o masticaba hojas de trífido que me inundaban la boca con su jugo agridulce. Me pasaba media hora o así limpiando el revólver y revisando las bengalas de alerta.

En principio, la esperanza es una criatura frágil. A pesar de que puede ser vigilada desde cerca, cuidada y alimentada con trocitos de optimismo, puede desaparecer con mucha facilidad. Sin embargo, seguí teniendo esperanzas. Una de ellas era que no debía de estar muy lejos de la tierra. Sabía que las corrientes que estaban cerca de la costa sur de Inglaterra me arrastrarían hacia el sudoeste durante un tiempo. Después se mezclarían con la corriente del golfo Atlántico, que entonces me llevaría hacia el norte, pasando por la punta de Cornualles y hacia el mar de Irlanda. Mi hogar y mi familia no podían estar *tan* lejos. O al menos eso esperaba yo...

A medida que fue pasando el tiempo comencé a desarrollar la secreta sospecha de que ya no estaba solo. Ya he mencionado que algunas noches me despertaba en la cabina y veía un rostro que me miraba fijamente. Creía ver una melena salvaje y dos ojos encendidos. Por la mañana me convencía a mí mismo de que ese visitante nocturno formaba parte de un sueño.

Sin embargo, poco a poco comencé a descubrir una evidencia algo más objetiva. Dos ratas con los pescuezos rotos yacían sobre el ala del avión cuando regresé de trabajar en el yate. Estaban colocadas cuidadosamente una junto a la otra como si fueran una ofrenda. Una mañana escuché lo que me pareció una voz humana lejana. Cantaba con una voz suave y rítmica: «Pa pa. Pa pa pa...».

¿El canto de las gaviotas distorsionado por la distancia? Tal vez.

De modo que decidí hacer un pequeño experimento. Una tarde até un pedazo de galleta a un trozo de venda de mi equipo de primeros auxilios. La colgué de la barandilla del yate. Allí seguramente llamaría la atención y, aparte, estaba fuera del alcance de la más atlética de las ratas.

Luego me fui a caminar por mi ondulado paseo marítimo junto al mar. Cuando regresé una hora más tarde, la venda ondeaba suavemente con la brisa: la galleta había desaparecido.

Después de eso, el cielo color robín ya no me pareció tan opresivo. Y después de haber comenzado hacía unos pocos minutos mi trabajo en el yate, volví a notar algo que me tomó por sorpresa. Estaba silbando, ¡Realmente silbando! Y la luz del

optimismo había comenzado a brillar en alguna parte dentro de mí.

Al llegar el décimo día me había convertido casi en Robinson Crusoe. Había encontrado madera suficiente para hacer fuego. Había arrancado una lámina de metal de la cola del reactor y le había dado forma de olla, en la cual hervía agua.

Dentro de esa agua ponía brotes de trífido y cangrejos que seleccionaba entre los que se movían constantemente por toda la isla. Ni siquiera tenía que pescarlos: ellos solos se acercaban a la olla. La mejor manera de describir el sabor del estofado resultante es decir que era «lascivo». Una *mezcla* de dulces y agrios con una cierta intensidad salada. Con una dieta mejor, disfrutaba de una mente más saludable. Trabajaba cada vez más de prisa. Hasta mis esfuerzos me daban mucha satisfacción. El yate pronto quedaría libre.

Además, ahora tenía la profunda convicción de que *no* estaba solo en la isla. De alguna manera, por algún milagro que me dejaba perplejo pero también más encantado de lo que podríais imaginaros, sabía que la muchacha salvaje había sobrevivido a su inmersión en el matorral de los trífidos. Sí, seguía asustada de mí. Y demasiado temerosa del arma para acercarse. Pero yo conseguiría cambiar eso igual que había conseguido cortar las miles de ramas que rodeaban el yate. Un poco de tacto y algunos trozos de galleta reconstruirían un puente entre nosotros.

De modo que hice los planes para mi viaje de regreso a casa, un viaje con una asombrosa pasajera a bordo.

Sin embargo, los mejores planes...

Por la mañana de mi undécimo día como Crusoe contemporáneo, aparté la vista de mi trabajo y vi un buque de vapor que se movía cerca de la isla.

Entonces supe que nunca terminaría el trabajo de liberar el yate. Tardé tan sólo un instante en encontrar y encender una bengala.

El barco giró rápidamente y puso la popa hacia la isla. Vi caras de extraños mirándome desde la cubierta. Para ellos ésta era evidentemente una imagen interesante: lo que pudo haber sido una figura con traje espacial, y casco brillante incluido, agitando una bengala encendida sobre una balsa de vegetación. Mientras que a mí lo que más me llamó la atención fue una bandera desconocida que ondeaba en el mástil del buque de vapor.

Decir que la vida está llena de sorpresas es una frase trillada. Sin embargo, supe que, una vez más, los acontecimientos habían dado un giro inesperado.

9. EMBARQUE

Hubo una fiesta de bienvenida. Una gran fiesta. La cubierta del barco estaba atestada de gente, una multitud curiosa aunque extrañamente silenciosa.

Todavía jadeando por el esfuerzo de subir la escalera de cuerda, me desabroché el casco por fin antes de quitármelo de la cabeza. Un hombre corpulento de aproximadamente unos sesenta años, con anchos y enormes hombros, me miraba fijamente desde debajo de un par de cejas que se arqueaban intensamente con espesos pelos blancos. A juzgar por su postura, los pies bien separados y las manos juntas detrás de la espalda, no tuve dudas de que estaba viendo al capitán del barco.

Finalmente el hombre habló. La profundidad y la potencia de su voz hicieron que el casco me vibrara en la mano.

—Bienvenido a bordo, señor. —Clavaba la mirada, muy poderosa, en mí—. Parte de esta gente, los que han leído demasiada basura del Viejo Mundo, supongo, pensaron que usted era un astronauta. Yo no, señor. Y es algo bueno. Aquí el conremaestre estaba empeñado en meterle una bala en el estómago. —Levantando un poco la mandíbula barbuda señaló a un hombre con un rifle—. Por seguridad, ¿entiende?

—Entonces me alegro de que lo convenciera de que no disparara.

—No lo convencí, señor. Preferí ser yo quien pusiera una bala en su *pierna*. Pero tengo pasajeros que han hecho todo lo posible para convencerme de que hiciera otra cosa.

—¿Pasajeros?

Ahora estaba tan jadeante como desconcertado. Mi repentino rescate de la isla flotante, realizado entonces por un grupo de peligrosos y atolondrados marineros, me había dejado más que un poco desorientado. Además, intentar entender al capitán con su fuerte acento se convertía en una tarea muy difícil.

—Mi nombre, señor —continuó ese temible hombre con su tonante voz—, es Sharpstone. Capitán del buque de vapor *Beagle Menor*. Y supongo que no estaba de naufrago en ese pedazo de porquería por elección propia, ¿verdad?

Vamos, David, me dije. Contesta de prisa. Te está preguntando lo que sucedió. Sintiéndome entonces decididamente mareado, dije:

—Eh, no. Tuve que hacer un aterrizaje forzoso hace varios días.

—Aterrizaje forzoso. Entonces ¿usted es piloto?

—Sí.

Estuve a punto de agregar tristemente: *Un piloto con mucha mala suerte. Dos aterrizajes forzosos prácticamente uno detrás de otro.*

El capitán Sharpstone continuó:

—¿Algún pasajero?

—Eh... había uno, pero...

Explicué cómo había acabado en esa isla y le conté a Sharpstone cómo había muerto Hínkman.

—Eso es mucha mala suerte —me dijo el capitán, suavizando un poco la voz.

—Mucha mala suerte.

En un momento se dirigió al hombre del rifle y, por lo que me pareció a mí, le dio una serie de órdenes. Pero a causa del marcado acento que tenía no pude comprender más de una o dos palabras. Luego volvió a mirarme, diciéndome despreocupadamente:

—Me atrevo a decir que podemos ofrecerle algunos pequeños consuelos. ¿Le vendría bien una ducha y un abundante plato de comida?

Le respondí que sí, que me venían muy bien y que se lo agradecía.

—Pero, primero, para que quede asentado en el diario de a bordo, una o dos formalidades más. ¿Cuál es su nombre y de dónde viene, señor?

—Mi nombre es David Masen. Soy de la Isla de Wight.

—¿Cómo se deletrea «Masen», señor?

Le respondí.

—Muchas gracias, señor Masen, y bienvenido a bordo. —El inmenso hombre me estrechó la mano. El gesto, tal como me había imaginado, fue frío como el acero—. Ahora, si me disculpa, tengo que seguir con mi trabajo. No obstante, mis pasajeros se ocuparán de sus necesidades básicas. Me atrevo a decir que también le harán algunas preguntas.

Cuando dio media vuelta para irse, sentí cómo la vibración de los motores atravesaba la cubierta y llegaba hasta la suela de mis botas. Comenzó a salir humo de la única chimenea azul del barco, un deslumbrante penacho blanco contra el rojo de ese espeluznante cielo. Estábamos alejándonos de allí.

—Espere —dije, de repente—. Espere. No podemos irnos todavía.

El capitán Sharpstone dio media vuelta y me lanzó una mirada severa aunque interrogativa.

—¿Ah no, señor Masen? Tengo entendido que sigo siendo el capitán de este barco.

—Lo siento —dije tartamudeando—. Yo... eh... es que hay alguien más en la isla.

—Usted me dijo que no había más pasajeros en su avión.

—Así es... pero había una muchacha. Ella...

—¿Una muchacha?

Arqueó una ceja y les lanzó una mirada cómplice a sus hombres que estaban allí cerca.

—¿Qué clase de muchacha?

En ese momento estoy seguro de que creyó que yo era un loco de atar, farfullando

acerca de muchachas imaginarias, sirenas tal vez, que tomaban el sol en esa alfombrilla flotante de malas hierbas.

—Mire, capitán. Siento mucho no explicar muy bien todo esto. Pero me encontré a una muchacha que vivía en esa isla. Tiene alrededor de quince o dieciséis años. Parece que no puede hablar.

Vi cómo miraba entonces la isla, intentando vislumbrar a la muchacha.

—Tiene la costumbre de esconderse.

—¿Esconderse?

—Yo la asusté, sin querer, cuando le disparé a un trífido con mi revólver.

—Pero nosotros no vimos una muchacha por ninguna parte, señor Masen. Lo vimos a usted y una colonia de trífidos, pero poco más. —Se dirigió a un hombre de mediana edad—: Señor Shea, marque el rumbo a seguir. Hacia el sudeste. Diez nudos.

—Sí, señor.

El hombre se dirigió rápidamente hacia el timón.

—Bien, señor Masen. —El capitán me miró de arriba abajo, con lo que mi madre describiría como «una mirada a la antigua»—. Tome esa ducha caliente; luego el médico del barco le echará un vistazo.

Le dije casi chillando:

—Capitán, allí hay una muchacha. ¡Y no tiene más que asquerosas ratas para comer y malditos trífidos como única compañía! ¡Si no la encontramos, morirá!

El capitán Sharpstone ni siquiera pestañeó ante mi estallido, como si fuera una figura de mármol. Pero sus ojos me decían que acabaría encadenado o con alguna otra limitación marítima si me empeñaba en mantener ese estilo.

—Señor Masen, ha pasado por una experiencia terrible. Le recomiendo que se tome un momento para calmarse, y luego acepte nuestra hospitalidad.

Para entonces el barco estaba alejándose de la isla flotante. Allí estaban los trífidos bajo la luz sombría. Pensé en la hermosa y vivaz muchacha mirando cómo el barco, su única esperanza de supervivencia, desaparecía poco a poco.

Lleno de rabia, golpeé el casco con fuerza contra la barandilla provocando un estruendo.

—No. ¡No podéis dejarla aquí!

—Señor Masen, ya...

—Devolvedme a la isla; yo mismo la traeré.

—No hay ninguna muchacha, señor Masen. Ahora, por su propio bien mis hombres —dijo mirando a un par de fornidos marineros—... lo escoltarán hasta allí abajo.

Me cogieron dos hombres, ambos con las manos como palas. Eso era una locura. ¿Por qué no quería tomarme en serio?

Intenté liberarme de sus garras. Un esfuerzo inútil. Los hombres eran músculos andantes. Sin demasiado esfuerzo de su parte, me arrastraron hacia una entrada. Nada de lo que yo pudiera hacer, nada de lo que yo pudiera decir, cambiaría lo que estaba por ocurrir. La muchacha se quedaría en la isla. Moriría allí, de hambre, de frío, por el ataque de un trífido. De eso no había ninguna duda. Ninguna duda.

—Poned al señor Masen en un camarote —ordenó el capitán—. Aseguraos de que la puerta quede bien cerrada.

—Capitán Sharpstone. Un momento, por favor.

La voz que oí no podía ser más diferente de la de los marineros con sus marcados acentos. Ésta era suave, delicada y, sin duda, de mujer.

—Mire un momento la isla, capitán. Hay algo que debería ver.

Admitamos que la llegada a mi barco de rescate apenas fue digna. Pero después de haber dejado tras de mí algunos cadáveres durante esa última semana, había decidido que no sería responsable de otra muerte tan pronto.

Al menos ahora podía hacerme a un lado mientras los marineros me liberaban. Observé con bastante satisfacción cómo la tripulación se amontonaba en la cubierta, preparándose para hacer girar el barco.

El capitán dio órdenes con experta facilidad.

—Girad uno ochenta, primero hasta el fondo. Al paso, señor Shea. No quiero que esa porquería llena de ratas se enrede en el barco. Prepare otra vez la escalera de cuerda, señor Lieberwitz. Con tranquilidad.

Me apoyé sobre la barandilla. Sobre mí pendía el sol, un disco rojo y pálido en su cénit. Había muy poca luz. Apenas la suficiente para distinguir las siniestras formas de los trífidos al acecho y los montículos que eran las tumbas cubiertas de vegetación de los yates y de los remolcadores. Era una escena deprimente y desoladora. Pero, en ese momento, lo juro por Dios, sentí que me invadía una oleada de triunfo, desde la punta de los dedos de los pies hasta la raíz del pelo.

Allí estaba mi muchacha salvaje, con el pelo tieso formando una inmensa y oscura esfera alrededor de su cabeza. Su mirada, brillante por la emoción y, me atrevería a decir, por el miedo, estaba clavada en el barco, con el humo saliendo de la chimenea y las hélices agitando el agua hasta ponerla blanca. Una imagen, me imagino, que nunca antes había presenciado.

Yo estaba encantado de verla. Mi corazón se colmó de una alegría simple y estúpida. No me había equivocado. La muchacha no había muerto en el matorral de trífidos. Pero sólo Dios sabía cómo había sobrevivido.

Se acercó todo lo que pudo al borde del agua, preparada aunque con nerviosismo en esa deshilachada alfombra de vegetación. Tenía una maleta y la apretaba contra su pecho. Esperó a que el barco se acercara a ella lentamente.

Deseé que no perdiera la calma ni saliera disparada una vez más hacia su

escondite. La imagen del monstruoso barco cerniéndose sobre ella debió de ser tan impresionante como aterradora. Pero quizá se dio cuenta de que era su única esperanza de supervivencia. De modo que, a pesar del evidente terror que sentía, se quedó allí inmóvil, abrazando la maleta con la misma intensidad con que una madre protegería a su bebé.

—Es agradable verlo sonreír, señor Masen.

Me di la vuelta para descubrir a la dueña de aquella voz.

Supongo que tenía alrededor de veinticinco años. Era delgada pero no demasiado. Una cascada de cabellos que oscilaban entre el rojo y el rubio flotaba alrededor de sus hombros con un estilo que nunca había visto antes. Sus ojos eran claros, inteligentes, y tenían un curioso matiz verde, mientras que su fresco cutis estaba espolvoreado de pecas. No estaba allí para ocuparse de la maquinaria de la cubierta del barco; me di cuenta por sus preciosas manos sin un solo callo. Irradiaba esa indefinible cualidad que algunos llaman «educación». Sin embargo, iba vestida con unos pantalones vaqueros de obrero, una camisa a cuadros y unas resistentes botas. Su práctica elección de vestimenta quedaba mitigada por el efecto suavizante de un pañuelo rosa.

Sonrió, divertida.

—No todos los días se enfrenta alguien al temible capitán Sharpstone. Enhorabuena.

—Simplemente quería que me creyera. Pero lo hice de un modo bastante torpe.

—Pero has obtenido lo que querías. —Saludó con la cabeza a la muchacha que esperaba en la isla mientras el barco avanzaba poco a poco—. ¿Quién es?

—No lo sé. Debió de haber sido arrastrada hasta el mar sobre esa cosa cuando se desprendió de tierra firme.

Volví a mirar a la joven que tenía a mi lado. Ese día mi mente debía de trabajar a una velocidad especialmente lenta porque justo entonces logré ubicar su acento, a pesar de haber visto cientos de películas viejas de Hollywood en el descolorido esplendor del Palacio Imperial del Cinema de Sandown.

—Eres estadounidense —le dije, sorprendido.

—Vosotros los británicos sois la mar de perspicaces. —Todavía sonriendo, deslizó suavemente la mano por mi brazo, que seguía cubierto por el traje de goma—, ¿Esto es lo que los jóvenes que van a la moda llevan a tu lado del Atlántico?

Me sorprendí a mí mismo respondiendo con una sonrisa.

—Para nada. De hecho me encantará quitármelo después de diez días con él. Ay, por cierto, lo siento.

—¿Qué sientes?

—Haber dicho una obviedad. Que eres estadounidense. No quise sonar tan tremendamente vulgar. Pero han sido unos días muy extraños, por decir algo.

Me giré para observar cómo la proa del barco tocaba la alfombrilla de plantas

flotante, desgarrando la vegetación con la misma facilidad con que la hoja de un cuchillo cortaría un repollo. En ese momento los motores dieron marcha atrás, deteniendo la nave. Uno de los grumetes bajó la escalera. Dije casi para mí mismo:

—Islas flotantes, trífidos, muchachas salvajes, días que son más oscuros que las noches. Se tarda un poco en acostumbrarse.

—Suenan —dijo ella amablemente— como si necesitaras una buena comida y una noche de sueño.

—Me apunto. ¿Y quizá un trago de ron si en el barco pueden ofrecerme uno?

—Estoy segura de que podremos ofrecerte uno o dos. Ahora la de los malos modales soy yo. —Me sonrió con esos claros ojos verdes mientras extendía la mano—. Kerris Baedekker. Ciudad de Nueva York.

Respondí a la presentación con una inclinación de cabeza y una sonrisa, aunque cansada.

—David Masen. Isla de Wight.

Después nos giramos para volver a mirar por encima de la barandilla mientras la harapienta muchacha subía por la escalera. Incluso con la maleta bajo el brazo, se movía con extraordinaria agilidad.

Entonces dije con afecto:

—Me alegro de que esté a salvo y lejos de esos trífidos.

Y Kerris comentó algo que me dejó bastante desconcertado.

—Sí —respondió reflexiva, mirando fija y pensativamente a los que yo tomaba por temibles especímenes de la planta—, pero son muy pequeñitos, ¿verdad?

10. PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Había esperado encontrarme comiendo solo en un camarote. Lo que me ofrecieron fue un poco más que eso.

Me había dado una ducha, y además una maravillosa ducha de agua caliente. Luego me había puesto unos pantalones y una camisa de fina tela vaquera, que me había prestado un miembro de la tripulación que tenía más o menos la misma talla que yo. Como todavía no tenía un par de zapatos me ofrecieron un par de gruesos calcetines de lana, que habían sido zurcidos con tanto hilo negro como para darles un cómico aspecto dálmata.

Ahora, una hora después de recoger a la muchacha salvaje de la isla flotante, podía sentir la vibración del potente motor de vapor llevando el barco por el océano abierto. Mientras me arreglaba el pelo con un peine que me habían dejado, un marinero asomó la cabeza por la puerta.

—Empezó la fiesta, amigo —me dijo con entusiasmo—. En el salón de pasajeros, al fondo del pasillo, primera puerta a la izquierda. No te la puedes perder.

Se lo agradecí y me tomé un momento para apreciar mi mandíbula suavemente afeitada. La saludable pero limitada dieta de los últimos días me había dejado los pómulos un poco más prominentes que antes. Pero no me veía demasiado muerto de hambre, después de todo.

El salón de pasajeros destacaba por una comodidad muy poco ostentosa, con asientos bien tapizados en una sala que disfrutaba de una barra de bebidas en una de sus esquinas, pequeña pero bien equipada y muy reconfortante. En una mesa había una fuente llena de un guisado en el que nadaban verduras y medallones de ternera.

Me di cuenta de que no estaría solo. La rubia de fresa, Kerris Baedekker, estaba allí con otros tres hombres. Había en los tres un notable entusiasmo. Como los niños que esperan la llegada de un mago. Me sonrieron resplandecientemente mientras atravesaba el suelo alfombrado del salón con mis calcetines de lana.

—No te andes con cumplidos —me dijo un alto hombre negro, señalando el recipiente con el guisado—. Debes de tener hambre.

—No voy a fingir que no. Me contentaría con no tener que comer trífidos nunca más.

Ese comentario pareció sorprenderlos y se lanzaron miradas interrogativas.

Kerris se puso de pie.

—Voy a traerte ese ron que te prometí. Pero, por favor, comienza con la comida.

Atravesó el salón hasta llegar a la barra donde sirvió una generosa medida de ron en una copa.

—Por cierto, espero que no te importe un poco de compañía.

—No, para nada.

Con la botella de ron aún en una mano, extendió la mano presentándome uno por uno a los tres hombres.

—Éstos son mis compañeros de aventura: Gabriel Deeds.

El hombre negro dio un paso hacia adelante. Era el más alto de los tres. Los movimientos de sus extremidades eran sueltos y relajados, como los de un atleta. Sonriendo amistosamente, me estrechó la mano.

—Me alegra tenerlo a bordo, señor Masen.

—David, por favor —lo corregí, sonriendo.

—El caballero de la barba rubia es Dek Hurney —dijo Kerris despreocupadamente—. No dejes que te convenza para que juegues al ajedrez con él. Sus juegos duran días enteros, y fuma una pipa que huele tan endemoniadamente mal que nunca lograrás concentrarte del todo. Si quieres que te diga la verdad, creo que esas pantallas de humo forman parte de su estrategia.

Dek Hurney me pareció un hombre agradable, aunque tímido, de unos veintitrés años. Sonriendo, se ruborizó con la broma de Kerris.

—Y el último, en orden pero no en importancia, Rory Masterfield. El peor intérprete de banjo de todo el barco.

Rory tenía una mirada penetrante y una nariz que terminaba en punta. Sonrió de buen grado, pero había en él un poco de irritabilidad, y también una mirada evaluadora. Terminé la ceremonia de apretones de manos con Rory.

—Vaya traje que llevabas, David. ¿Qué tipo de máquina estabas pilotando?

Le respondí. Silbó, impresionado. A continuación parpadeó, como si estuviera almacenando la información para utilizarla más adelante.

—Come, come —insistió Gabriel.

—Si quieres más sólo tienes que pedir. Eh, Dek, ¿puedes coger el pan que está en la mesa detrás de ti? Tenemos que fortalecer a este hombre.

Dek me pasó un plato repleto de pan.

El guisado olía deliciosamente. El sabor tampoco me decepcionó. Me sorprendí maravillándome de los medallones de carne: parecía que hubieran echado bistecs enteros en el guisado con despreocupado abandono. Había una verdura amarilla del tamaño de un guisante que no reconocí pero que sabía maravillosamente dulce.

Ya había devorado con entusiasmo algunos bocados y me había empezado a preguntar cómo arremeter contra esos enormes cortes de carne con una humilde cuchara cuando noté que los cuatro, sentados alrededor de la mesa, observaban cada uno de mis movimientos con toda la intensidad que tiene el público mientras espera que el mago saque un conejo del sombrero.

Dejé de comer, preguntándome si me había olvidado de algo o si había metido mucho la pata con mis modales sin darme cuenta. Sin embargo, era Kerris quien estaba ruborizada.

—Ay, por favor perdónanos. No dejamos de observarte. —Sonrió pidiendo disculpas—. Es sólo que la última cosa que esperábamos sacar del mar era a nuestro propio Robinson Crusoe piloto de avión.

Dek sonrió.

—Especialmente uno que se enfrenta al formidable capitán Sharpstone.

A pesar de todo, no pude evitar pensar en la muchacha salvaje. Esa completamente nueva y alarmante experiencia de compañía humana debió de haber sido abrumadora para ella.

—La muchacha que subisteis a bordo... —comencé a decir.

—No te preocupes —me dijo Kerris—. Kim So está con ella en un camarote. Está muy contenta comiéndose un plato de galletas. ¿Qué tal está el guisado?

—Asombroso —dije con sinceridad—. Está buenísimo.

—¿Más pan? Toma, aquí tienes.

—¿Y el ron? —preguntó Gabriel.

—Maravilloso, absolutamente maravilloso. Estoy empezando a sentirme humano otra vez.

Rory había estado pensativo durante los últimos minutos.

—Has tenido una racha de mala suerte; tener que deshacerte de ese modo de tu avión... ¿Qué sucedió?

Le expliqué cómo habíamos intentado descubrir hasta qué punto llegaba la cubierta de nubes, que en un principio creíamos que era lo que originaba la oscuridad. Luego le expliqué cómo descubrimos, de la peor manera, que la tormenta debía de haber cortado nuestra conexión por radio con la base aérea. Terminé la historia con el relato del aterrizaje forzoso sobre la balsa vegetal. Por supuesto, eso llevó a una discusión sobre la pequeña broma de la naturaleza de no dejar aparentemente que el sol brillara como siempre. Saqué en conclusión que se trataba de un problema con el que también se enfrentaban en Nueva York y que, por lo tanto, se trataba de un problema mundial más que simplemente local.

Miré a mi alrededor: todos esos ansiosos rostros seguían mirándome mientras limpiaba lo último que quedaba de la salsa del guisado con un trozo de pan.

—Y ¿qué os trae a vosotros por aquí? Es la primera vez que me encuentro con estadounidenses o que oigo decir siquiera que alguien ha cruzado el Atlántico para llegar a Europa desde La Ceguera.

—¿La Ceguera?

Kerris asentía con la cabeza.

—En Estados Unidos lo llamamos El Comienzo.

—¿El Comienzo?

Gabriel se rió entre dientes.

—Y yo llamo a eso optimismo forzoso.

—Y ya que hablamos del tema —dijo Rory—, ningún europeo ha viajado hacia el oeste.

—Al menos no he oído que nadie lo haya hecho en los últimos años —agregó Kerris.

Resistí el deseo de chuparme los dedos y me conformé con apurar el ron de mi copa.

—Creo que eso es bastante comprensible; hemos estado tan ocupados sobreviviendo estos últimos treinta años o así que los viajes internacionales han tenido que esperar.

—Pues ahora estamos encargándonos de eso —dijo Gabriel sonriendo resplandecientemente—. Estamos bajando en esta tina desde el círculo Ártico, por las costas de Europa y de África hasta llegar al ecuador.

—Estamos explorando, recogiendo especímenes animales, vegetales y minerales —agregó Dek.

—Estamos evaluando la extensión de la propagación de los trífidos lo mejor que podemos —dijo Kerris. —¿Más ron, David?

—Gracias, pero me temo que será mejor que diga que no. Ya se me ha subido a la cabeza.

—Ay, a propósito —dijo Rory, como recordando un pequeño aunque significativo detalle—. De camino estamos haciendo visitas. —Sonrió—. Ya es hora de que empecemos a conocer a nuestros vecinos. Ahora, hablemos de ti, David. ¿Cómo es la vida en la Isla de Wight?

Lo que siguió fue una sesión bastante intensiva de preguntas y respuestas. Los cuatro comenzaron a interrogarme y yo respondí lo mejor que pude. En algún momento conseguí verificar que el barco iba de camino hacia el canal de la Mancha, y todos aceptaron mi invitación para beber una o dos pintas de cerveza en Shanklin lo antes posible. Después de eso, recogí un poco de información acerca de mis compañeros. Todos se enorgullecían de ser de Nueva York. Formaban un equipo científico de investigación en el *Beagle Menor* (habéis acertado, se llamaba así por la nave de Darwin, el *Beagle*. De hecho, había un gran barco gemelo, *Beagle Mayor*, abriéndose camino hacia el sur por la costa americana en una misión similar), básicamente, para determinar lo que había sobrevivido del Viejo Mundo, para evaluar la extensión de la conquista de los trífidos y para ponerse en contacto con los fragmentos dispersos de humanidad, con el objetivo a largo plazo de unirlos y formar una organización mundial.

—Algunos sencillamente no están interesados —dijo Kerris con un suspiro—. Una comunidad en la costa de Noruega respondió a nuestra petición de desembarcar con unos cuantos disparos de rifle con mucha puntería. —Lo cual nos costó algunos tripulantes. La mirada vidriosa de Rory me dijo que estaba recordando un

acontecimiento desagradable.

—Por eso el capitán estaba un poco suspicaz cuando subiste a bordo hoy.

A medida que íbamos hablando comencé a sentir admiración por aquellos jóvenes. Su vitalidad, su tremenda fuerza eran extraordinarias. Recuerdo haberme dicho a mí mismo: *Si se los enchufara en el suministro de energía podrían alimentar todos los circuitos del barco*. Se movían constantemente, ya fuera sentados o de pie, gesticulando expresivamente y hablando con una presta confianza en sí mismos que yo nunca había visto en nadie. A veces me sentía como el clásico primo del campo con no demasiadas luces. Es más, no había ni un solo detalle de la vida de mi isla que no quisieran saber.

—¿De dónde sacáis el carbón? —preguntó Dek, limpiando las lentes de sus gafas hasta que quedaron brillantes como un heliógrafo—. La Isla de Wight no tiene minas de carbón «nativas», ¿no es cierto?

—Eh, no... —dije entre bocados de galletas, que ellos llamaban «bollos»—. Nosotros utilizamos muy poco... —¿No utilizáis carbón? Eso les sorprendió.

—Pero ¿y para calentar y tener luz cómo hacéis? ¿Y tenéis barcos de vapor?

—Sí, tenemos, pero han sido transformados para quemar combustible líquido.

—¿Combustible líquido? ¿Tenéis pozos de petróleo en la isla? —No, pero...

—Seguramente no estaréis todavía viviendo de las viejas reservas, ¿verdad?

—No. El combustible es aceite que sacamos de los trífidos.

—¿De los *trífidos*? —Los ojos de Rory se abrieron muchísimo, como si acabara de oír una tontería—. Pero ¿cómo demonios lo refináis para producir aceite combustible?

—Pues hemos construido una refinería que procesa trífidos a escala industrial. Mi padre y un hombre llamado Coker inventaron el sistema hace veinte años. Se puede destilar el aceite para producir un alcohol liviano con propiedades similares a las del petróleo y...

—Pero ¿habéis escuchado eso? —exclamó Gabriel—. Esa gente está sacando gasolina de esas malditas plantas. ¡Es increíble!

—Y también otros aceites más pesados que se utilizan como lubricante, para cocinar y también para crear productos farmacéuticos —agregué con una especie de desconcertado orgullo—. El combustible que utilizaba mi reactor era alcohol de trífido; es distinto a nuestros aceites para motores de combustión interna o para...

—Caray. —Kerris parecía asombrada.

—La pregunta es: ¿compartiría tu gente su tecnología con nosotros?

Sonreí con un poco de ingenuidad.

—No veo por qué no.

Rory se frotó la mandíbula.

—Y ¿tenéis una flota de aviones a reacción?

—Sí. Principalmente aviones de combate y bombarderos.

—Santo Dios.

De repente, Dek y los otros tres se acomodaron en los asientos, mirándose unos a otros. Parecía que había una gran cantidad de comunicación pasando de unos a otros sólo a través de sus miradas. De repente, tuve la sensación de que querían rumiar sobre lo que yo había compartido con ellos sin tenerme presente.

Finalmente, Kerris me dijo de una manera muy prudente y premeditada, que me puso un poco incómodo por primera vez:

—David, ¿quieres decir que tu isla sustenta una fuerza aérea militar?

—Sí —dije con un poco más de cautela—. Como defensa.

—¿Tú te ves amenazado por, digamos por un poder extranjero?

—No como tal. Pero en el pasado hemos sido atacados por piratas. Las islas pequeñas de nuestro grupo han sido especialmente vulnerables.

—¿De modo que habéis utilizado los reactores agresivamente?

—De vez en cuando.

Una pequeña voz en lo más profundo de mi cabeza me advertía que refrenara mi inquieta lengua.

—Entiendo.

Kerris reflexionó un momento.

—¿Entiendes por qué nosotros podríamos preocuparnos al oír que una comunidad extranjera tiene una fuerza de aviones de combate tan eficaz?

—Son exclusivamente de defensa.

—Pero podrían ser igual de ofensivos, ¿verdad?

—Es cierto. —Sonreí y me encogí de hombros—. Pero, creedme, nuestra gente no quiere dominar el mundo.

Rory dejó escapar un suspiro y luego fijó en mí sus ojos de lince.

—Pero tú ves el dilema, David, ¿no es cierto? Nosotros, quiero decir, nuestra gente, está realmente aislada. Sí, estamos saliendo para descubrir comunidades de todo el mundo, extendiendo la mano de la amistad, ofreciendo establecer lazos comerciales, intercambiar tanto conocimiento como bienes, pero también estamos anunciando que tenemos una sociedad viable y económicamente independiente con acceso a materiales en bruto como el carbón y la madera.

Asentí con la cabeza.

—Y os preocupa que alguna comunidad de aquí, de Europa, intente invadiros y quitaros todo.

—Ése es un riesgo.

La expresión del rostro de Gabriel se volvió muy seria.

—Nosotros también hemos sido atacados por piratas. Hemos perdido amigos y familiares.

—De modo que ya ves por qué nos ponemos un poco nerviosos cuando oímos que alguien tiene una flota de reactores bombarderos y de combate —agregó Kerris.

—Después de todo —dijo Rory mirándome con mesura—, podéis decidir no comerciar, sino simplemente bombardearnos hasta destruirnos y llevaros todo lo que queráis.

—Nosotros no somos así —respondí yo firmemente—. Adoramos la paz. Nosotros también queremos construir puentes entre comunidades.

Gabriel se relajó un poco.

—Entonces me alegra mucho oírlo.

—Y nosotros también queremos hacer *sólo* amigos —dijo Rory sonriendo—. No enemigos.

—Además —señalé yo—, ninguno de nuestros aviones, ni siquiera los reactores, tiene autonomía suficiente para llegar a Nueva York.

—Entonces ¿no tenéis portaaviones?

Me reí.

—No. Ése es un lujo que no tenemos.

De repente todo eran sonrisas otra vez.

—Entonces vamos a ser todos muy buenos amigos —dijo Gabriel, poniéndose de pie—. Creo que esto se merece por lo menos un brindis.

Regresó con un whisky que era tan ardiente como fuerte. Un par de tragos y el alcohol bailaba ya por mis venas y se me subía directamente a la cabeza. Después de dormir en una estrecha cabina durante once días seguidos, de repente me sentí muerto de cansancio. Kerris notó cómo la barbilla se me comenzaba a aflojar. Me dijo que había un camarote preparado para mí y me llevó por el corredor hasta llegar a una pequeña pero confortable habitación donde me esperaba una litera recién preparada.

—Ah, David —dijo mirándome con una sonrisa desde la puerta del camarote—. El capitán dice que deberíamos llegar a la Isla de Wight por la mañana. Mientras tanto, siéntete como en casa.

Conseguí darle las gracias antes de comenzar a dormir profundamente sin soñar siquiera.

11. NOCHE

Se emitieron señales desde el barco hasta una costa muy lejana, de ida y vuelta, atravesando el éter. Información. Preguntas. Órdenes.

En ese momento no supe nada de todo eso. Yo dormía en mi litera bajo cubierta sumido en una dichosa y pacífica ignorancia.

El ruido de los motores iba aumentando. Los palpitantes émbolos producían temblores que sacudían todo el barco cada vez con más y más fuerza. Se les ordenó a los fogoneros, levantados de sus literas muy temprano, que fueran bajo cubierta inmediatamente sin detenerse a desayunar, donde, sin duda, avivaron no sólo fuegos de calderas, sino también el mismísimo aire que les rodeaba con vehementes maldiciones. Pero no les quedaba más remedio que hacer lo que tenían que hacer: debían conseguir todo el vapor que ese viejo barco pudiera ofrecer. Alimentaron los hornos con más y más carbón. El barco atravesaba a toda velocidad el océano nocturno.

Una vez más, yo no sabía nada de todo esto. Seguía durmiendo.

Sobre mí caían en cascada las chispas de la chimenea y se estrellaban contra un cielo que seguía sin estrellas y sepulcralmente negro. Cualquiera que estuviera en cubierta habría visto cómo la estela desaparecía en la popa, como una luminosa línea de tiza blanca cruzando una pizarra. Al principio habría sido recta. En poco tiempo, sin embargo, y paulatinamente, el observador habría visto cómo la línea comenzaba a curvarse a medida que el barco iba girando, adoptando un nuevo rumbo. Llevaba un tesoro a bordo. Un tesoro de tan inmenso valor que el capitán del barco había recibido órdenes de no detenerse por nada. Ni por nadie.

Fue en ese acogedor arrullo de dichosa ignorancia que me bajé de la litera, me calcé esos cómicos calcetines de aspecto dálmata, me puse rápidamente la ropa y fui hasta el salón de pasajeros, donde desayuné una mezcla de bacon crujiente, huevos y tostadas, empapada en una especie de almíbar extremadamente dulce. Es más, ni siquiera me importó un bledo cuando Gabriel Deeds entró tan tranquilamente en el salón, tomando grandes tragos de una taza alta, y comentó:

—¿Alguien sabe por qué el capitán está dándole tanta caña a este viejo barco? Esta mañana iba tan de prisa como una lancha motora.

Los demás se encogieron de hombros y siguieron comiendo. Kerris me preguntó sobre la infraestructura de la Isla de Wight.

¿*Infraestructura*? Intenté un par de veces deletrear la palabra; no me importaba entrar en detalles sobre cuántos kilómetros de vía ferroviaria o de tubería de agua disfrutábamos.

Ignorante de mí, pensaba que sólo estábamos a una hora o así de casa. Kerris ya había requisado todas las existencias de películas de los almacenes del barco y había

cargado una hermosa cámara de rodar alemana de 8 milímetros. No pude evitar observar sus finos dedos, pasando la película alrededor de unas guías y unas ruedas dentadas antes de colocarla delicadamente tras el objetivo. Puede que el mecanismo tuviera cuarenta años pero la cámara seguía funcionando con la precisión de un reloj suizo. El primer encuentro de nuestros pueblos en treinta años quedaría grabado para la posteridad.

Después de un rato subí a cubierta. La tripulación tenía la cabeza agachada, trabajando duramente. Vi al capitán Sharpstone en el puente de mando, con las manos detrás de la espalda, de pie ante el horizonte, y la mirada férrea fija en la proa.

También vi un cañón de artillería de a cuatro en la cubierta de proa, junto con un par de monturas para ametralladoras pesadas. Desde luego que esa gente no se metía en aguas peligrosas sin prepararse antes.

El sol estaba ya muy por encima del horizonte o, más bien, el débil simulacro que hacía de sol en esos tiempos oscuros. Una vez más me hizo pensar en un disco de papel de plata anaranjado. Pendía allí con indiferencia, como si sencillamente estuviera pegado al cielo. Nos esperaba otro día oscuro y, a pesar de que estábamos en junio, el clima era notablemente frío. Fuera lo que fuera que estuviera filtrando la mayor parte de la luz a muchísimos kilómetros sobre mi cabeza estaba haciendo un trabajo igual de eficiente bloqueando el calor del sol. A medida que pasaban los días, el aire era cada vez más y más invernal.

Tal vez lo que el señor Hartlow me había contado antes de morir fuera cierto. Quizá éste *si* era el principio del fin. Un final profetizado por tantas religiones del mundo: el principio del fin del mundo empezaría con una oscuridad sobrenatural.

Sin luz no habría fotosíntesis. La vida vegetal moriría. Sin plantas los herbívoros morirían. Pronto la cadena alimenticia quedaría destruida, eslabón a eslabón.

Esos pensamientos hicieron que un escalofrío recorriera cada uno de mis huesos y me enfriara más que el aire helado.

Me quedé de pie inclinado hacia delante, los codos sobre la barandilla, mirando la estela que se perdía en el mar color óxido y buscando los primeros montículos redondos de la Isla de Wight. En ese momento mi mayor placer hubiera sido simplemente bordear el muro del puerto hasta llegar a la ciudad. Ver caras conocidas. Escuchar las voces de los niños en el patio de la escuela. Incluso me imaginaba sentándome en un cómodo sillón de casa, desde donde les contaría a mis padres y a mis hermanas lo que me había ocurrido. Imaginé sus caras con los ojos muy abiertos mientras absorbían cada una de las palabras que relataban mis aventuras. Todo eso seguido de una noche catártica en la ciudad con Mitch Mitchell. Mientras pensaba fija y soñadoramente en el regreso a casa, sentí que había una figura de pie detrás de mí.

—Ah, Kerris. Lo siento, no me había dado cuenta de que estabas aquí.

—No fue mi intención molestarte.

—Intentaba atisbar la primera señal de mi hogar.

—¿Ves algo?

—Todavía no.

—Tenemos que buscarte unas botas. No puedes estar aquí afuera con esos calcetines; hace mucho frío.

—No me había dado cuenta —dije faltando a la verdad.

De hecho, hacía muchísimo frío.

—Prepárate para un gran comité de bienvenida.

Asentí mirando el horizonte.

—No me sorprendería que apareciera toda la población de la isla para recibirnos. —Sonreí—. No todos los días llega un barco de vapor lleno de norteamericanos.

—Tendré la cámara preparada. —Sonrió abiertamente—. Filmaré tu apuesto perfil justo cuando atraquemos.

—¿Apuesto? ¿Qué? ¿Este morro que tengo? No creo.

—Estarás demasiado ocupado buscando a tu esposa en el muelle.

—No. Yo no. No estoy casado.

—Ah —dijo Kerris. Luego se giró un poco para mirar hacia delante, con los largos cabellos ondeando al viento—. Gabi tiene razón. Hoy realmente nos estamos moviendo. El capitán tiene muchas ganas de dejarte en casa sano y salvo.

—¿Estás segura de que ha enviado un mensaje por radio por la frecuencia que te di?

—Por supuesto. Se sintieron muy aliviados al oír que estabas a salvo.

—Siento mucho no poder decir lo mismo de mi pasajero.

Hubo un silencio, que se llenó únicamente con el rumor de la estela del barco.

—Has salvado a la muchacha —dijo Kerris por fin, mirándome fijamente con sus ojos verdes—. Te convertirás en un héroe.

—No me siento como un héroe. —Sacudí la cabeza—. De hecho, me siento fatal por lo que le sucedió a Hinkman.

—Bueno, prepárate un discurso para cuando llegues a casa. La gente de tu isla ya te considera un héroe.

—Eso será probablemente por un accidente de nacimiento más que por cualidades mías.

Kerris se apartó el pelo de la cara porque el viento se lo levantaba, formando una masa rizada, que ahora brillaba rojiza en la sombría media luz.

—David, o eres muy modesto, casi insufriblemente modesto, o hay algún gran secreto de familia.

Me incliné hacia adelante, con los codos sobre la barandilla, observando la espuma que se formaba en la proa.

—No hay un gran secreto familiar. Supongo que mi padre es, a fin de cuentas, una especie de semidiós en mi casa.

—¿Y tú sientes que esperan grandes cosas de ti?

—Algo así.

—¿Y eso te amarga?

—En realidad no. —Le sonreí—. Mi padre es un gran padre y mi familia no espera de mí que sea el Bill Masen número dos. Pero hay expectativas públicas.

—Tal vez no los decepciones.

—Kerris, hasta ahora mi único logro significativo ha sido estrellar dos de las aeronaves de la isla en dos días. De modo que, por más que se espere que calce zapatos de gigante, está claro que mis pies no son lo suficientemente grandes.

Di media vuelta para apoyarme de espaldas en la barandilla, notando por primera vez lo blancos que eran los dientes de Kerris, enmarcados en unos gruesos labios.

—Por cierto, se suponía que no tenía que sonar como si sintiera lástima de mí mismo. ¿Y tu familia, es bien aceptada?

—Sí. Pero es difícil seguirles la pista a todos.

—¿Es una familia grande?

—Supongo que sí.

—Un *tío* que conozco, Mitch Mitchell, tiene ocho hermanos y dos hermanas. No sé cómo se acuerda de todos sus cumpleaños. —Sonreí otra vez—. O, para el caso, de los nombres.

—Tu amigo Mitch lo tiene fácil.

—¿Tú tienes más?

—Humm. —Asintió con la cabeza, sonriendo—. La última vez que conté, ciento quince hermanos y exactamente ciento veinte hermanas.

Me reí a carcajadas, luego esperé la ingeniosa culminación del chiste. Entonces me di cuenta de que no era una broma.

—¡Caramba!

—¿Y tú pensabas que Mitch estaba muy ocupado? —Sonrió y me tocó la barbilla—. Si esa mandíbula tuya cae más vas a terminar abollando la cubierta. Bueno —dijo inclinándose hacia adelante y apoyándose sobre la barandilla, el pelo volando con la brisa—... ¿Se ve algo ya de esa isla?

Y en ese momento tuve una pequeña revelación. Aisladas, las sociedades se desarrollan de modos muy diferentes unas de otras. Nosotros teníamos las Casas Madre. Nueva York tenía familias con más de doscientos hijos; sólo Dios sabe cómo se consigue algo así. Pero había una cosa que yo sí sabía: todos debíamos abrir la mente considerablemente. Tendríamos que convertirnos a la filosofía de *vive la différence*. O enfrentarnos al nacimiento de prejuicios potencialmente peligrosos.

Mientras me preguntaba cómo ese barco lleno de estadounidenses manejaría el

choque cultural de encontrarse con nuestra sencilla comunidad en la Isla de Wight, mis ojos se perdieron en el sombrío sol. Fue justo entonces cuando vi que algo no iba bien. Algo no iba en absoluto bien.

12. CONTRATIEMPO

—¿David? ¿Qué sucede?

Le lancé a Kerris una mirada tan feroz que se echó hacia atrás.

—Es el barco —le respondí bruscamente—. ¡Está yendo en el sentido contrario!

—¿Qué quieres decir con el sentido contrario? Te estamos llevando a casa.

—No, no es cierto, maldición... ¿Cómo no me he dado cuenta?

—David...

—Hace veinte minutos que lo tengo delante de mis narices.

—David. —Kerris sacudía la cabeza, confundida—. No entiendo qué...

—Mira el sol. —Temblando de rabia, señalé el maldito disco rojo en el cielo.

—¿Qué pasa con el sol? No veo...

—No, ni yo tampoco lo veía. —Tomé aire—. Mira, Kerris. Es antes de mediodía. El sol aún está subiendo. Pero lo está haciendo sobre la popa, ¡detrás del barco! Debería estar frente a él. Eso significa que estamos yendo hacia el oeste, ¡no hacia el este!

—No comprendo. Se supone que...

—*Se supone que me estáis llevando a casa.* —Miré el puente de mando con una sonrisa—. Pero parece ser que ha habido cambio de planes.

—¿David?

—¡Voy a hablar con el capitán Bligh o como se llame!

Furioso por que me estuvieran tomando por tonto me acerqué al puente de mando a zancadas.

—Buenos días, señor Masen.

El capitán Sharpstone estaba allí de pie con las manos detrás de la espalda. No me miró, sino que continuó con la mirada fija en el rojo horizonte.

—Supongo que ha dormido bien. —Luego se dirigió a un oficial que había detrás de él—. Dieciocho nudos, señor Lehman.

—Capitán Sharpstone —comencé—. ¿Qué está sucediendo? —Estamos yendo a muy buena velocidad, señor Masen. Eso es lo que está sucediendo.

—Sí, pero en la dirección equivocada. —Nuestra dirección no tiene nada de equivocada. —¿Hacia el oeste? —Hacia el noroeste, señor Masen.

—Pero ¿por qué? Se supone que me llevan a casa, a la Isla de Wight.

—Cambio de planes, señor.

—Pero ¿qué prisa hay? ¿No podrían llevarme a casa primero?

—Son órdenes, señor Masen.

—Pero no podíamos estar a más de doce horas de la isla. ¿Por qué no...?

—Cuando su comandante le da una orden, señor Masen, usted la obedece, ¿no es cierto? La más alta autoridad me ha dado la orden de que haga girar este barco y me

dirija de inmediato al puerto del que procedo. No tengo más remedio que obedecerles. ¿O acaso cree usted que soy una especie de amotinado, señor?

—Tal vez si enviara un mensaje de radio a su cuartel general y les explicara la situación... Si se está quedando sin provisiones, mi comunidad estará encantada de...

—Señor Masen, puede que en su profesión sea aceptable cuestionar las órdenes de un oficial superior, pero en la mía es interpretado como una insubordinación. Y por lo tanto es inaceptable. —Me miró por debajo de sus feroces cejas—. No tengo dudas de que se harán los preparativos necesarios para llevarlo de regreso a su casa con su familia lo antes posible. Mientras tanto, sin embargo, nos dirigimos hacia el noroeste. —¿Hacia Nueva York?

En lugar de responderme miró fijamente a través de las ventanas del puente de mando.

Sentí unos dedos que me tocaban la manga. Kerris me indicó inclinando levemente la cabeza que dejara a solas al capitán.

Con los dientes apretados, la seguí hasta el salón de pasajeros, donde, lamento tener que decirlo, tuvo que oír lo que pensaba de las órdenes del capitán. Todos los que se encontraban allí en ese momento de considerable fervor fueron verdaderamente acribillados por una jerga inglesa bastante básica.

¿Qué hace uno en una situación como ésta?, ¿cuando descubre que, en lugar de estar siendo llevado a casa, lo están llevando a una tierra extranjera? ¿Organiza un motín individual?

No creo.

No obstante, me paseé de un lado a otro de la cubierta durante casi todo el día, mirando con el ceño fruncido a cualquiera que se topara con mis ojos. Kerris, Gabriel, Dek y la muchacha oriental Kim So fueron comprensivos. También reconocían que el capitán tenía que obedecer sus órdenes. El capitán Sharpstone, por muy estricto que fuera, era justo. Después de almorzar un bistec de dimensiones exorbitantes me invitaron a que escribiera un mensaje para mi cuartel general.

Con una punzada de nostalgia escribí que estaba bien, que había habido cambio de planes, que regresaría en un futuro no muy lejano. Después de eso, quedaba poco para hacer más que sacarle el mayor partido al viaje.

En seguida me acostumbré tanto al ruido de fondo de los motores que ya no lo notaba. Mi primer día triste terminó con el sol, ahora poco más que un manchón rojo ladrillo, apagándose en el océano.

Di una vuelta por la cubierta con Kerris y mis nuevas botas. No desafiarnos durante mucho tiempo el frío aire de la noche antes de regresar al confortable salón, donde Gabriel estaba sentado en una de las mesas, redactando notas, mientras Rory tocaba distraídamente las cuerdas de su banjo. Jugué a cartas con Kerris durante una silenciosa hora, inconsciente de la sorpresa que me esperaba a la vuelta de la esquina.

Apenas pasadas las nueve, Kim So entró en el salón, con una sonrisa dibujada en la cara. Al principio esperé que hiciera alguna broma. Lanzaba breves miradas por encima del hombro. Sus movimientos hacían oscilar sus gruesas y brillantes trenzas.

Miró a cada uno de nosotros, sonriendo aún más, y luego dijo:

—¿Puedo presentaros a una nueva invitada?

Kim So se dio la vuelta y extendió la mano para recibir a alguien a quien todavía no podíamos ver.

Una muchacha de unos quince años apareció, vacilante, en la puerta. Una gran sonrisa le iluminaba la cara, mientras que sus ojos se precipitaban de persona en persona. Cuando me vio, la sonrisa se convirtió en otra mucho más vivaz. Señaló con un dedo, se rió y luego gritó:

—¡Hombre pum pum! ¡Hombre pum pum! Cómo había cambiado mi niña salvaje de la isla. No la había reconocido. La oscura bola de pelo había sido cortada elegantemente. Se había bañado y puesto ropas nuevas. La transformación me asombró tanto como me encantó. Kim So miró a la muchacha alentadoramente antes de dirigirse a nosotros otra vez, sonriendo con orgullo.

—Atención todo el mundo. Quisiera que conocierais a Cristina.

La muchacha que había sido salvaje acarició su propia cara.

—Cría tina. Cria tina.

—Cris tina —repitió Kim lentamente—. Cris tina.

—¡Cría tina!

Kim nos miró sonriendo. —Bueno, poco a poco. Pasito a pasito. Kim había pasado toda una noche y todo un día ganándose la confianza de la muchacha. Nos contó que Cristina se había metido en la ducha de muy buen grado y que había aceptado en seguida las ropas nuevas. Kim agregó que seguramente de niña Cristina había sido criada en un entorno civilizado, ya que el hecho de lavarse la cara, cepillarse los dientes y lavarse el pelo no era nuevo para ella. Ahora regresaba desafiante a la sociedad. En cuestión de horas estaba tocando muebles, cuadros, ropas, y esforzándose por recordar cómo se llamaban.

Yo también me sentí invadido por algo muy parecido al orgullo mientras Cristina se paseaba por el salón mirando todo con la curiosidad típica de un niño. —Silla... mesa. ¡Mesa!

Le dio golpecitos a la mesa con los nudillos festejando su triunfo.

—Mesa. Sentarse. Comer. Allí tía Sue —dijo señalando un extremo de la mesa, luego hizo mímica simulando que sacaba algo por la boca.

—Uf, uf... ¡Ay! —Agitó una mano frente a la cara mientras tosía.

Kerris me miró.

—Me parece que la tía Sue fumaba como una chimenea. —Maxie, gerrunder... gerrunder... Maxie malo. —Ahora imitaba a un perro con las patas sobre la mesa.

Rory miró a Cristina.

—¿Podrá hablar correctamente? Quiero decir que su vocabulario no se quedará así de limitado para siempre, ¿verdad? —Está aprendiendo a una velocidad impresionante. Es una chica muy lista.

De repente, Cristina se puso un dedo en la boca para imitar el sonido de una botella que se destapa. Luego hizo gestos como si estuviera sirviendo bebida de una botella imaginaria. Cuando volvió a hablar lo hizo con una voz sorprendentemente profunda, como la de un hombre, con un acento que me pareció escocés.

—Por otro año de vida... Dios salve al Rey.

—¡Dios mío! —Gabriel sacudió la cabeza con admiración—. He escuchado hablar de la memoria fotográfica. Me imagino que ella tiene memoria «fonográfica».

—Supongo —comenzó a decir Kerris— que si de repente te quedas sola a los cuatro o cinco años, esos primeros recuerdos de tu hogar y tu familia van a quedarte tan grabados que nunca vas a olvidarlos.

Gabriel asintió con la cabeza.

—Pobre niña. No quisiera saber *nunca* por todo lo que ha tenido que pasar.

—Hasta ahora, se niega a dormir en una litera —nos dijo Kim—. Se quita rápidamente las mantas para hacerse una especie de nido en un rincón del camarote. Pero, como podéis ver, está de buen humor. Es animada, inteligente.

Cristina se acercaba a cada uno de nosotros sonriendo, dando palmaditas en los brazos y en la cabeza mientras repetía:

—Hola... hola... hola...

Cuando llegó a mí volvió a señalarme y luego repitió las palabras que había dicho apenas entró en el salón.

—Hombre pum pum.

—¿De modo que tú eres el hombre pum pum? —preguntó Kerris, divertida.

Asentí con la cabeza, sin dejar de sonreírle a Cristina, y aún maravillado con su transformación.

—Está recordando cuando la asusté con un arma. Le disparé a un trífido que se había acercado demasiado. El ruido la asustó muchísimo.

—Bueno, no pasó nada —comentó Kerris—. Ya te tiene afecto otra vez.

Su sonrisa se amplió aún más al mirarme.

—Hombre pum pum.

De repente Cristina salió del salón, disparada.

Mi sonrisa se fue apagando.

—Puede que hayas hablado demasiado pronto, Kerris.

—No te preocupes —me tranquilizó Kim—. Todo esto es nuevo para Cristina. Seguro que a veces es demasiado para ella.

Había supuesto que Cristina se había retirado a su nido de mantas en su camarote.

Sin embargo regresó un momento después, llena de orgullo.

—Salvado —me dijo, y luego levantó la maleta con las dos manos—. Salvado... tú... ¡tú!

Me entregó la maleta.

—¿Quieres que te la guarde? —Me encogí de hombros, desconcertado—. Pero es tuya, Cristina.

—Tú, tú —insistió—. Tú, tú.

Sacudí la cabeza.

—Lo siento, Cristina. No comprendo.

—¡Tú, tú!

Miré, impotente, a los que me rodeaban. Me miraron a su vez sacudiendo las cabezas, también desconcertados.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —El sonido salió gutural desde lo más profundo de su laringe. Más como un ladrido que como un sonido humano—. ¡Ay! ¡Ay!

De repente cogió el trozo de papel sobre el que había escrito Gabriel. Luego, moviéndolo de lado a lado contra el rostro, casi como si estuviera secándose los ojos con él, comenzó a corear:

—¡Tú, tú! ¡Tú, tú!

—¡Ah, quieres decir que lo lea!

Me miró con ojos triunfantes. Asintiendo enérgicamente con la cabeza, dijo llena de excitación: —Lea. *Lea*.

—Está bien. —Sonreí—. Ahora comprendo, Cristina. Se sentó a mi lado en el asiento tapizado, abrazándose las rodillas de un modo encantadoramente infantil mientras me observaba abrir los cierres de la maleta.

La maleta con sus cicatrices y sus manchas, incluso lo que parecían ser las marcas de los dientes de un animal, parecía que podía contar por sí sola las aventuras que había vivido en todos esos años. Por razones que bien conoce Cristina, la había guardado con mucho cuidado desde que se vio obligada a valerse por sí misma desde muy pequeña. Abrí la maleta con algo parecido a la reverencia. Luego, uno por uno, saqué el contenido, poniéndolo todo cuidadosamente sobre la mesa que estaba frente a mí. Había una pequeña biblia. Al abrir la tapa, leí lo que estaba escrito allí:

—«Obsequiado a Cristina Jane Schofield en ocasión de su bautizo. De parte de su afectuosa tía, Susan Tourraine.»

Cristina me miraba con entusiasmo mientras mostraba sus tesoros a todos.

—Una muñeca —dije, poniendo la muñeca junto a la biblia.

—Becker —dijo Cristina, tocando la cara de la muñeca. Luego vino un trozo de algo envuelto, que en principio creí que era una piedra. Pero era pan, pan muy seco, muy duro. Probablemente llevaba años y años ahí.

Después vinieron unas ropas de niña pequeña de unos cuatro o cinco años.

Comenzó a invadirme una sensación de fatalidad. Me di cuenta de que allí encontraría pistas claves sobre el pasado de la muchacha. Por un momento, no quise continuar con ese ritual, pero Cristina no dejaba de observarme.

Tocó una prenda de algodón.

—Blo sa. —Pensó un momento y luego se corrigió—: Blusa. Su memoria estaba regresando. Pude verlo de repente en sus ojos distantes.

—Perro malo, Max... Planta lo picó. —El entusiasmo que sentía se fue disipando. Se quedó quieta—. Planta lo picó. Max en suelo.

Una atmósfera extraña se instaló en el salón. Creo que todos los que estábamos allí mirando todas esas pertenencias habíamos empezado a imaginar nuestra propia hipótesis de lo que le había ocurrido a Cristina todos esos años atrás. Yo vi a una niña pequeña corriendo por un bosque oscuro, estrechando con fuerza la maleta en la que alguien había metido algunos artículos básicos: un trozo de pan que nunca fue comido; una biblia que no podía leer pero que le recordaría momentos más felices. Si sobrevivía, claro.

En la maleta había unas cuantas cosas más. Cuerda, Un cuchillo de bolsillo. Lápices con la punta rota. Una caja vacía de cerillas. Un guardapelo de oro con un rizo de cabello rubio dentro, cuya inscripción decía «Margaret Anne Schofieid». ¿La madre de la muchacha?

En el fondo había un último artículo: un estuche de metal para puros con su tapón y todo. A juzgar por el tamaño del tubo, el cigarro debió de haber sido un puro habano u otro de la misma longitud. ¿Quizá un recuerdo de su padre? En conjunto, un intrigante puñado de pistas.

Había comenzado a poner los objetos nuevamente en la maleta cuando Cristina me detuvo cogiéndome la muñeca. Me llevó la mano hasta el tubo del cigarro y luego presionó mis dedos contra él.

Miré a los demás. Me devolvieron miradas llenas de expectación; el salón estaba en silencio a no ser por el lejano ruido de los motores.

—Lea —insistió Cristina.

No había marcas en el exterior del cilindro. Lo destapé. Dentro, bien enrollado, pude ver un trozo de papel.

Después de sacarlo, me tomé un momento para desenrollar la hoja y luego la estiré sobre la mesa con las dos manos. La letra se veía precipitada, pero provenía seguramente de una mano elegante.

Miré a Cristina. Estaba inmóvil, con los ojos brillantes, expectante.

No había nada que yo pudiera hacer para posponer el momento que se acercaba. Leí la carta en voz alta:

A quien corresponda:

La niña que le ha entregado esta carta es mi hija. Su nombre es Cristina Jane Schofield. Tiene cinco años.

Hay poco tiempo para detallar lo que nos ha pasado. Durante veinte años hemos vivido en una empalizada en la costa de Cornualles. Éramos una comunidad mixta de videntes y ciegos. A mi juicio, éramos una comunidad relativamente próspera, dedicada principalmente a la agricultura, con un poco de pesca para complementar nuestra dieta.

Hace un año una flota de yates se acercó a la costa. No tuvimos tiempo de defendernos antes de ser atacados, Las mujeres videntes, junto con nuestros hijos, fueron capturadas por los invasores. Los demás fueron asesinados. Más por suerte que por intención, escapé con mi hija Cristina. Vagamos durante meses viviendo al día y durmiendo en ruinas. Siempre huyendo de los trífidos, que comenzaron a seguirnos como los lobos persiguen a un animal herido, lo que no estaba lejos de la verdad. Yo era un hombre viejo cuando dejamos la comunidad. Ahora estoy enfermo. Caminar más de un kilómetro al día se convirtió en un calvario. Cuanto más lentamente nos movíamos, más se acercaban los trífidos a nosotros.

Durante nuestros viajes en los últimos doce meses no nos hemos encontrado con una sola persona. Ni una. Por tanto, saco en conclusión que somos las únicas personas que quedamos en todo el país. Los trífidos los han matado o los han echado de aquí. Ahora esas malditas plantas quieren hacer de nosotros su próxima comida.

Estoy aquí sentado escribiendo esta carta para usted, un extraño a quien nunca conoceré. Cristina y yo hemos encontrado un refugio temporal en una caseta de botes en un río. Está oscuro. A pesar de que no puedo verlos, puedo escuchar a los trífidos, golpeando los tallos de madera con sus pequeñas ramitas, comunicando a los de su especie que estamos aquí atrapados.

Cristina duerme imperturbablemente. No sabe que ésta es nuestra última noche juntos.

Aunque no soy un hombre de ciencia comprendo que mi tiempo se está acabando. Puedo sentir una masa dura en el estómago. Mi piel se ha puesto de un color amarillo enfermizo. Un tumor, sospecho. En todo caso, estoy demasiado débil para moverme más de un par de pasos. Pronto perderé incluso esa capacidad.

Sin embargo, eso no me preocupa. Mi única preocupación es mi pequeña hija. Se me parte el corazón sólo de pensar que voy a dejarla sola, desprotegida., indefensa contra esas malditas plantas.

Incluso ahora me pregunto si me abandona la razón. Estoy tan somnoliento que me cuesta permanecer despierto durante más de unos segundos. Esta tarde, Cristina se ha alejado de la caseta de los botes. Recuerdo vagamente haberle preguntado adonde había ido. Me respondió que estaba buscando manzanas pero que otras plantas te atacaban sin cesar con sus ramitas. Naturalmente preocupado, le pregunté

si las plantas la habían picado con sus agujones. Me respondió que sí, que la habían picado un poco, pero que no la había molestado tanto. Realmente tenía unas marcas rosadas en la cara, pero no estaba para nada hinchada, ni mucho menos envenenada.

Pero tal vez, después de todo, yo estuviera soñando. Ay, estoy escribiendo esta carta intentando apartarme de la realidad. Estoy evitando llegar al final y hacer lo que debo a mi hermosa hija.

En un momento la pondré en un bote que he encontrado aquí en la caseta. Le voy a dar comida, agua y esta carta, y luego la dejaré sola en la oscuridad, a la deriva. No puedo hacer nada más. Apenas puedo moverme. Y sé que no tengo la fuerza para subir al bote con ella. Mi querida niña debe hacer lo que pueda para sobrevivir sola allí fuera.

Verla alejarse será la cosa más dolorosa que he hecho nunca, sabiendo que jamás volveré a verla, y que tal vez esté enviándola directamente a la muerte, Pero ¿hay otra salida? ¿La hay?

Desde lo más profundo de mi corazón, sólo puedo rogarle que cuide de ella. Es una buena niña.

Lo saluda muy atentamente,

Benjamín Schofield.

Cuando terminé de leer la carta no dije nada. Tampoco nadie lo hizo. Nos quedamos allí sentados durante un buen rato, cada uno con sus propios pensamientos.

13. HACIA DELANTE

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—¿A Nueva York? Tres días más, supongo.

—¿Estás contento de regresar a casa tan pronto?

—Órdenes son órdenes. Pero será agradable pisar tierra firme otra vez. Tú sabes bien a lo que me refiero, ¿verdad?

—Tengo mucha práctica esperando en comedores a que haga buen tiempo para volar.

Gabriel Deeds jugaba muy mal al pimpón. Tanta era la fuerza de ese hombre negro que más de una pelota explotó bajo la fuerza de uno de sus devastadores golpes de antebrazo.

Las paredes del salón de descanso estaban empapeladas con pósters de jóvenes estrellas. Provocadores labios de carmín pintados en rostros enmarcados por elaborados peinados color platino.

—Ey, Masen, ¿dónde has aprendido ese giro hacia atrás?

—Criquet.

—¿Criquet?

—Se me dan mejor los bolos que batear.

—¿Qué es eso del criquet?

—¿Nunca has oído hablar de criquet?

Meneando la cabeza, Gabriel me devolvió la pelota a una velocidad que me pareció de un millón de kilómetros por hora. La pelota tocó mi paleta y salió disparada como un cañón y rebotó contra el techo. Mientras la recuperaba le expliqué los rudimentos del criquet, al que mi antiguo maestro de escuela se refería como el juego de Dios. Cuando terminé de explicar las nociones básicas, la expresión del rostro de Gabriel hablaba de su gran y profundo desconcierto. Finalmente, después de pensar mucho, preguntó:

—¿Y ambos equipos pueden acabar con su turno de bateo en un partido de... cuánto? ¿Dos horas?

—No —le dije, sonriendo—. Los partidos de criquet duran un poco más que eso.

Cuando le dije *cuánto* más me lanzó una mirada tan suspicaz que debió de haber pensado que le estaba tomando el pelo.

—¿Dos días? —repitió—. ¿*Dos días*? —Sacudió la cabeza, abollando la pelota de pimpón con su inmenso pulgar—. Vosotros los ingleses debéis de tener realmente mucha resistencia. ¿Cómo jugáis durante tanto tiempo sin comer ni dormir?

—No, los equipos tienen descansos para almorzar y tomar el té.

—¿Té?

Otra vez la mirada de desconcierto apareció en sus ojos. Pasé entonces a

explicarle que en Inglaterra la palabra *té* no sólo se refería a una bebida, sino a una comida que se toma en ese tiempo intermedio entre la tarde y la noche.

Gabriel asintió con la cabeza mientras hacía su saque.

—Churchill tenía razón. Somos dos naciones *divididas* por una lengua en común.

Una vez más me di cuenta de que las diferencias culturales e incluso de lenguaje entre los estadounidenses y los ingleses, a pesar de lo superficiales que pueden parecer en un principio, podrían causar más de un dolor de cabeza.

Pero yo me llevaba de maravilla con Gabriel. Su calidez y su cordialidad ayudaron mucho a que mis ánimos mejoraran. De modo que jugábamos al pimpón, bebíamos café (café de verdad; no esa bebida de bellotas con la que me había criado, que por alguna razón era conocida como «café francés») y tocábamos temas convencionales al ritmo de esas pelotas tan duras que tenían una tendencia tan marcada a hacerse añicos con los toques de Gabriel.

Me contó más acerca del equipo de investigación a bordo del barco de vapor *Beagle Menor*.

—La tripulación sospecha un poco de nosotros —me dijo—. Nos llaman olis.

—¿Olis?

—Comenzó como «ólogos», después lo acertaron. Pero creo que nos deben de ver como a un puñado de Oliver Hardys. —Sonrió—. Pero, claro, tal vez cuando subimos a bordo por primera vez parecíamos un poco engréidos con nuestros libros y nuestro material de laboratorio. ¡Buen golpe, David! Pero eso no duró mucho. Apenas salimos del puerto ya teníamos la cabeza fuera diciendo «ay».

—¿Diciendo *ay*? —Sonreí—. Ah, ya sé. *Mal de mer*.

—Eso es... Maldita sea, estoy seguro de que esa red sigue moviéndose. Después el *mal de mer* dio paso a una racha de *mal du pays*.

¿*Mal du pays*? Que utilizara ese para mí desconocido término francés para decir nostalgia, reveló una buena parte de Gabriel. Su educación era sin duda de primera.

—Supongo que la tripulación llamó al equipo los ólogos debido a vuestras profesiones, ¿no es cierto? —dije.

—Has dado en el clavo, David. Has dado en el clavo. Yo soy un biólogo especializado en el lado planta de las cosas.

—¿Y Dek?

—Es geólogo. Si por casualidad nos encontramos en algún lugar cerca de petróleo o de minerales que puedan ser provechosos, queremos saberlo. Kerris es la zoóloga. Está intentando averiguar cómo le va a la vida animal debajo de todos esos preciosos y dominantes trífidos.

—Mal, supongo.

—A las ratas no les va tan mal.

—¿Quieres decir que acaban con las sobras después de que los trífidos devoran

los trozos más grandes?

—Así es, David. Demonios, estoy seguro de que esa red está creciendo ahora mismo. Tendrás que enseñarme cómo haces ese golpe para atrás, amigo. —Gabriel sacó la pelota de la red, luego me la tiró para que yo sacara—. Kim So se dedica a la antropología. Evaluando cómo los pobres de nosotros que quedamos nos las arreglamos para sobrevivir.

—¿Y Rory?

—Es un tío extraño. Su trabajo es estrictamente diplomático. Una especie de embajador itinerante para contactar, y, de ser posible, aliarnos, con las comunidades que encontramos.

—Que no siempre debe ser el trabajo más fácil, ¿verdad?

—Desde luego... Ah, creo que ha sido punto a mi favor, viejo.

Volvió a sacar. La pelota pasó como un rayo junto a mi oreja.

—Se acerca el punto decisivo.

Retomó el hilo de la conversación.

—Tú probablemente te has encontrado con algo similar. La gente tiene miedo de que algún bandido le robe la poca comida que le da su territorio, y entonces se encierran en sus comunidades y se vuelven todos reservados y estrechos de miras.

—Es comprensible.

—Sí, pero ya es hora de echar abajo esas barreras. No podemos seguir viviendo aislados en nuestras islas, sin salir de nuestras granjas, encerrados en nuestros mundos. Tenemos que empezar a comunicarnos para formar una federación internacional.

—¿Naciones Unidas número dos?

—¿Por qué no? Algunos de estos tíos escondidos en sus enclaves europeos ni siquiera se atreven a utilizar un transmisor de radio por si acaso llaman la atención. Pero puedes estar seguro de que todos están escuchando sus aparatos, averiguando todo lo que puedan acerca de *sus* vecinos.

—Nosotros no sabíamos nada acerca de Nueva York —le dije—. De modo que vosotros debéis de tener vuestra propia zona de sombra para radio, ¿verdad?

—¡Eso es! El punto definitivo.

La pelota chocó contra mi paleta con tanta fuerza que la pequeña esfera se partió en dos perfectos hemisferios. Luego, con apenas un silbido, Gabriel continuó con la conversación.

—Claro, utilizamos transmisores de baja potencia, de modo que las emisiones no pueden oírse a más de treinta kilómetros aproximadamente. Nosotros también hemos sufrido ataques de piratas. Es más, estábamos en serios problemas hasta que llegó la nueva administración hace alrededor de veinte años y reforzó las defensas. Si alguien está planeando atacar nuestra ciudad será mejor que se lo piense dos veces porque

podemos responder con tanta fuerza que los invasores quedarán destruidos para siempre. ¿Café?

No podía negarme a ese maravilloso café. De modo que nos sentamos al extremo de la mesa, bebiendo en tazas de papel, y charlamos. Entre otras cosas, de la posible causa de la oscuridad que aún envolvía al planeta Tierra. Intercambiamos historias acerca de la familia, la infancia: lo que haces cuando empiezas a conocer bien a alguien. Le conté mis proezas haciendo volar los aviones en miniatura que yo mismo construía, y hasta llegué al momento en que conseguí finalmente hacer volar a mi adorado cohete. Y cómo el sacristán, presa del pánico, hizo sonar la campana de la iglesia al oír el ruido que hacía, pensando que habían regresado los bombardeos de la guerra de Hitler.

Esa historia le resultó a Gabriel bastante divertida. Se rió fuertemente y durante un buen rato, y se golpeó el muslo con tanta fuerza que pienso que debió de haberse hecho una o dos magulladuras.

Ahora pasaba reflexivamente uno de sus grandes pulgares por el borde de la pala de pimpón.

—Es muy fácil olvidarse de todos esos buenos momentos cuando uno era niño. Yo tenía conejos, muchos conejos. Se iban multiplicando, de modo que no podía darme cuenta cuando faltaban uno o dos. Mi padre sacrificaba alguno de vez en cuando para cocinarlo. —Sonrió—. ¿Y mi vicio? Eran las películas. Cada sábado era el primero en llegar al Loew. Es un gran cine clandestino que hay en Broadway. Me encantaban las payasadas. ¿Sabes? Buster Keaton, Laurel y Hardy, Artina Roseta. Aunque nunca me gustó mucho Chaplin, demasiado *schmaltz*. Y también me gustaban las de vaqueros. Cuantos más tiros, mejor. Pero perdí el interés en mirar a gente que mata gente.

—¿Cómo es eso?

—Sí, es que verás, mi papá mató a mi mamá. *Puní...* directo al corazón.

Sinceramente horrorizado, le dije:

—Lo siento, Gabriel. No quería...

—No, David. —Agitó una mano, disculpándose él también—. Sucedió hace mucho tiempo. Dicen que reaccionó muy mal a las inyecciones químicas.

No me pareció buena idea preguntarle qué era una inyección química. Sin embargo, debió de haber visto el desconcierto en mis ojos.

Relajadamente, me dijo:

—Inyección química. Otra nueva para ti, ¿no?

Asentí con la cabeza, no muy seguro de lo que debía decir para no sonar tremendamente insensible, pero la amistosa sonrisa había regresado al atractivo rostro de Gabriel.

—Las inyecciones químicas son un método de esterilización para el hombre. —

Describió con gestos la acción de ponerse una hipodérmica en el brazo—. Creo que a los veintiséis mi papá era demasiado viejo para ese procedimiento. Quedó un poco desequilibrado. —Se dio unos golpecitos en la cabeza—. A mí no me afectó para nada. Porque, claro, no perdí lo que nunca había tenido, ¿comprendes?

Claro que comprendía. Y, en secreto, estaba horrorizado.

Aún sonriendo, agregó:

—Y una vez que tuve la Tarjeta Rosa pude entrar en lo que llamamos el Punto Neutro. —Se rió entre dientes, divertido—. Y tengo la mejor educación que alguien como yo pudiera esperar. Ahora tengo un bonito apartamento y un empleo de los mejores. Ey, David, has derramado un poco de café. ¿Quieres que te traiga un poco más?

Se lo agradecí. No... quería subir a la cubierta a tomar un poco de aire... Lo felicité por el juego... conseguí la promesa de un partido de revancha. Luego, sin que mi rostro revelara lo que estaba pensando, abandoné el salón.

Pasó el tiempo. Había veces en que la noche y el día eran imposibles de diferenciar. Una densa capa de nubes se había instalado delante de un sol disminuido, reduciendo a nada la ya escasa luz. El barco seguía con su monótono sonido, agitando las aguas del Atlántico, con la proa apuntando hacia el oeste. A veces el viento soplaba ferozmente frío. Desde la oscuridad llegaban ráfagas de nieve. Alguien dijo una vez que un copo de nieve en junio era algo perverso. Comprobé que no estaba lejos de ser cierto. En lo que tuvo que haber sido un cálido día de verano, observé cómo una serie de copos de nieve se estrellaban contra la portilla. Tal vez no parara. Y quizá después de unos lúgubres años todo el mundo quedaría encajonado en un hielo grueso y muerto.

Pero, entonces, ¿quién lo sabía? Durante mil años, un millón de años o toda la eternidad, la Tierra daría vueltas alrededor del sol encerrada en un ataúd de hielo. Sin que quedara siquiera un microbio en su faz.

Aparté esa posibilidad del cristal de la portilla. Al otro lado sólo había una absoluta oscuridad, manchada únicamente por esas chispeantes motas de nieve.

Aquel poeta muerto hacía tanto tiempo tenía razón. Un copo de nieve en verano era desde luego algo perverso.

—¡Hola, hombre pum pum!

Cristina me sonreía resplandecientemente desde el otro extremo del salón de pasajeros. Había estado dibujando hombres palo con un grueso lápiz de cera.

Le devolví la sonrisa y luego me toqué el pecho.

—David. —Prolongué la vocal *a*—. Daaa vid.

—David Masen —dijo ella alegremente—. Sí. David Masen. ¿Hora de cenar?

—No —le respondí, atónito ante su progreso—, todavía falta un buen rato para la cena.

Kerris levantó la vista del informe que estaba redactando.

—Cristina está avanzando a pasos agigantados. Dale un año o dos y creo que estará firmando el contrato para entrar en nuestro equipo de investigación.

—¿También va a ser óloga?

—¿Óloga? Veo que has estado hablando con la tripulación, ¿no es cierto?

—No. Me lo contó Gabriel. Porque en realidad, todo sea dicho, la tripulación tiende a evitarme.

—No te preocupes. A nosotros también nos lo hacen. Un poco de recelo mutuo nunca le hizo mal a nadie. ¿Whisky?

—Bueno, eh, si crees que...

—Venga, acompáñame. El sol ya debe de estar sobre el peñol. Aunque no podamos ver esa maldita cosa. —Movi6 suavemente las largas piernas debajo de la mesa antes de atravesar el sal6n con ese interesante balanceo suyo. (Gabriel lo haba descrito como «descarado», antes de dedicarme un gui6o c6mplice.)—. Si me preguntas a m6 —continu6 ella, metiendo hielo en un par de vasos—, la tripulaci6n est6 un poco celosa de nuestros refrigerios. —Me mir6 meneando la botella de whisky—. Tienen que estar «secos» cuando est6n en alta mar. Y el hecho de vernos a nosotros con un vivificante vaso de una u otra cosa realmente les fastidia. ¿Con esto tienes suficiente?

Levant6 un poco el vaso: tena una cantidad de l6quido m6s que generosa.

—S6, me sobra. Gracias.

Cristina me mir6 con severidad.

—Maldita cerveza.

Luego hizo una mueca, cruzando los ojos mientras bamboleaba la cabeza de lado a lado haciendo una imitaci6n bastante buena de alguien que se ha excedido un poco con la bebida.

Kerris sonri6.

—Algo me dice que en unos pocos meses aqu6 nuestra muchacha salvaje va a parecerse mucho a una t6pica adolescente de Nueva York... ¡Salud!

En un par de d6as ya me haba acostumbrado al balanceo del barco. Es m6s, haba adoptado las rutinas del barco. Las comidas eran incre6blemente generosas. Beb6amos caf6 todo el d6a. A menudo hablaba con los 6logos. Kerris Baedekker y Gabriel Deeds eran los m6s simp6ticos. (Aunque Gabriel disfrutaba much6simo gan6ndome falsamente en el pimp6n. A6n as6, yo me retir6 en uno o dos juegos. Tambi6n le ense6 las nociones b6sicas del criquet con un tubo de cart6n y un par de calcetines bien enrollados. Ay, venganza, dulce venganza.) Kim So se pasaba gran parte del tiempo d6ndole clases particulares a Cristina, de modo que a ellas no las vea mucho. Pero me di cuenta de que el vocabulario de Cristina haba adquirido un acento musical estadounidense, un poco condimentado con una expresi6n que era puramente

de las tierras altas de Escocia. Dek, simpático pero terriblemente tímido, solía sumergirse en su trabajo. Pasaba casi todas las horas de vigilia escribiendo detallados informes sobre hallazgos geológicos en las diversas escalas que se habían hecho hasta entonces. Hasta donde pude entender, había una apremiante necesidad de encontrar nuevos yacimientos petrolíferos que fueran fácilmente asequibles y que estuvieran libres de trífidos. Una tarea bastante difícil. El miembro del equipo al que le tenía menos simpatía era Rory Masterfield. Encontraba cierta agudeza cortante en sus repelentes ojos y, a pesar de que la ocultaba detrás de una simpática sonrisa, yo percibía una aspereza latente.

Para mi sorpresa, descubrí que estaba esperando ansiosamente y con entusiasmo mi llegada a Nueva York. Mi espíritu aventurero había vuelto a despertarse. Quería explorar. Naturalmente, cuando regresara a la Isla de Wight haría un informe completo sobre lo que fuera que iba a encontrar en la ciudad estadounidense. Ya había superado cierto malestar. Gabriel Deeds fue bastante sincero contándome que había sido químicamente castrado a cambio de ciertos privilegios. En mi isla se celebraba la fecundidad, y la noción de castrar a un hombre joven y saludable producía en mí una aversión instantánea y refleja. Pero, claro, la creación de una clase eunuca en la sociedad desde luego no era nada nuevo. La antigua Roma, Bizancio, el imperio Otomano y muchas culturas orientales habían llevado a cabo la castración masculina. A menudo considerados como una élite dentro de la sociedad, los eunucos realizaban muchos trabajos especializados, que oscilaban entre vigilar el harén del sultán, realizar tareas sacerdotales y asumir importantes cargos en la administración pública bizantina. Igual que a un caballo le ponen anteojeras para que se desenvuelva un poco mejor, un niño sacrifica su virilidad para concentrarse en sus tareas sin distracciones hormonales.

Tanto si encontraba o no detestable esa práctica, estaba claro que el eunuco neoyorquino era una realidad ineludible en el mundo de Gabriel.

En la tarde del segundo día, cuando el sol era nada más que una mancha color rojo ladrillo sobre el horizonte, la cubierta estalló de repente en un frenesí de actividad. Los marineros salían corriendo de las escotillas con expresiones tan decididas como tensas.

Yo estaba de pie en medio de la cubierta cuando el capitán Sharpstone me llamó tranquila pero enérgicamente.

—Señor Masen, baje por favor.

En medio de aquella casi oscuridad, el capitán no era más que un borrón en el puente de mando.

Mi curiosidad pudo más que mi voluntad.

—¿Qué sucede?

—Nada que no podamos controlar. Ahora debo pedirle que abandone la cubierta.

Para entonces algunos tripulantes habían colocado lonas alquitranadas de protección, mientras otros levantaban ametralladoras y las colocaban en sus monturas.

—*Ahora*, señor Masen —insistió el capitán—. De lo contrario me veré obligado a hacer que lo escolten abajo por su propia seguridad.

Con desgana, abandoné la cubierta y me dirigí hacia el salón de pasajeros.

Allí, el equipo de investigación estaba tenso. Nadie hablaba. Gabriel se retorció los dedos complicadamente mientras miraba hacia fuera a través de la portilla.

—¿Qué está pasando? —pregunté—. La tripulación ha sacado las armas.

—Es sólo una precaución —me dijo Rory—. No hay por qué preocuparse.

Bien dicho. Sin embargo noté la expresión de preocupación de Kim y Dek.

—¿Esto sucede a menudo? —pregunté.

Se me ocurrió que esa gente tenía enemigos. Que allí fuera en el oscuro océano su enemigo podía estar ahora acechándolos.

También me senté en silencio, esperando el sonido del primer disparo.

Como es comprensible, la cena llegó tarde. Sólo después de un plato de tortilla preparado apresuradamente, sonó un pitido en el sistema de altavoces del barco.

Cuando oí los suspiros de alivio del equipo, supuse que ésa era la señal de «todo en orden». El sonido de unos pasos pesados llegó desde el pasillo mientras los marineros regresaban a sus puestos habituales.

Fuera lo que fuese, había acabado sin que se lanzara ningún disparo.

Aun así, el hecho de haber visto toda esa frenética actividad alrededor de las armas del barco me dio mucho que pensar. Esa noche, cuando me retiré a mi litera, aún seguía preguntándome qué es lo que esperaba encontrarse el capitán Sharpstone en alta mar.

La mañana no irrumpió, sino que más bien se fue colando por el horizonte oriental: una mancha borrosa propagándose lentamente como sangre que se filtra en una tela oscura.

Me había despertado con frío. A lo largo del desayuno supe que con el fin de aumentar nuestra velocidad, el capitán Sharpstone había ordenado que cada centímetro cúbico de vapor debía estar dirigido a dar más fuerza aún a los motores, quitándoles así el calor a los camarotes. De modo que, abrigado todo lo que pude para protegerme de una mañana tremendamente fría, que había dejado escarcha aquí y allá sobre la lona alquitranada de las armas de cubierta, me quedé con la mirada perdida en esa penumbra invernal. Detrás de mí, la mancha roja cada vez más alta en el cielo. Lentamente, demasiado lentamente, se hacía un poco más brillante. A media mañana había adquirido una vez más el lustre de un papel de plata rojizo. Sin embargo, seguía irradiando muy poca luz.

Me incliné hacia adelante, apoyando los codos sobre la barandilla y dejando caer

el peso sobre ellos, Las aguas del mar, totalmente tranquilas, parecían sangre coagulada, un color marrón rojizo y viscoso. Una vez más me pregunté si estaba yendo rumbo a un mundo realmente sombrío.

Oí a lo lejos un grito espeluznante. Solitario, lastimero, fantasmal, con ecos perdidos y moribundos. Intenté descifrar de dónde procedía. No me resultó demasiado difícil imaginar que venía de la boca del fantasma de un marinero muerto hacía mucho tiempo. Pero la razón me dijo que debía de tratarse de una gaviota que planeaba por allí afuera, en algún lugar de ese mundo medio iluminado. Busqué durante un buen rato, pero no vi ni una sola ave marina. Una vez más escuché el grito quejumbroso.

Entre el mar y el cielo, una pálida línea se extendía hasta donde me llegaba la vista. *Bruma*, me dije a mí mismo. Probablemente debido al aire frío al contacto con un mar apenas más cálido. Y, entonces, mientras la miraba fijamente, tuvo lugar una sutil transformación.

A lo lejos surgieron pequeñas figuras. Estaban agrupadas densamente en el centro, luego se fueron alejando unas de otras hacia los extremos. No eran muchas. Es más, no parecían demasiado grandes, pero mientras las observaba se hicieron un poco más visibles. Y entonces, allí, emergiendo lentamente de la bruma como una Babilonia encantada, vi agujas y torres que intentaban tocar el cielo. Una ciudadela mágica flotando sobre las olas.

Tan atraído me sentí por esa visión que no noté cuando Kerris se acercó y se puso a mi lado.

—Qué maravilla, ¿verdad? —murmuró.

Me volví y vi brillar sus verdes ojos mientras, asintiendo con la cabeza, decía suavemente:

—Mi hogar.

14. METRÓPOLIS

Fotografías, pinturas, películas, hasta un dibujo en una lata de galletas: había visto muchas imágenes de ese lugar. Pero esa vista de edificios flotando misteriosa y casi mágicamente sobre la bruma del mar me dejaba maravillado.

A mi lado, con el pelo rizado al viento, Kerris también miraba, encantada. Ésa era seguramente una imagen de la que uno nunca se cansaba. Sin importar cuántas veces se viera.

Finalmente Kerris dijo:

—Se ve estupenda, ¿verdad?

Tuve que admitir que así era.

Las torres neblinosas se convertían en rascacielos. Incluso a una distancia de casi treinta kilómetros podía reconocerse fácilmente la simetría aerodinámica de] Empire State Building elevándose. Hace mucho tiempo, H. G. Wells escribió: «Qué sitio más gracioso era la ciudad de Nueva York, alto y lleno de ventanas». No creo que aquel gran hombre le haya hecho justicia a esa imagen encantadora. Ni mucho menos.

A pesar de ese frío que calaba los huesos, llegamos a un acuerdo tácito y decidimos quedarnos allí de pie en la proa del barco de vapor y observar. Sobre el puente de mando, intuida más que vista realmente, estaba la formidable presencia del capitán Sharpstone, conduciendo al barco y a la tripulación sana y salva de regreso a casa. En ese momento, vislumbré unos barcos de pescadores que parecían gotas de tinta, mientras un barco destructor, sembrado de grandes armas y misiles, hacía guardia en los accesos finales.

El color del agua se convirtió en un marrón cenagoso mientras pasábamos del mar abierto a la confluencia del río Hudson, el Harlem y el East River. Los motores del barco aminoraban la marcha a medida que nos íbamos acercando a la ciudad, que ahora se levantaba inmensa ante nosotros.

Momentos más tarde, esa famosa dama de bronce, la Estatua de la Libertad, pasó junto a nuestra proa. Aun con el matiz rojizo de aquella escasa luz, noté con cierta tristeza que había sufrido un salvaje acto de mutilación. Le habían dinamitado los ojos y su rostro había quedado despojado de ellos, dejando a la gran estatua ciega y con un aspecto realmente monstruoso. En la isla en sí había media docena de cañones de campaña apuntando hacia el mar, grises y relucientes.

Cuando me volví para ver la ciudad de Manhattan, vi que ahora los rascacielos se alzaban sobre nosotros y que sus ventanas reflejaban ese mismo sol sombrío, como un millón de ojos de un rojo pálido que me mirasen con furia desde arriba; a mí, David Masen, un extraño en una tierra muy extraña.

Había muchas clases de embarcaciones moviéndose por el puerto, remolcadores, barcas de pescadores, pilotos de río, lanchas de policía, barcazas y también veleros, lo

cual decía mucho de esa nación hambrienta de recursos. Ahora podía ver carreteras que huían hacia el corazón de la ciudad, atravesando cañones de acero y hormigón. Y había coches, camiones, autobuses, furgonetas de todas las formas y tamaños, haciendo sonar las bocinas y llenando el aire con ruidos que sonaban como un tenue pero continuo trueno. Los faros, encendidos a pesar de ser apenas mediodía, resplandecían.

Para entonces, Kerris tenía una sonrisa relajada en su rostro. Para ella ése era su hogar. Para mí... pues... nunca había visto nada igual. Sentía una opresión en el pecho. Movía la cabeza de izquierda a derecha y de derecha a izquierda mientras intentaba verlo todo al mismo tiempo.

Era una tierra maravillosa, asombrosa, de un esplendor casi sobrenatural. En ese momento, una extraña pasión animal ardió dentro de mí. Deseaba, no, *ansiaba* zambullirme en el corazón de ese vórtice de movimiento, luz y sonido.

Después de lo que me pareció toda una sucesión de retrasos, por fin el barco amarró junto a un muelle. Momentos más tarde, bajaba caminando por la pasarela para ver lo que ese extraño nuevo mundo tenía para ofrecer.

Nos esperaba una especie de recepción oficial. Un grupo de hombres y mujeres alejaron a Cristina y a Kim cogiéndolas de la mano para protegerlas. En cierto modo me sentía responsable de la muchacha y le pregunté a Kerris adonde la llevaban, Me aseguró que Cristina estaría muy bien cuidada.

—El único peligro es que se va a convertir en una celebridad, y lo mismo va para ti, David. —Parpadeó un par de veces—. Vamos a ver, este embarcadero por el que estamos caminando..., el *Titanic* habría atracado aquí en 1912 de haber conseguido atravesar el Atlántico... Por supuesto, no sé si tomarás esto como buen o mal presagio. —Sonrió al ver aparecer un grupo de hombres uniformados—. Bueno, parece ser que tendremos que pasar por algunas formalidades antes de llevarte al hotel.

Completé formularios durante una hora en la oficina de la Aduana. Me sacaron una fotografía de perfil y otra de frente para un registro de inmigración. Después, un hombre que llevaba un uniforme con galones dorados me estrechó la mano y me dio la bienvenida a Nueva York, y me invitó a salir por una puerta, detrás de la cual había un coche esperando.

Me senté en la parte de atrás con Kerris a mi lado, maravillándome de la ciudad a medida que el coche se abría paso a través del tráfico. ¿Qué podría decir? Las imágenes, los sonidos, incluso los olores de comidas exóticas, todo aquello no era menos que un ataque contra mis sentidos. Con los ojos bien abiertos, la cabeza agachada, retorciéndome, girándome para aquí y para allá, intenté absorberlo todo. Gente de todas las razas por las aceras; las señales de las calles con nombres que sonaban a misterio: Tribeca, Chinatown, Little Italy, el legendario Broadway. Bares,

tiendas, cafés, restaurantes, todo estaba inundado de vida. Todo el mundo caminaba con una rapidez que hablaba claramente de la vitalidad de la sociedad y de su determinación. Incluso el sol se había aclarado en el lóbrego cielo de antes. Llenaba la ciudad de una suave luz roja y los edificios brillaban con todos los matices del rojo, desde el intenso color cobre hasta el casi dorado. En esa confusa mezcla de primeras impresiones, me formé una única y poderosa imagen: era una ciudad limpia, bien ordenada, próspera.

En ese momento compartí una afinidad con el antiguo britano que había viajado con sus pieles de animales para presentarse en la Roma imperial de los cesares. Cómo debió de haberse maravillado ese hombre frente a las heroicas estatuas, los inmensos templos, las altísimas columnas y los ciudadanos estupendamente vestidos con sedas y joyas.

De repente pensé en mi viejo hogar, en la isla. Un páramo rural de caminos sinuosos por los que rodaban lentamente carros arrastrados por caballos. Un batiburrillo de pintorescas aldeas, pobladas por soñolientos palurdos. Parecía un lugar muy pobre comparándolo con éste.

Ahora el coche se detenía frente a un altísimo edificio.

—Tu hotel —me dijo Kerris, y luego sonrió ante la expresión seguramente de perplejidad de mi rostro.

—No te preocupes, David. Te están esperando. También deben de haber recibido ropa nueva; telegrafíé informando de tu talla. Aún tenemos que buscarte unos zapatos adecuados... las botas de marinero no te irán bien en Manhattan.

Parecía un niño en Navidad: los ojos bien abiertos, lleno de emoción, corriendo de una sorpresa a otra. Aun así, sentía un remordimiento de deslealtad hacia mi antiguo hogar en esa tranquila isla a miles de kilómetros de distancia. Había sido un refugio seguro para la familia Masen. Lo que crecía y se plantaba sobre su exuberante paisaje me había alimentado, me había abrigado. Su sociedad había hecho lo mejor que había podido para educarme y entretenerme. Pero esta palpitante metrópolis ofrecía muchísimo más.

—¿Qué es eso? —le pregunté al camarero de la barra del hotel. —Sonrió abiertamente—. Eso es la televisión, señor.

Al instante ardí de vergüenza. Sabía muy bien lo que era la televisión. Había visto suficientes cajas polvorientas con el frente de cristal abandonadas en cobertizos de jardín. Pero nunca antes había visto una, a falta de una palabra más apropiada, *con vida*. El aparato que estaba sujeto a la pared detrás de la barra mostraba imágenes en color. En el intervalo de lo que parecieron cinco segundos, pero que evidentemente fueron más, aparecieron imágenes de una compañía de danza vestida de color rosa estridente y cuyos bailarines estiraban las piernas a un ritmo inaceptable. Luego apareció una muchacha rubia diciendo cuánto le gustaban las palomitas de maíz Pop.

Después, una señorita asegurando que siempre compraba en Macy's. Inmediatamente a continuación vinieron unos planos de soldados marchando, luego disparando a trífidos con lanzallamas y finalmente aplastando las humeantes plantas con las botas hasta hacerlas papilla. «No hay empleo más duro ni caluroso que éste», tronó una profunda voz masculina. «Por eso no hay nada que me guste más que una copa grande y fría de Rheingold. La cerveza que toman los héroes en casa.»

El camarero me sirvió la cerveza mientras me subía a un taburete. Durante la siguiente hora observé cómo un hombre de cabellos rubios con un peinado incongruentemente perfecto rescataba a una sucesión de niños y a varias señoritas ruborizadas y agradecidas de una especie de quinta columna que había secuestrado un transatlántico de pasajeros. Exasperantemente, puesto que todo parecía indicar que el hombre rubio iba a quedar hecho añicos por una granada de mano o que sería arrojado a la fuerza por encima de la barandilla del barco hasta caer en un mar infestado de tiburones, el suspense fue interrumpido por nuevas tintineantes exhortaciones a comprar un abrigo con un corte determinado, a hacerse con unos zapatos que les prometían a sus usuarios sentirse «caminando en el aire» o a adquirir «el chicle que atrae a las chicas».

—Bueno, bueno, que no se te vayan a quedar los ojos a cuadros —dijo una voz a mis espaldas.

Kerris se sentó rápidamente a mi lado y pidió una cerveza. Llevaba unos pantalones que le sentaban estupendamente y un jersey de color verde azulado; alrededor del cuello se había atado descuidadamente un pañuelo de seda con destellos en dorado y azul eléctrico. Después de intercambiar conmigo algunos cumplidos me entregó un sobre.

—¿Qué es esto?

—Simplemente, algo de dinero en efectivo.

—Kerris, no puedo aceptarlo.

—Por supuesto que puedes. Necesitarás dinero. Ah, y he incluido una tarjeta para el metro.

—Pero no podré devolvértelo.

—Tonterías.

—Pero...

—Es igual, el dinero no es mío. Considéralo un regalo de bienvenida de parte de la ciudad de Nueva York. —Sonrió alegremente—. Eso es, acábate la cerveza. No puedo permitir que desperdicies tus días solo en una barra de hotel.

—¿Adonde vamos?

—De paseo turístico.

15. EL GRAN TOUR

Kerris Baedekker no escatimó nada en aquel paseo. Hasta viajar en tren, era algo asombroso para mí. Inmensos vagones de acero retumbaban a través de túneles que eran lo suficientemente amplios para hacerme pensar en catedrales. Me enseñó el Empire State Building con un «allí tiene la oficina mi padre». De allí fuimos a Greenwich Village con sus edificios mucho más pequeños y un exótico ambiente bohemio que me resultó extrañamente excitante.

A veces se metía en el papel de guía turística, citando datos y cifras.

—La isla de Manhattan es un trozo de roca de cincuenta y siete kilómetros cuadrados con tres billones de años de antigüedad. El agua dulce llega a través de un túnel de doscientos treinta kilómetros de largo desde tres presas. Las centrales eléctricas funcionan con hornos de carbón. El nombre «Manhattan» se lo dio un explorador para celebrar el descubrimiento de la isla con un grupo nativo de indios. Aparentemente, ese grupo de gente era bastante bebedora, y por eso la isla fue llamada *Manhattanink*, que significa «la isla de la borrachera general».

—¿En serio?

—Es una historia bastante rocambolesca. Lo cierto es que nadie sabe realmente de dónde viene el nombre. ¿Tienes hambre?

Comimos en la taberna El Caballo Blanco en la calle Hudson, un establecimiento que no habría estado fuera de lugar junto a los pubs de la Isla de Wight.

Más de una vez noté el morro apuntando hacia el cielo de un arma antiaérea sobre el terrado de un edificio. ¿Más evidencia de una sociedad muy consciente de lo que es la autodefensa? ¿O había una amenaza más específica? Sin embargo, si la había, esos autóctonos bulliciosos no demostraban que les afectara lo más mínimo.

Una vez más cogimos el expreso subterráneo. Esta vez hacia el norte, al Central Park, ahora con cultivos de patatas y maíz. Pero noté que la falta de luz natural había hecho mella. Las plantas se habían puesto de un color verde pálido. Los tallos se marchitaban tristemente.

Kerris los miraba, entristecida.

—A no ser que regrese la luz del día tendremos graves problemas. Los cultivos morirán en menos de una semana.

Atravesamos lo que alguna vez había sido un parque elegante y formal hasta llegar al lado este de la isla. Incluso en la penumbra pude ver un muro que se extendía de este a oeste. Tenía aproximadamente seis metros de altura y también podían verse claramente varias torres de vigilancia a intervalos regulares.

—Kerris, ¿qué hay allí?

—Ah, ésa es la paralela 102. Divide la isla de Manhattan en dos.

—Y ¿por qué?

—Eso fue hace veinte años o así. —Hablabla vagamente. Esperé que lo explicara con más detalle. Pero en cambio dijo—: Vamos, hay muchas más cosas que ver.

Me cogió del brazo, guiándome por campos de maíz marchito.

La señorita tenía razón. Había muchas más cosas que ver: galerías de arte, museos, bibliotecas, monumentos públicos. De repente, un coche se paró en medio de la calle con un crujido espantoso. Aparentemente su motor se había detenido de repente.

—Te acostumbrarás a ver esa imagen —me dijo Kerris, todavía cogiéndome del brazo—. Tienes garantizada una avería en cada calle.

—¿Hay escasez de piezas de motor?

—No, ahora estamos fabricando repuestos. Hacemos funcionar los motores con alcohol metílico. Es combustible, pero hace estragos con los pistones. Lo ideal sería que un motor se desmontara y se reconstruyera cada 3.500 o 4.000 kilómetros.

—Sería más práctico, y también más económico, ponerse a refinar aceite de trífido. Por supuesto, tendríais que hacer cambios en los motores de los coches, pero nosotros creemos que aguantan bastante bien durante cerca de 190.000 kilómetros.

—Dios mío. —Kerris parecía verdaderamente impresionada. Ante el riesgo de pecar de presumido, agregué: —Mi padre inventó la técnica de refinación, junto con un tipo llamado Coker. Hoy en día tenemos tres plantas de refinería Masen-Coker produciendo casi 23 millones de litros de combustible al año.

Se quedó estupefacta.

—Creo que fue la providencia la que te puso en nuestro camino, David. Si tu gente puede enseñarnos cómo construir una de esas máquinas Masen-Coker, nuestros problemas de combustible se resolverían de la noche a la mañana. O casi. —Entonces, sólo necesitaríais muchos trífidos.

—¿Trífidos? Tenemos muchísimos.

Habíamos avanzado por una calle que terminaba en un río. Éste era más estrecho que el río Hudson, quizá de unos doscientos metros de ancho. Kerris me tocó el brazo. —Míralos.

Miré hacia donde ella me señalaba. Al otro lado del río, el terreno subía en una colina hasta llegar a una hilera de edificios en ruinas.

—Brooklyn —me explicó—. Un lugar que raramente visitamos, por razones obvias.

Y allí los vi, bajo esa triste luz roja. Trífidos. Millones de esas malditas cosas. Silenciosos, inmóviles. Nunca había visto una concentración tan densa de esas plantas. Ni había contemplado antes ninguna de tamaño tan prodigioso. Cubrían cada centímetro de tierra hasta donde llegaba la vista. Los que estaban más cerca de nosotros estaban incluso con las raíces en el agua, como una especie de ciénaga de mangles diabólica.

Yo sabía por qué se agrupaban allí. Entre ellos y lo que venía a ser un plato de más de trescientas mil personas había una mera barrera estrecha de agua. Fueran cuales fueran los sentidos que esas plantas poseían, éstos las llevaban hacia la ruidosa ciudad, percibiendo los dulces bocados de humanidad... anhelándolos.

Me estremecí, imaginando una invasión de tantas plantas. Tuve una visión horripilante de trífidos invadiendo como una plaga las calles de Manhattan.

Después de un momento hice un comentario.

—Veo que no tenéis escasez de material para refinar.

—No. Y así es todo nuestro alrededor. —Kerris se acercó a mí, me apretó el brazo, necesitando de repente la cercanía de un ser humano frente a ese enemigo implacable. Me dedicó una frágil sonrisa—. Así es. Estamos rodeados.

Esa noche caminé con Kerris hasta un restaurante cerca del hotel. Ella, automáticamente, me cogió del brazo, un simple acto humano que me resultaba sumamente agradable.

Nos encontramos con Gabriel en la calle, y parecía sinceramente contento de vernos.

—Vamos a cenar —le dije señalando el restaurante vivamente iluminado—. ¿Por qué no nos acompañas?

Su mirada se cruzó con la de Kerris. Por un momento hubo una incomodidad en el aire que era casi palpable.

—No, me voy pitando. Gracias, de todas formas. Sólo pasaba por el hotel para ver cómo te estabas adaptando.

—Eso es muy amable de tu parte, Gabriel. Gracias. —Se me ocurrió algo—: Dame tu número de teléfono. Es hora de que te dé otra paliza al pimpón.

Se rió.

—Nunca te cansas de perder, ¿eh? Toma mí tarjeta. Ignora el primer número de teléfono; es *de* la oficina. El número de mi casa está debajo.

Después de eso se subió el cuello para protegerse del frío aire de la noche, antes de alejarse a toda prisa. —Vamos, David. Tengo los pies congelados. Nos acercamos a la agradable calidez del restaurante. Por un momento me pregunté por qué había habido esa repentina incomodidad entre Kerris y Gabriel cuando lo invité a que nos acompañara a cenar. ¿Habían estado liados antes? De todas formas, sólo tuve un momento para pensar en eso antes de llegar *al* restaurante y ver el letrero que había en la puerta: «Sólo blancos y videntes».

Apreté los dientes y seguí a Kerris hasta dentro.

Esa perturbadora prohibición en la puerta me había quitado el apetito, de modo que sólo jugué con la comida. Kerris no demostró de ningún modo haberme visto leer el letrero. En cambio, cortó un trozo de ternera y lo puso en el centro del plato, de manera que quedara rodeado por un charco de salsa.

Habíamos estado hablando de los trífidos que rodeaban Manhattan. Me aseguré que no eran tan amenazadores como yo había pensado en un principio.

—Discúlpame por jugar un poco con la comida —comenzó a decirme—. Pero digamos que esta larga tajada de carne es la isla de Manhattan. Tres ríos la separan del territorio continental de Estados Unidos. El río Harlem, que has visto hoy, es el más estrecho, de modo que desde allí es desde donde pueden verse mejor los trífidos. Pero en las lejanas riberas del río Hudson y del East River sucede lo mismo. Una vez se calculó que hay cerca de setenta millones de plantas apiñadas sobre la tierra que alguna vez fue Queens, New Jersey, Brooklyn y el Bronx. Forman una especie de herradura alrededor de la isla. Afortunadamente, tenemos esa barrera de agua que nos separa de ellos. Está de más decir que los puentes y los túneles que nos conectan con tierra firme tienen también sus barreras.

—¡Vaya! —exclamé—. Y varios millones de trífidos más allí.

—Así es. El país entero es zona prohibida.

—¿Hay muchas poblaciones en este lado del Atlántico?

—Unas cuantas. Que sepamos ninguna en tierra continental. Casi todas están situadas en islas más hacia el sur. Y algunas también esparcidas por los Grandes Lagos.

—¿Tenéis mucho contacto con ellas?

—Prácticamente ninguno. En los últimos cuarenta años, los pueblos se han vuelto más estrechos de miras.

—¿De dónde sacáis los troncos de madera para procesarlos y convertirlos en alcohol metílico?

—Hay equipos de madereros en el Hudson, río arriba. Y debería añadir que están muy bien protegidos contra posibles ataques de trífidos. Hacen que los troncos bajen flotando hasta llegar a una destilería industrial que hay al norte de la isla.

—¿Has dicho que tenéis una población de más de trescientas mil personas?

—Y ese número está aumentando muy de prisa.

—Pero ¿cómo demonios los alimentáis a todos? —Miré a mi alrededor, al resto de los comensales—. Ternera, carne de cerdo, ostras, quesos. Verduras en abundancia, sin mencionar el café y el tabaco. ¿Cómo podéis producir todo eso en un sitio que es casi todo de hormigón?

—Por supuesto, la respuesta es que no lo producimos nosotros. Importamos buena parte del Caribe.

—¿Eh?

—Hemos conseguido despejar de trífidos algunas islas.

—Debéis de haber necesitado muchísima mano de obra.

—¿Cómo es esa expresión en latín? —Pensó un momento—. *Labor omnia vincit*. Intenté hacer la traducción valientemente.

—¿Querer es poder?

—Algo así. El trabajo todo lo puede.

Seguimos hablando. No obstante, debo confesar que el letrero de la puerta, «Sólo blancos y videntes», me había conmocionado. Nunca había visto nada igual: era una barrera creada por el hombre que separaba a los videntes de los no videntes, a los blancos de los negros. Cuando llegué a Nueva York tuve la sensación de que me estaban ofreciendo un maravilloso pastel, espléndidamente decorado, que prometía una dulzura inefable. Sin embargo, después de haberle dado un par de bocados me sentí como si hubiera encontrado una desagradable mosca aplastada en el decorado de nata. Pero me dije a mí mismo que ésa era una tierra diferente. Tenían otras costumbres. Era probable que no todas fueran de mi agrado. ¿Acaso podía ponerme a juzgar cuando las costumbres de mi propia tierra podían parecerle cuestionables a cualquier forastero?

En todo caso, mi opinión sobre esa reluciente metrópolis y mis planes de futuro resultaron ser irrelevantes. Pudo haber sido en ese preciso momento, mientras conversaba con Kerris después de la cena, cuando un intelecto frío y duro se centró en mí. Al igual que un experto jugador de ajedrez observa la composición del tablero y ve con una nueva luz una pieza que anteriormente había ignorado, así me miraba ahora esa nueva entidad. Yo me convertiría en un significativo elemento de la estrategia futura de alguien más. Sin saber nada de todo eso, me había convertido en una pieza de ajedrez muy importante en el juego de ese individuo.

Tal vez, mientras pedía un café y compartía una broma con Kerris, tomó finalmente su decisión y dio la orden necesaria. Y se cruzó de brazos para ver !o que ocurriría después.

16. RITMOS DE LA NOCHE

Después del restaurante, Kerris sugirió que fuéramos a un bar con música en directo. Yo me imaginaba tomando uno o dos cócteles mientras un pianista tocaba discretamente en un rincón. Pero en cambio, experimenté otro aspecto muy diferente de esa cultura. En el fondo de un extenso bar tocaban unos músicos sobre un escenario elevado. Los instrumentos, guitarras y percusión, llevaban amplificadores. Y el ruido era fenomenal. Me sentí como si una avalancha de sonido me alcanzara en el mismísimo instante en que entré al bar. En la pista de baile, la gente bailaba con salvaje desenfreno.

Kerris me gritó algo al oído. El grito tuvo que haber sido potente puesto que algo retumbó escandalosamente en mi tímpano, pero, en comparación con el nivel de decibelios de la música, ni siquiera pude oír lo que me había dicho.

Le hice un gesto, sonriendo, indicándole que no la había oído.

Volvió a gritar, tan cerca que sus labios rozaron mi oreja.

—*¡Manhattan Blues!*

Si ése era el nombre de la canción, del grupo o del estilo de música, yo sencillamente no lo sabía. Pero había algo emocionante en estar tan cerca de los ritmos palpitantes de la batería, mientras la guitarra parecía cantar, imitando extrañamente una voz humana. Fue toda una sorpresa ver que el guitarrista no era otro que Gabriel Deeds.

Me quedé allí hechizado, observando a los movidos bailarines en una sala en la que hacía tanto calor que parecía un horno, atiborrada de gente sudando y vibrando con ese ritmo contagioso. La música duró veinte minutos o así, con la guitarra amplificadora de Gabriel fluyendo sin ruptura de una preciosa ternura lírica a alarmantes chillidos y alaridos que me recordaban el sonido que produce un reactor volando bajo. En determinado momento, los ojos marrones y llenos de sentimiento de Gabriel se clavaron sobre nuestras cabezas mientras tocaba, como si la distante pared se hubiera desvanecido, dejándole así una visión del paraíso. Cuanto más escuchaba la guitarra más sentía un profundo y poderoso sentimiento fluyendo a través de la música.

Cuando el grupo terminó de tocar, Kerris me cogió de la mano para que atravesáramos juntos la multitud hasta llegar al escenario. Gabriel apoyó la guitarra contra un amplificador del tamaño de una caja de té y comenzó a secarse la nuca con una toalla antes de quitarse unas cuantas gotas brillantes de sudor de su oscura frente.

—¿Kerris? ¿David? —Sonrió—. ¿Habéis llegado a ver algo?

Le dije que me había dejado completamente atónito. Nunca había escuchado nada igual.

—Estupendo —me respondió, encantado—. Ésta es la mejor manera que conozco

de deshacerme de las telarañas después de pasar el día encerrado en la oficina.

—Sabía que estarías aquí —le dijo Kerris—. Pensé que estaría bien mostrarle a David el tipo de música que tocas.

Conversamos un rato y finalmente llegamos al tema del crepúsculo perpetuo. Más temprano ese mismo día, Gabriel había asistido a una conferencia en la que se habían expresado varias hipótesis, y algunas conjeturas.

—La más plausible —dijo Gabriel—, es que la reducción de luz es el resultado de los restos de un cometa que está pasando de la tierra hacia el sol.

—Desde luego eso justificaría que la luz del sol esté oscurecida —dije yo.

—Pero ya hace casi un mes; ¿no me digas que no tendría que haber pasado ya!

—Eso es lo que están suponiendo. La intensidad de la luz está aumentando; el promedio de temperatura durante el día ha aumentado un par de grados.

—Entonces ¿puede que pronto volvamos a tener luz natural normal?

—Tal vez, pero si quieres que te diga lo que pienso, creo que hay muchos dedos cruzados. No creo que nuestras preocupaciones se acaben. Y otra cosa. —Se puso la toalla alrededor del cuello—. Puede que sean estos días oscuros o puede que sea algo más que desconocemos, pero los trífidos están tremendamente alterados. Dicen que hasta se puede escuchar el ruido que hacen al otro lado del East River. Están haciendo sonar esas viejas ramitas parlantes como si sus vidas dependieran de ello.

Asentí con la cabeza.

—Si la falta de luz solar está matando cultivos normales, los trífidos también deben de estar sufriendo.

—Ya era hora —dijo Kerris con emoción—. Espero que esas asquerosas plantas se pudran.

—Pero sabemos que cuando se las priva de luz natural se quedan aletargadas después de un tiempo o...

—O aumentan la ingestión de elementos nutritivos. Gabriel nos lanzó una mirada muy seria.

—Lo que significa que necesitarán carne.

—Y el hecho de tener setenta millones de esas cosas como vecinos significa que no van a querer simplemente una o dos hamburguesas completas —dijo Kerris secamente.

—Van a querer todo el banquete.

—Exacto.

Gabriel le echó un vistazo a su reloj.

—Llegó la hora de la segunda parte. ¿Vosotros os quedáis? —Intenta hacer que nos vayamos.

Cuando el grupo comenzó a tocar, un montón de gente feliz volvió a inundar la pista de baile para entregarse con dichoso desenfreno a la música cada vez más

estruendosa. Parecía que no tuvieran nada de que preocuparse en este mundo.

—Gracias por haberme hecho pasar una noche tan agradable —comencé a decir mientras caminábamos de regreso al hotel—. Pero...

—Pero ¿qué? —Se giró para mirarme de frente; de repente tenía los ojos muy abiertos.

—Pero estoy empezando a sentirme culpable porque tengas que acompañarme tanto tiempo, cuando...

—Culpable porque tenga que acompañarte —repitió ella—. A mí eso me suena muy inglés. ¿Qué significa realmente? ¿Nos vemos, ya te llamaré alguna vez, nunca?

—¿Cómo? Oh, no. En absoluto. —La había ofendido—. No, pero si tus superiores te han ordenado que me hagas compañía, no me parece justo que...

—No me han ordenado que hiciera nada que yo no quiera hacer.

—¿De modo que no te importa? ¿No ha sido una obligación?

—¿Una obligación? A veces eres muy gracioso, David.

Por un segundo nos detuvimos para mirarnos, allí de pie como dos pequeñas islas en el mar de peatones que seguían inundando las calles incluso a esa hora de la noche. La iluminación de la calle se reflejaba en sus ojos verdes, mientras sobre nosotros se elevaban los rascacielos, sus luces convirtiendo a la gente en columnas de piedras preciosas.

Me sonrió, inclinando la cabeza hacia un lado.

—Es cierto que me han pedido que te ayudara a instalarte y que te mostrara la ciudad.

—Pues, a eso me refería. Si te estoy obligando...

—Pero —añadió levantando un dedo—. Punto número uno: No quería verte solo y desconcertado en un sitio tan grande como éste. Dos: Me creas o no, sinceramente disfruto de tu compañía. —Sonrió—. Quizá sean tus pintorescas frases, o tu acento o algo."

—En ese caso, puedo afirmar con toda seguridad que... —Pero en vez de decir lo que pretendía, me sorprendí emitiendo una especie de gruñido de asombro—. Eh... ¿quién ha apagado las luces?

Miré a mi alrededor mientras las luces de la calle, las luces de los edificios; en realidad, todas las luces de la ciudad se apagaban de repente, quedando únicamente las luces de los coches. En un instante todos los automóviles se detuvieron de golpe. Aunque a juzgar por el sonido de una colisión hubo uno que no se pudo detener lo suficientemente rápido. Luego, en apenas un abrir y cerrar de ojos, por alguna inexplicable razón, los conductores también apagaron las luces.

Inmediatamente, una espeluznante oscuridad descendió sobre Manhattan. Los fumadores apagaron incluso las brillantes puntas de sus cigarros. Cayó también un silencio igualmente extraño, acompañado por la sensación de que la gente contenía el

aliento, llena de expectación.

Una mano me estrechó el brazo. Escuché que Kerris me susurraba:

—De prisa, por esa puerta.

No podía ver a Kerris en esa oscuridad absoluta pero sentí que me metía por un hueco de la pared. Luego me golpeé el hombro contra una puerta cerrada.

—Ay, maldita... —susurró ella.

Había un tono de tristeza en esa suave maldición.

En un principio, parecía ser que una avería en la planta de energía había dejado la ciudad a oscuras. Pero ¿por qué los conductores habían apagado tan rápidamente las luces? La pregunta apenas me había cruzado por la cabeza cuando un equipo de gente con reflectores saltaba de lo alto de un edificio. Luego otro. Y otro, hasta que una docena de intensos rayos de punzante luz blanca quedaron jugando en el cielo. Por un momento bailaron, aparentemente al azar, lanzando manchas de brillo contra las nubes.

Desde otro edificio llegó un penetrante zumbido que hizo que la puerta que estaba detrás de mí temblara. Kerris ahogó un grito. Hubo otro estallido. Esta vez vi una chispa azul y blanca volando hacia el cielo. Un momento después, una explosión resonó en toda la ciudad.

Otro zumbido antiaéreo se produjo desde el Empire State Building. Al principio todo era un poco azaroso. Los reflectores brillaban en diferentes direcciones; unos extraño estallidos de disparos eran dirigidos a un blanco que se movía a lo loco o bien los artilleros estaban disparando a ciegas.

No obstante, después, como si los operadores de los reflectores y los artilleros hubieran comenzado a recibir instrucciones coordinadas, las luces se juntaron de manera que formaron un enorme trípode de deslumbrantes columnas que convergían en el cielo en un mismo punto. Casi simultáneamente, una docena de carros antiaéreos dispararon a ese único vértice.

Durante unos diez segundos completos, bolas de fuego retumbaban subiendo hasta la zona de nubes iluminada, mientras unos proyectiles se detonaban ensordecedoramente a 1.500 metros sobre la ciudad. Sin embargo, las armas no tardaron en quedarse en silencio. Y sólo durante poco tiempo más los reflectores hicieron una nueva redada por el cielo, persiguiendo un blanco que o bien se había retirado o no había estado allí desde el principio.

Las luces de la ciudad permanecieron apagadas durante casi una hora. En esa absoluta oscuridad no había manera de moverse. Tampoco importaba. Porque durante casi todo ese tiempo Kerris estuvo en mis brazos, y yo solamente era consciente de una cosa. Sus suaves labios contra los míos.

17. PARAÍSO ENCONTRADO

Durante las dos semanas siguientes, el sol se hacía un poco más brillante cada día. La temprana mañana y el final de la tarde aún pintaban el cielo tan rojo como el fuego del infierno, pero al mediodía estaba generalmente azul. Mientras tanto, el sol se intensificaba de un pálido rojo a un naranja brillante. La luz normal aún no había regresado completamente, pero parecía ser un comienzo, un definitivo y acogedor comienzo.

Kerris Baedekker y yo nos veíamos con regularidad. Y, en poco tiempo, nos convertimos en lo que algunos llaman una pareja formal.

El ataque antiaéreo no volvió a repetirse. A la mañana siguiente al apagón general, los periódicos y la televisión publicaron noticias que podrían ser resumidas en «Se acercaron bandidos aéreos», y había referencias a pasadas atrocidades, como ataques de bombardeo sobre barcas de pescadores indefensos por algo conocido como «La facción Quintling». Un aire de autocomplacencia y felicitación se apoderó de la población durante un tiempo, mientras que, por otra parte, el drama fue olvidado en seguida. La vida normal continuaba.

Yo era libre de seguir explorando esa gran ciudad, a menudo con Kerris, a veces con Gabriel Deeds y con Cristina. Mi antigua muchacha salvaje de la isla seguía avanzando a pasos agigantados. Con el nuevo corte de pelo y el estilo de sus ropas, se parecía a cualquier otra muchacha de quince años de Nueva York. También su vocabulario se había ampliado a una velocidad impresionante, pero aún no podía evitar sonreírme a veces con picardía, señalándome con el dedo y diciendo «hombre pum pum». De modo que fuimos a parques de atracciones, subimos al metro, recorrimos galerías o visitamos bares donde Gabriel Deeds y sus amigos tocaban su hipnótica música.

De vez en cuando tenía que recordarme a mí mismo que ése no era en realidad mi hogar, que el mío era una pequeña isla al otro lado del Atlántico. Sin embargo, a decir verdad, esa isla se había vuelto borrosa en mi mente, como si las primeras tres décadas de mi vida las hubiera pasado durmiendo y me acabara de despertar del todo el día que puse los pies sobre Nueva York.

Mucho de eso tenía que ver con Kerris. Incluso después de esa corta temporada me costaba mucho aceptar que tendría que dejarla allí cuando regresara a la Isla de Wight.

Y si mis pensamientos hubieran podido viajar a través del aire como las ondas de radio y llegar a esa mente fría y maquiavélica que mencioné antes, su dueño habría asentido con la cabeza, lleno de satisfacción. Alguien hizo una llamada telefónica. Pronto todo estaría arreglado.

—¿David?

Kerris hacía girar una copa de vino entre los dedos en la barra del cine durante el intermedio.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto —le dije, sonriendo—. Dispara.

—Esto suena un poco anticuado, pero ¿te gustaría conocer a mi padre?

—Por supuesto. Me encantaría.

Kerris no había mencionado mucho a sus padres, de modo que resultó un golpe inesperado, aunque sin duda uno muy suave. Sin embargo, acepté de buen grado.

—¿Y también podré conocer a tu madre?

—Me temo que no. —Había metido la pata torpemente—. Lo siento Kerris, no era mi intención...

—No, no —desechó mis disculpas—. Murió cuando yo nací.

—Lo siento muchísimo.

—No. —Me dio un golpecito en la rodilla—. No tenías por qué saberlo. Ahora acábate el vino. La película está a punto de empezar.

Un cartel en el vagón del metro mostraba el siguiente mensaje en grandes y escandalosas letras de tinta color morado: «NUEVA YORK. Hogar de las mentes más brillantes, los hombres más inteligentes, ¡los mejores edificios del mundo!».

Gabriel Deeds me vio leyendo el cartel. Sonrió.

—Por si nos olvidamos.

—¿Estás insinuando que es un poco estridente? —le pregunté.

La sonrisa de Gabriel se hizo más amplia.

—¿Por qué lo dice, señor Masen? Yo creo que es sencillamente perfecto.

—Y yo creo que percibo un atisbo de ironía.

Me respondió simplemente encogiéndose de hombros, luego miró a través de la ventana mientras el tren entraba a toda prisa en una de las estaciones de metro resplandecientemente iluminadas. El tren no estaba especialmente lleno. Sólo unos pocos pasajeros subieron a nuestro vagón. Tres mujeres negras y dos hombres ciegos. Pude ver a través de las puertas de enlace los vagones lindantes donde los pasajeros eran todos blancos y videntes. No había visto inicialmente el cartel que había en la ventana de nuestro vagón: «Gente de color y no vidente». Sin embargo, sí noté las curiosas miradas que me dedicaban las tres mujeres negras.

—No se preocupe, señor Masen.

Gabriel habló con su habitual voz suave.

—No hay nada que le prohíba a usted viajar en este vagón.

De repente me sentí incómodo y le dije:

—Gabriel, mi nombre es David, no te olvides.

—En algunos lugares públicos, es mejor que me dirija a usted como «señor».

—Entonces yo te llamaré señor Deeds.

—Entonces, señor Masen, eso le valdrá una leve reprimenda de parte de la policía y a mí me meterá en graves problemas. Lo comprende, ¿verdad, señor Masen?

—Lo comprendo... Gabriel.

—No se preocupe, es simplemente una de nuestras costumbres locales. Se acostumbrará a ellas.

No eran costumbres agradables, pero no dije nada.

El metro entró como un rayo en la estación de Columbus Square. Todos los que estaban en nuestro vagón, a excepción de Gabriel y yo, bajaron allí. Los dos hombres ciegos se alejaron rápidamente, golpeando sus bastones contra el suelo.

Cuando las puertas quedaron cerradas otra vez, Gabriel me miró y dijo en voz muy baja:

—Bueno, ¿qué piensas del paraíso?

—Tiene mucho que ofrecer. Pero no me gusta la segregación de negros y ciegos.

—Supongo que eso es sencillamente una...

Aberración fue la palabra que pensé que utilizaría. Pero en cambio dijo:

—Supongo que es sencillamente una costumbre *de transición*.

—Pues para mí es una costumbre de miedo.

Admitió mi opinión, encogiéndose de hombros.

—Cuando la ceguera llegó a Nueva York fue un caos, como podrás imaginarte. De una población de siete millones probablemente un noventa y ocho por ciento se quedó ciego. Se morían de hambre en sus apartamentos o en las calles. La fauna local fue la única que no se murió de hambre. —Inclinó la cabeza significativamente—. Los trífidos comenzaron a atravesar los puentes. Mataron lo poco que quedaba, pero hay que decir que hicieron un buen trabajo al limpiar las aceras de muertos. Luego, hace alrededor de veinte años, una armada de barcos entró en el río Hudson. «El milagro de los cien barcos», lo llaman. Incluso lo conmemoramos con un día festivo en abril. Entonces, esa gente limpió el lugar con la ayuda de las comunidades que apenas sobrevivían a lo largo de la costa, aquí y en Long Island.

—Debió de ser todo un lío.

—Lo fue. Pero esos tíos que vieron a la isla de Manhattan como un gran baluarte de la civilización fueron verdaderos visionarios. Hicieron lo imposible. Los millones de cadáveres a los que los trífidos no pudieron llegar en edificios y cosas por el estilo fueron enterrados en el mar. Restablecieron la energía, los suministros de agua potable, aniquilaron a los trífidos. Reunieron a gente de todas partes, los trajeron hasta aquí, los metieron en bonitos apartamentos, les dieron empleos y, lo más importante, esperanza.

—Entonces ¿quién organiza esto?

—Los tetrarcas.

—Tetrarca... me suena romano, si no recuerdo mal.

Gabriel asintió con la cabeza.

—Te acuerdas bien. Eran provincias que estaban divididas en cuatro con un gobernador, un tetrarca, asignado para cada parte. Aquí las divisiones no son geográficas sino administrativas. Cada tetrarca es responsable de una determinada área del gobierno. El general Fielding se ocupa de las Fuerzas Armadas, de los Asuntos Exteriores y del Control de los Trífidos. Política y Recursos es responsabilidad del doctor Wiseman. De la Recuperación de la Población se ocupa Valerie Zito, y Joe Garibaldi de la Recuperación Industrial.

—¿Son cargos electos?

—¿Tus jefes lo son?

—Lo serán.

Gabriel me dedicó una pequeña sonrisa.

—Ídem.

—¿Crees que es un gobierno eficaz?

—*Mucho*.

—¿Te gustan?

—¿Si me gustan? Los respeto.

—Pero *¿te gustan?*

—¿Acaso es eso algo importante a considerar cuando se trata de evaluar si pueden hacer el trabajo o no?

Le sonreí.

—Entiendo la diferencia.

—¿Le has hecho a Kerris las mismas preguntas?

—¿Crees que debería hacerlo?

Gabriel se encogió de hombros.

—Me gustaría escuchar su respuesta... en especial respecto al general Fielding.

—¿Por qué el general Fielding?

—¿No te lo ha dicho?

—¿Decirme qué? —Ahora sí que estaba desconcertado.

—El general Fielding es el padre de Kerris. —Señaló la puerta cuando el metro se detuvo en la estación—. Nuestra parada, señor Masen.

18. DISCUSIÓN

—No creí que fuera tan importante —me respondió Kerris mientras paseábamos bajo el sol de la tarde.

—¿Que tu padre sea el líder de toda la ciudad? No es algo que muchas personas mantendrían en secreto. —Sonreí abiertamente—. Sólo imagina lo que podría hacer por el futuro de tu carrera.

Kerris sonrió.

—También puede ser complicado ser la hija del jefe, por decirlo de alguna manera. Tus compañeros de trabajo tienden a tratarte con un poco más de tiento. De todas formas. —Me cogió de! brazo—. Es uno de los cuatro líderes. No el *único* líder. Él también es de Inglaterra, de modo que tendréis algo en común.

—Sé que esto me hará sonar un poco tonto, pero ¿por qué eres una Baedekker en lugar de una Fieíding?

—*Baedekker* es el nombre del complejo para niños en el que me crié. Tienes que ser consciente de que mi padre no es un padre en el sentido tradicional. Nunca me llevó a pasear por el parque en cochecito ni me llevó al cine. Fue mi padre en un sentido exclusivamente biológico.

—Ah.

—Pero me he encontrado con él varias veces. De hecho, la semana pasada me llamó por teléfono, y entonces me invitó a un cóctel esta noche.

Reflexioné un momento. Kerris no parecía estar descontenta con la situación. Para ella era sencillamente lo más natural. Me acordé de nuestras Casas Madre en la Isla de Wight. En un mundo en el que traer más seres humanos al planeta con la máxima velocidad posible era de suma importancia, me di cuenta de que la sociedad de Nueva York había adoptado un procedimiento similar. En el Viejo Mundo, antes de La Ceguera, habría sido impensable por muchas razones: sociales, políticas y emocionales. Ahora, nadie parpadeaba siquiera.

—Hemos llegado —me dijo Kerris con una sonrisa radiante—. La casa de papá.

Miré hacia arriba y vi el edificio que brillaba con un dorado rojizo a la luz del atardecer. Las columnas flanqueaban la base, simulando papiros y hojas de palmera; tenían un aire notablemente egipcio, mientras que las puertas estaban «vigiladas» por águilas talladas. Seguí su recorrido hacia el cielo, cada vez más y más y más arriba, pero aun así no conseguí ver la cima. Las inmensas tuberías relucían como metales preciosos, como si todo el edificio fuera una incrustación de joyas de fabulosas dimensiones.

—¿Preparado? —me preguntó Kerris.

—Más que nunca.

Entramos cogidos del brazo por el grandioso portal sobre el que había unas letras

en oro que decían «EMPIRE STATE BUILDING».

Atravesamos un vestíbulo muy vistoso sobre suelos de mármol, rodeados de estatuas de héroes griegos y romanos (incluyendo la figura de bronce de un mediatundo Alejandro Magno). Llegamos a un ascensor alfombrado lujosamente en color morado. El ascensorista hizo girar una palanca de metal. El ascensor subió suavemente. Kerris me cogió la mano, la apretó y me dio un beso en la mejilla.

—Relájate, David. —Sonrió—. No te va a comer. En serio.

Le devolví la sonrisa.

—Conocer al padre de la novia siempre es un poco inquietante.

—Seguro que tienes muchísima práctica. ¡Un muchacho tan apuesto como tú!

Sentí cómo el rubor me subía desde el cuello de la camisa a una velocidad similar a la del ascensor.

Si hubiera esperado una pequeña reunión familiar me habría equivocado. El elevador nos dejó en un inmenso salón, apenas un poco más pequeño que un campo de fútbol. Había varias arañas de luces y debajo, mujeres y hombres vestidos elegantemente que conversaban bebiendo cócteles. Muchos reconocieron a Kerris. La saludaron efusivamente con besos en la mejilla. Hasta ahora había visto Nueva York como una ciudad vibrante llena casi toda de gente joven. Pero en ese salón parecía haber muchas cabezas grises. Ésa debía de ser la clase poderosa de Nueva York, mujeres y hombres maduros que se habían salvado de La Ceguera y habían heredado, si no la Tierra, al menos ese pequeño y espléndido rincón de ella.

La confianza en sí mismos de todos ellos impregnaba el salón como el humo de los cigarrillos. Aquí era donde los buenos y los grandes hablaban de política, formulaban prioridades y complejos planes, promulgaban decretos. Ésta era la corte del rey de Manhattan.

Kerris me condujo hasta unas ventanas desde las que se veía toda la ciudad abajo, que, con la llegada de la oscuridad, se había convertido en un océano de luces. Apareció una camarera con una bandeja llena de bebidas. Acepté un martini seco. Kerris escogió champán. En una esquina del salón había un cuarteto de cuerda tocando una música suave. ¡Cómo deseé que mi padre pudiera ver todo aquello! ¡Un cóctel en la cima del edificio más alto del mundo!

En ese momento me prometí a mí mismo que traería a mi familia a Nueva York. Kerris me tocó el codo cuando estaba gozando al calor de ese agradable optimismo.

—Mi padre está por allí —me dijo—. Ven conmigo, te presentaré.

Vi un hombre alto de perfil. De unos sesenta años, estaba de pie sumamente rígido, con el cabello muy corto que estaba cambiando elegantemente de rojo a plateado. Hablaba atentamente con un hombre con calva incipiente de más o menos la misma edad.

—Padre —dijo Kerris educadamente—. Me gustaría presentarte a David Masen.

—General Fielding —dije yo, tendiendo la mano.

En el momento en que se giró para mirarme casi me estremecí del susto. El limpio perfil que había visto en un principio resultaba atractivo con un estilo clásicamente heroico. El lado izquierdo de su cara no podía haber sido más diferente.

El ojo derecho relucía con el mismo matiz de verde que los de Kerris. Sin embargo, su ojo izquierdo era amarillo, el mismo amarillo brillante de la yema de un huevo. No había iris: ése llamativo amarillo llenaba toda la cuenca del ojo, dejando una feroz pupila negra en el centro. Una serie de cicatrices blancas se extendían desde el ojo hasta el nacimiento del cabello.

Oculté mi sorpresa mientras él me decía, sonriendo:

—David Masen. Créeme, tenía muchas ganas de conocerte. ¿Qué te parece nuestra ciudad?

Mientras le respondía que creía que su ciudad era extraordinaria, me tendió la mano. A pesar de su título militar, su apretón de manos fue más bien como el de un político.

Se giró hacia el hombre con calva incipiente.

—Permíteme que te presente al doctor Wiseman.

El acento del doctor Wiseman situaba claramente sus orígenes bien al sur de la Línea Mason-Dixon.

—Me alegro de conocerlo, señor Masen. Estamos encantados de tenerlo como invitado. Y esperamos que cuando regrese a Inglaterra tenga muchas cosas buenas que decir de nosotros.

El general Fielding me miró. El ojo amarillo observaba mi rostro con atención y ardiente intensidad.

—David Masen nos ofrece la oportunidad de resolver uno de nuestros problemas más graves —dijo.

—No me diga —respondió el doctor Wiseman jovialmente.

Hay algo llamado Procesador Masen-Coker, que refina aceite de trífido y lo convierte en una gasolina de alta calidad. ¿No es cierto, David?

Reconocí que así era. Pero una pequeña voz en algún rincón de mi mente me dijo que había sido demasiado generoso con mis amigos estadounidenses al darles información sobre las ventajas de mi tierra natal. Si esta comunidad no tenía acceso al petróleo o a sus productos asociados, entonces el procesador sería para ellos como la gallina de los huevos de oro. No obstante, yo ya había abierto la trampa (la prudencia nunca fue mi punto fuerte): la verdad ya se sabía. Esperaba sinceramente no llegar a arrepentirme de mis anteriores y despreocupadas palabras en el barco.

El doctor Wiseman se retiró discretamente para volver a llenar su copa. Esto nos dejó a Kerris, a su padre y a mí conversando y bebiendo cócteles. El general señaló con la mano un par de lujosos sofás que estaban enfrentados uno a cada lado de una

mesa de café. En el momento en que los hombres que los ocupaban vieron que el general Fielding se acercaba a ellos, desocuparon rápidamente sus asientos. Kerris y yo cogimos un sofá, el general Fielding se sentó en el otro. Y así habíamos, cara a cara. Mientras tanto, los dulces compases de Strauss flotaban en el aire.

Para entonces yo ya me había recuperado de la sorpresa de ver el ojo arruinado del general. De hecho, ya había visto antes la misma afección. El ojo amarillo es producido por un chorro de veneno de trífido; una suerte que había estado a punto de correr mi padre hacía treinta años. Sólo la atención inmediata de primeros auxilios y la irrigación de su ojo con una solución salina lo había salvado de un daño permanente. Fielding no había tenido tanta suerte, eso era evidente. Yo sabía que seguramente su ojo izquierdo había quedado ciego.

Mientras tanto, su ojo bueno examinaba mi rostro constantemente, como si estuviese leyendo palabras en una página. Era una persona que podía definir el carácter de un hombre en cuestión de segundos y luego lo juzgaba de acuerdo con lo que creía que había visto.

—Dime, David —me dijo el general Fielding—, ¿tienes familia en la Isla de Wight?

Le dije que tenía un padre, una madre y dos hermanas.

—¿Tienen todos buena salud?

—Muy buena. Mi padre tiene su trabajo, que para él es algo así como una búsqueda sagrada.

El general parecía encantado de saber más acerca de mi padre. Le conté algo de sus orígenes, cómo había conseguida sobrevivir a La Ceguera y a la indiscriminada invasión de trífidos hacía treinta años. De una manera que me recordó el interrogatorio al que había tenido que someterme cuando cruzábamos el Atlántico, me preguntó sobre la economía de la Isla de Wight y su infraestructura. Luego me preguntó con aire despreocupado acerca de sus capacidades militares.

La vocecita de mi cabeza volvió a hablar. *Juega con las cartas cerca del pecho. No reveles demasiado.*

—Tenemos algunos buques de guerra y aeronaves militares —dije, sonriendo con una evasión deliberada que hasta un clérigo me hubiera envidiado.

—Sí, he oído que tuviste que estrellar tu reactor. Uno de combate, ¿verdad?

—Un bombardero de combate.

—¿Y el motor quema aceite de trífido?

—Una versión refinada, sí.

—Pero me atrevería a decir que las piezas de recambio y las municiones deben de andar escasas últimamente.

—Podemos fabricar piezas de recambio —le respondí—, igual que municiones y bombas.

Esa voz en mi cabeza, a pesar de lo que pequeña que era, era sabia. Me indujo a meterle en la cabeza al general la idea de que la Isla de Wight no era simplemente una indefensa comunidad agricultora, que teníamos dientes y podíamos morder.

El general asintió con la cabeza, asimilando la información antes de preguntarme sin rodeos:

—¿Cuántos reactores de combate tenéis?

—Pues los suficientes para defendernos. —Una vez más le dediqué una sonrisa deliberadamente evasiva.

—Oh, entiendo; queréis ser discretos con vuestro armamento. Está bien. Después de todo, todavía no conocemos las intenciones de cada uno, ¿verdad?

Acusé recibo de su observación con otra sonrisa.

—Bueno, vamos a tomar otro cóctel.

Asintió apenas con la cabeza y con ese sutil movimiento atrajo la atención de un camarero que rápidamente trajo más copas.

—¿Puedo ofrecerte algo más, David?, ¿un puro?, ¿algo para comer?

—No, estoy bien así, gracias —le respondí señalando mi copa.

—Bueno, David. Espero poder hablar contigo con toda sinceridad. Sin duda Kerris te ha dicho que nuestro objetivo aquí en Nueva York es establecer contacto con otras comunidades, sin importar en qué lugar del mundo estén, ¿verdad? —Continuó sin esperar mi respuesta—. Tenemos que establecer vínculos comerciales, intercambiar conocimientos, personal.

—Pero algunas comunidades no están interesadas en hablar.

—Precisamente. Muchos de los nuestros han sido asesinados brutalmente. Incluso cuando se acercaron a esas comunidades con una bandera blanca. Y ésa es una de las razones por las que tenemos que mantener una fuerza militar eficaz.

—De modo que ustedes *forzarán* a las comunidades que, digamos, no se atrevan del todo a acercarse a la mesa de negociaciones.

—No, por supuesto que no, David. Pero tenemos que estar capacitados para defender nuestra ciudad tanto como nuestras rutas marítimas.

—Si no suena demasiado impertinente, general Fielding, ¿cuál es el objetivo final?

—Conquistar el mundo, por supuesto. —Observó mi reacción. No me permití ninguna. Una sonrisa le arrugó la cara, tensando la piel cicatrizada alrededor del ojo amarillo—. O, para ser más preciso —me dijo—, debería decir reconquistar el mundo. Para todos nosotros. Para la raza humana. Y aniquilar al único verdadero enemigo.

—¿Los trífidos? —Asintió con la cabeza—. Ése va a ser un trabajo bastante complicado, ¿no es cierto?

—Tengo un arma, David. Un arma maravillosa.

—¿La bomba atómica?

—Oh, desde luego tenemos de *ésas* —dijo el general categóricamente—, pero ése es un mecanismo demasiado vulgar. Y también una imagen demasiado desagradable. ¿Qué sentido tiene quemar a los trífidos y después quedarnos con casi medio millón de hectáreas de suelo contaminado? No, estoy hablando del arma *máxima*. La primera arma que ha conocido la humanidad, y también la más poderosa. —Me ofreció una sonrisa bastante dura, luego inclinó la cabeza, invitándome a adivinar.

—Estoy intrigado. Esta arma parece ser algo bastante especial.

—Oh, lo es. —Se inclinó hacia adelante, disfrutando de ese momento de revelación—. El arma es el propio hombre. O mejor dicho los hombres. Y no sólo cientos o miles de hombres. Sino millones de hombres, ¡y mujeres! —Entusiasmado, habló en voz muy baja—. Imagínate por favor que esta ciudad es una gran fábrica. Lo que produce, David, es gente.

—¿Y la gente es su arma secreta?

—Sí, por supuesto. Mira, Nueva York está fabricando gente a tal velocidad que nuestra población va a estallar. —El ojo amarillo parecía arder con luz propia—. En cuestión de diez años, la población será tan numerosa que hasta una ciudad tan grande como ésta no podrá contenerla. Sus fronteras se abrirán de golpe y la gente saldrá en masa, acuchillando y pisoteando trífidos hasta devolverlos a la tierra a la que pertenecen.

—Pero ¿no está usted en peligro de ampliar la población más allá de los límites de la autosuficiencia?

—Entonces esa amenaza de hambruna se convierte en un estímulo para el género humano.

—Pero seguramente una expansión más lenta y controlada sería más segura...

—¡Al diablo con la seguridad, hombre! Esto es la guerra. El hombre contra el trífido. Supervivencia versus extinción. Por supuesto que habrá muertes, pero, con enormes reservas de hombres y mujeres, nuestras pérdidas pueden ser reemplazadas en un instante. Dondequiera que un hombre sea derrotado por un trífido, habrá una docena de hombres para llenar el espacio que éste ha dejado.

—Pero ¿aumentar la población humana no será de por sí un extenso trabajo?

—Por eso hemos convertido la procreación en un proceso industrial —respondió el general—. Aplicamos técnicas de producción masiva al negocio del nacimiento. —Se tocó los dedos señalando con ellos cada punto—. La idea de que una mujer emplee nueve meses de sus mejores años para tener hijos en producir únicamente un solo niño es impensable en el mundo de hoy.

—¿Está usted sugiriendo que las mujeres tengan carnadas de niños como los animales?

—Tú llamas carnadas a esos nacimientos, lo cual es bastante despectivo. Nosotros

preferimos describir a esas mujeres como opulentas.

—Pero ¿es posible encontrar mujeres capaces de dar a luz gemelos por encargo? Seguramente...

—Gemelos no. Estoy hablando de que lo normal sean trillizos o incluso cuatrillizos. De hecho, eso *ha sido* lo normal en los últimos veinte años. Las mujeres reciben medicamentos para la fertilidad que producen nacimientos múltiples.

Sentí un creciente malestar. Escuchar a ese hombre describiendo jubilosamente cómo las mujeres se habían visto forzadas a convertirse meramente en hembras reproductoras le había quitado para mí bastante brillantez a esa comunidad.

—Escucha, las que dan a luz se ahorran el cansado trabajo, que requiere muchísimo tiempo, de criar niños. Ese rol es asumido por mujeres que bien son estériles o que han pasado la edad de tener hijos o sufren de algún otro impedimento para la maternidad. —El único ojo bueno del general percibió el desagrado en mi rostro—. No estás de acuerdo. Sin embargo, he escuchado que tu gente tiene sus propios métodos para aumentar la tasa de natalidad.

Pensé en las alegres Casas Madre, rebosantes de niños felices y muy queridos.

—Así es —reconocí—. Pero el proceso de fabricación es menos científico.

—¿Te refieres a que es más caótico? ¿A que sois incapaces de eliminar los defectos de nacimiento? ¿A que una mujer desaprovecha nueve preciados meses para producir un solo niño?

—Puede parecer caótico pero a nosotros nos funciona bien.

—¿Y tu población es de treinta mil?

—Por ahí.

—Con... ¿cuánto...? Humm, vamos a ver, ¿un cincuenta por ciento de la población con menos de veinticinco años? —Asentí con la cabeza—, ahí tienes —me dijo—, un *noventa* por ciento de nuestra población tiene menos de veinticinco años. De modo que ya ves, tenemos un pueblo fuerte y animado. Gente joven con la ambición y la necesidad, sí, la *pura necesidad*, de crear espacio habitable para vivir. —Suspirando, el general puso ambas manos sobre el regazo—. Mira los libros de historia, David. Los imperios florecían cuando tenían una fuerte tasa de natalidad. Por otro lado, los imperios fracasaban cuando su tasa de natalidad decrecía. Piensa en cómo diferentes sociedades aumentaron las tasas de natalidad. En algunas culturas el control de natalidad estaba prohibido; en otras, las mujeres que daban familias numerosas eran recompensadas generosamente. Todos, desde el más indigente hasta el rey, aportaban su granito de arena. En pocas palabras, gente igual a poder. Un hombre puede mover una piedra. Mil hombres pueden mover una montaña.

Cuando terminó de decir esa frase, esa conversación se había convertido más bien en un discurso político del general Fielding. Durante todo ese tiempo, Kerris había permanecido allí sentada en silencio. En ese momento me pregunté en madre de

cuántos hijos estaba destinada a convertirse. ¿De veinte niños?, ¿treinta?

Es más, yo sabía que el general Fielding quería el Procesador Masen-Coker. Luego me pregunté si querría exportar a mi tierra su filosofía para el crecimiento de la población, junto con sus medicamentos para la fertilidad. Eso, os lo aseguro, me dio mucho que pensar durante el resto de la noche.

19. PRESAGIO

—Bueno, David. ¿A qué viene esa cara larga?

Era medianoche. Caminábamos cogidos del brazo por la Quinta Avenida, el interminable tráfico producía un deslumbrante río de luz que casi daba vértigo. El motor de un coche se detuvo con un sonido metálico y se quedó de repente estático en medio del tráfico. Sonaron bocinas.

—¿David? —insistió Kerris.

—No es nada.

—Está claro que ese *nada* te resulta descorazonador.

—Bueno, es todo eso sobre... —Comencé a hablar malhumoradamente, pero después le quité importancia encogiéndome de hombros.

—¿No te ha caído bien mi padre?

—No... quiero decir, no es tu padre. Él es un hombre extraordinario. —Decidí no decir tampoco que me había caído *bien*; había percibido una crueldad glacial detrás de la sonrisa profesional—. Es simplemente esa producción de bebés humanos a escala industrial, que me resulta bastante insólita, por no decir otra cosa.

—En realidad no puedo decir que nunca haya pensado en ello. Pero, claro, ésta es para usted una tierra extranjera, señor Masen.

—Y los extranjeros hacemos las cosas de otra manera, señorita Baedekker. —Le sonreí—. Sí, pero es simplemente la idea de que tú algún día... Bueno, es eso, Kerris; sencillamente no me gusta imaginarte siendo madre de no sé cuántos niños.

Kerris se detuvo de repente y me miró con esos ojos verdes. Después se llevó la mano a la boca y comenzó a reírse.

—¿Qué sucede? —le pregunté, desconcertado.

—David... ay, David. Tienes mucho que aprender. ¿Yo con decenas de niños? Eso es ridículo.

—¿Por qué? Tu padre dijo que...

—No, David, escucha. —Se secó un par de lágrimas de risa—. Yo no tengo una Tarjeta de Maternidad.

—¿Tarjeta de Maternidad?

—Sí. Las muchachas son evaluadas a los trece años y luego reciben sus Certificados de Vida. Yo tengo una Tarjeta de Profesión, lo que significa que fui a la universidad para estudiar, tal como lo dice el nombre, una profesión adecuada para mí. Otras chicas se convierten en madres profesionales.

—Ah.

—Y tienen habitaciones muy cómodas, comen bien y miran la televisión hasta que les sale por las orejas. No es una mala vida, ser una madre profesional, ¿sabes?

—Entiendo.

—Otra cosa que deberías saber. —Me apretó el brazo—. Cuando decida que ha llegado el momento de tener hijos los tendré a la manera tradicional.

Ahí estaba el fallo. La visión del general Fielding de lo que venía a ser una oleada tremenda de seres humanos destruyendo completamente la amenaza de los trífidos me había hecho sentir cierto malestar. Especialmente cuando oí hablar de nacimientos múltiples fomentados por el uso de medicamentos para la fertilidad. Después de todo, una perra forzada a tener carnadas de cachorros con demasiada frecuencia está destinada a una muerte prematura. Pero, por muy desagradable que me resultara a mí la estrategia del general, sabía que tenía sus ventajas. Hacía que lo que yo hasta ahora consideraba una tasa de natalidad impresionante en la Isla de Wight se convirtiera por comparación en mísera. Si teníamos que hacerle la guerra a un número titánico de trífidos, necesitaríamos un ejército de proporciones igualmente titánicas. Y, más importante aún, el general Fielding estaba impulsando a su comunidad a que se extendiera e invadiera el territorio continental ocupado por los trífidos, a que reconquistara el mundo para la raza humana. Mientras que nosotros, en nuestra pequeña isla cerca de la costa de Inglaterra, estábamos contentos con pasar nuestros días en una feliz ignorancia de lo que estaba sucediendo en el mundo. Éramos pasivos, algunos incluso podrían decir perezosos; no teníamos ningún plan para reestablecer comunidades en el territorio continental. Mi mente regresó a la conversación que había tenido con mi padre en esa fatídica tarde tan sólo algunas semanas atrás. Cuando me advirtió que la comunidad de la isla que él había ayudado a fundar se enfrentaba a un verdadero y peligroso declive. Aunque en este momento la población no fuera capaz de verlo, la verdad era que el pacífico aislamiento de la Isla de Wight se convertiría algún día en su justo castigo.

Kerris notó mi expresión melancólica. Me tiró suavemente del brazo.

—Es hora de tomar un café y unos empalagosos donuts —me dijo firmemente—. Y luego a la cama.

El tiempo pasaba gratamente. Sin embargo, comencé a sentir un poco de culpa y remordimiento por mi ociosidad durante esos días con Kerris. Decidí que debía abordar el tema de mi regreso a la Isla de Wight. También decidí que invitaría a Kerris Baedekker a que viniera conmigo.

Pero, como pasa tantas veces en la vida, los hechos se adelantaron a mis planes. Mis días de ensueño estaban llegando a su fin. En esa gran ciudad había mentes que trazaban estrategias con frialdad. Y, como un peón en un tablero de ajedrez, yo sería movido una vez más.

Durante la tarde después del primer encuentro con el padre de Kerris, el general Fielding, estuve muy ocupado intentando obtener una buena puntuación con Gabriel Deeds. ¡Vaya partido! Una vez más su enorme antebrazo hacía que la pelota de pimpón rebotara violentamente contra el techo de la casa de la YMCA en la que

jugábamos.

Con esa voz suave tan característica me dijo:

—Punto a mi favor, creo, señor Masen.

—Punto a tu favor —asentí, jadeante.

Le dije que tenía pensado pedirle a alguien que me llevara a casa lo antes posible.

—Eso dependerá de los planes de navegación —me dijo Gabriel mientras sacaba una pelota nueva de una caja de cartón para reemplazar la que había quedado hecha añicos en el suelo—. Atravesar el Atlántico no es algo que se haga con demasiada frecuencia todavía.

—Pero he visto algunos grandes barcos voladores en el puerto. Podrían llevarme a casa en menos de veinte horas.

Gabriel miró a su alrededor para asegurarse de que nadie nos oiría.

—Esos barcos voladores —dijo bajando la voz hasta convertirla en un susurro, como si me estuviera contando un chiste subido de tono—... están allí para impresionar.

—¿Para impresionar? A mí me parecieron absolutamente utilizables.

—Quizá con el combustible adecuado.

—¿No han sido modificados para funcionar con alcohol metílico?

—Sí, pero el combustible no es lo suficientemente refinado para el motor de un avión. —Hizo su saque—. Se podría remontar el vuelo con uno de esos bebés y recorrer la isla. Nada más.

Le devolví la pelota con un giro engañoso que lo pilló por sorpresa.

—Buen golpe, señor Masen. —Se encogió ligeramente de hombros—. Pero sería un suicidio intentar atravesar el Atlántico en uno de esos aviones. Ya has visto cómo nuestros coches funcionan con una tuerca y una oración. Ese combustible es tan brutal que tiene dientes. Hace estragos en los cilindros. Menos de cuatro mil kilómetros y pum. —Elegió el momento oportuno para que la palabra coincidiera con el golpe de su pala—. Los pistones se endurecen y se traban.

Ahora mi única alternativa era presionar para conseguir que alguien me llevara en barco. Pero lo que sucedió fue que el destino jugó a mi favor.

Kerris entró en el salón como si tal cosa.

—Hola, Gabriel. Buenas tardes, David. Me dijeron que te encontraría aquí.

—Buenas tardes. Debes de tener espías en todas partes —agregué bromeando—. ¿Cómo supiste que estaría aquí?

—Oh, fue muy sencillo. Llamé a tu hotel. La recepcionista me dijo que te había visto marchar con una pala de pimpón en la mano y una mirada casi de desesperación. —Le lanzó una sonrisa a Gabriel—. ¿Está perdiendo miserablemente?

Gabriel se encogió de hombros.

—Este joven lleva perdidos apenas seis partidos.

—Cada vez son menos —protesté con fingido dolor.

—Poco a poco, así es, David. Poco a poco.

—David, escucha. —Kerris parecía agitada, como si hubiera venido a toda prisa—. Tengo noticias para ti. Ha habido una reunión en el Departamento de Investigación y el director ha autorizado un nuevo viaje a Europa. También se ha decidido incluir una misión diplomática a la Isla de Wight. —Sonrió—. Te vas a casa, David. El barco sale pasado mañana.

La miré, sorprendido.

—¿Tan pronto?

Gabriel asintió con la cabeza.

—Después de todo has conseguido tu viaje, David. Enhorabuena.

Como dicen los neoyorquinos, ésta era una historia totalmente distinta. Algo en mi expresión me descubrió. Kerris inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿No estás contento?

—Sí. Por supuesto... sólo que no había esperado que las cosas sucedieran tan de prisa. —La miré a los ojos—. Pero yo solamente me iré con una condición, Kerris.

—¿Y cuál es esa condición?

—Que vengas conmigo.

Fue Gabriel Deeds quien sugirió tomar una copa de despedida. La noche antes de partir, Kerris y yo entramos a un club de blues desde el que se veía el mar y a lo lejos la Estatua de la Libertad. Unos relámpagos silenciosos parpadeaban alrededor del gigante de piedra. La electricidad cargaba el aire húmedo. Kerris comentó que había una tormenta fraguándose en el mar. Su imponente vestido, hecho con un brillante tejido rojo, complementaba los fuegos artificiales celestes cerca de la costa.

Cuando encontramos una mesa libre pedí unas copas para Kerris y para mí e hice que le llevaran una a Gabriel al escenario, donde estaba bastante ocupado, enchufando cables y afinando la guitarra. Miró al otro extremo del salón y me lo agradeció levantando la copa.

La gente llegó al club en tropel. Las conversaciones vibraban animadamente. Por primera vez desde que el general Fielding había querido entusiasmarme con el proceso de nacimientos múltiples, vi un par de gemelos idénticos en el club. Después de haber controlado un par, de repente parecieron surgir de todas partes y en seguida pude contar más de una docena. Eso no afectaba en absoluto el aire animado del club. En una esquina, un par de gemelas adolescentes, junto con sus compañeros, celebraban su cumpleaños con champán.

—Pero ¿no vas a echar de menos todo esto? —le pregunté a Kerris.

—Estoy segura de que me adaptaré —me dijo sonriendo, mientras sus ojos verdes brillaban en la penumbra del club—. Además, estoy ansiosa por ver cómo vives allí. Esto va a representar un nuevo comienzo tanto para tu pueblo como para el mío.

—Brindo por eso.

Chocamos las copas.

En ese momento, los músicos comenzaron a tocar. Hablar se volvió imposible a ese volumen. En cambio, mis ojos pasaban rápidamente de los músicos a la cara de Kerris, que brillaba con un hermoso fulgor bajo las luces del escenario. Y todo el tiempo esa mágica música se elevaba y descendía suavemente, con la guitarra de Gabriel sonando unas veces angelical y otras veces demoníaca. Me dejé transportar por ella. Cuando cerraba los ojos, me llevaba a dar un paseo en trineo cósmico. Una vez más percibí un anhelo lleno de sentimiento en las notas de la guitarra. Una sensación de tremenda nostalgia.

Sentí que una mano se posaba sobre la mía. Abrí los ojos para ver la mano de Kerris mientras observaba como yo a los músicos, con la cabeza asintiendo suavemente, siguiendo el ritmo de la música.

Cerré los ojos una vez más. Mientras las notas de blues tejían su magia, me relajé hasta entrar en un estado de dicha completa.

Después del concierto, Gabriel nos acompañó hasta la puerta, donde nos esperaba un taxi. Los relámpagos seguían parpadeando sobre el mar formando en el aire grandes explosiones de azul y plateado.

Le abrió la puerta a Kerris.

—*Bon voyage*, señorita Baedekker —le dijo, volviendo a hablar formalmente otra vez en la calle.

—Señor Masen, cuídese.

—Lo haré, Gabriel. Y tú también.

Siempre recordaré ese momento. Su amplia y simpática sonrisa. El modo en que me apretó la mano sacudiéndola hacia arriba y hacia abajo mientras estábamos allí de pie junto a la puerta abierta del taxi.

Porque ése fue el momento en que el hombre salió de las sombras con un arma en la mano. Empujó a Gabriel contra el coche, dio un paso hacia atrás y luego le disparó al pecho.

Gabriel se desplomó, la parte superior de su cuerpo cayó en la parte trasera del coche donde estaba sentada Kerris. Me acerqué, desesperadamente, intentando cogerlo mientras caía.

Pero antes de que mis manos extendidas lo alcanzaran, un brazo me rodeó el cuello, apretándome y ahogándome. Un dolor agudo y ardiente me atravesó un lado del cuello. A lo lejos, me pareció que Kerris estaba gritando.

De repente, el alumbrado del puerto salpicado con destellos de relámpagos se convirtió en un único torbellino de luz.

Daba vueltas y vueltas, cada vez más y más de prisa. Me tragó y me lanzó a la oscuridad. Una oscuridad absoluta e insondable.

20. JONÁS

Había sido engullido hasta el vientre de una ballena. Sentía movimientos ondulantes. Oía líquidos silbando a través de tuberías, expulsión de una ráfaga de aire, el golpe seco e intenso de un corazón enorme. Una voz espectral salmodiaba: «Diez brazas... ocho brazas... cinco brazas... cuatro brazas».

Abrí los ojos. Vi mamparos de metal. Se abrió una puerta, mostrando un corredor tachonado de luces eléctricas. En ese momento una figura apareció amenazante ante mí. Mis ojos enfocaron un chorro de líquido que caía de una jeringuilla. Luego la aguja se clavó en mi brazo. Oí un extraño grito. Vagamente, reconocí que salía de mi propia boca. Las luces comenzaron a dar vueitas; el torbellino regresó. Una vez más me absorbió la oscuridad.

Al abrir los ojos sentí inmediatamente un cambio en el ambiente. El aire olía diferente. Me pareció que a hierbas. Las dimensiones de la habitación en la que me encontraba eran más grandes, la cama, más ancha. Los sonidos también eran diferentes. Oí un tintineo distante, como si alguien estuviera tocando un xilofón apagado.

Tendría que haber identificado el sonido en seguida, realmente debería haberlo hecho. Sin embargo, parecía que tenía la cabeza empaquetada en algodón y los ojos se me movían incesantemente de aquí para allá, mientras que la lengua se me había pegado al paladar. Me senté en la cama, no sin dificultad, sintiéndome como si hubiera disfrutado de una increíble borrachera (y la cabeza latiéndome con fuerza como si fuese el precio que pagara por ello).

En el suelo había una taza de lata junto a una jarra con agua. Me quedé mirándola fijamente durante un buen rato. Sabía que deseaba, desesperadamente, echar esa agua fría y cristalina en la taza y luego bebería para satisfacer mi deseo. Pero, de algún modo, el enlace que conectaba ese razonamiento con el movimiento efectivo de mis brazos y el hacer algo al respecto estaba roto. Miré el vaso, luego el agua. Después de un largo rato, por fin conseguí ejercer un mínimo de control motriz. De un modo atontado y con poca coordinación, me las arreglé para echar agua en el vaso. Lo levanté, derramando hasta la última gota sobre la camisa antes de llegar a los labios.

La gota que colmó el vaso, valga la redundancia. Entonces levanté la jarra y bebí su contenido. Creedme, esa agua era la cosa más dulce que había probado en mucho, mucho tiempo. Después de beberme casi un cuarto del líquido no me sentía tan atontado como antes. El dolor de cabeza cesó y comencé a interesarme un poco más por lo que me rodeaba.

Eso es, me dije a mí mismo todavía un poco mareado. *Examina tu entorno, Masen. ¿Paredes? Madera. ¿Ventanas? Cuéntalas, Ninguna. Vigas atravesando un techo inclinado... chapa ondulada. Sí, señor... chapa ondulada, que está oxidada y*

remendada. Suelo de tierra prensada. La luz proviene de una pequeña bombilla eléctrica que cuelga de una viga. Y estás tentado sobre un catre. Sin mantas.

Hasta ahora todo va bien. Tembloroso, llegué hasta la puerta, que parecía haber pertenecido alguna vez a una casa elegante, pero que ahora era utilizada en una construcción de aspiraciones mucho más modestas.

Puerta cerrada. No todo va tan bien.

Mi mente dopada y confusa se aclaró lo suficiente para llegar a comprender que era un prisionero. Regresé temblando a la cama, donde me senté erguidamente y dormité. Por fin la puerta se abrió. Entró una ágil mujer negra de alrededor de veinticinco años con una cinta amarilla en el pelo. En las manos llevaba una ametralladora con la que me apuntaba a la cara con aire despreocupado. No me moví. Simplemente la miré con un distanciamiento de ensueño.

Un hombre joven de oscura belleza latina llenó la jarra con agua de un recipiente más grande, luego dejó junto a mí una bandeja con frutas y pan sobre la cama.

Mis captos no dijeron ni una palabra. Yo tampoco. Cuando acabó la solemne y silenciosa ceremonia, se retiraron. Sentía el estómago más que un poco revuelto y no me atreví a comer. En cambio, vacié la jarra de agua con largos y sedientos tragos.

La ceremonia del agua se repitió a intervalos de cuatro horas. En la habitación entró la misma gente: la mujer con la ametralladora, el hombre con la gran jarra para rellenar la mía. Una vez más, nadie habló. Momentos más tarde me dejaron para que concluyera la ceremonia bebiendo una vez más toda el agua de golpe.

Después de un rato estaba un poco más despejado. Una araña del tamaño de un plato pequeño merodeaba por una de las vigas del techo, sin duda observando al intruso de abajo a través de sus múltiples ojos. Durante algunos segundos se oyó un estruendoso tamborileo afuera. Gotas de lluvia, me imaginé, gotas de lluvia golpeando contra el techo de chapa ondulada. El chaparrón no duró mucho y se paró tan de repente como había comenzado. Casi inmediatamente pude oler el dulce aroma de la tierra húmeda. Sobre mi cabeza, la araña perdía interés en mí, prefiriendo en cambio chuparle los jugos vitales a una gran mosca.

Comida...

Miré la bandeja que había a mi lado. El pan parecía un pelín seco para mí, pero me apeteció la tajada de sandía rosada. Le di un bocado. Un jugo dulce y algunas pepitas me llenaron la boca, y se renovó mi apetito. Con mi compañera de cena de ocho patas disfrutando de su comida sobre mi cabeza, me comí todo lo que había en la bandeja.

Una vez más escuché el rítmico golpeteo. Ladeé la cabeza, escuchando. Unas ramitas golpeando firmemente contra algo de madera más grande. Fruncí el ceño, intentando ubicar en algún lugar de la mente ese sonido familiar.

Entonces mi cabeza empapada de drogas consiguió por fin ponerse en marcha. La

palabra que había estado buscando llegó a mis labios.

—Trífidos.

Sin ventanas y con un reloj detenido en las tres y media, no tenía ninguna noción del tiempo. Ahora, sin embargo, veía cómo la franja de luz de debajo de la puerta se hacía cada vez más y más tenue hasta desaparecer. Durante un rato, el chasquido de los trífidos se hizo más estruendoso a medida que se iba acercando la noche. Los grillos también cantaban con más fuerza. Además, creí oír el croar de ranas en algún lugar cercano. Cuando puse una oreja contra la puerta, oí voces; sólo que eran demasiado apagadas para distinguir alguna palabra.

Regresé a la cama. Para entonces mis ojos habían detenido su movimiento constante; no obstante, los sentía desagradablemente arenosos, de modo que utilicé un poco del agua para beber y me los lavé. Después de eso, me examiné el antebrazo derecho. Había seis pinchazos de aguja agrupados alrededor de una vena. Me toqué el lado del cuello. Tenía un parche que me cubría una herida debajo de la oreja izquierda y al palparlo me estremecí. Estaba claro que a la salida del club de blues había sido paralizado por el cuello mientras alguien me había pinchado con una hipodérmica en una arteria. Por lo menos, mis secuestradores se habían afanado por entregarme intacto.

Y, sin embargo, recordaba demasiado vividamente la caída de Gabriel Deeds en el asiento trasero del taxi cuando el pistolero disparó. Kerris había gritado. Por el amor de Dios, ¿qué le había ocurrido? ¿Estaba herida? ¿Estaba aquí? ¿Cautiva en una cabaña vecina? Si era así, ¿qué le estaban haciendo? Me invadió el miedo.

En ese momento se apagó el tamborileo de los trífidos golpeando las ramitas contra sus troncos leñosos. El silencio descendió sobre la cabaña y finalmente me acosté en la cama.

Cerré los ojos pensando en Kerris Baedekker.

Me despertó el golpe de la puerta al abrirse. La luz del sol entró a raudales. Por un momento pensé que se repetiría la ceremonia del agua. Pero, en cambio, la muchacha con la cinta amarilla me hizo una señal con la ametralladora.

—Vamos. No hagas ninguna tontería como intentar escapar. No te dispararé, pero lo único que conseguirás será que te piquen hasta matarte.

La voz tenía un sorprendente deje irlandés.

—¿Adonde me lleváis?

—Alguien quiere hablar contigo.

—¿Quién?

Debía de estar racionando las palabras porque no me contestó. En cambio, atravesó la puerta caminando hacia atrás con la boca del arma apuntándome a la cara.

Ése no era el momento adecuado para hacer ningún movimiento repentino o impredecible. Simplemente levanté ambas manos a la altura de los hombros, mientras

intentaba parecer tremendamente relajado, con la esperanza de que mi postura le transmitiera que no tenía ninguna intención de fugarme. Aun así, una vivida imagen no se alejaba de mi mente. Me veía a mí mismo llevado por la fuerza hasta un poste manchado de sangre. Allí me estaba esperando una hilera de figuras con rifles en la mano, intenté alejar esa idea de mi cabeza, respiré profundamente y luego atravesé la puerta.

La luz del sol que ardía en ese lugar era la más potente que había visto en semanas. El calor, una especie de calor húmedo que se pegaba a la piel, me invadió inmediatamente. Por un momento, mis ojos lucharon contra el deslumbramiento. Tuve que tapármelos antes de poder distinguir el entorno. Luego vi que estaba de pie sobre una suave pendiente que bajaba hasta llegar a un amplio río de cenagosas aguas marrones. A mi izquierda y a mi derecha había una serie de cabañas, que hacían que el lugar pareciera un campamento militar. Mi compañera parecía impaciente por llevarme a mi lugar de destino. Me hizo un gesto con la ametralladora indicándome que reanudara la marcha.

Bueno, era ella quien tenía el arma. Obedecí sin dudar.

No obstante, aún tenía oportunidad de estudiar mi entorno mientras caminábamos hacia una modesta casa de madera. Vi hombres y mujeres con uniforme. Estaban trabajando en vehículos o bien cargando cajas hacia un embarcadero de madera. Allí vi las formas oscuras y de líneas depuradas de dos submarinos amarrados. Pensé que uno de ellos me había traído hasta aquí.

Río arriba había una atractiva colección de barcos voladores, apenas amarrados, desde aviones flotantes para un solo pasajero a grandes hidroaviones de pasajeros que podían llevar a cincuenta personas o más. Con un tanque lleno de combustible decente, una de esas bellezas podría llevarme a través del Atlántico hasta mi hogar.

Tuve que andar unos pasos más antes de llegar a la casa. Lancé una mirada por encima de la ladera, buscando el origen del sonido de esas ramitas contra los tallos leñosos. Y, sí, efectivamente, allí estaban. Trífidos. Miles de trífidos. Afortunadamente, una sólida valla de alambre, tal vez de tres metros de altura, los separaba del campo. También había señales de fuego. No había duda de que esa gente desanimaba a las plantas a acercarse demasiado a la valla con uno o dos disparos de lanzallamas. Tuve la clara aunque irracional impresión de que esas plantas siniestras me estaban observando al pasar junto a ellas. Una impresión que se vio reforzada cuando las oscuras hojas verdes comenzaron a temblar, los conos en la punta de los troncos a balancearse, y empecé a oír un golpeteo de ramitas contra tallos cubiertos de pelillos. ¿Código morse trífido?

Alerta trífidos... el hijo del as exterminador de trífidos Bill Masen ha sido dividido... Pasad el mensaje... preparaos para atacar... Matar... matar...

Me sequé un hilo de sudor de la frente. Sí, algo bastante irracional. Tal vez un

efecto secundario ligeramente alucinógeno de la droga que me habían metido. Sin embargo, la imitación era muy convincente. Y también desconcertante.

Pero, tal como estaban las cosas, no tenía tiempo para darle vueltas.

La muchacha con el arma me indicó con un gesto que doblara la esquina de la casa. Me detuve, sorprendido. Porque allí estaba el vehículo más peculiar que había visto en mi vida.

—Sam.

La muchacha le habló a una figura que estaba inclinada hacia delante, metida en la máquina por una ventanilla.

—Sam. Éste es Masen. ¿Qué quieres que haga con él?

21. EXCURSIÓN

El hombre se deslizó hacia atrás y salió de la escotilla del extraño vehículo. Cerró bruscamente la ventanilla con sus largos brazos. Ésta hizo un estruendoso ruido metálico. Luego se enderezó, secándose las aceitosas manos con un trapo.

Sólo puedo describir la máquina como algo con el aspecto de un elefante de hierro. Pintada de un tono claro de gris, tenía dos grandes cabinas redondas una al lado de la otra, que daban la impresión de ser las orejas extendidas de un elefante. Por la parte delantera del vehículo sobresalía algo muy parecido a la trompa de un elefante pero hecha de metal. Todo el aparato era bastante extravagante, rematado con respiraderos, tubos de escape y un fuselaje color gris hierro, apoyado sobre cadenas tipo oruga. De tamaño, era quizá un poco más largo que un tanque de guerra.

El parecido de la máquina con el animal no era algo que hubiese pasado inadvertido a sus dueños. Uno de los extensos lados llevaba la palabra «JUMBO» escrita en grandes letras. Mientras que justo detrás de una de las cabinas con paneles de cristal noté una pintura de vivos colores que representaba a un indio piel roja guerrero de feroz perfil, la barbilla en alto, mirando fijamente un lejano horizonte. Además de eso, en lo que únicamente puede ser descrito como una frase descarada, podían leerse las palabras «¡Al infierno con ellos!».

Había más inscripciones en la parte inferior de la máquina, aunque éstas eran instrucciones más prosaicas como «Entrada de aire comprimido» y «Cargar este vehículo únicamente con combustible de 100 octanos».

—Buenos días, señor Masen.

El hombre que había estado trabajando en el motor me ofreció la mano. Era alto, desgarrado, de cabello rubio y ojos azul claro. Calculé que tendría unos treinta y cinco años. Arrastraba las palabras con el cortés acento de los estados del sur. Notó que tenía el dorso de la mano manchado de aceite, se lo limpió en el trasero de los pantalones de combate y luego volvió a ofrecérmela.

No respondí.

Él sonrió.

—No puedo culparlo, compañero. Yo también estaría bastante enfadado para andar estrechando manos. —La voz era tan prometedora y amistosa como sus ojos azules—, ¿Se siente bien? ¿No tiene calambres o náuseas?

Negué con la cabeza.

—Me siento bastante bien... después de todo. —Hablé con un poco de antipatía.

—¡Bien, bien! A ver, Jazmay.

Le ofreció a la muchacha una relajada sonrisa.

—No sé qué pensará el señor Masen de que le estés apuntando así con la metralleta, pero yo me estoy poniendo un poco nervioso... —Volvió a dirigirse a mí

—, A ver. No va a pegarme un puñetazo o a intentar escapar, ¿verdad? No. Por supuesto que no. Jazmay, guarda el arma y pon en marcha al viejo Jumbo, ¿quieres?

La muchacha abrió una de las puertas de la cabina del vehículo, metió la metralleta en un portaequipajes, luego se metió en una especie de hueco que contenía la cabina del piloto debajo de la cabina principal. Con un zumbido preliminar, el motor cobró vida. Un par de idénticos penachos de humo azul salieron a chorros por detrás de las «orejas» del elefante.

—Suenan estupendamente, ¿no es cierto? —El hombre habló con entusiasmo, golpeando ligeramente la máquina—. Le puse tapones nuevos a ese viejo galón en su honor... —Comenzó a acercarse al vehículo. Pero casi inmediatamente se volvió hacia mí—. Por cierto, mi nombre es Sam Dymes.

Extendió la mano una vez más para estrechar la mía, luego me ofreció una tímida sonrisa.

—Ay, ustedes no se estrechan las manos, ¿verdad? Lo siento. Y siento los... —Describió con gestos la acción de inyectarse en el brazo—. Pensamos que sería la mejor manera de traerle hasta aquí sin hacerle daño.

Me lo quedé mirando fijamente, un centenar de preguntas furiosas se empujaban unas a otras para ser formuladas. Pero estaba demasiado asombrado para poder soltarlas.

—Sam Dymes —repitió, tocándose el pecho mientras se acercaba al vehículo—. Ahora, si puede meterse dentro, por favor. Necesito enseñarle algo.

El vehículo pasó junto a otros de su especie retumbando sobre las cadenas a lo largo de la calzada. Máquinas grandes, grises y elefantinas con la palabra «JUMBO» pintada en un lado. Cada una tenía una pintura de figura diferente detrás de la cabina del piloto. Había dibujos interpretando la mordedura de dientes afilados de un tiburón, personajes de dibujos animados, muchachas esbeltas. Cada vehículo tenía su propio nombre personalizado, *Dama de la suerte*, *Salvaje*, *Traga fuegos*, y había uno justo al final de la fila que se regocijaba con el nombre *Golosa Marta*, cuya pintura retrataba a una mujer formidable comiendo plantas enteras de trífido como si fueran brotes de apio.

Yo estaba sentado en uno de los dos cubos asiento junto a Sam Dymes. Jazmay, que conducía la inmensa bestia de metal, estaba sentada debajo de mí, con la cabeza a la altura de mis pies.

El traqueteo tuvo un único efecto positivo. Las preguntas que habían estado contenidas se liberaron de repente.

—¿Por qué demonios me han traído aquí?

Sam Dymes me miró con ojos abiertos e inocentes.

—Yo, por lo menos, necesito enseñarle algo. Agárrese fuerte, atravesaremos las puertas en cuestión de segundos. Allí abajo está lleno de baches.

—No... demonios... ¡Maldita sea! ¿Por qué me han traído a este sitio? ¿Por qué han tenido que dispararle a mi amigo? ¿Y por el amor de Dios dígame qué le han hecho a Kerris?

—¿Kerris? —Se frotó la mandíbula reflexivamente—. Está bien.

—¿Cómo lo sabe?

—Va a tener que confiar en mí.

—¿Está aquí?

—No. Está en Nueva York, señor Masen. A salvo.

—Pero sus matones no han tenido escrúpulos en matar a mi amigo.

—Lo siento. No sabía que había habido muertos. Créame, ésa no era nuestra intención.

—¿Y cuál *era* su intención?

—Traerle hasta aquí sano y salvo.

—¿Y dónde demonios estamos... exactamente?

—Al sur de la Línea Mason-Dixon —me respondió cautelosamente—. No necesita saber exactamente dónde.

—Muy bien, señor Dime. ¿Por qué estoy aquí?

—Mi nombre es Dymes. ¿Por qué está usted aquí? Pensé que eso iba a ser tan evidente como la nariz que tiene en el rostro. —Volvió a ofrecerme esa tímida sonrisa—. Lo siento. Es hora de hacer un control.

A través de las ventanillas de la parte delantera vi que el vehículo había llegado a una gran verja que necesitó de la fuerza de cuatro hombres para abrirse. La atravesamos en un segundo. Detrás de mí vi cómo se cerraba la verja y luego se protegía firmemente con cadenas.

—Jazmay, ¿puedes encender el flujo para mí? Gracias.

Delante de nosotros, los trífidos nos cerraban el camino, moviéndose con sus habituales sacudidas, los conos en el extremo de sus troncos azotando de un lado a otro.

A pesar de mi furia, estiré el cuello hacia adelante para ver mejor. En ese momento, Sam Dymes tomó una palanca de mandos, luego presionó con el pulgar un botón rojo que ésta tenía en la parte superior.

Una bola de llamas naranjas salió de la punta de la «trompa» de metal, disparada. Un segundo más tarde, tres trífidos fueron atrapados en esa bola de fuego rodante. Las hojas verdes se ennegrecieron, se marchitaron, los conos se secaron. Una de las plantas se desplomó en el camino.

Sam Dymes me dedicó una sonrisa.

—Esto es algo que nosotros tenemos y esas malditas plantas no: fuego. ¡Glorioso fuego! —Después de esas palabras les lanzó otra bola. Muchos trífidos comenzaron a parecerse a la zarza en llamas del Antiguo Testamento. Sam gritó—: Estos tíos se

están haciendo cada vez más listos. En cuanto quemas a un par, los demás se apartan de tu camino.

El pesado vehículo crujía sobre los humeantes restos de los trífidos que habían sido alcanzados por el lanzallamas. El resto de las plantas, a pesar de que había miles y miles, ya no intentaba ponerse delante del vehículo. Algunas, sin embargo, lanzaban sus agujones a los paneles de cristal de la cabina a medida que íbamos avanzando, dejando la característica mancha de veneno.

—Estamos seguros como en casa. —Sam golpeó ligeramente el panel con los nudillos—. Cristal endurecido.

La estructura trífida alrededor de la base presentaba las típicas características. Los trífidos se habían abarrotado todos alrededor de la valla, poniéndola a prueba con su fuerza, sin duda esperando en lo más profundo de sus cerebros botánicos (si era eso lo que tenían) que la unión de presiones rompiera finalmente el alambre. Sin embargo, cuanto más se alejaba uno de la valla de piquetes más escasas eran las plantas. Tal vez en los ejércitos de trífidos los que se mantenían más alejados eran retenes o centinelas. Por supuesto, en esos días raras veces se libraba uno completamente de las plantas. A medida que el vehículo atravesaba ruidosamente una llanura abierta pude ver trífidos solitarios aquí y allá. Normalmente permanecían inmóviles. No obstante, en cuanto el camión se acercaba y ellos «oían» el fragor del motor, arrastraban los tocones para dirigirse hacia la fuente del sonido. Desde luego, parecían depredadores observando pasar a su presa.

Sam Dymes se acomodó de nuevo en el asiento, la mano ligeramente apoyada sobre la palanca de mando que controlaba la «trompa» de metal del lanzallamas. En conjunto, era una máquina impresionante. Sabía lo valioso que sería para mi gente un destructor de trífidos todo terreno como ése.

Mientras tanto, sin embargo, no había resuelto el misterio de por qué había sido llevado hasta allí.

—Gracias por el paseo —dije con tranquilidad—. Pero siguen siendo tacaños con las respuestas.

—Lo siento, señor Masen, realmente lo siento.

—¿Quiénes son exactamente... su comunidad, quiero decir?

—Sus antiguos anfitriones se refieren a nosotros como la facción Quintling.

—Sí, he oído hablar de ella.

—Nada bueno, supongo, ¿verdad?

—Que son ustedes un puñado de proscritos —le dije—. Que roban y matan.

—Joshua Quintling fue uno de los primeros fundadores de la comunidad de Nueva York, pero el general Fielding apareció para introducir... —añadió encogiéndose de hombros—... métodos más enérgicos, podríamos decir. De modo que hace veinte años Quintling se fue con su familia y otras familias que deseaban

vivir de un modo más humano.

—¿Y entonces la facción Quintling terminó ahí?

—No exactamente. El general Fielding le ordenó a uno de sus buques de guerra que persiguiera al barco de vapor desarmado de Quintling. El buque le disparó a la nave de Quintling hasta destruirla. La esposa y el bebé de Quintling fueron asesinados, junto con otra docena de personas. Quintling sólo evitó perder a todas las demás personas que iban a bordo encallando el barco en un estuario que era demasiado poco profundo para que el buque de guerra pudiera entrar en él. De lo contrario... —Se encogió de hombros expresivamente. Luego me miró. Se había puesto muy serio—. Pero usted no me cree, ¿no es cierto, señor Masen?

—Supongo que tendré que creer en su palabra.

Sin embargo mi frialdad hacia él reveló mi escepticismo.

—Como usted prefiera, señor Masen. No creo que pueda hacerle cambiar de opinión con la culata de un rifle, ¿verdad?

—Hasta donde yo veo, parece ser que estoy bastante a su merced.

Aunque no lo dije con palabras, comencé a preguntarme si en algún momento el vehículo se detendría y yo sería arrojado sencillamente al suelo y dejado de la mano de Dios en ese lugar atestado de trífidos.

Sam me observó un momento.

—¿Realmente cree que hemos invertido tanto tiempo y combustible, muy valioso combustible, en traerlo hasta aquí solamente para hacerle daño?

—No tengo la menor idea.

—Vaya, eso es absurdo. —Realmente parecía dolido por mi actitud—. Nos ha costado muchísimo rescatarlo.

—¿Rescatarme?

—Por supuesto.

—¿Acaso parecía que necesitara ser rescatado? Si hubieran podido verme, se habrían dado cuenta de que lo estaba pasando de maravilla. Además, al día siguiente tenía que partir de vuelta a casa.

—Sí, eso lo sabemos.

—Entonces ¿a qué demonios están jugando?

—Sabíamos que se iba a marchar en barco a Inglaterra. —Me miró fijamente—. También sabíamos que navegando detrás de su barco, un poco más allá del horizonte, fuera del alcance de la vista, habría un acorazado y un par de destructores de escoltas.

—¿Me está usted diciendo que el general Fielding está planeando invadir la Isla de Wight?

—Ésa es la información que tenemos, señor Masen.

—Pero ¿qué sentido tiene? Nosotros aceptaríamos un trato amistoso con los brazos abiertos.

—¿Está usted seguro?

—Por supuesto.

El hombre respiró profundamente, dejando que sus ojos examinaran el paisaje iluminado por el sol y sus centinelas trífidos.

—Parece ser que ha vivido en la oscuridad, señor Masen. Una oscuridad tanto metafórica como literal.

—Siga, siga, sorpréndame.

—¿Usted sabe que la comunidad de Nueva York gobernada por el general Fielding no tiene acceso a pozos de petróleo ni reservas de gasolina?

—Sí. Para los coches utilizan alcohol metílico.

—Que es tan brutal que se come los motores hasta destruirlos después de menos de cuatro mil kilómetros. —Asentí con la cabeza—. Bueno —dijo Sam Dymes—, nosotros tenemos un par de pozos de petróleo, más una refinería que produce alrededor de cuatro millones y medio de litros de gasolina al año. No es mucho, se lo garantizo. Pero significa que podemos hacer funcionar a esta señora. —Golpeó afectuosamente el asiento—. Y tenemos un buen combustible de aviación para aeronaves.

—Cosa que Nueva York no tiene.

—Así es, señor Masen. De modo que lo único que pueden hacer es recorrer los océanos con sus buques de vapor con fuego alimentado con carbón. Por lo tanto, ya ve que si pueden hacerse con su Masen-Coker... Humm, ¿cómo lo llaman ahora?

—El Procesador Masen-Coker.

Asintió con la cabeza.

—El Procesador Masen-Coker... Entonces el general Fielding podrá refinar esa maldita savia de trífido y tener todo el combustible que desee para sus automóviles, sus aviones de transporte, y sus aviones de guerra.

—¿Y la consecuencia de eso?

—La consecuencia de eso para *nosotros* es que seremos eliminados de la faz de la Tierra. Aquí arriba, en los estuarios del río estamos a salvo de sus barcos de guerra. Pero si tiene bombarderos y aviones de combate... pues... —Sam Dymes silbó—. Nos bombardeará hasta mandarnos a todos al infierno.

—Hagan las paces con él.

—¿Quiere usted decir que nos entreguemos?

—No —repuse sinceramente—. Envíen una delegación. Negocien.

—No lo aceptará. Pronto nos tendrá en su poder. Sí, cogerá a nuestras mujeres y a nuestros niños para aumentar su población. ¿Y nuestros hombres? Pues serán enviados en barco a las minas de carbón o a los campos de explotación forestal, o a esas malditas granjas de esclavos en el Caribe, donde trabajan noche y día para destruir a los trífidos y plantan esos extraordinarios cultivos para mantener felices a

sus seguidores.

—¿Realmente cree que es tan poco razonable? Pienso en el padre de Kerris, el general Fielding, el hombre con ese ardiente ojo amarillo. Vale, me pareció que era un líder muy firme, incluso un líder visionario. Pero ¿un tirano asesino? No, no me lo pareció.

Sam Dymes me miraba, tocándose los labios con los dedos, evaluándome. Y, entonces, añadió después de un momento:

—Sí, señor Masen. Yo sí creo que el general Fielding no es en absoluto razonable. También creo que no habría nada que pudiera detenerlo si fuera capaz de conquistarnos o de invadir la Isla de Wight. Es más, creo que es un dictador brutal.

—Pero ésa es simplemente su opinión.

—No es sólo mi opinión, señor Masen.

—¿Ah no? ¿Y de quién más?

—¿No lo adivina? —El hombre sonrió, disfrutando de mantenerme en vilo.

Me encogí de hombros.

—¿De quién?

—Nada menos que de su propio padre, Bill Masen.

—¿Mi padre? Él nunca ha conocido al general Fielding.

—Oh, claro que sí. Hace mucho tiempo. Usted también, cuando era niño.

Sacudí la cabeza, frunciendo el ceño.

Con una sonrisa, Sam Dymes extendió la mano hacia abajo, junto a sus pies. La mano regresó con un maletín. Al abrirlo, sacó un libro y me enseñó la tapa. Leí el título, luego, abajo, el nombre del autor: William Masen.

—Le sorprenderá saber dónde ha aparecido el libro de su padre. Cambiamos casi cien litros de gasolina para obtenerlo de un pescador portugués hace cinco años. Espero que su padre no nos persiga para cobrar los derechos de autor, pero nosotros imprimimos mil copias para distribuir las entre nuestra gente. —Sam continuó sin pausas—. Su padre conoció al general Fielding con otro nombre: Torrence.

—¿Torrence? —Yo conocía muy bien ese nombre y me acomodé en el asiento—. Mi padre escapó de Torrence hace veinticinco años.

—Así es. Su padre y su madre no pararon de ofrecerles copas a Torrence y a sus esbirros cuando invadieron Shirning. Mientras Torrence dormía, su padre saboteó su vehículo y luego se marchó. Cuando Torrence se despertó, descubrió que se le habían escapado. Y, para colmo, la casa estaba rodeada de trífidos, pero, como es un hombre de recursos, se hizo un traje con alambre de gallinero y unas chapas para protegerse de los trífidos. Sólo que, al abandonar la casa, un trífido le dio con el agujón en la cabeza y el veneno atravesó el casco de alambre dejándolo ciego de un ojo.

—¿Y luego de algún modo Torrence apareció en Nueva York con un nuevo nombre?

—Y bastante resentido.

—Pero él debía de saber que yo era el hijo de Bill Masen.

—Por supuesto. Su intención era utilizarlo.

Eso aclaraba un poco las cosas. Pero sabía que tendría que pensar bastante en todo aquello.

—Pero yo conozco a la hija de Torrence. La conozco muy bien.

—Precisamente —dijo Sam Dymes con énfasis—. Ella es también un peón en la estrategia del viejo. Bueno, hemos llegado.

—Pero...

—Tendrá que guardar las preguntas para más tarde. Hay algo que tiene que ver.

22. ALGONQUINOS

Jazmay detuvo el vehículo al borde de una planicie. Frente a nosotros, un valle descendía en picado hasta un río que brillaba bajo el sol del mediodía. Sam se puso de pie sobre una barra de acero que había entre los dos asientos, destrabó el cerrojo de una ventanilla que había en el techo de la cabina y la abrió. Por un momento, sus ojos azules miraron seriamente alrededor del Jumbo. Luego me hizo un gesto.

—Todo tranquilo. El trífido más cercano está a 450 kilómetros de aquí.

Salió por la ventanilla y se puso de pie sobre el techo del vehículo.

—Es bastante fácil, señor Masen. Póngase de pie sobre la barra del medio y luego salga por la ventanilla.

En un momento estaba a su lado sobre el lomo de metal de la máquina. Detrás de mí vi cómo la oruga había marcado la hierba, dejando una huella que se perdía de vista. Tal como Dymes había dicho, se veía un trífido muy a lo lejos. Fueran cuales fueran los sentidos que poseía, había descubierto que estábamos allí y comenzado su marcha tambaleante hacia nosotros sobre sus tres tocones.

Sam también notó el movimiento.

—Tenemos mucho tiempo antes de que llegue hasta aquí. Pero hay algo importante que debería ver. Lo que tengo que decirle después será mucho más claro. —Me alcanzó un par de prismáticos—. Bien. —Miró a su alrededor, disfrutando del paisaje—. Es fantástico tener la luz del sol otra vez. Ya sabe, tuvimos oscuridad durante diez días seguidos. Puso tan inquietos a los trífidos que estaban subiéndose unos sobre otros para entrar en el campamento. —Respiró profundamente—. Sol, glorioso sol. —Protegiéndose los ojos, señaló el valle que yacía allí abajo—, ¿Ve usted algo, señor Masen?

Miré.

—Un río, árboles. Probablemente alrededor de mil trífidos... formando tres bosquecillos.

—Utilice los prismáticos. ¿Ahora ve algo?

—Sí, humo. A un par de kilómetros de distancia aproximadamente. ¿De un poblado?

—Lo ha encontrado, señor Masen. Mire mejor.

A través de los prismáticos vi una curva en el río con forma de U.

—Un par de canoas en una playa y... y puedo distinguir cuatro, cinco... vamos a ver, ocho cabañas de madera, con... Dios mío.

Me quedé sin aliento.

—¿Qué demonios está sucediendo allí abajo? ¡Los van a matar!

Tranquilamente, Sam miró hacia abajo.

—Entonces, ¿qué es lo que ve, exactamente?

Mi susto inicial se había transformado en asombro.

—Hay gente allí abajo —le dije. Mis ojos regresaron a la vista maravillosa aunque imposible—. Están viviendo en un campamento sin ninguna cerca. Puedo ver a los niños jugando en un bosquecillo de trífidos. Ni siquiera les están prestando atención a las plantas.

—Y las plantas tampoco los notan. —Dymes cogió los prismáticos para mirar él mismo—. Y hay un anciano sentado a la sombra de un trífido.

—Espere un momento... —Me cogí la punta de la nariz con el pulgar y el dedo índice y cerré los ojos—. Esto no está bien... esto es...

—¿Imposible?

—Absolutamente. A menos que sea una especie de efecto secundario de esa droga que me dieron. —Lo miré—. ¿Estoy alucinando?

Una sonrisa arrugó sus ojos.

—Esa gente que vive allí abajo en el valle, señor Masen, son indios norteamericanos de la tribu algonquina. Hace alrededor de cien años unos misioneros vinieron y los *civilizaron*. Cuando llegó La Ceguera, casi toda la tribu había muerto. Sólo quedaban un puñado de infelices alcohólicos. Pero mírelos ahora.

Los niños corrían riendo entre los trífidos. Uno de ellos, que tendría alrededor de ocho años, desnudo hasta la cintura y con la piel color oliva y largos cabellos negros, estaba trepando al peludo tronco de la planta asesina para finalmente columpiarse alrededor del tallo, mientras llamaba con picardía a sus compañeros de juego.

Por lo que pude ver en ese valle, un pueblo feliz vivía junto a la curva de ese brillante río.

—Pero —comencé a decir, aunque me costaba entender las verdaderas implicaciones de lo que estaba viendo— los trífidos ni siquiera intentan atacarlos. ¿Les han quitado los aguijones?

—No. La respuesta es que esa gente sencillamente es inmune. Los trífidos no pueden hacerles daño.

Me tomó un tiempo asimilar eso. Luego seguí insistiendo con mi interrogatorio.

—No sólo eso, los trífidos ni siquiera les prestan atención. ¿*Nunca* intentan atacados?

—Me imagino que lo han intentado en el pasado. Pero cuando se dieron cuenta de que sus aguijones eran inútiles contra ellos, dejaron de desperdiciar su veneno.

—Los trífidos *se dieron cuenta*, dice usted. ¿De modo que atribuye inteligencia a esas plantas?

—Por supuesto. ¿Usted no?

Recordé las palabras de mi padre hacía tan sólo unas semanas, En su invernadero me había dicho que esas siniestras plantas podían comunicarse unas con otras: que podían urdir estrategias, planear invasiones y luego marchar coordinadamente para

hacernos la guerra.

Pero ¿qué giro bizantino en la naturaleza había producido el cambio allí abajo en el valle?, donde hombres, mujeres y niños convivían pacíficamente con trífidos. Lo que sería un campo de muerte para nosotros se había convertido en un patio de juegos para los niños felices de los algonquinos.

—Sólo imagínese —me dijo Dymes—, si fuéramos tan afortunados como esa gente. Podríamos pasearnos otra vez por todo el mundo. Pero sencillamente no podemos acercarnos a ellos lo suficiente para descubrir el secreto de su inmunidad.

Nos quedamos allí de pie sobre el techo del vehículo, mirando fijamente el poblado. En ese momento me sentí como si me hubiera subido a una inmensa cima que me permitía espiar el Edén. Pero también entendí, no sin cierto malestar, que el milagro del que estaba siendo testigo ahora era algo muy frágil. Un milagro que en manos torpes podía romperse con mucha facilidad.

—Ah, señor Masen. Tenemos compañía.

Lancé una mirada detrás de nosotros. El solitario trífido había atravesado tambaleándose el espacio que nos separaba. Un par de segundos más y habríamos estado al alcance de su aguijón de cuatro metros y medio de longitud.

Dymes me señaló la ventanilla abierta a nuestros pies.

—Después de usted, señor Masen.

Cuando el ruidoso Jumbo llegó a las verjas del campamento, disparando con su lanzallamas a los trífidos allí apiñados, yo ya tenía una impresión más clara de mis nuevos anfitriones.

Sam Dymes, un hombre con estudios de ingeniería, realizaba tareas a medio camino entre jefe y burro de carga en ese puesto militar avanzado de «leñadores». Un nombre, me explicó Sam, que no derivaba de ninguna propensión a cortar árboles, sino porque su gente vivía entre bosques de trífidos.

—En realidad nuestro nombre es la Confederación Unida de la Libertad, pero, como podrá ver, o más bien oír, es un nombre bastante kilométrico.

A diferencia de la comunidad de Nueva York, donde la población estaba concentrada en un único punto geográfico, los leñadores tenían varios cientos de campamentos semiindependientes que salpicaban el litoral oriental desde Maryland hasta la punta de Florida.

—Primero nos asentamos en algunas islas y en la costa —me dijo Sam—. Pero Torrence, bajo el nuevo nombre de general Fielding, envió buques cañoneros para hacernos añicos. De modo que nos movimos hacia el interior y nos instalamos junto a los ríos, donde sus cañoneros no podían encontrarnos. Y, por supuesto, no podía enviar ejércitos por tierra a causa de los trífidos. —Señaló con la cabeza a una de las plantas en cuestión, justo cuando ésta restañó el aguijón contra la ventana—. Esos demonios han acabado siendo nuestros aliados. Es gracioso comprobar cómo a veces

resultan las cosas, ¿verdad?

Cuando el Jumbo se detuvo salí de su interior y noté que uno de los dos submarinos había soltado amarras. Vi que Sam también lo había notado, pero no hizo ningún comentario.

—Supongo que estará preparado para un buen plato de comida, señor Masen. — Me sonrió—. Lávese y cepíllese o lo que sea. La comida se sirve en la cantina, la cabaña con el tejado rojo.

Me quedé allí de pie, indeciso, durante un par de segundos mientras Sam se dirigía hacia otra de las construcciones. Jazmay también había perdido interés en mí y estaba hablando con un par de hombres ciegos que estaban sentados con máquinas de escribir debajo de un toldo.

Al verme allí de pie con cara de perdido, Sam me gritó desde lejos:

—Ya no hay más guardias armados para usted, señor Masen. Siéntase como en casa.

Ya había arremetido contra dos cuencos llenos de una comida bastante picante, junto con una pila de pan, cuando oí el siseo de un sistema de altavoces. Una voz femenina anunció la llegada de una aeronave e invitó a un grupo de pasajeros en espera conocidos como el Equipo Evergiades a que se reuniera en el tercer embarcadero.

A su debido tiempo, un gran barco volador plateado entró lenta y suavemente en el río para hacer un aterrizaje perfecto sobre el agua. Eso agitó la sangre de piloto que llevo dentro. Qué no hubiera dado yo por ponerme otra vez detrás de los controles, con un par de motores Rolis Royce zumbando dulcemente y el cielo azul llamándome.

—¿En qué está usted pensando, señor Masen?

Levanté la vista y vi a Sam Dymes llevando una bandeja con un plato de verduras al vapor sobre ella.

—¿Le importa si lo acompaño?

—En absoluto.

—¿Ya se orienta un poco mejor aquí?

Le contesté que sí.

—Bien, bien —me respondió él con ese deje lento y tranquilo tan suyo—. Más tarde le prepararemos una litera. Y parece ser que le vendría bien que alguien le prestara una navaja para afeitarse.

Me pasé los dedos por la mandíbula. Los pelillos se estaban suavizando y convirtiéndose ya en una tupida barba.

—También me vendría bien una muda de ropa, si no es mucha molestia.

—Está hecho, señor Masen. ¿Eso es chile? No me había dado cuenta de que estaba en el menú.

Se dio media vuelta, llamando cortésmente a una mujer ciega que estaba sirviendo la comida detrás de un mostrador.

—A ver, Irene, ¿te queda algo de ese chile explosivo que has hecho?

—El caballero se llevó hasta la última cucharada.

—Bueno, el señor Masen, tiene mucho apetito,.. Pero, claro, lo hemos tenido un buen rato muerto de hambre.

—¿Cuánto tiempo...?

—¿Cuánto tiempo ha estado ausente? Dos días enteros. Aquí tiene, tenga mi pastel; me imagino que es lo menos que puedo hacer por usted.

Mientras comíamos, algo a lo que había estado dándole vueltas inconscientemente durante buena parte de toda una quincena salió por fin a la superficie de mi mente consciente.

—Señor Dymes, cuando yo...

—Sam. Liámeme Sam, por favor.

Sonriendo ampliamente, extendió la mano a lo largo de la mesa.

—Encantado de conocerle... ay, vosotros no os estrecháis las manos, ¿verdad? — De repente me miró arqueando una ceja con mirada traviesa—. Sam.

Me permití una sonrisa que decía algo así como «Vale, tú ganas». Le estreché la mano.

—Olvida lo de señor Masen; mi nombre es David.

—Por supuesto, David. Ahora sí, ¿qué ibas a decirme? Hace un momento te habías puesto bastante serio. —Asentí con la cabeza—. No creo que los algonquinos que vimos esta mañana sean los únicos.

—¿Eso crees?

—Creo que hay más personas inmunes al veneno de los trífidos.

—¿Qué te hace pensar eso, David?

Mientras Sam devoraba con apetito una porción inmensa de pastel de manzana, le conté mi aterrizaje forzoso en la balsa de trífidos, luego mi encuentro con la muchacha salvaje llamada Cristina Schofield. Escuchó sin hacer comentarios, aparentemente más concentrado en el pastel de manzana, mientras le expliqué cómo se había metido, muerta de miedo, en un bosquecillo de trífidos. Cómo los agujones la habían azotado. Cómo yo había estado seguro de que la habían matado. Terminé el relato con su milagroso regreso, completamente ilesa.

—¿Y bien?

Le invité a que me diera su opinión cuando tragaba el último bocado de pastel.

—¿Queda un poco más de ese delicioso pastel, Irene?

Por un momento me pregunté si había escuchado mi historia, pero en seguida se dirigió a mí.

—Cristina Schofield. Sí. —Parecía serio—. Y estás en lo cierto. El veneno de

trífido no le hizo daño.

—Pareces saber bastante de lo que sucede en Nueva York.

—La información interna bien vale una docena de cañoneros, ¿no crees? —me dijo mientras la corpulenta mujer madura ponía frente a él otra porción de pastel.

—Gracias, Irene. Está delicioso.

A pesar de su anterior entusiasmo por el postre, su apetito parecía un poco apagado ahora que se había puesto más serio.

—David, me temo que el futuro de Cristina no es demasiado prometedor.

—¿Por qué?

—La última información que tenemos es que Torrence ha ordenado una inmensa operación, con el nombre clave de Avalancha. —Sam puso el pastel a un lado—. Los seres humanos femeninos nacen con dos ovarios. Cada ovario contiene miles de óvulos. Y, como tú sabes, cada óvulo, si es fecundado, tiene potencial para desarrollarse hasta convertirse en un ser humano.

—Sigue.

—El personal médico de Torrence ha perfeccionado la utilización de drogas de fertilidad para estimular nacimientos múltiples. Una vez más, como tú sabes, su objetivo es crear una explosión de población en su comunidad, de manera que simplemente el peso de la gente haga retroceder a los trífidos, así su comunidad podrá comenzar a recuperar Long Island y Nueva Jersey, etcétera, etcétera. De hecho, sigue enviando equipos de ataque para secuestrar mujeres y niños de otras comunidades. —Bebió unos tragos de su café—. Ahora que tiene a Cristina, que es inmune a los agujeros de los trífidos, puedes imaginarte lo que pasa por su mente, ¿verdad? Con un millón como ella sencillamente podrán volver a ocupar el territorio continental norteamericano y comenzar a construir el imperio de Torrence.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Quieres decir que unos cirujanos van a quitarle los ovarios a Cristina, fecundar sus óvulos, y luego implantarán los embriones en otras mujeres?

—Y será algo a escala colosal. Toda mujer físicamente capacitada para dar a luz se convertirá en anfitriona para uno de los embriones fecundados de Cristina. Y quiero decir *todas y cada una* de las mujeres fértiles, jóvenes y no tanto. Y eso va también para Kerris Baedekker, si nuestras fuentes de información son fiables, y generalmente lo son. En resumen, Cristina Schofield se convertirá en la «madre» de cientos de miles de niños. Naturalmente, Torrence espera que esos nuevos bebés sean quienes formen la columna vertebral de una superraza, que será inmune al veneno de los trífidos. Eso, a su vez, lo convertirá en el hombre más poderoso *de* todo el planeta. —Sam tomó aire—. Además, Cristina será analizada minuciosamente como espécimen vivo en lo que viene a ser la versión de laboratorio de la muerte por mil cortes, para comprender su protección natural. —Hizo un movimiento bastante

brusco con la mano para enfatizar lo que decía—. David, Torrence está obsesionado con todo eso. Tremendamente obsesionado. Sabe cómo obtener lo que desea. De hecho, ha ordenado que todas las mujeres que ya están embarazadas sean... dejadas «limpias», para estar preparadas para recibir los óvulos de Cristina.

—Dios mío... eso es monstruoso. Si... si hubiera tenido una mínima idea de lo que iba a sucederle a Cristina, nunca la habría traído a Nueva York; habría...

Me quedé en silencio durante un rato, rabioso ante la despiadada falta de humanidad de Torrence. Y ahora tenía muy claro por qué el barco que me había rescatado había recibido órdenes de regresar a Nueva York a toda velocidad.

—Santo cielo —murmuré por fin—. Desearía hacer algo bueno por Cristina. Pobre muchacha... se ha criado sola desde que tenía seis años. A pesar de que es inmune al veneno de los trífidos, ya ha pasado por un verdadero infierno. Y ahora lo va a pasar aún peor. —Un sabor asqueroso me inundó la boca—. Si pudiera poner las manos en el cuello de Torrence...

Sam me miraba con sus ojos azules.

—Puede que no consigamos atrapar a Torrence. Pero estamos intentando hacer algo.

—¿Eh?

—Sabemos que han llevado a Cristina al hospital. Aún nos quedan alrededor de cuatro semanas antes de que comience la Operación Avalancha, durante las cuales se preparará a la primera tanda de madres anfitrionas, de modo que eso nos da algo de tiempo antes de que operen a Cristina.

Hizo un gesto con la cabeza señalando a través de la ventana de la cantina el espacio vacío que había dejado uno de los submarinos.

—Hemos enviado una brigada de secuestro para que la traiga aquí. Si todo sale bien, debería estar aquí sana y salva esta misma semana.

—¿Crees que podréis hacerlo?

—Vamos a intentarlo, David. Vamos a intentarlo lo mejor que podamos.

23. FANTASMA

—Un mensaje por radio. Sólo uno. Seguro que podéis permitirme eso, ¿verdad?

Yo estaba apoyado contra un muro de ladrillos.

Sam Dymes meneaba la cabeza, con auténtico pesar.

—Pero —argumenté yo—, necesito enviarle un mensaje a mi gente en la Isla de Wight. ¿Lo puedes entender?

—Por supuesto.

—Entonces déjame advertirles de que Torrence aún está con vida. Y que, además, está planeando invadirlos.

Estábamos de pie en la orilla del río mientras teníamos esta discusión y un sol más morado que rojo se escondía rápidamente detrás del horizonte.

—Las condiciones meteorológicas son perfectas para transmisiones de onda corta —insistí.

—Lo siento. Realmente lo siento mucho, pero no va a poder ser. —Sam me hablaba con su relajado acento sureño a pesar de mi insistencia—. David, Torrence tiene barcos que nos están buscando. Si recibe nuestra emisión y nos localiza, subirá por ese río echando pestes, escupiendo fuego y furia como nada de lo que hayas visto antes.

Me pasé la mano por el pelo. Era frustrante, tremendamente frustrante, y, sin embargo, Sam tenía razón. En el secreto de su localización radicaba la supervivencia de los leñadores. Durante los tres días que llevaba allí, había oído abundantes historias sobre las tropelías y matanzas de Torrence.

Suspiré.

—¿Entiendes mi preocupación? Yo podría estar sentado aquí al sol mientras las fuerzas invasoras de Torrence acaban con mi gente en mi tierra.

—David, escúchame. Eso no va a suceder todavía.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque va a poner a trabajar a toda su mano de obra, todo su personal, en la Operación Avalancha. Va a necesitar a todos los médicos que tiene para que trabajen en los hospitales en el programa de fecundación masiva. También querrá a la tripulación de los barcos. Después de todo, los óvulos no van a fecundarse solos, ¿no es cierto? Suspiré otra vez. —Tienes razón.

—En todo caso, por lo que dices, la Isla de Wight tiene una imponente fuerza aérea. Torrence no puede arriesgarse a perder sus barcos con la remota probabilidad de que tu gente no se defienda. No, ha planeado utilizarte a ti como caballo de Troya para desembarcar en tu tierra con un equipo de saboteadores y comandos vestidos de civiles. No se necesita pensar demasiado para ver que tomarían el control de los campos de aviación y luego los ocuparían hasta que los buques de guerra de Torrence

llegaran con refuerzos. ¿Me entiendes? —Te entiendo.

—¿Tomamos esa cerveza fría? Y, como dicen, eso fue todo.

No obstante, el tiempo que pasé en la base no fue nada desagradable. El amable y desgarrado Sam Dymes era una buena compañía con su modo tan idiosincrásico de hablar, salpicado generosamente de *hums*, *ehs* y largos y pensativos *hummmms*. De repente me sorprendí creyendo que él no podía ser responsable del asesinato de Gabriel Deeds en Nueva York. Es más, le creí cuando me explicó que la próspera comunidad de Torrence se había levantado sobre las sudorosas espaldas de esclavos que trabajaban duramente. Había esclavos que talaban los árboles que proporcionaban el alcohol metílico que se utilizaba como combustible para motores. Había esclavos que trabajaban en las minas de carbón hasta que morían con los pulmones enfermos o directamente de agotamiento, y que no veían la luz del día en más de un mes. Las esclavas mujeres eran encerradas en fábricas de bebés donde se las obligaba a quedarse embarazadas año tras año. Además parecía ser que los esclavos eran seleccionados por el color y por la incapacidad de ver, o si habían expresado alguna crítica sobre el régimen de Torrence. La mayoría de los esclavos eran llevados al norte de la isla de Manhattan, a los distritos antiguamente conocidos como Harlem y Washington Heights, área conocida ahora por el insulso nombre de Zona Industrial I. Ese gueto estaba detrás del alto muro que yo había visto con Kerris y al que ella se había referido como la paralela 102. Sí, algunos hombres y mujeres de color trabajaban en otras partes de Manhattan, pero entendían que se les había otorgado un privilegio especial y todo eso, pero *todos* sabían que la menor infracción significaría un castigo feroz e inmediato.

Torrence y sus amigotes no eran tan tontos para no comprender que entre la gente con diferente color de piel y los ciegos había muchos hombres y mujeres excepcionalmente talentosos. Los que conformaban un elemento verdaderamente importante para la comunidad serían por lo tanto explotados en consecuencia. Sin embargo, había que pagar un precio. En compensación por la ascensión tanto de carrera como de posición social, esos individuos tenían que perder el sexo. Nadie estaba muy seguro de si eso constituía una entrega de poder hacia Torrence o si contribuía a la creación de una clase de sirvientes. No obstante, Torrence pensaba que una mano de obra eunuca era algo sumamente provechoso.

Durante mis días en la base eché una mano en las faenas generales, como patrullar las vallas antitrífidos, cortar leña o pelar montañas de patatas. Y durante las cálidas y apacibles noches hablaba y bromeaba con la gente mientras bebíamos una o dos cervezas. Pero también pensaba muchísimo en Kerris Baedekker. Me preguntaba mil veces al día qué estaría haciendo en ese preciso momento. ¿Se preguntaría ella qué había sido de mí? ¿Era ahora amiga o enemiga? Si de algún modo pudiera sacarla a escondidas de la isla de Manhattan, ¿se iría sin reparos? ¿Aceptaría que su padre no

era más que un magnate ladrón, un tirano brutal a quien debería quitársele todo poder?

Yo no lo sabía. Sencillamente no lo sabía.

Luego, al acostarme y cerrar los ojos, la veía en mi mente, y a veces venía a mí en sueños.

El día siguiente, el séptimo después de mi llegada, fue un día fatídico.

El amanecer avanzaba lentamente desde el acantilado rocoso al otro lado del río. Los pájaros piaban en los árboles. Un gallo cantó en el corral.

Los trífidos recibieron la luz del día con un golpeteo de ramitas contra los tallos. *Ahí sale el sol*, me imaginé que decían. *Ahí viene el sol...* Tal vez seguían alterados después de ese período de oscuridad casi sobrenatural en el que, quizá, habían previsto su propia extinción. Ahora aplaudían al sol naciente con un golpeteo *in crescendo* que en seguida aumentó hasta convertirse en un fragor sin compasión.

Oí la ovación botánica mientras me afeitaba. Junto al lavabo, humeaba una taza de café. El baño era un lugar simple y agradable que consistía en una hilera de lavabos debajo de un techo de chapa ondulada. Como no había paredes, podía ver a los trífidos sacudiendo las hojas verdes para comenzar un nuevo día, que para miles de ellos consistiría en empujar y apretarse todos contra la valla. Para ellos eso debía de ser un acto de fe ciega. Ese día, como los muros de Jericó, las barreras iban a caer desplomadas. Un poco más alejado estaba el bloque de las duchas, que por decencia presumía de paredes que se encontraban con el techo y desde donde pude oír el chapoteo del agua, acompañado por una profunda voz masculina sorprendentemente melodiosa.

Me había rasurado ya más o menos la mitad de la barba incipiente que llevaría (con una afortunada falta de pequeños cortes en la barbilla) cuando me di cuenta de que la gente pasaba corriendo junto al cuarto de baño al aire libre, en la misma dirección. El volumen de sus voces se elevó hasta el grito, no sabía si era por susto o por excitación.

Cogí una toalla y me quité el jabón que me quedaba en la cara. Luego, con la curiosidad estirando como un perro ansioso de la correa, me uní al torrente de gente que corría hacia el río. Miré a mí alrededor, en busca del foco de excitación. Y entonces lo vi. Deslizándose alrededor de la curva del río, entraba el submarino de líneas depuradas, que, tal como había advertido antes, había soltado amarras.

A juzgar por los chillidos me di cuenta de que no todo andaba bien. Ahora podía distinguir que el submarino estaba escorado hacia un lado y la torre con forma de cono tenía muy mal aspecto. Los gritos comenzaron a pedir médicos.

Arrastrándose como un leviatán herido, el submarino se balanceaba formando un arco que atravesaba el río. Luego, una vez alineado con el embarcadero de madera, avanzó lentamente.

Ahora, bajo esa rojiza luz de! amanecer, el daño era visible. Unos agujeros hechos por misiles taladraban la torre con forma de cono: la parte más alta había quedado reducida a jirones de metal. La cubierta protectora del periscopio y del radar había sido totalmente destrozada. Pero el casco del submarino parecía haber escapado a lo peor. La gente avanzaba en masa mientras una fatigada tripulación salía por las escotillas, bajaba a la cubierta y luego al embarcadero para ser recibida con abrazos.

Por cómo iban de cabizbajos los miembros de la tripulación, estaba claro que no se trataba simplemente de cansancio.

Pronto llegó la confirmación.

—Habían sacado a Cristina del hospital —me dijo Sam más tarde—. Lo siento, David. Debes de estar tremendamente decepcionado. —Se dio la vuelta para observar al herido que sacaban en camilla del submarino—. También hemos perdido a gente muy buena. Solamente la mitad del comando consiguió regresar. Luego el submarino recibió una tunda de disparos desde la costa antes de sumergirse. Si no hubiera podido esconderse en un banco de niebla cerca de la costa, no estaría aquí ahora.

—¿Y ahora qué?

—¿Ahora? —Sam Dymes parecía preocupado—. Plan B.

—¿Cuál es el Plan B?

—¿Sabes, David? No tengo la menor idea.

Después de eso se alejó para ofrecerles algunas palabras de consuelo a los hombres y mujeres heridos mientras los metían en las ambulancias.

Un par de horas después de la llegada del submarino, la calma había regresado al campamento. El capitán del submarino y Sam Dymes comenzaron a evaluar los daños de la nave. Mientras tanto, los que estaban más gravemente heridos de la tripulación y los comandos fueron transportados por barcos voladores hasta los grandes poblados que había en el sur, donde las instalaciones médicas eran mejores.

Regresé a cortar más leña. Allí no estaba lejos de la valla de trífidos. Las plantas que había más allá estaban en silencio, inmóviles. Tuve la sensación de que estaban observando los acontecimientos que se sucedían en el campamento con un aire de frío distanciamiento. El humor pesimista de la base me afectó y descubrí que mis pensamientos sobre esas malditas plantas eran morbosos.

Los trífidos estaban evolucionando. Se movían. Escuchaban. Mataban. Eran carnívoros. Estaban comenzando a desarrollar alguna clase de visión. Muchos científicos también les atribuían inteligencia. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que comenzaran a saltar sobre la humilde humanidad para agregar aún más capacidades a su repertorio? ¿El poder de leer nuestras mentes? ¿La capacidad de simplemente *desear* que los objetos se muevan? Tenía la sensación de que sólo teníamos que esperar lo suficiente. Luego experimentaríamos directamente los nuevos y diabólicos trucos que podrían hacer esas cosas.

Y así formé mi montaña de troncos, cortándolos hasta convertirlos en piezas manejables para que pudieran ser utilizadas en las cocinas y en las estufas. Mientras tanto, el sol subía cada vez más. Sin embargo, había perdido un poco de su recientemente recuperado lustre. Ese día se negó a ponerse más brillante que una naranja sangrienta colgada en el cielo, mientras que alrededor del horizonte se instalaba una neblina de tono sanguinolento.

A primera hora de la tarde, y después de cortar leña suficiente, me lavé la parte superior del cuerpo con el agua de un cubo, luego me acerqué a la cantina para almorzar. Ahora los obreros se abarrotaban sobre la superestructura machacada del submarino. Podía ver el destello azul y blanco de una soldadora de acetileno mientras se llevaban a cabo las arduas tareas de reparación.

En la entrada de la cantina pasé junto a una figura, una figura tan familiar que no me resultó fuera de lugar.

—Oye, amigo, ¿sabes algún sitio donde pueda conseguir un juego de pimpón por aquí?

Me quede mirándolo fijamente.

—¿Gabriel?

—Estaba empezando a pensar que ya no me reconocías, David.

—Sí. Por supuesto... pero ¡madre mía! Pensaba que estabas muerto.

—Una actuación digna de un Oscar, ¿no es cierto?

Gabriel Deeds sonreía resplandecientemente mientras me ofrecía una de sus inmensas y musculosas manos. La estreché, haciendo una mueca de dolor al recibir el formidable apretón.

—Bueno. Parece ser que vosotros dos ya os conocéis. —Sam estaba sentado a una mesa; frente a él, una importante porción de pastel de manzana. Su sonrisa, cansada pero afectuosa, era elocuente.

Flexioné los dedos entumecidos.

—Bueno, Gabi. Supongo que no estás aquí por casualidad.

Sam Dymes se detuvo en mitad de un bocado.

—No te equivocas. —Señaló con la cuchara—. David. Te presento a nuestro hombre en Nueva York. Ahora voy a terminarme este pastel increíblemente delicioso mientras Gabriel te cuenta algunas noticias que seguramente estarás deseoso de oír... Eh, Irene... ¿Irene? Ya no te queda nada de ese magnífico pastel de manzana, ¿verdad?

24. CAMBIO TOTAL

Durante el almuerzo, Gabriel me contó lo que había sucedido, comenzando por mi rapto en Nueva York hacía más de una semana.

—Fui yo quien lo organizó todo —me confesó—. Sabía que el general Fielding, quien ahora ya sabes que es Torrence, planeaba devolverte a la Isla de Wight con un enviado diplomático. O lo que a ti te dirían que era un enviado diplomático.

—Pero en realidad estaría dando paso a una fuerza de invasión. Sí, Sam ya me ha puesto al corriente de esa estrategia.

Gabriel continuó.

—De modo que para mí estaba bastante claro que o bien tenía que sacarte de Nueva York, o matarte con mis propias manos.

Les lancé una mirada a esas enormes manos y luego a esos ojos marrones llenos de sentimiento que ahora estaban tremendamente serios. Me di cuenta de que no estaba bromeando sobre la última opción.

—Créeme, David. Me puse de rodillas para rogarles que te sacaran de Nueva York. —Le dio un sorbo al café—. Sin embargo, ¿tú eres consciente de que nuestros motivos para traerte hasta aquí y así evitarle a tu isla una invasión no fueron completamente nobles o desinteresados?

Asentí con la cabeza.

—Si Torrence toma el control de la Isla de Wight, también obtendrá el Procesador Masen-Coker.

—Lo cual le dará combustible de buena calidad para sus aeronaves y así podrá bombardearnos hasta hacer añicos a los leñadores. Junto con cualquier otro poblado reacio a aceptar su... *protección*, por no decir otra cosa.

—¿Y Kerris?

—Está a salvo —contestó Gabriel—. Me aseguré de que estuviera en la parte trasera del taxi antes de que se acercara la brigada de secuestro.

—¿Cómo está?

—Muy turbada porque tú no estás allí. Pero lo está llevando bien, después de todo.

—Ella no sabe que tú eres un...

—¿Un espía? No, no sabe nada sobre la función que desempeño. Por desgracia, no sabe si estás vivo o muerto. Naturalmente, he tenido que comportarme con una discreción extrema.

—¿No confías en ella?

Gabriel pareció sentirse dolido por mi pregunta.

—Lo siento, David. Después de todo, es la hija de Torrence. No puedo correr ese riesgo. Tenemos más operarios trabajando en Nueva York. Si nuestra tapadera

quedara en peligro, entonces...

—Sí, sí, lo entiendo —le dije—. Pero dime algo, Gabriel. ¿Kerris conocía las intenciones de Torrence de invadir la Isla de Wight?

Me miró seriamente.

—Estoy convencido de que no lo sabía. Como tú, iba a ser un peón en el plan de Torrence.

Suspiré aliviado. Esta separación, a pesar de lo desagradable que era, se habría convertido en algo completamente amargo si hubiera pensado que ella me había engañado.

Mientras comíamos, Gabriel nos habló de la reciente misión para rescatar a Cristina. Aunque había poco que decir además de lo que ya sabíamos. Principalmente, sabíamos que apenas momentos antes de que la brigada de secuestro entrara a toda pastilla en el hospital, blandiendo ametralladoras, Cristina había sido llevada rápidamente a un lugar secreto.

—Mala suerte —dijo Sam realmente con pesar—. Maldita mala suerte.

—Como dice una vieja canción de blues —comentó Gabriel—, si no hubiera sido por la mala suerte, verdadera mala suerte, después de todo no habríamos tenido nada de suerte. Después de llevar a la brigada de secuestro de regreso al río Hudson, podía ver que Rory Masterfield tenía los ojos clavados en mí. Sabía que me reconocería, que mi tapadera había quedado destrozada. No me quedaba más remedio que iargarme de allí. De modo que salté al submarino con nuestros muchachos. Y allí tendría que haber terminado la cosa. Sumergirnos, luego deslizamos por el Hudson y alejarnos de allí, Pero una batería enemiga nos divisó desde la costa con un reflector. Éramos como patos flotando en el agua. Sin embargo, el primer atisbo de buena suerte que tuvimos esa noche fue que las enormes armas de la isla no podían alcanzarnos. Los proyectiles caían a casi un kilómetro de distancia. No tuvimos tanta suerte con un par de obuses de la batería TriBeCa. Eran buenos, hay que reconocerlo. Perforaron tantos agujeros en la torre del submarino que ahora hay más aire que metal. Luego terminaron destruyendo la cubierta protectora del periscopio y del radar. Eso y unos cuantos pinchazos en el casco no nos permitieron sumergirnos. Lo único que pudimos hacer fue dirigirnos a toda prisa hacia el mar abierto. De pura casualidad entramos directamente en ese banco de niebla donde logramos eludir a los cañoneros. —Sacudí la cabeza—. Creedme, no desearía repetir ese viaje, muchas gracias.

La última palabra que pronunció Gabriel aún seguía flotando en el aire húmedo cuando *eso* llegó. Un sonido que no era un sonido. Era más una ola invisible dura como el hormigón que chocó contra la cantina, arrasando los platos que había en las mesas y luego a los comensales en sus sillas. Las ventanas se hicieron añicos una tras otra. Un estruendo resonó como un trueno desde el acantilado al otro lado del río. Inmediatamente oí gritos. Una sirena hizo sonar su creciente gemido.

Me incorporé en medio de un mar de sillas, platos y comida derramada. Sam y Gabriel ya estaban alejándose de la cantina a toda prisa. Gabriel se detuvo en el camino, pero Sam siguió hasta llegar a su oficina, sus largas piernas avanzando como las de un atleta.

—Malditos sean —dijo Gabriel por lo bajo, lleno de furia—. *Malditos sean*.

Miré hacia el río. Sobre sus aguas se extendían unas encrespadas olas de espuma en forma de V.

—Torpederos. —Gabriel también las había visto—. ¿Cómo demonios nos han seguido hasta aquí?

Observé a los torpederos avanzar hacia la orilla del río. Eran naves pequeñas y de líneas depuradas, apenas más largas que los tubos lanzadores que llevaban a cada lado de la cabina central. Avanzaban a toda pastilla como lanchas motoras hacia el campamento antes de escupir su cargamento mortal.

Cuando vi que los torpedos se acercaban a la orilla a toda velocidad, tiré del brazo de Gabriel.

—Apártate. Estamos demasiado cerca.

Esos torpedos eran realmente rápidos. Demasiado rápidos para permitirnos alejarnos más de algunos pasos, aunque la rabia de Gabriel era tal que casi pensé que iba a salir corriendo *hacia* ellos a intentar desviarlos con sus propias manos.

Sin embargo, lo único que pudimos hacer fue alejarnos algunos metros antes de volvernos para presenciar lo inevitable. Dos torpedos chocaron contra el único submarino en condiciones que quedaba. Estalló en un geiser de espuma blanca. Con la parte trasera destrozada, sus dos mitades flotaron alejándose una de la otra hasta hundirse en el fondo del río.

El tercer torpedo se detuvo de golpe en la orilla cenagosa, haciendo un socavón de seis metros de ancho. En el acto, las aguas marrones del río se arremolinaron en él, burbujeando y echando vapor como una pócima de bruja. Después de haber disparado sus torpedos, los barcos nos rociaron con las cargas de sus ametralladoras.

Allí de pie como una feroz y oscura estatua, Gabriel Deeds escupió su furia.

—¿Cómo nos han encontrado? En el viaje de regreso lo hicimos todo perfectamente. Mantuvimos una guardia de veinticuatro horas. Nos aseguramos de que no nos siguieran. De modo que ¿cómo puede ser que ahora estén aquí? —Parecía no ser consciente de las balas que pasaban junto a él.

—¡Gabriel! —le grité—. Baja la cabeza.

Corrió hasta un Jumbo que había cerca y se subió rápidamente al techo.

—¡Mira! —Señaló algo—. ¡Así lo consiguieron los muy bastardos!

Me uní a él, aunque no me gustaba nada nuestra posición tan expuesta. Las balas nos pasaban tremendamente cerca.

No obstante, miré hacia donde él señalaba. Río abajo, alejada de la batalla, puesto

que su tarea ya había terminado, una curiosa nave descansaba tranquilamente sobre el agua. Pintado con un moteado de intensos colores azul marino y verde, algo que se parecía a un pez plano miraba furtivamente por encima de la línea de flotación. Un par de cabinas de cristal sobresalían como dos ojos brillantes. Era obvio que la pequeña nave, casi al nivel de la superficie del océano, había seguido al submarino hasta su base, luego había mandado un mensaje por radio indicando su localización a la fuerza de ataque.

—¡Maldita sea! —escupió Gabriel explosivamente—. Tendríamos que habernos dado cuenta de lo que estaban haciendo. Por eso las armas más grandes tenían tan mala puntería cuando estábamos saliendo del río Hudson. Simplemente querían herirnos, no hundirnos. Entonces podrían seguirnos hasta aquí y... —Su voz se apagó hasta convertirse en un batiburrillo de incoherentes maldiciones.

A pesar de que el agua era poco profunda para permitir que se acercaran buques de guerra con sus grandes calados, el río quedó cubierto rápidamente por toda una flota de barcos pequeños. Con cañones en cubierta, ametralladoras, morteros y múltiples lanzacohetes, avanzaban en masa acercándose cada vez más: una manada de hienas rodeando a su presa.

Sin embargo, nosotros también teníamos los dientes bastante afilados. Desde varios puntos, nuestras piezas de artillería costera y comenzaron a ladrar, disparando proyectiles que azotaban el río como rayos. Algunos de ellos daban en el blanco. Tres lanzamientos enemigos estallaron en bolas de fuego, haciendo que algunos de nuestros hombres se lanzaran en llamas a las aguas del río.

Gabriel saltaba sobre el techo de metal del jumbo, gritando con entusiasmo. Sin embargo, un oportuno cartucho de ametralladora, rebotando en el lado blindado del asesino de trífidos, nos recordó que nuestra posición era un poco expuesta. Bajamos rápidamente al suelo y observamos la batalla desde detrás del vehículo.

No iba nada bien. A pesar de nuestro enérgico contraataque desde fosos, puestos de artillería y atalayas, más de una docena de lanchas habían logrado llegar a la costa. Entonces, protegidas por un ataque feroz de ametralladoras, las tropas de Torrence asaltaron la colina. Avanzaban disparando, algunas lanzando granadas a los fosos. Se me cayó el alma a los pies. Torrence había lanzado un ataque increíble, utilizando una infantería de primera. Los leñadores estaban muriendo uno detrás de otro.

Por alguna razón, en momentos como ése, lo incongruente entra en juego.

Desde los altavoces montados sobre postes alrededor del campamento, comenzó a sonar música. Una melodiosa voz femenina cantaba una lenta balada que resonaba en la ladera de la colina. Ni siquiera los disparos que se entremezclaban con los gritos agonizantes de los moribundos consiguieron ahogar la hermosa melodía. Una mano me sacudió el hombro.

—¡Es nuestra señal para salir de aquí! —Gabriel abrió de golpe la ventanilla del

Jumbo—. ¡Rápido!

Sin perder ni un segundo, trepé, entré en la nave y me senté en uno de los asientos delanteros. Vi cómo un joven hispano entraba por la portezuela y se metía en la cabina del piloto debajo de mis pies. Un segundo después, el motor cobró vida.

El vehículo ya había comenzado a avanzar sobre sus ruedas tipo oruga cuando Gabriel entró atropelladamente y se sentó en el asiento que había a mi lado.

—¿Has visto a Sam? —me preguntó.

—La última vez que lo vi iba corriendo hacia su oficina.

Gabriel se contorsionó en su asiento para ver mejor el compartimento donde los leñadores guardaban los documentos más delicados en los Jumbos.

De repente, el sonido metálico de balas chocando contra el costado de nuestro vehículo desvió mi atención nuevamente hacia el río. Habían aparecido más lanchas, repletas de hombres con uniformes verdes. Algunas intentaban encallar donde las riberas eran demasiado empinadas, dejando allí a los invasores para desembarcar. Pero el ángulo de la orilla de lodo los obligaba a volver a meterse en el agua, donde se ahogaban bajo el peso del equipo que cargaban.

No obstante, muchos de los invasores estaban logrando llegar a tierra firme, aunque no todos conseguían llegar hasta el campamento. Desde las torres de observación, nuestras ametralladoras rastrillaban la tierra a balazos, eliminando a más de un soldado a medio camino. Y todo el tiempo la cacofonía de disparos, explosiones de proyectiles y los agudos chirridos de los cohetes. El humo invadía el campamento con toda la densidad de una niebla de otoño.

Le grité a Gabriel:

—¿Qué hacemos con Sam?

—Conseguirá que alguien lo lleve en un Jumbo... Nosotros nos vamos de aquí.

—¿Adonde?

Giró bruscamente la cabeza señalando la valla de trífidos más cercana.

—Hacia allí. Donde los hombres de Torrence no nos seguirán.

Para entonces, nuestro vehículo ya formaba parte de la hilera de Jumbos que atravesaba el campo tronando. Uno fue alcanzado por las balas y perdió el techo, quedando sobre el lomo de metal continuó mordiendo la hierba a pesar de todo. En algunos vehículos sobresalieron bocas de ametralladoras para presionar a nuestros atacantes, que escupieron chorros letales de balas mezcladas con cartuchos enteros, acabando así con un gran número de invasores.

En ese momento, yo abrigaba la clara esperanza de que la marcha de la batalla cambiara para ponerse a nuestro favor. Pero un estrépito de balas contra el lado blindado de nuestro jumbo me indicó lo contrario. Más hombres de Torrence habían conseguido pasar al otro lado de la valla de trífidos y estaban rodeando a los leñadores, dejándolos atrapados. Ahora nuestra única esperanza era la retirada.

Lo que en un principio pareció una huida caótica pronto se convirtió en una retirada bien organizada. Nuestra hilera de vehículos se rompió. Cada uno se dirigió hacia la sección de la valla que tenía designada. Uno tras otro la atravesaron, rompiendo el alambre, derribando los postes y haciéndolos añicos.

Gabriel me lanzó una adusta sonrisa.

—Ahora es cuando les dejamos el trabajo de defensa a los muchachotes verdes. —Señaló con la cabeza a los expectantes trífidos—. Diría que los hombres de Torrence no tienen estómago para enfrentarse a todos ellos.

Como si ésa hubiera sido la señal de ataque, los trífidos atravesaron los agujeros de la valla, buscando ansiosamente a sus presas dentro del campamento.

—Es la música —dije gritando sobre el fragor del motor—. Se dirigen allí de donde proviene la música.

Gabriel asintió con la cabeza. Su rostro revelaba una torva satisfacción.

—Por eso pusimos una canción en lugar de música instrumental. A esas cosas les encanta el sonido de la voz humana.

Cuando nos íbamos acercando a la parte de la valla por la que teníamos que escapar, miré hacia atrás. Los hombres de Torrence tenían ya tres cuartos del campamento bajo su control. Un corro de figuras con uniforme estaba rodeando el bloque de los comandos. Los últimos Jumbos se alejaban con sus preciosos cargamentos de leñadores. Sin embargo, uno de los vehículos seguía allí. Era un mastodonte de la misma clase. Dos torrecillas idénticas con ametralladoras sembraban muerte y destrucción. Los hombres de Torrence arremetían contra él, pero eran rechazados una y otra vez.

En ese momento vi a Sam Dymes salir corriendo de su oficina. Llevaba una cartera rebotante de documentos, demasiado delicados para ser dejados en manos del invasor. Junto a él, disparando una pistola ametralladora, corría Jazmay.

Vamos, vamos... Deseé con todas mis fuerzas que se subieran de inmediato al monstruoso vehículo y que se alejaran por la ladera hasta quedar a salvo. Incluso mientras alentaba silenciosamente a la pareja para que corriera más de prisa, veía cómo los invasores colocaban un largo tubo negro a unos treinta pasos del vehículo. En un momento todo había terminado. Con un estallido de humo, un misil fue lanzado desde el tubo y atravesó directamente el flanco de metal del Jumbo, estallando dentro de su valeroso corazón.

La explosión destrozó completamente las dos torrecillas. Los restos en llamas caían en picado sobre la hierba.

Me quedé mirando fijamente y con incredulidad. La explosión había dejado a Sam y a Jazmay tirados en el suelo. En un segundo se pusieron de pie y salieron corriendo a toda velocidad hacia la cantina para refugiarse en ella, aunque la protección que encontrarían allí sería bastante efímera.

Me volví y cogí a Gabriel por el brazo.

—¡ Tenemos que regresar!

—No podemos. Ya casi estamos a salvo.

—Sam y Jazmay están allí. Están atrapados.

Sus ojos oscuros estudiaron rápidamente la situación y pulsó el botón de habla con el dedo pulgar.

—Conductor. Haga un giro de ciento ochenta grados... Prepárese para buscar pasajeros. —Me miró—. Vale, David. Creo que es el momento de rezar una pequeña plegaria. Estamos a punto de meternos en la boca del lobo.

25. RETIRADA

El Jumbo se dirigía hacia la cantina, bajando a toda velocidad por la ladera de la colina, ahora más de prisa, mucho más de prisa. Jazmay estaba disparando desde una ventana con la ametralladora. Detrás de una puerta, Sam apuntaba con un revólver.

La situación no tenía buena pinta. Había tal vez treinta invasores rodeando el edificio, salpimentando las paredes con los disparos de sus carabinas.

—Debemos movernos con rapidez —gritó Gabriel—. Cuando nos detengamos junto al edificio, abre la ventanilla y mete dentro a esos dos lo más rápido que puedas. ¿Entendido?

Asentí con la cabeza, con las manos firmes en la barandilla que tenía delante de mí.

Parecíamos demasiado vulnerables, sentados en lo alto de aquellas cabinas al frente del jumbo. Aparentemente lo único que nos rodeaba era cristal. A pesar de que sabía que era un vidrio endurecido, no deseaba que una bala lo pusiera a prueba.

Nuestro jumbo llegó abajo, el morro descendió suficiente para excavar casi un metro de alquitranado del camino, y luego nos dirigimos directamente a nuestro objetivo.

El resultado podía ser tanto el éxito como el fracaso. Sólo hacía falta que un soldado enemigo arrojara una granada a través de la puerta de entrada de la cantina. Mientras tanto, el número de atacantes crecía frente a nosotros. Nuestro conductor bajó la velocidad.

A Gabriel eso no le gustó nada. Pateó el suelo de la cabina para enfatizar la orden.

—¡Maldita sea! ¡Conduce bien! —gritó por el intercomunicador—. Si no se mueven, ¡pásales por encima!

Se movieron.

Saltaban hacia los lados a medida que el Jumbo se acercaba hacia ellos, con el motor rugiendo y las ruedas de oruga diseminando lodo por todas partes.

—¡Prepara la ventanilla! —me gritó Gabriel antes de volver a ordenarle al conductor que se acercara más a la cantina.

Observé cómo la multitud enemiga se abría en dos como el mar Rojo ante Moisés. Parecía haber una cantidad imposible de invasores apiñados en esa zona con sus sobrios uniformes verdes.

Eché un vistazo rápido a mi alrededor. El campamento había quedado en manos enemigas. Ahora ya no cabía ninguna duda. Sin embargo su dominio podía resultar efímero. Ya podía ver a los trífidos moviéndose con ese andar tan espasmódico que hacía que el tallo y el cono superior fustigaran violentamente hacia atrás y hacia adelante. Atravesaban tambaleándose las vallas destrozadas, derechitos hacia los muertos de ambos bandos. Esa noche habría alimento en abundancia para las plantas.

—¡Maldita sea! —exclamó Gabriel.

Al mirar hacia delante a través del cristal, vi un corrillo de hombres frente a nosotros. Esta vez no estaban escapando de nuestra máquina. Dos de ellos apuntaban un largo tubo negro directamente hacia nosotros.

Los ojos de Gabriel se encendieron. —¡Bazuca! Prepárate para salir disparado. En momentos como éstos es asombroso cómo simplemente el instinto de supervivencia puede hacer que uno se mueva a la velocidad de la luz. Sin pensar, cogí la palanca de mando que estaba frente a mí y mi dedo apretó el botón rojo.

Una llama gigante estalló desde el cañón que había en el frente de nuestro vehículo. Era una masa incandescente, que escupía y rugía, del color del fuego del mismísimo infierno.

Antes de que los soldados enemigos pudieran disparar la bazuca quedaron bañados en llamas.

Solté el gatillo. El torrente de fuego se detuvo. En ese mismo momento cerré los ojos, no deseaba ver las consecuencias de mi acción.

Y tampoco tenía que hacerlo. Segundos más tarde, nuestro vehículo pasaba sobre lo que quedaba de los soldados. —David. Abre la puerta. El vehículo se había detenido junto a la cantina, a menos de dos metros de la puerta. Sam Dymes, con la bolsa llena de documentos, salió corriendo por la puerta, ahora hecha añicos por las balas. Se detuvo frente a la ventanilla del vehículo, llamando con un gesto a Jazmay, que había salido con agilidad por una ventana.

Ella también había llegado a la ventanilla. Clavó su oscura e intensa mirada en mis ojos. En ese mismo momento una bala del enemigo dio en ella. Se desplomó en el suelo. Sus hermosos cabellos se empaparon de carmesí, sus ojos fijos y ciegos, y la luz de la vida pasando por ellos por última vez.

Sam la miraba con una especie de indignación apenada. Cogió la ametralladora que había quedado en el suelo y en ese momento parecía que iba a salir corriendo detrás del asesino de Jazmay, presa de una furia vengativa. Le grité.

—Sam. Es demasiado tarde. ¡Entra!

La indecisión se apoderó de su cuerpo desgarrado. El deseo de venganza lo estaba quemando por dentro. Luego le lanzó una mirada a la figura inerte de Jazmay, sacudió la cabeza con pesar y subió a bordo.

—Vamos arranca. ¡Arranca!

Ya con la ventanilla cerrada, Sam subió rápidamente a la cabina detrás de mí. La expresión de su rostro era como una herida abierta. El dolor, la furia y la indignación inflamaban esos ojos azules normalmente apacibles, convirtiendo su mirada en algo que me helaba la sangre.

—Gracias —dijo con una voz sorprendentemente suave. Luego se quedó con la mirada fija atravesando la ventana, encerrado en algún lugar distante con sus propios

pensamientos.

Esta vez no sentí remordimientos cuando el Jumbo subió pesadamente la colina. Cuando cualquier invasor se cruzaba en nuestro camino, lo enviaba al infierno con el lanzallamas.

Cuando el Jumbo por fin se abrió paso a través de la valla, un camino en llamas se extendía a nuestras espaldas hasta el lugar donde Jazmay había caído. Unas cosas movedizas y en llamas ensuciaban nuestras huellas. Pero esta vez mantuve los ojos bien abiertos.

El anochecer encontró a los Jumbos supervivientes aparcados en círculo, morro contra cola. Estábamos a unos dieciocho kilómetros del campamento del ejército, en una llanura que se extendía hasta donde llegaba la vista. Las plantas avanzaban tambaleándose en dirección al lejano campamento.

Resultaba obvio que los trífidos estaban haciendo correr la voz.

Venid a la fiesta.

Uno tras otro iban decididos hacia el norte.

Un recuento de los que estábamos allí nos demostró que poco más de cien leñadores habían logrado escapar de la batalla. Indudablemente melancólicos a causa de nuestra derrota, construimos una fogata dentro de la zona libre de trífidos creada por el círculo protector de Jumbos. Las raciones de comida seca y las botellas de agua fueron los componentes de una cena bastante triste. Luego, con los guardias armados con poderosas linternas eléctricas y carabinas, intentamos dormir el mayor tiempo posible, teniendo en cuenta las circunstancias.

Yo me recosté sobre la hierba, mirando las estrellas. Orion, mi constelación favorita cuando era niño, parecía estos días un poco apagada. Su figura, que en otro tiempo era centelleante, ya no brillaba. Fuera lo que fuese que estaba allí arriba creando una barrera brumosa entre la Tierra y el cosmos seguía bajando y subiendo en la gran marea de los mares del espacio. A veces atenuaba la luz del sol convirtiéndolo en un disco rojo sangre. Otras veces perdía densidad, permitiendo que el sol llegara a la Tierra casi con normalidad. Ahora ponía un lúgubre velo delante de las estrellas, permitiendo así que sólo las más brillantes relucieran tenuemente con el mismo encanto que tienen unos dientes en un cráneo muerto.

Me quedé allí recostado durante un largo rato, con la mirada fija en un cielo nocturno tristemente apagado, antes de quedarme dormido. Mis sueños estuvieron poblados de hombres en llamas, gritos, rostros llenos de terror. La imagen de Jazmay cayendo al suelo se repetía una y otra vez en mi mente. En lugar de sangre, salían frondas de trífidos por la herida de su cabeza y se iban convirtiendo en interminables tallitos verdes que se entrelazaban como la hiedra sobre los muros, consumiendo países enteros hasta envolver todo el planeta...

Me desperté de repente. Había una figura sentada a mi lado en la penumbra. El

cigarro que tenía entre los dedos iba perdiendo humo. Estaba tan preocupado que se había olvidado de ir quitándole la ceniza y ésta se iba cayendo sobre sus nudillos. Sam tenía aspecto de estar aplastado por los problemas del mundo.

A pesar de que no se movió pareció haber notado que yo ya no estaba dormido.

—Ha sido algo muy malo, David —me dijo, apenas en un susurro—. Algo muy malo.

Me incorporé moviendo las extremidades, que se me habían entumecido de dormir sobre el suelo.

—Ayer me dijo que iba a tener un hijo... —Hablabla de un modo confuso e incoherente—. Estaba preparada para volar mañana hasta casa para estar con su esposo con permiso de maternidad. Jazmay era una buena chica... Bueno, ya no era una chica... era una mujer. La conocía desde que su familia llegó de Irlanda en un barco de vela que parecía aguantarse con cuerda y papel de envolver. La vida es algo muy extraño, ¿no crees?... A veces sencillamente se abalanza y te muerde. Un rato antes estaba hablando, toda contenta y excitada, sobre ser madre. Un par de horas más tarde estaba tirada en el suelo, muerta... te hace pensar muchas cosas, ¿no es cierto? El destino...

El tono de su voz cambió de repente. Aunque seguía hablando con ese suave acento sureño sonaba enfadado con él mismo.

—¿Cómo pude ser tan estúpido, David? ¿Cómo pudieron tomarnos por sorpresa de ese modo?

—Esos torpederos eran rápidos. Nos rodearon antes de que nos diéramos cuenta siquiera de que estaban allí.

—Pero teníamos puestos de vigilancia río abajo. Lo único que se me ocurre es que asaltaron las torres antes de que tuvieran tiempo de hacer sonar la alarma.

—Supongo que habrá sido así.

Le dio vueltas a eso en su cabeza durante un buen rato. Podía imaginarme sus ojos azules como dos llamas frías en la oscuridad.

—¿Sabes lo que realmente me saca de quicio? La forma en que subestimé la obsesión de venganza de Torrence. Por supuesto, sabía que era despiadado. Elimina a cualquiera que se le oponga. Pero nunca pensé que montaría una emboscada como ésta. No puede desperdiciar la mano de obra o los recursos, pero la capacidad de venganza de ese hombre es... es *infinita*. Debió de habernos enviado todos los soldados que tenía, quemado casi todas sus reservas de combustible y la mitad de su flota. Pero quería algo fuerte... tan fuerte que casi acaba con su gente por hacerlo.

—Pero ¿qué era lo que quería? Por lo que dices, la base que tiene él es tan sólo una décima parte de la que tenéis vosotros.

—Vamos, David, no seas tan ingenuo.

—¿Cómo dices?

—Mira bien lo que voy a enseñarte. —Apagó el cigarro y sacó algo del bolsillo de su chaqueta—. Le quité esto a uno de los hombres de Torrence... No, no le importó, estaba a punto de embarcarse en una nueva misión como hombre muerto. Aquí. ¿Qué entiendes tú por...? No, espera... no puedes ver en la oscuridad. Déjame que te alumbre. —Oí el chasquido de su mechero—. Por lo que pude ver, todos los hombres de Torrence tenían esto dentro de sus bolsillos o pegado en sus cascos. Eso, David, era lo que Torrence tanto deseaba.

A la luz de la vacilante llama vi una fotografía. Suspiré al comprenderlo.

—A mí —le dije.

—Lo has pillado. Mientras estabas en Nueva York los espías de Torrence te estaban vigilando. —Volvió a meterse la fotografía en el bolsillo—. También te estaban sacando fotos.

—Pero ¿por qué arriesgar las vidas de sus mejores hombres para perseguirme a mí?

—Torrence te quería de regreso en Nueva York. Vivo o muerto le hubiera dado lo mismo. Recuerda, Torrence hace responsable a tu padre de la pérdida de su ojo, así como de herir profundamente su amor propio. Torrence le habría enviado con entusiasmo tu cabeza en un frasco a tu familia si hubieras muerto. O si hubiera conseguido llevarte con vida de regreso a Nueva York, te habría utilizado como rehén. De cualquier manera, te habría utilizado para hacer sufrir a tu padre por lo que le hizo.

—¿Sabes cómo me siento? Mucha de tu gente murió esta mañana...

—Lo mires como lo mires, sólo hay un hombre al que culpar. Y es Torrence. Él es el responsable. Él es quien tiene las manos manchadas de sangre.

—¿Y ahora qué?

—Acamparemos aquí durante unos días. Cuando toda esa gente se haya ido, regresaremos, limpiaremos la base de trífidos, repararemos las vallas, reconstruiremos. Enterraremos lo que quede de los muertos. Será un arduo trabajo, pero lo haremos.

—Pero vosotros tenéis aviones militares. Podrías localizar los barcos de Torrence y bombardearlos hasta hacerlos añicos.

—Podríamos hacerlo —reconoció Sam—. Pero, verás, mucha de nuestra gente puede que haya sido tomada prisionera hoy. Y estarán en esos barcos. Esperamos que algún día puedan ser libres otra vez.

—¿Y hasta entonces serán utilizados como mano de obra esclava?

—Sí, así es. —Asintió con la cabeza, pasándose pensativamente un dedo por la nariz—. Y las mujeres que hayan sido capturadas formarán parte del ambicioso proyecto de Torrence. Serán inseminadas a la fuerza. Tendrán bebés. —Sam parecía cansado—. Creo que me voy a ir a dormir. —Me dio unas palmaditas en el hombro

—. Tú intenta también dormir un poco más. Nos esperan unos días bastante ajetreados.

Se alejó caminando tranquilamente hasta sentarse contra uno de los vehículos. Me pareció difícil que Sam Dymes pudiera dormir algo esa noche. Y, aunque lo hiciera, tuve la sensación de que las pesadillas torturarían a ese hombre de buen corazón hasta el amanecer.

26. IMAGEN Y SONIDO

Al día siguiente por la mañana, apenas me había puesto las botas cuando Gabriel Deeds me dio unas palmaditas en el hombro.

—David. Ven a echarle un vistazo a esto y dime lo que piensas.

Parecía alguien que acabara de descubrir el cofre de un tesoro.

Lo seguí hasta el límite de nuestro campamento, marcado por la línea de Jumbos. Parecían aún más grises a la luz del neblinoso amanecer.

—Ya me parecía que no tardaríamos mucho en tener vecinos —le comenté.

Porque ya los trífidos habían comenzado a arrastrarse hasta el campamento. Habían llegado hasta un punto en el que habían quedado bloqueados. Aun así, tendríamos que tener cuidado con sus agujones.

—Ponte de pie sobre el tronco de ese árbol, para que puedan verte bien.

—Gabriel —dije, y lo miré burlonamente—. Gabriel, ya los he visto antes, ¿sabes?

—Por supuesto. Pero ponte de pie sobre el tronco. Confía en mí, voy a mostrarte algo.

—Pero están...

—No, escucha —me dijo rápidamente—. Hay algo en ellos que es diferente.

—¿A qué te refieres?

—A menos que esté muy equivocado creo que acaban de aprender un truco nuevo.

Me puse de pie sobre el tronco, que se convirtió en una plataforma de casi un metro y medio de altura. Los trífidos más cercanos quedaban ocultos, a excepción de sus tallos superiores y sus agujones en forma de cono, detrás de la mole de los Jumbos. Sin embargo, aproximadamente a cien metros, una pequeña elevación del terreno permitía ver, desde la raíz al agujón, a los trífidos que estaban allí. Producían un traqueteo al golpetear las ramitas contra los tallos peludos.

Interrogué a Gabriel con la mirada.

—¿Qué has oído? —me preguntó.

—Nada, aparte de a los trífidos golpeando sus ramas.

—¿Quieres decir que no has notado nada diferente al subirte al tronco del árbol?

—¿Qué es lo que no he notado?

—Vamos a ver. Ponte de pie en el tronco otra vez y quédate muy quieto durante cinco segundos.

—Gabriel...

—Confía en mí, ¿vale?

Parecía serio y algo tenso. Como si estuviera a punto de descubrir algo importante.

—Vale, ¿ahora qué quieres que haga?

—Bien. Cuando yo te diga «ahora» quédate lo más quieto posible durante cinco segundos. Luego levanta rápidamente los brazos sobre la cabeza. Sólo que, mientras lo haces, escucha atentamente a los trífidos que están en el montículo.

Hice lo que me dijo.

Cuando me quedé inmóvil oí un leve traqueteo, casi como el de un hombre meditabundo que tamborilea con los dedos en la superficie de una mesa. Cuando moví los brazos comenzó un repentino estallido de golpeteos, que se fue aminorando hasta llegar a su ritmo anterior cuando dejé de moverme.

—¿Has oído eso? —me preguntó con expectación.

—Sí, ¿pero qué significa?

—Los trífidos que están más cercanos a nosotros, los que están ocultos detrás de los Jumbos, no aumentaron la velocidad a la que golpeaban sus ramitas. Sin embargo, los que nosotros podemos ver perfectamente de repente se volvieron locos; el golpeteo se hizo tan rápido que era como oír un... un pájaro carpintero o una ametralladora... No era un sonido tic tic tic sino un rápido trrrrrr.

—¿Estás diciendo que han respondido a mis movimientos? Pero eso siempre lo hemos sabido.

—Sí, pero algo ha cambiado. Están respondiendo a una distancia mucho mayor. ¿Ves que todos los que están en la colina tienen los conos apuntando hacia ti? Te tienen localizado, como si fueran radares.

—¿Estás intentando decirme que han sufrido alguna clase de cambio evolutivo? Pero ¿por qué ahora?

—¿Por qué no? Cuando las condiciones climáticas cambian, la vida también tiene que adaptarse o de lo contrario tendrán que unirse a los dinosaurios, los didos y los tigres de Tasmania en extincionlandia. —Se frotó la mandíbula reflexivamente—. La conclusión que saco es que, cuando el sol dejó de brillar durante una temporada, se produjo un gran salto en su proceso evolutivo.

—Pero los cambios evolutivos necesitan miles de años.

—Normalmente, sí. Pero no estamos hablando de un ser vivo muy normal. Esas plantas han hecho pedazos las leyes de la naturaleza y las están reescribiendo para poder conseguir su objetivo. Que por supuesto es apoderarse de la Tierra.

Volví a mover los brazos. Esta vez lo oí. Los trífidos que estaban en la colina golpeaban las ramitas a tanta velocidad que el sonido se convirtió más en un zumbido que en un traqueteo.

—Pero sólo los que están ahí arriba son los que han emitido ese sonido. Los que están detrás de los Jumbos no han hecho nada diferente.

—Eso es porque no pueden verte —me respondió Gabriel, con tono triunfal—. Pero que conste que utilizo la palabra *verte* entre comillas.

Sonreí.

—Algo me dice que si mi padre estuviera aquí, vosotros dos tendríais una conversación maravillosa. Mis conocimientos de botánica son bastante escasos. —Me bajé del tronco—. Bueno, Gabi, ¿cómo funciona el proceso? Después de todo, aún no hay evidencia física de ojos.

—No creo que sea una cuestión óptica.

—¿No crees que sea una cuestión óptica? No lo entiendo. Sin duda...

—No... no. —Levantó un dedo—. No todos los animales «ven» utilizando un sistema óptico. Y, recuerda, dije que utilizaba la palabra *ver* entre comillas. —Tomó aire—. Por ejemplo los delfines. Tienen ojos como nosotros, pero dependen del sonido para rastrear los peces o para evitar rocas o barcos.

—¿Te refieres a una especie de sonar natural?

—Sólo que es infinitamente más sofisticado que el tosco equipo de sonar electrónico que tenemos nosotros. Un delfín despide chasquidos a un ritmo de aproximadamente trescientos por segundo. El chasquido rebota en un pez y regresa al delfín, el eco entra a través de su mandíbula inferior y luego entra rápidamente a su oído medio, luego pasa a la parte de su cerebro en la que se procesa el sonido. Pero la parte más extraordinaria de todo esto es que el delfín no oye el sonido, sino que «ve» una imagen tridimensional del pez que está cazando. Y debido a que el sonido viaja a través de un tejido blando, no sólo ve la parte exterior del pez, como nos sucedería a nosotros, sino que también ve el pez por dentro, su esqueleto y algunos de los órganos internos más densos.

—Un momento, Gabriel. ¿De modo que estás intentando decirme que los trífidos están «viendo» el eco de los sonidos que hacen con sus ramitas?

—Por supuesto. Supongo que pueden recibir el eco en los conos que tienen en la punta de sus tallos. Piénsalo bien: podrían ser una antena natural perfecta. —Los señaló con la cabeza—. Los que están protegidos por ese escudo o blindaje no pueden «vernos» a causa de la obstrucción de sus chasquidos. Pero si moviéramos los vehículos, verían no sólo nuestra figura exterior, sino también nuestros huesos y probablemente también lo que hemos comido para cenar.

—Estas novedades son bastante deprimentes. Una planta que puede caminar, oír y matar ya es algo bastante malo. ¿Y ahora resulta que encima puede ver en la oscuridad? —Me encogí de hombros—. Eso inclina la balanza a su favor, ¿verdad?

—Estoy de acuerdo. —Los ojos de Gabriel reflejaban preocupación—. Pero la pregunta que me hago ahora es la siguiente: ¿cuál será la próxima sorpresa que nos darán?

Si los trífidos estaban preparando alguna sorpresa desagradable, la tenían bien oculta. Sin embargo, más y más trífidos se unieron a la creciente multitud más allá de nuestro círculo de Jumbos. Durante la mayor parte del tiempo hacían poco más que

balancearse y golpear las ramitas, mientras sin duda nos observaban detenidamente por dentro y por fuera (suponiendo que la hipótesis del sonar de Gabriel fuera correcta).

Nos mantuvimos a buena distancia de las plantas, dentro de nuestro recinto, asegurándonos de mantenernos fuera del alcance de sus agujijones. Aparte de ese ejercicio de autoprotección, no podríamos hacer mucho más que hablar entre nosotros, comernos las raciones de comida seca y, de vez en cuando, abandonar la seguridad del campamento para buscar leña para el fuego, por supuesto adecuadamente vestidos con una indumentaria de protección contra los trífidos, que quedaba completa con largos cascos cilíndricos de plástico transparente.

Durante los primeros días, Sam Dymes vivió bajo una nube de su preocupación. Su discurso llegaba en fragmentos vacilantes, como si la inseguridad hubiera destruido completamente la confianza en sí mismo. Pero al tercer día ya casi había vuelto a ser el mismo de antes. El discurso vacilante aún seguía allí, decorado fácilmente con esos *ahhh*, *ehhh* y largos y pensativos *hummmm...* pero muy de vez en cuando, justo cuando uno empezaba a pensar que se interrumpiría en cualquier momento, de repente las palabras se aceleraban hasta que salían a borbotones. Era un hombre que se alimentaba de una energía nerviosa. Cuando estaba animado, toda su desgarrada figura cobraba vida y caminaba de aquí para allá, haciendo gestos con entusiasmo. Y ahí era cuando las palabras salían volando de sus labios como si estuviese hablando una lengua extranjera.

Ya había enviado a uno de los Jumbos con su tripulación para que vigilaran discretamente el campamento. Regresarían en cuanto todo indicara que los soldados de Torrence habían abandonado completamente el lugar.

Ese tercer día después de la invasión, ya tarde, tuvimos más visitas, por llamarlo de alguna manera. Tres hombres llegaron atravesando la llanura. Caminaban con el ritmo tranquilo de los que hacen grandes distancias a pie. En el acto, los leñadores fueron conscientes del peligro al observar a los hombres que se acercaban con las armas preparadas. Pero los tres pusieron empeño en mantenerse a distancia de nuestro campamento.

Por lo que pude ver, eran dos hombres jóvenes y uno más mayor. Llevaban la larga cabellera recogida en una coleta. Vestidos con ropas de telas coloridas, portaban pesadas mochilas llenas, imaginé yo, de caza o pieles. Sobre los hombros llevaban arcos con aljabas llenas de flechas.

Y esa gente, como ya había visto anteriormente, sencillamente caminaba entre los trífidos como si esas plantas siniestras no fueran más mortales que los manzanos.

Los cazadores algonquinos se detuvieron un momento y nos observaron con un poco de suspicacia. Pero después de llegar a la conclusión de que no estábamos allí para hacer daño, siguieron su camino sin girarse siquiera una vez para mirarnos. Sus

relajados pasos los llevaban sin ningún esfuerzo a través de la multitud de plantas.

A pesar de que los trífidos sabían de la proximidad de los indios (vi cómo los conos de las plantas se giraban en su dirección) las plantas no hicieron ni siquiera un solo intento de atacarlos. Gabriel Deeds observaba a los hombres alejándose en la distancia por la llanura. Luego se volvió hacia mí y dijo suavemente:

—Si nosotros pudiéramos aprender un truco como ése, la vida nos parecería mucho más prometedora.

Poco más de una hora después de alejarse nuestras «visitas» hasta quedar fuera del alcance de la vista, el Jumbo regresaba pesadamente al campamento. Después de mantener una breve conversación con su tripulación, Sam Dymes se acercó hasta mí.

—Se han ido. —La expresión adusta de su rostro le hacía parecer de piedra.

—Ha llegado la hora de regresar.

Con esas escasas palabras, hizo señales a su gente para que se metieran en los vehículos.

Estábamos regresando al campamento. No disfruté mucho con la idea de lo que nos encontraríamos allí.

27. EL REGRESO

El viaje de regreso al campamento de los leñadores se hizo en un ambiente de descorazonadora esperanza. Lo que encontramos fue aún más descorazonador.

Las fuerzas de invasión de Torrence se habían ido. Probablemente ahora estuvieran moviéndose hacia el norte, echando vapor, camino a Nueva York. Nos encontramos con un gran desorden, un desorden macabro. Los mastodónticos vehículos entraron en el campamento abriéndose paso a través de los huecos del vallado. Naturalmente, los trífidos habían llenado el vacío. Estaban muy ocupados dándose un banquete con los soldados caídos de ambos bandos. Ensuciando la orilla del río estaban los restos de las embarcaciones que habían sido destruidas por la artillería de los leñadores. Mientras que, río arriba, medio sumergidos, nuestros barcos voladores habían sido destrozados por los invasores antes de irse. Obviamente habían querido hacernos la vida aún más difícil cuando regresáramos. Asimismo, las reservas de comida y de combustible habían sido bien saqueadas o echadas a perder. Las construcciones habían quedado reducidas a manchas negras sobre la tierra.

Poco tiempo después, cuando buena parte del campamento quedó liberado de la invasión de los trífidos y con una hilera de Jumbos formando una barrera temporal contra ellos, Sam Dymes se puso de pie sobre uno de los vehículos para dirigirse a los supervivientes.

Nos dijo que nos esperaba una ardua tarea. Pero que no íbamos a defraudar a los hombres y mujeres que habían muerto defendiendo el campamento. Serían enterrados con todos los honores. Se levantaría un monumento en su honor. Ése fue el preciso momento en que los supervivientes recibieron como un duro golpe la trascendencia de la muerte y la destrucción. Muchos cayeron de rodillas. Sam terminó el discurso diciendo:

—Torrence nos ha dado una buena paliza. Pero no nos ha derrotado. Y esto... este ataque bárbaro a nuestro campamento no cumplió con sus objetivos. Envió a sus hombres hasta aquí para intentar llevarse a David Masen. Han fracasado. Eso significa que la gran estrategia de Torrence ha quedado parada en seco. Sin Masen no puede invadir la Isla de Wight porque sabe que esa gente tiene allí una fuerza aérea que puede bombardear sus buques de guerra y hundirlos. Y si Torrence no puede hacerse con la Isla de Wight, no puede apoderarse de la máquina que convierte el aceite de trífido en combustible. Sin eso, no tiene una fuerza aérea viable propia. De modo que... —De repente, Sam miró hacia el norte y, con un auténtico estallido de odio, señaló el horizonte septentrional agitando el puño—. ¡De modo que puedes quedarte en tu palacio rascacielos, Torrence! ¡Si es por nosotros, te puedes pudrir allí! Porque lo único que has conseguido con tu traición y tu brutalidad es construirte una maldita prisión. Y no puedes hacer nada para agrandar tu asqueroso, apestoso y

absurdo imperio ni un metro más.

Por un momento pensé que sacaría el arma y que, con toda la rabia que sentía en ese momento, vaciaría la carga en dirección a la lejana ciudad de Nueva York. Pero de repente la rabia desapareció. Y, con un tono de voz tranquilo y sereno, volvió a dirigirse a nosotros.

—Muy bien. Tenemos mucho trabajo que hacer.

Los equipos salieron a recorrer el campamento con sus trajes de protección contra trífidos. Los cascos transparentes brillaban bajo el sol. Les quitaron los agujones a los trífidos, luego los talaron. En seguida el aire se llenó con los chirridos de las sierras mecánicas. Los equipos post mortem recogían los muertos, los identificaban, los etiquetaban. Los hombres de Torrence tuvieron entierros igual de decentes que los que se dieron a los muertos de los leñadores.

Mientras me ponía el traje protector de gruesa lona antes de reparar las vallas apareció Gabriel. Me enseñó un cubo lleno de jeringuillas antes de arrojarlas en un barril de basura.

—Son de los soldados de Torrence.

—¿Morfina?

Sacudió la cabeza.

—Anfetamina. Sus hombres se habían inyectado tanta cantidad de esta porquería que desembarcaron sintiéndose como si funcionaran con combustible para cohetes. —Se limpió las manos con un trapo como si hubieran estado en contacto con algo sucio e impuro—. Los pobres diablos estaban tan colocados que ni siquiera sintieron la bala que los alcanzó. ¿Qué me dices de Torrence?, ¿no es un hombre digno de admiración y respeto?

El cercado era un lío. Sudando dentro del traje, comencé con las cizallas, desenredando las puntas de los alambres y preparando los espacios para que el equipo de vallado llegara y colocara alambres nuevos a lo largo de los postes. A cien metros a mi derecha había otra figura, de apariencia andrógina a causa del traje protector, que cortaba también alambres con unas cizallas. No precisamente cómodo, sino todo lo contrario, tiraba de ese plato de espaguetis de alambre mientras empujaba a los trífidos hacia el interior del campamento (donde los equipos antitrífido se ocuparían de ellos). A veces escogían mi cabeza para practicar su puntería. De vez en cuando, un agujón daba un golpe seco contra el casco de cristal con un trringg. Algo que nunca dejó de irritarme profundamente.

No obstante, seguía trabajando, cortando alambre y luego sacándolo fuera de la maraña de trífidos que habían sido destruidos durante nuestra fuga. Me preguntaba si el cuartel general de los leñadores, cuya base estaba a varios cientos de kilómetros hacia el sur sabría del ataque de Torrence contra uno de sus campamentos militares. Últimamente, las comunidades estaban tan poco dispuestas a dar información de su

paradero que solían evitar completamente las transmisiones por radio. En cambio, solían contar con algo semejante al Poni Exprés, que llevaba de un lado a otro comunicados escritos a mano. Con esta intensa sospecha mutua al borde ya de la paranoia, resultaba difícil ver cómo las comunidades dispersas a lo largo y a lo ancho del globo se podrían poner en contacto unas con otras, sin que les importara, en realidad, unirse para formar alianzas para comerciar y apoyarse mutuamente. Tal vez mi padre tuviera razón. La humanidad estaría destinada a existir en fragmentos dispersos, que finalmente decaerían y se extinguirían completamente.

Incluso en ese momento en que la perversa obra de Torrence era tan evidente no sólo para mis ojos, sino también para mi nariz a medida que los días cálidos iban pasando y las legiones de bacterias trabajaban sobre los cadáveres, sentía cada vez más curiosidad por ese hombre. Sí, era brutal. Sí, era un belicoso. Sí, era indudablemente draconiano. Sin embargo... sin embargo, lo que lo impulsaba era una visión germinada del futuro. A pesar de que sus métodos eran equivocados, su objetivo era el apropiado.

Mientras mis cizallas cortaban los brillantes alambres me sumergí en mis pensamientos. De hecho, estaba tan metido que no los vi llegar.

Momentos más tarde veía únicamente los tallos hirsutos de los trífidos, junto con un montón de hojas verdes oscuras. Después me di cuenta de que había allí cuatro individuos, de pie junto a mí y observándome.

En un acto reflejo, busqué inmediatamente la escopeta que había dejado apoyada contra uno de los postes del vallado. Instantáneamente, uno de los cuatro, una mujer joven con cabello negro azabache, tiró de la cuerda de un arco y dejó escapar una flecha. Ésta pasó desdibujada junto a mí hendiendo el aire y luego alcanzó la caja de madera de la escopeta partiéndola en dos partes iguales.

Me quedé congelado, mirando fijamente a los cuatro a través del casco transparente, sus cuerpos apenas distorsionados por imperfecciones en el material de mi casco: parecían más fantasmas que gente real. Sin embargo, vi claramente cuando la muchacha colocó otra flecha en la cuerda del arco y luego lo levantó para que el proyectil me apuntara directamente al pecho. Tiró de la cuerda del arco hasta que quedó completamente tensa.

28. Y LLEGARON ALGUNOS

Mi padre escribió una vez: «Ésa es la clase de advertencia que no necesito pensarme dos veces». Sabias palabras. Su hijo las recordó muy claramente, esperando que la flecha le atravesara el pecho en cualquier momento.

Para demostrar que me rendía levanté ambas manos. Durante algunos instantes nos miramos mutuamente con cautela. Yo, con mi traje protector y mi casco transparente, y los cuatro indios norteamericanos con sus túnicas tejidas. Los indios, por supuesto, no llevaban ninguna indumentaria de protección. Estaban uno al lado del otro en el matorral de trífidos. Uno había levantado una mano para apartar algunas gruesas hojas de los trífidos que no lo dejaban verme bien... y me imaginé que mi imagen sería bastante extraña para ellos. Tres de los indios eran apenas adolescentes. El otro, un hombre cuya edad oscilaba entre los cincuenta y los setenta, me observó seriamente durante un buen rato. Sus ojos oscuros me evaluaban. Y luego habló.

—Naome, ya puedes bajar el arco. —Me señaló haciendo un gesto con la cabeza —. No estamos aquí para causar problemas.

Yo seguía mirándolo fijamente.

El viejo indio sonrió.

—Seguramente no esperabas que dijera algo como «yo querer cabeza de hombre blanco», ¿verdad? —Con la refinada cortesía de un diplomático profesional, inclinó la cabeza levemente y dijo—: Buenas tardes. Mi nombre es Ryder Chee. Ésta es mi hija Naome, y mis hijos Isa y Theo. —Su voz tenía los tonos precisos de un hombre culto.

—Mi nombre es David Masen. —Mi aliento empañó el material transparente del casco—. ¿Os importa que baje los brazos?

—Por supuesto que no, David Masen. Lamento haber dañado tu escopeta. Pero queríamos asegurarnos de que no dispararas primero y luego hicieras preguntas.

Recuperando la calma, les pregunté si podía ayudarlos en algo.

Chee sonrió.

—Estamos aquí para ofreceros a vosotros un poco de ayuda. Después de todo, sois nuestros vecinos más cercanos.

Les di las gracias. Luego los invité a que me siguieran hasta el campamento, donde encontré a Sam Dymes estudiando esmeradamente una lista de trabajos con Gabriel.

Una vez dentro de la parte libre de trífidos del campamento, pude liberarme del pesado traje protector. El aire fresco olía increíblemente bien. Con los pulmones llenos de un aire sano y dulce, les presenté nuestras cuatro visitas a Sam y a Gabriel.

Chee saludó a Sam con la cabeza.

—Tú eres el líder. —Fue una declaración en lugar de una pregunta—. Perdona nuestra intromisión en un momento que debe de ser tan terrible para vosotros. Sin embargo, tenemos entendido que tenéis aquí a muchas personas heridas.

—Sí, así es. —Sam sonaba un poco reservado—. Sabréis que hace unos días las cosas se pusieron bastante duras aquí.

—Vimos que se desarrollaba una lucha, sí. —Suavemente el hombre dijo los nombres de sus hijos. Rápidamente se quitaron las mochilas y las apoyaron en el suelo—. Nosotros hemos hablado sobre vuestra grave situación. Decidimos que, en vista de la indiscriminada destrucción, seguramente os estaríais quedando sin material médico. Por lo tanto hemos traído vendas, antisépticos, jabón y penicilina.

—¿Penicilina?

—Sí. Le damos forma de pastilla y la tomamos así porque no tenemos agujas hipodérmicas. También hay calmantes para aliviar el dolor.

Sam pareció de repente conmovido. Durante algunos instantes pareció incapaz de decir nada. Luego las palabras le salieron a borbotones.

—Vaya... gracias. Un millón de gracias. No sabéis lo que esto significa para nosotros. Nos estamos quedando sin utensilios de primeros auxilios. Todo nuestro material médico se quemó con el hospital. —Les estrechó las manos con entusiasmo—. Una vez más, un millón de gracias. Gracias... Estoy diciendo tanto esta palabra que se va a gastar... Con vuestro gesto habéis salvado muchas vidas, pero supongo que ya lo sabéis, ¿verdad? ¡Caramba! No puedo ni expresaros lo agradecido que estoy de que hayáis venido.

—Somos vuestros vecinos. Vimos que necesitabais ayuda. —Eso es realmente cristiano de vuestra parte. Si no os importa la frase. Oh, por favor, ¿dónde están mis modales? Por favor, tomad asiento... Sí, sí. Allí, en los cojines. Aún lo tenemos todo poco acondicionado debido a las necesidades que todavía nos urgen por aquí. Tenéis que tomaros un café con nosotros... y creo que tenemos algo de pan fresco... Encontramos un horno que aún funciona. Gracias al cielo por esos pequeños milagros.

—Nos gustaría tomar un café —dijo Chee con su educada voz—. Sin embargo, si es posible, por supuesto a mí me encantaría una taza de té.

—Té. A ver, Gabriel, ¿tenemos té? No creo que... Un momento... ¿No había una lata en la parte trasera del camión en el que vinimos?

Gabriel sonrió.

—Mandaré a alguien a mirarlo. —Intercambió unas palabras con un joven que asintió con la cabeza antes de salir corriendo—. Ahí vienen el café y el té —dijo—. Y los médicos encontrarán un buen lugar para guardar el material médico. —Señaló las mochilas con la cabeza.

Gabriel y yo nos colocamos junto al grupo que ya se había sentado. La mirada fija

y de párpados caídos del indio viejo acogió la escena de desolación que lo rodeaba sin ocultar su tristeza. Finalmente dijo:

—¿Existe alguna manera de resolver vuestras diferencias pacíficamente?

Sam suspiró con pesar.

—Esperamos comenzar a trabajar en ello algún día. Es simplemente que el otro tipo no quiere dialogar.

Gabriel dijo:

—Si podéis fabricar vuestro propio material médico, quiere decir que tenéis muy buena infraestructura.

—Podemos producir una pequeña cantidad. Por supuesto, eso es suficiente para nuestras necesidades cotidianas. Bueno, pero con eso... —Chee sonrió, le brillaban los ojos—, ¿Estáis intentando obtener información sobre nosotros?

Sam asintió con la cabeza.

—Tienes razón. Sentimos mucha curiosidad por vosotros, mucha.

Chee no pareció perturbarse en lo más mínimo por nuestra curiosidad.

—Es natural. Pues... soy de la tribu algonquina. Hice prácticas como estudiante de medicina, luego me pasé a psiquiatría después de escuchar una conferencia brillante pronunciada por un psicólogo suizo. De hecho, después de cartearme con él durante algunos meses, me invitó a trabajar con otros jóvenes discípulos suyos en su casa junto al lago de Basilea, en Suiza. Pasé allí todo un invierno. Fue muy inspirador.

—Espera un momento. —Gabriel arqueó una ceja revelando su sorpresa—. ¿Un famoso psicólogo suizo? ¿No estarás hablando por casualidad de Carl Gustav Jung?

—Por supuesto que sí. Estaba especialmente interesado en tomar nota de los sueños de los indígenas, como nos llamaban entonces. Y yo entraba en esa categoría. Sin embargo, creo que aprendí más de él que él de mí. En ese mes de abril de hace treinta años regresé a Estados Unidos, a mi reserva, sólo para encontrarme con que un doctor muy viejo y refunfuñón estaba obsesionado con algo. A principios del mes de mayo intimidó a toda la aldea para que entrara en una mina de plata abandonada, donde, insistía, teníamos que apartarnos de la llegada de la Fatalidad. Muchos le obedecimos. Nos quedamos allí durante tres días y tres noches. Durante ese tiempo dibujó unas señales en el suelo con tierras de colores y granos de trigo. Nos dijo que éstas predecían una catástrofe. Que teníamos que quedarnos en la mina hasta que pasara el peligro. Sí, yo le creí. No por las antiguas creencias de mi gente, sino por algo que a Jung le gustaba mucho repetir en la mesa durante la cena. Solía citar estas palabras de Goethe: «Los acontecimientos futuros proyectan antes su sombra». Antes de La Ceguera, creí percibir una creciente inquietud entre los animales. Un vaquero local fue pisoteado por unas vacas hasta morir. Descubrimos bandadas de pájaros que emigraban cuando era la temporada de anidar. Los peces se sumergían en las

profundidades de las aguas como si fuera invierno, no primavera. —Levantó las manos con los dedos abiertos—. El doctor tenía razón. *Vino* la Fatalidad, de una forma que vosotros conocéis muy bien. Durante esa fatídica noche, tres décadas atrás, unos destellos verdes iluminaron el cielo. Nosotros, dentro del túnel, teníamos información de lo que estaba sucediendo afuera porque un par de jóvenes que tontamente habían hecho caso omiso de las advertencias del anciano salieron afuera a observar lo que sucedía. Por la mañana estaban ciegos. Sin embargo, de nuestra población de trescientos hombres, mujeres y niños, doscientos ochenta se salvaron de La Ceguera.

—Parecís haber prosperado mucho —le dijo Sam—. Tú tienes una familia magnífica.

—Éstos son mis hijos. Estos tres ya tienen sobrinos y sobrinas más grandes que ellos.

—¿De modo que has vuelto a adoptar los viejos hábitos de tu tribu?

—Algunos. Pero cuando el hombre blanco nos suplantó perdimos no sólo nuestras tierras, sino también la capacidad de engañarnos a nosotros mismos. Verás, durante miles de años creímos que éramos los guardianes del sol. Que nuestros rituales mantenían vivos la luz y el calor del sol para el resto de la humanidad. Estábamos muy orgullosos de esa responsabilidad. Sin embargo, los misioneros consiguieron librarnos de, como he dicho anteriormente, nuestra capacidad de auto-engaño, pero no lograron inculcarnos nuevos engaños. En el mejor de los casos sufrimos desilusiones, incluso decepciones... en el peor de los casos mucha de nuestra gente comenzó a sufrir enfermedades depresivas, que a menudo empeoraban y se convertían en psicosis. Verás, habíamos perdido el deseo de vivir. De modo que con la llegada de La Ceguera nos dimos cuenta de que podíamos volver a descubrirnos a nosotros mismos. Y, a pesar de que ya no podíamos creer en nuestros viejos dioses, éramos capaces de interpretarlos y reinventarlos, utilizando las enseñanzas de Jung. Por lo tanto creamos una fe nueva y más fuerte basada en la espiritualidad en lugar de en el dogma. —Nos miró a través de sus ojos de párpados caídos—. Sospecho que esto no es importante para vosotros. Pero debéis recordar que vivimos en una nueva era. La Ceguera destruyó completamente el Viejo Mundo. Y una nueva era exige una nueva fe. Mirad las sociedades antiguas. Ellas florecieron cuando descubrían nuevos dioses y abrazaban nuevas religiones. Sus culturas se deterioraban sólo cuando su fe se desmoronaba.

—¿Estás sugiriendo que deberíamos adoptar una nueva religión? —Gabriel frunció el ceño—. A mí me suena sencillamente a otra herramienta de opresión.

—¿Por qué no? Pero no confundáis a Dios con la religión. Deberían ser tratados por separado. En cambio, pensad en la religión como en un proyecto de vida. De la misma manera en que un cuerpo de leyes y preceptos forma la constitución de una

nación.

Un joven trajo tazas de té y de café. Gabriel Deeds ya no pudo contenerse.

—Hay una cosa que a todos nosotros nos gustaría saber...

—Ay, dudaba que pudiéramos evitar esa pregunta. —Chee asintió con la cabeza—. ¿Cómo puede mi gente moverse libremente entre los trífidos sin sufrir ningún daño?

Sam agarró con las manos una taza caliente.

—Sí, señor, ésa es la gran pregunta.

—¿Me permites que te toque la cara? —Chee extendió la mano hacia mi barbilla. Asentí con la cabeza, perplejo. Sus dedos oscuros, duros como el cuero, apenas tocaron mi piel—. Una barba incipiente —dijo—. Ahora, por favor, toca la mía.

Hice lo que me pidió.

—¿Lo sientes? —Sonrió—. Suave como la piel de una sandía. No hay barba incipiente. —En vez de responder a la pregunta original directamente, dijo—: Hace veinte años los trífidos se llevaron a la última víctima de nuestra tribu.

—¿Y después de eso?

—Algunos de nosotros fuimos picados de vez en cuando. Pero el veneno nunca era mortal. Hace quince años el agujón ya no tenía efecto alguno en nosotros más allá de la fuerza del golpe.

Gabriel frunció el ceno.

—¿Por qué creéis que os volvisteis inmunes?

—Pienso que la respuesta yace en parte en la demostración que acabo de hacer. Veo una barba incipiente en vuestras mandíbulas. Lo cual es algo novedoso para nosotros. Veréis, yo tengo cincuenta y cinco años y nunca he tenido ni un solo pelo en la barbilla. Recordaréis que hay importantes diferencias biológicas entre los amerindios y los norteamericanos de más reciente ascendencia africana o europea. Estoy seguro de que vosotros sois conscientes de estas realidades. Observad nuestros rasgos: cabellos negros y lisos, ojos de párpados caídos; aspecto asiático... caras anchas, piel roja. —Señaló su cara—. Observad con más atención y encontraréis más. Entre nosotros encontraréis pocos adultos con pelos en el cuerpo, hay una gran cantidad de incisivos con forma de paleta, una ausencia de grupo sanguíneo B, bajos niveles de grupo sanguíneo N con un alto índice de grupo sanguíneo Diego positivo. En pocas palabras, caballeros, la madre naturaleza ha hecho nuestra sangre un poco diferente a la vuestra.

—¿Ésa es la respuesta?

Me descubrí casi desilusionado. Había estado esperando algo así como una cura contra los trífidos.

—¿El hecho de que haya algunas diferencias en vuestra sangre o en vuestros cromosomas significa que vosotros sois inmunes al veneno de los trífidos y nosotros

no?

—Tal vez.

Las conclusiones de Gabriel eran más inteligentes que las mías.

—Pero has dicho que se trataba de un proceso gradual. Que hace más de veinte años tu gente aún moría a causa de los ataques de los trífidos. Pero que más tarde, después de algunos años, de repente os volvisteis inmunes.

—Es cierto —admitió Chee.

—Sospecho que una inmunidad física latente fue estimulada por el hecho de que nuestra gente ingería grandes cantidades de trífidos. Recuerdo de joven cenar con regularidad un potaje de vegetales condimentado con la carne triturada del aguijón. Un plato que fue inventado por nuestra reserva por necesidad económica más que por tener un espíritu culinario aventurero.

—¿De modo que la exposición gradual al veneno de trífidos durante un largo período de tiempo produjo una respuesta de inmunidad? —Pensativo, Gabriel se pellizcó el labio inferior entre el pulgar y el índice™. Y ahora esa libertad de movimiento os da una ventaja sobre cualquier otro.

—Una extraña ventaja. —Sin malicia, Chee agregó—: Y a veces eso nos brinda un alto grado de satisfacción.

No había mucho que pudiéramos decir después de aquellas palabras. Allí había un hombre con una familia saludable proveniente de una comunidad segura de sí misma e independiente, que compartía una nueva fe. Una fe que les daba valor, resolución y amor propio. De hecho, allí había gente que no había sufrido la llegada de La Ceguera o la invasión de los trífidos. Para ellos, el cataclismo de tres décadas atrás no había sido el desastre que representaba para nosotros. Había sido su salvación.

Cuando los cuatro indios se fueron, nosotros seguimos con nuestro trabajo. Yo corté con las cizallas las partes estropeadas de la valla. Al anochecer estaba lista para recibir el alambre nuevo. Exhausto, me recosté debajo de una manta dentro de la barrera que formaban los Jumbos. Encima de uno de los vehículos un guardia acariciaba suavemente una guitarra y le sacaba unas notas de blues que eran tan melancólicas como dulces. Entre la vigilia y el sueño, me descubrí repitiendo la conversación con Chee, viendo una vez más en mi mente los ojos sabios brillando bajo esos párpados caídos. Había hablado de diferencias biológicas en su sangre que los hacía inmunes al veneno de trífido. Pensé en él y en sus hijos caminando tranquilamente y con impunidad a través de los bosquetes de trífidos.

Y en ese momento me incorporé de repente con una única palabra en mis labios: *Cristina*.

El pensamiento surgió espontáneamente y brilló en mi cabeza con todo el poder de una revelación bíblica: *Cristina corrió entre los trífidos. Yo la vi. Ella también es inmune a su veneno. Pero que me maten si tiene una pizca de sangre de piel roja en*

sus venas...

29. LA RECONSTRUCCIÓN

Gabriel me preguntó en la orilla del río:

—¿No te ha parecido un poco presumido?

—¿Ryder Chee?

Gabriel asintió con la cabeza.

—Habló de la creación de una nueva clase de religión jungiana para su tribu, con la intención de darles una nueva fe, pero me pareció que sólo estaba inculcándoles otro engaño.

—Pero ¿acaso no todos nos engañamos a nosotros mismos en cierta medida? ¿No se dice que la civilización es sólo una ilusión en sí misma?, ¿que si dejamos de creer en ella, deja de existir? Y si la civilización es simplemente una forma de ilusión que es... —dije y busqué la palabra adecuada—... conveniente... y eso funciona para nosotros, ¿por qué la variedad de engaño de Ryder Chee tiene que ser peor?

—El hombre no se enfrenta a la realidad con la cabeza. Él mismo debería saber que Jung decía que los engaños de un psicótico eran sus intentos de crear una nueva visión del mundo. Por lo tanto, Chee, lo mires por donde lo mires, ha creado una sociedad que es esencialmente psicótica.

—Tal vez soy medio tonto, Gabi. Pero creo que si funciona, si produce una comunidad enérgica, optimista y básicamente feliz, entonces ¿por qué no permitirse un mínimo de auto-engaño?

Gabriel me miró, su mirada era severa.

—¿Sabes qué, David?

—¿Qué?

—¿Sabes el problema que tengo con Ryder Chee? —La expresión de su rostro se suavizó en una amplia sonrisa—. Siento envidia, David. Estoy tan verde de envidia como las hojas de esos trífidos. Porque en el fondo sé que Chee y su gente no sólo tienen una inmunidad natural contra esos monstruos. —Señaló con la cabeza las plantas de trífidos más allá del vallado—. También ha conseguido que el mecanismo de su sociedad funcione tan perfectamente como el motor de un Rolls Royce.

—¿No crees que sería una buena idea adoptar algunas de sus ideas?

—Puede ser. —Me lanzó una sonrisa llena de dientes—. Hay que cambiar los dioses viejos por unos nuevos, ¿no es cierto, David? —En el río, una mujer en una canoa agitaba una mano sobre la cabeza—. Ésa es nuestra señal, David. Tira de la cuerda.

Me alcanzó uno de los extremos de la cuerda, luego la cogió y bajó un poco hacia el borde del agua. A unos cuarenta metros río arriba, dos hombres levantaban otra parte de cuerda. Juntos comenzamos a tirar. No había esperado que el trabajo fuera demasiado agitador. Pero parecía que esa cuerda había sido anclada en el fondo del

río.

—¡Diablos! —dijo Gabriel jadeando y con los músculos de los brazos hinchados—. ¿Quién hubiera pensado que pescar fuera un trabajo tan arduo?

Siguió tirando con fuerza. Por fin logramos progresar. La línea de la red rompía la superficie del agua, dibujando la forma de una herradura a medida que íbamos acercando la red a la orilla. Cinco minutos después arrastramos la red sobre la tierra. Sudando efusivamente, con gotas grandes como perlas en la frente, Gabriel observaba la pesca con bastante indignación.

—¿Tanto esfuerzo para esto?

Apenas una docena de peces de dudoso valor nutritivo se movían en la red. Después de contemplar el penoso botín comenzamos a desenredar a los peces de la red, devolviendo los pececillos al agua y metiendo los hermanos mayores dentro de una cesta.

—Pescado y sopa de brotes de trífido. —Gabriel arrugó la nariz con asco—. Estupendo.

De repente soltó una maldición, mientras despegaba plantas acuáticas de la red. Luego, sonriendo, miró las pinzas de un cangrejo enganchadas a su dedo pequeño. Tras librarse de ellas se chupó el dedo y luego dijo con una sonrisa irónica:

—David, ¿me estoy poniendo paranoico o la madre naturaleza se ha decidido a atraparnos? —Dejó caer el cangrejo en la cesta. (El crustáceo de agua dulce sin duda acabaría en la olla de la sopa junto con cualquier otra cosa que encontrara por allí el cocinero.)—. Ay, lo que daría por un sabroso bistec. Un montón de ensalada de patatas. Unas patatas fritas doradas. Mayonesa cremosa. Lechuga crujiente. Dulces tomates. Una jarra de cerveza helada. Cuánto...

—Shh. —Levanté una mano—. ¿Oyes algo?

Nos quedamos allí de pie durante algunos segundos, escuchando. Miré río arriba, de donde parecía provenir el sonido. Lo único que podía ver era un tramo de aguas plateadas entre las riberas. Una bandada de pájaros, inquieta por el sonido, se elevó por los aires desde una hilera de sauces.

El rostro de Gabriel se endureció.

—Maldita sea. Otra vez no.

Los demás se alejaron rápidamente del borde del agua. Hombres y mujeres corrían en busca de sus armas. Más adelante en la orilla, la torrecilla de un Jumbo giró para apuntar río arriba con sus dos ametralladoras.

Escuché el tono del motor. No sonaba como debiera, pero era inconfundible.

—¡Esperad! —grité—. ¡No disparéis! Corrí hasta el borde del agua para ver mejor río arriba. Gabriel me llamó.

—¡David! Métete en una zanja antes de que comiencen los disparos.

—No, son motores aéreos. Es un avión. Sin embargo, lo que más me

desconcertaba era que el ruido de los motores no era el adecuado. El avión no estaba volando, sino rodando.

Un momento después, obtuve la confirmación visual. Por detrás de una curva en el río, apareció un gran barco volador de cuatro motores. Reconocí inmediatamente las depuradas líneas del formidable Boeing Clipper, lo que me resultó muy poco sorprendente puesto que había dormido debajo de una preciosa reproducción a todo color de la aeronave durante años siendo un niño. El dibujo había estado colgado en la pared de mi habitación.

El barco volador, con los motores encendidos, las hélices desdibujando discos de plata, avanzaba hacia lo que quedaba de un embarcadero. La V blanca de su estela bañaba la ribera del río, llegando casi hasta mis pies.

Ahora los leñadores vitoreaban el regreso de la embarcación.

Con la llegada de su tripulación a tierra firme, supimos que era la única aeronave del campamento que había sobrevivido al ataque. Por casualidad, varios pilotos habían estado conversando con una tripulación de mantenimiento cerca del avión cuando los barcos torpedo habían llegado vociferando desde río arriba. Con gran serenidad se habían metido en el barco volador, habían encendido los motores y habían escapado con la intención de dirigirse hacia el campo militar de los leñadores más próximo y regresar con refuerzos. Así fue hasta que la piloto comprobó el indicador de combustible, que le indicó que apenas quedaba un chorro en los tanques. De modo que después de un viaje de cinco kilómetros y medio había conseguido colocar el avión en un afluente del río, donde, como los Jumbos, se habían quedado durante unos días hasta que juzgaron que sería seguro ir flotando río abajo con el barco volador hasta el campamento.

Sam digirió la noticia antes de hablar.

—Bueno, gracias a unas mentes rápidas tenemos una aeronave intacta. Me parece que tenemos que hacer dos cosas. Primero, enviar pilotos al estanque Columbus para buscar aeronaves sustitutas. Segundo, necesitamos informar al cuartel general del ataque. En comandancia aún no saben que no conseguimos sacar a Cristina de Nueva York. —Agregó un poco agriamente—: Me imagino que los mandamases estarán como locos por eso. Pero... —Se encogió de hombros—: Son los azares de la guerra.

Me acerqué a Sam mientras el equipo de tierra llenaba de carburante el barco volador superviviente con todas las gotas de combustible que podía conseguir de diversas latas y bidones.

—Sam —le dije—, ¿qué es ese lago Columbus?

—Es un lago que está aproximadamente a ciento noventa kilómetros río arriba. Allí tenemos aeronaves de reserva. —Señaló con la cabeza las ruinas ennegrecidas que nos rodeaban—. Por si alguna vez llegábamos a sufrir una situación como ésta.

—¿Cuántas aeronaves de reserva hay?

—Yo diría que media docena por lo menos.

—Pero solamente tienes cuatro pilotos, ¿no es cierto?

—Sigue.

—Entonces tendría sentido que yo también fuera allí —le dije—. Puedo ayudar con algunas tareas de vuelo.

Sam me miró con sus claros ojos azules. En ese momento tuve la sensación de que se estaba formando una idea diferente del hombre que había visto por primera vez con los ojos nublados y gruñendo aún por su viaje involuntario desde Nueva York hasta este páramo del sur.

—O sea que... ¿te estás ofreciendo para ayudarnos?

—Sí. ¿Por qué no?

—Es sólo que... Pues, déjame decirte lo que estoy pensando ahora mismo, David... Estoy pensando que es un momento crucial... supongo que se podría decir que es un momento decisivo en nuestra relación. Más precisamente, en tu relación con nosotros, los leñadores.

—No estoy seguro de estar entendiendo bien. Pensé que podríais necesitar ayuda para...

—Sí, y yo te estoy agradecido... muy agradecido, créeme, de que la providencia nos haya traído otro piloto experimentado. Pero lo que voy a preguntarte, David, es si quieres unirse a nosotros.

Me di cuenta de cuál había sido el hilo de pensamiento de Sam. Había llegado a un punto en el que necesitaba que yo expresara mi fidelidad a los leñadores y todo lo demás quedaba incluido: el compromiso de ayudarlos y un claro rechazo hacia el régimen de Torrence.

—Sí —le respondí con firmeza—. Soy un aliado, no tengo ninguna duda sobre eso.

—¿Y Kerris Baedekker?

—¿Qué sucede con Kerris?

—Ella no es simplemente una ciudadana del régimen de nuestro enemigo, también es su hija. —Me observaba atentamente—. Y tú y ella habéis tenido una relación sentimental.

—Y yo lamento muchísimo que ella siga estando en Nueva York. Pero mi fidelidad es con vosotros y con mi propia comunidad en la Isla de Wight. No dudo ni por un instante que nuestros dos pueblos serán aliados a corto plazo y los mejores amigos y socios de negocios a largo plazo.

—Así se habla. —Sam esbozó una lenta sonrisa—. David Masen, sería un honor para mí que me estrecharas la mano.

Así lo hice.

—Muy bien —dijo—. Te sugiero que te tomes un café rápido. Salimos en media

hora.

30. EL ESTANQUE COLUMBUS

En treinta minutos estábamos en el aire. Nuestro barco volador era una nave que llevaba tanto correspondencia y mercancías como pasajeros. Sam, Gabriel y yo estábamos sentados bastante cómodamente en la cabina del medio mientras el resto de la tripulación aprovechaba un bien merecido descanso en las literas de popa.

Después de despegar y emprender la marcha río abajo, el avión volvió a girar sobre nuestro campamento. Lo que durante un tiempo se había convertido en todo mi mundo ahora se revelaba como poco más que un pequeño claro con algunas pequeñas manchas negras que marcaban la posición de las construcciones que habían sido incendiadas.

El avión subía zumbando cada vez más. El sol brillaba con normalidad. Debajo de nosotros, el río describía una gruesa línea serpenteante de plata que moría en un lejano océano. No se veía ningún pueblo, aunque yo sabía que alguna vez había habido algunos allí abajo. Durante los años que habían transcurrido desde La Ceguera, el territorio ganado tan dolorosamente por la humanidad había sido reclamado por la naturaleza. Ahora las vides, los árboles, los arbustos, los cardos y los inmensos mares de ortigas habían colocado una mortaja verde sobre las carreteras, las líneas de ferrocarril y las ciudades. Y, sin duda, ese ejército de ocupación de trífidos tendría a sus centinelas allí abajo.

Después de estar sentado en el suelo durante los últimos días, era un placer acomodarse en los confortables asientos de la cabina.

Al cabo de un largo rato contemplando esas tierras desprovistas ahora de seres humanos, Sam Dymes dijo:

—Va a ser duro recuperar todo eso. Nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos estarán ocupados durante bastante tiempo.

—Por lo menos eres optimista, Sam —comentó Gabriel—. Crees que habrá un momento en el que podamos echar a esos malditos trífidos.

—Por supuesto que sí. Soy optimista. Después de todo, ¿qué sentido tendría continuar, seguir trabajando, planeando y luchando si no creyera que estamos progresando? —Hizo una mueca—. Vaya, si pensara lo contrario, abriría esa puerta y me lanzaría al cielo amplio y azul.

Hablamos durante un buen rato, principalmente sobre lo que veíamos aparecer bajo nosotros en la llanura, incluyendo lo que parecía el atisbo de un inmenso complejo de fábricas ahora devorado por un lago. Las zanjas de drenaje tapadas supondrían un regreso a los antiguos niveles de agua antes de poder convertir esa tierra en terreno utilizable. En esas tierras bajas pudimos ver claramente restos de fábricas, escuelas y casas que aparecían como isletas rectangulares colocadas en una extensión de agua.

El avión siguió volando. Les eché un vistazo a las plateadas alas que brillaban a la luz del sol. Cuatro enormes motores de mil seiscientos caballos nos paseaban por el aire sin esfuerzo alguno. Podíamos volar tranquilamente a casi cuatrocientos kilómetros por hora a una altitud de cuatro mil quinientos metros. Volando sola, esa máquina podía llevarme a mi casa en la Isla de Wight en quince horas. Seguí haciendo cálculos mentales durante un rato. Todavía estaba reflexionando sobre la logística de semejante viaje cuando el avión planeó hasta aterrizar finalmente.

Fue un aterrizaje perfecto. Mi ojo de piloto profesional notó el ángulo de la panza del barco volador con el que besó el agua, lanzando un penacho de espuma a ambos lados de la nave. En ese momento, el ruido de los motores disminuyó mientras el piloto cerraba la válvula reguladora. El avión avanzaba sin esfuerzos, aminorando la velocidad gradualmente.

Por un instante pensé que habíamos aterrizado en un lago normal y corriente, a pesar de que disfrutaba de un nombre indudablemente gracioso (teniendo en cuenta su prodigioso tamaño): estanque Columbus. Sin embargo, pronto vi que era uno de los «nuevos» lagos formados por el fracaso de los sistemas de drenaje artificial. El barco volador avanzó lentamente sobre el agua hacia lo que únicamente podía haber sido la torre de una iglesia, alzándose a unos seis o siete metros desde el fondo del lago. La mitad superior del reloj aparecía sobre la superficie. Las agujas se habían detenido a las dos menos diez. En el lado derecho de la torre, unas vigas de madera podrida sobresalían del agua para señalar los restos del cuerpo principal de la iglesia.

Amarrado incongruentemente a la torre de la iglesia se balanceaba un antiguo barco de vapor, rematado por una rueda de paletas. Atadas a él había un par de barcasas y lo que parecía ser una balsa de madera que se mantenía a flote gracias a varias docenas de bidones de aceite. Luego, en fila detrás de ellas, había tres grandes barcos voladores del tamaño del que habíamos utilizado para llegar hasta allí. También había varios hidroaviones de dimensiones más modestas.

Nuestra tripulación abrió rápidamente las puertas de la aeronave. Luego, a medida que el avión se fue acercando a la balsa, saltaron sobre los tablones, donde amarraron el avión como expertos. Los motores murieron con un balbuceo.

Cuando posamos los pies sobre los tablones de la balsa fuimos recibidos por un silencio espeluznante. Los claros rayos del sol bailaban sobre el agua. El viejo barco de vapor con paletas que servía de alojamiento para la tripulación estaba inmóvil. Una ligera ola en las aguas del lago hizo que una campana repicara en algún sitio no muy lejos de allí. El sonido de la triste campanada ondeó por el agua para ser tragado por el silencio del inmenso vacío que nos rodeaba. Un silencio que hablaba de desolación. Un sonido muerto que daba escalofríos.

Gabriel tenía en el rostro una expresión adusta.

—¿Qué, no hay fiesta de bienvenida?

El vacío le robó a su voz su profundidad habitual.

Los desconcertados ojos azules de Sam observaban la diversidad de naves amarradas a la torre de la iglesia.

—Pues esto sí que es extraño. Debería de haber un equipo de siete personas llevando esta base. ¿Adonde demonios se han ido todos?

Para entonces los demás habían desembarcado de la aeronave y se habían quedado de pie sobre la balsa con el mismo aire de desconcierto.

Sam ahuecó las manos alrededor de la boca.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí? —El codicioso vacío se tragó las palabras—. ¡Hola! —Sin respuesta. Hasta el sonido de la campana había desaparecido, dejando únicamente un silencio frío y de encanto—. Oh no, oh no, oh no.

Un remolino de agua meció ligeramente la balsa, produciendo una serie de sonidos acuáticos que provenían de algún lugar debajo de ella. Sam caminó hacia una pasarela que se extendía hasta la barcaza más cercana. Allí se detuvo, se tocó los labios para advertirnos que nos mantuviéramos en silencio y sacó su revólver.

El agua se arremolinó y, una vez más, el ávido sonido acuático llegó desde la superficie inferior de la balsa. La campanada también volvió a sonar: un sonido hueco y fantasmal que retumbaba en el agua. Esta vez me di cuenta de que provenía de una campana pintada de rojo que estaba colocada en una especie de horca junto a la pasarela. Pintadas en un cartel que había debajo de ella, estaban las palabras: «Tócame, y luego corre al infierno». Evidentemente se trataba de un sistema de alarma para la tripulación de la base.

Abriéndose paso con mucho tiento por la pasarela, Sam nos indicó con un gesto que lo siguiéramos. Entonces noté señales que sugerían claramente que algo malo había sucedido. Un hacha había sido clavada en una barandilla de madera. Había una taza de porcelana destrozada sobre la cubierta de la barcaza. Ése era uno de los talleres donde los mecánicos revisaban los motores de las aeronaves. Había un motor desarmado a medias. Una llave inglesa descansaba sobre el surtidor de gasolina, como si el mecánico acabara de tomarse un descanso para fumar un cigarro. En todas partes había señales de violencia junto a otras propias de un día de trabajo normal. En el taller había una taza de café medio llena con la bebida ya pasada, mientras que, cerca de la barandilla, unas líneas brillantes en la cubierta de acero sugerían que alguien la había golpeado con un hacha, marcando cortes en el metal.

—Maldita sea —gruñó Sam.

—¿Qué demonios ha sucedido aquí?

—Los hombres de Torrence.

Gabriel estaba de pie y preparado con su automática.

—No entiendo cómo han podido ser ellos. No tienen los aviones necesarios para volar hasta aquí. Estamos a treinta y siete kilómetros del río navegable más cercano

con una salida directa a mar abierto. Aunque hubieran descubierto la localización de este sitio, habrían tenido que arrastrar por tierra barcas pequeñas durante kilómetros, a través de campos de tréfiles, antes de llegar a este lugar en el lago. —Desconcertado, sacudió la cabeza—. No tiene sentido —dijo recogiendo un rifle—. Alguien utilizó esto como garrote. Mirad, la caja está destrozada. —Revisó la recámara—. Pero tiene toda la carga.

—Probablemente esté atascada.

Gabriel apuntó al otro extremo del lago y apretó el gatillo. El estallido resonó en mis oídos. Una vez más, el sonido se extinguió sin el fantasma de un eco.

—Perfecto —dijo—. Tienes un arma que funciona y está cargada. Entonces ¿por qué la usas de garrote?

—Y no hay cartuchos usados en la plataforma —comenté yo.

—Ha habido un enfrentamiento, pero no disparos.

Nos movimos de una barcaza a la otra. En seguida llegamos al barco de vapor con paletas amarrado a la torre de la iglesia. Viéndolo de cerca, era mucho más alto que yo. Disfrutaba de dos plantas de camarotes con amplios balcones y elementos ornamentales en hierro. Ese barco había sido alguna vez una belleza del sur entre botes fluviales, transportando lujosamente por los ríos a jugadores millonarios. Seguramente en otro tiempo las cubiertas estarían inundadas de música y risas, tal vez junto a los extraños contratiempos de una partida de póquer o de los favores de una mujer fatal aristocrática. Ahora se había convertido en un barco fantasma.

Las puertas de los camarotes chirriaban con cada ola del lago. Los alimentos sin comer se habían secado y quedado pegados a los platos en el comedor. El agua en una tetera había hervido hasta evaporarse y el fondo de la tetera se había derretido. Las camas estaban todas hechas.

—Quiquiera que haya atacado la base debió de hacerlo durante el día —dije yo—. Las camas no estaban ocupadas. Y, a menos que esté muy equivocado, la comida de esos platos parece propia del almuerzo más que del desayuno.

—Estoy de acuerdo. —Sam tenía un gesto en la cara como si un mal sabor le hubiese inundado la boca—. Pero no hay cuerpos. Ni manchas de sangre. Sin embargo fueron alertados del ataque y tuvieron tiempo para defenderse.

—Y prefirieron luchar con hachas. Esgrimieron rifles como garrotes, a pesar de que las armas estaban cargadas.

Registramos el barco de arriba abajo. No había señales de los hombres. Y tampoco de ningún atacante. Le informé de eso a Sam mientras estaba apoyado sobre la vistosa barandilla de cubierta, mirando fijamente el agua que quedaba entre la torre de la iglesia y el casco abandonado del barco. Allí abajo creí ver el esqueleto de un camión debajo del agua, sus faros muertos mirando fijamente como las cuencas de los ojos de una calavera. Las aguas de la inundación debieron de haberlo arrastrado

hacía años, hasta chocarse contra la iglesia. Ahora estaba allí pudriéndose. Largas hebras de algas verdes atravesaban el agua como mechones de pelo de duende.

Sam encendió un cigarro.

—Muy bien, David. Me doy por vencido. ¿Qué ha sucedido con el mundo? ¿Cómo se ha vuelto tan loco? —Con una expresión melancólica le dio una calada al cigarro—. ¿Cómo puede ser que hace treinta años la gente simplemente vio unas luces verdes en el ciclo y se quedó ciega por eso? ¿Cómo pudimos ser invadidos por un puñado de plantas andantes con ridículas hojas? ¿Y por qué el sol ya no brilla como antes? Y, por el amor de Dios, ¿cómo puede ser que un grupo de hombres adultos desaparezca de repente como si hubiera sido ahuyentado por fantasmas? —Me miró—, Dime que tienes las respuestas a estas preguntas, David, y me harás el hombre más feliz de la Tierra.

Por mucho que deseé ayudar a Sam en ese sentido, le dije la verdad aunque con pesar: no tenía respuestas.

Lanzó el cigarro al agua, donde murió con un siseo.

—Bueno, pues entonces somos dos, David. Te diré algo. Ahora mismo me gustaría estar en casa con mi esposa y mi familia. Entonces no tendría que despertarme cada día y enfrentarme con otro misterio más grande aún que el anterior. Podría disfrutar quedándome hasta tarde en la cama los domingos por la mañana, con una cafetera y el periódico y una buena mujer a mi lado.

Durante unos segundos, su mirada quedó perdida en la distancia. No estaba mirando la iglesia anegada, ni ese barco fantasma en el que estábamos. Sólo duró un momento, luego volvió a enfocar los ojos. Respiró profundamente.

—Muy bien. Será mejor que archivemos todo esto... —dijo señalando las naves vacías—... bajo el nombre de *María Celeste* y lo dejemos así.

Ojalá hubiera sido tan fácil.

Durante la siguiente hora o así hicimos las tareas necesarias para preparar los barcos voladores para el viaje de regreso al campamento. La tripulación de apoyo bombeó combustible de aviación a los tanques vacíos, revisó los niveles de aceite y la instalación eléctrica, y soltó cables. Los pilotos, incluyéndome a mí, nos instalamos en las cabinas de vuelo para inspeccionar los equipos de instrumentos.

Sam observó durante un rato, un poco perdido. Finalmente ahuecó las manos, las acercó a la boca y gritó desde el barco. —Estoy preparando café. Estará listo en diez minutos. Desde luego, quienquiera que hubiera raptado a la tripulación de la base ni siquiera había tocado las reservas de comida. Cuando nos reunimos en la cubierta del barco, Sam había puesto unas tazas con un maravilloso café caliente y una lata de galletas de avena.

—Podéis comerlas —nos dijo con expresión sombría—. Algo me dice que la tripulación original no va a regresar.

Uno de los pilotos apareció en la cubierta para decirle a Sam que había que volar ahora si tenía que llegar al cuartel general antes del anochecer.

—Vale... mira, aquí está mi informe y una carta para el jefe. Pregúntale si puede darte una respuesta, y mis nuevas órdenes para mañana por la mañana.

Después de que el piloto se marchó en dirección a su avión, Sam encendió otro cigarro. Luego se dirigió a todos nosotros, como si hubiera estado sopesando algunos datos en su mente. —Vosotros sabéis que teníamos un total de cien hombres y mujeres exactamente en el campamento. Treinta fueron matados o bien capturados durante el ataque. Y aún hay media docena con heridas que van a mantenerlos hospitalizados durante un tiempo más. ¿Cómo podremos reemplazar a tan buena gente?

Se encogió de hombros. No estaba esperando una respuesta. No había respuesta. Yo sabía que, en total, la población de los leñadores en sus diferentes comunidades ascendía a no más de ciento cincuenta mil. Esa escasa población ya estaba saturada de trabajo, simplemente alimentándose y vistiéndose a sí misma, además de empleando preciados recursos en el interminable cometido de eliminar ejércitos de trífidos y reparar cientos de miles de vallas antitrífidos. Gabriel masticaba pensativamente una galleta.

—Por lo que veo, el jefe va a tener que sacar personal de los otros campamentos para cubrir otra vez nuestras pérdidas.

Sam asintió con la cabeza.

—Supongo que sí. Pero eso no nos va a dejar muchas reservas... —Esbozó una sonrisa cansada—. Me recuerda al viejo chiste del ejército. Si las sábanas de tu cama son demasiado pequeñas, corta un trozo de la parte superior y cóselas al final... Sólo que ya no es un chiste. Para todos los efectos, eso es lo que estamos haciendo.

Gabriel me miró.

—Tal vez podamos negociar alguna forma de arrendamiento con la gente de David. Desde luego que nos vendría muy bien...

—Gabriel, perdona. —Sam alzó una mano para pedir silencio—. ¿Alguien ha oído eso?

Nos miramos unos a otros y sacudimos la cabeza.

Sam se acercó hasta la barandilla. El modo en que de repente su cabeza se inclinó hacia adelante me hizo pensar que había visto algo malo.

—Michael está en el suelo... totalmente desplomado sobre la plataforma.

Seguí a Sam por las pasarelas de enlace desde el barco hasta una de las barcasas y luego hasta la siguiente. Frente a nosotros, a un nivel más bajo, estaba la gran plataforma de la balsa. El piloto yacía sobre la espalda bajo la luz del sol, con los brazos a ambos lados del cuerpo. El sobre con el informe de Sam estaba tirado junto a él.

Un parloteo de voces fue aumentando a mi alrededor. Confusión. Furia. Preocupación.

La gente comenzó a acercarse para ayudar al compañero caído. Pero la educación escolar que había tenido tantos años atrás acudió a mí de repente.

Si encuentras a alguien desplomado en el suelo, no te acerques. Mira detenidamente a tu alrededor. Luego examina cuidadosamente el rostro y el cuello del paciente en busca de señales reveladoras...

Así lo hice. Y las vi.

—¡Esperad! —vociferé mientras los hombres se abrían paso a mi lado, preparados para correr por la pasarela hasta llegar a la plataforma de la balsa—. ¡He dicho *esperad!*

Me adelanté a ellos, obstruyendo el paso.

Un hombre robusto me dijo:

—Muévete, colega. ¿No ves que está enfermo?

—¡No! —Hice un esfuerzo y empujé al hombre—. Quedaos aquí. ¿No veis lo que tiene en el cuello? —Me toqué mi propio cuello, justo debajo de la oreja—. Tiene una marca roja.

—¿No la reconocéis? —les grité, desesperado por evitar más pérdidas de vidas—. Es la picadura de un trífido.

—¿La picadura de un trífido? Colega, tienes que estar loco. ¿Ves algún trífido por aquí?

Miré a mi alrededor. Vi lo que había visto al llegar allí. Una variopinta colección de naves, algunos barcos voladores y una iglesia hundida. Aparte de eso, nada más que un inmenso lago brillando entre gris y plateado bajo la luz de ese sol apagado.

—¿Y? —El rostro del hombre estaba encendido de ira—. ¿Ves algún maldito trífido?

—Créeme, eso es una picadura de trífido.

Sam me miró perplejo.

—David, lo siento, debes de estar confundido. Ahora, tenemos que ayudar a este compañero.

—Está muerto. Podéis ver que...

—Muévete, colega.

Era comprensible. El hombre fornido quería ayudar a su amigo. También era mortal.

Gruñendo, me empujó contra la barandilla. Un momento después corría por la cubierta hacia el hombre caído. Antes siquiera de que llegara a alcanzarlo, las aguas del lago junto a la balsa se arremolinaron como si unos peces hambrientos estuvieran alimentándose justo debajo de la superficie. Simultáneamente oí un chasquido.

No creo haberlo visto realmente. Retrospectivamente, me digo a mí mismo que vi

la imagen borrosa de algo largo y muy esbelto.

El hombre grande gimió. Inmediatamente dirigió la mano hacia la frente. Y entonces todo había acabado. Dio algunas vueltas y las rodillas se le doblaron. Luego se desplomó cerca del borde de la balsa, y uno de sus brazos quedó colgando de modo que las puntas de los dedos tocaban el agua.

—¡No os acerquéis! —les grité a los sorprendidos hombres—. Meteos en el taller. —Los apremié hasta que cruzaron de nuevo la puerta del taller. Estarían a salvo entre las paredes de madera.

Sam sacudió la cabeza, completamente atónito. Finalmente respiró profundamente intentado tranquilizarse.

—¿Qué ha sido *eso*?

—Lo derribó el aguijón de un trífido —le dije.

—Pero ¿aquí?, ¿en medio de toda esta agua? Quiero, quiero decir... ¿tú ves algún trífido?

Recordé la balsa de troncos de trífido a la deriva que se mantenía unida por la hierba sobre la que había aterrizado forzosamente. Miré, pero no encontré nada que se le pareciera ni remotamente.

Me encogí de hombros, profundamente confundido.

—Créeme, Sam. Aquí hay un trífido. En alguna parte. Sólo que, por alguna razón, sencillamente no puedo verlo.

Gabriel se adelantó, su gran altura le otorgaba la capacidad de mirar al agua desde un punto de vista no tan limitado como el nuestro. Y dijo con su voz grave:

—Ya sé dónde están.

—¿Dónde?

—En el agua.

Sam se subió a un cubo boca abajo para mirar el agua del lago, aunque receloso de un nuevo ataque.

—No, Gabi —dijo finalmente—. No los veo. ¿Dónde están?

—Debajo del agua... Es una cuestión de mutación.

—¿Qué dices?

—Mutación. Esos monstruos están cambiando a pasos agigantados. Hablan, matan, se comunican entre sí. «Ven» utilizando una especie de sonar.

Sam tartamudeó.

—Vamos a ver. ¿Ahora me estás diciendo que esas asquerosas plantas pueden nadar?

—No, nadar, no —murmuró Gabriel, casi como si tuviera miedo de que los trífidos lo oyeran—. Una especie completamente nueva... una especie acuática. Lo que vi allí en el lago creyendo que eran plantas acuáticas comunes y corrientes debe de haber sido la fronda superior de los trífidos.

—Supongo que eso resuelve el misterio del equipo de la base. Han sido eliminados por esos nuevos trífidos acuáticos.

—Pero no creo que hayan sido eliminados uno por uno —le dije—. Tuvo que haber sido un ataque planeado. Han matado a toda la base en tan sólo unos momentos.

—¿Una *emboscada*?

Gabriel asintió con la cabeza.

—Supongo que David tiene razón. Esos trífidos estuvieron vigilando a la gente de la base, luego escogieron un momento en el que todos estuvieran expuestos para el ataque.

—Maldición. —Sam sacudió la cabeza—. Tenemos que informar inmediatamente al cuartel general. Vaya... esas plantas podrían estar avanzando bajo el agua, subiendo por ríos y riachuelos, acercándose a nuestros pueblos. Malditos bichos.

Gabriel miró a su alrededor.

—Pero lo primero es lo primero. Si alguien sale afuera, será asesinado antes de llegar siquiera a acercarse a los barcos voladores.

—Es cierto. Buena observación. —Sam se acarició la mandíbula—. Muy buena observación. ¿Y entonces cómo haremos para llegar hasta los aviones?

31. LA NECESIDAD AGUDIZA EL INGENIO

Una búsqueda de diez minutos proporcionó los materiales. A pesar de lo apretados que estábamos en el taller, con Sam en la puerta vigilando la aparición de una nueva sorpresa, me puse a trabajar. Elaboré un casco con malla galvanizada. Hubiera preferido costuras soldadas pero me conformé con un bramante resistente. Éste, atado por dentro y por fuera de la malla, unía las distintas partes formando una especie de caja, abierta en la base. Recorté por aquí y por allá con las cizallas y me aseguré de conseguir una terminación que encajara bien en los hombros. La búsqueda también había revelado un antiguo par de guantes de cuero de piloto. Endurecidos por el tiempo, cumplirían la función. Para protegerme los ojos encontré unas gafas de piloto. Me cubrí el resto del cuerpo con una chaqueta de cuero también de piloto y, encima de eso, me puse un poncho cortado de un gran trozo de resistente lona. Completé el híbrido traje con trozos de lona atados alrededor de las piernas imitando las chaparreras de un jinete. Bonito no era. Pero tenía que funcionar.

Le pedí un cuchillo de caza a uno de los pilotos y me lo dio. Lo metí en la parte superior de mi botín; como armamento adicional elegí un hacha pequeña.

Blindado de esa manera me dirigí hasta la puerta del taller. Fuera, todo parecía en calma. Sin embargo, mientras habíamos estado trabajando algo había sucedido con el cuerpo del hombre fornido que me había empujado.

Me quedé mirando fijamente los tabloncillos vacíos de la plataforma. Hacía diez minutos el cadáver estaba allí. Ahora había desaparecido. Pero no había tiempo para darle vueltas a eso. Necesitábamos llevar a ese grupo de hombres y mujeres hasta la aeronave, y luego transportarlos sanos y salvos de regreso al campamento. Con algo de tiento salí por la puerta y caminé hasta la pasarela. Deseé que mi improvisado traje antitrífido fuera suficiente, pero sabía muy bien que nunca lo había probado. Apreté con fuerza los labios. Si un aguijón alcanzaba al casco, aún existía la posibilidad de que algunas gotas de veneno me rociaran la cara. No obstante, por lo menos mis ojos estaban bien protegidos por las gafas de piloto.

Mirando y escuchando todo el tiempo, bajé por la pasarela hasta llegar a la amplia plataforma de la balsa. Se balanceó ligeramente bajo mis pies, produciendo un sonido de agua bajo los maderos.

Con sólo lanzarle una mirada al piloto me di cuenta de que estaba muerto. La marca enrojecida aún ardía en la zona del cuello donde le había picado el aguijón. Tenía intención de colocar el barco volador junto a la balsa tirando de las amarras, luego subir a bordo y encender los motores para que se calentaran lo necesario antes de despegar. Es más, si acercaba el flanco de la máquina bien al borde de la balsa, sin dejar ningún espacio por el que el trífido acuático pudiera atacar desde el agua, entonces la gente podría subir a bordo sin peligro alguno.

Había comenzado con el agotador trabajo de tirar de la cuerda, atrayendo el enorme barco volador hacia mí, lenta, muy lentamente, cuando sentí el primer golpe. Un agujijón chasqueó contra mi pecho. Rogué que la lona fuera suficientemente gruesa. Otro agujijón dio en el casco. Me estremecí al pensar en las gotas de veneno directamente sobre mi piel. Cerré la boca firmemente mientras el veneno comenzaba a picar y escocer en la carne expuesta. Puesto que el veneno no era letal a menos que fuera inyectado en el flujo sanguíneo a través de la piel por los pelos del agujijón, un enjuague con agua lo curaría, después de haber completado la tarea que me había encomendado, por supuesto.

Más agujijones se desenroscaban para atacarme desde el lago. Ahora podía ver el agua rizándose cuando rompían la superficie. Una serie de latigazos me azotaron los guantes, los brazos y el casco.

Estás empezando a perder el objetivo, pensé. La frustración está pudiendo contigo.

Eso fue lo que me dije a mí mismo. Sin embargo, luego noté que los agujijones que aparentemente habían fallado habían caído justo detrás de mí. Y descubrí que, por alguna razón, se estaban enredando alrededor de mis piernas.

Me dije a mí mismo que esos trífidos acuáticos sencillamente se estaban metiendo en un embrollo. Pero, al poco rato, los largos agujijones comenzaron a tirarme de la pierna. Un momento después ya estaban tensos como las cuerdas de una guitarra, vibrando tanto que salpicaban gotitas de agua.

Dejé de tirar de la cuerda de amarre porque me di cuenta de que la fuerza con la que tiraban de mí los trífidos se había vuelto feroz. Bajé la mirada y me vi las piernas. Quizá habría una docena de agujijones alrededor de cada extremidad. No era ninguna tontería. Esos agujijones eran prensiles. La fuerza de su tirón era enorme y en ese momento caí en la cuenta de que estaban intentando arrastrarme hacia el agua.

De modo que eso explicaba la desaparición del hombre corpulento y también la del equipo de la base. Eran matados y luego arrastrados hasta el agua, donde se convertían en comida de trífido.

Rápidamente solté las amarras e intenté romper los agujijones. No funcionó. Eran demasiado duros. En ese momento tuve una clara imagen de mí mismo siendo arrastrado por la fuerza hacia el lago. Casi podía sentir el agua cubriéndome la cabeza. Me derribarían. Me ahogarían. Y luego empezarían a comerme.

Blasfemando por lo bajo, saqué el cuchillo. La hoja de caza brillaba. Gracias a Dios, cortó agujijón por agujijón. En cuanto quedé liberado redoblé mis esfuerzos.

—Pensé que te vendría bien un poco de ayuda.

Lancé una mirada de soslayo.

—¿Gabriel?

Me sonrió a través del casco de malla de alambre, sus ojos cubiertos tras unas

gafas.

—A ver —me dijo—, no te quedes con toda la cuerda.

Ahora la tarea empezó a ser más fácil. Arrastramos el barco volador hasta que quedó junto a la balsa. Al quedar tan sólo unos treinta centímetros de distancia de seguridad entre las hélices y los tablones de la cubierta, me di cuenta de que después de todo no podía arriesgarme a encender los motores. Sin embargo, al menos ahora la mole del barco volador nos serviría de barrera contra los aguijones de los trífidos. En unos pocos momentos habíamos embarcado a la gente que estaba en el taller.

Pronto el barco volador, junto con su aeronave gemela, había despegado, dejando las naves abajo al cuidado de los trífidos acuáticos.

El resto del día lo dedicamos a la rutina de ir y venir del campamento a la base flotante. Uno de los pilotos cogió un pequeño hidroavión de uno o dos flotadores y se embarcó hacia el sur en un viaje de cuatro horas hasta el cuartel general. Junto a él, en el asiento del copiloto, iba el sobre con el informe de Sam, su advertencia acerca de los trífidos de agua y una petición de nuevas órdenes.

El resto de los pilotos y yo transportamos tiendas de campaña, comida, municiones y combustible de aviación desde la base hasta el campamento.

A pesar de los traumas del día me sentía bien por volar otra vez. Disfrutaba de la sensación de la palanca de mando en la mano, la reconfortante familiaridad de revisar rutinariamente la brújula giroscópica y el altímetro que adornan el control general. Y el sonido de cuatro motores funcionando melodiosamente era música para mis oídos.

Cuando hacía el último viaje de regreso con el avión casi lleno a reventar con provisiones muy necesarias, miré por las ventanas el sol que se ponía proyectando largas sombras en la tierra a novecientos metros debajo de mí y canté en voz baja.

Entonces se me ocurrió que, volando solo como estaba, podría haberme deshecho de esas provisiones y virar el morro del avión hacia el este. Los tanques de combustible estaban llenos y hacia la media tarde, hora local, del día siguiente podría haber estado planeando a punto de aterrizar en una de las bahías de la Isla de Wight. Pero sabía que no lo haría. Y no era únicamente una cuestión de lealtad hacia Sam Dymes y su gente. No. Tenía otros planes. Pero de momento no podía contárselos a nadie.

32. PLANES PARA EL FUTURO

Trabajo. Y más duro trabajo. Eso fue lo que hice el día posterior al viaje a la base, que flotaba allí en el lago tan espeluznante como un barco fantasma. Ayudando a despejar los restos incinerados de las cabañas de alojamiento, me sorprendí a mí mismo respirando polvo y tragando hollín. Lo que hacía aún más horroroso ese caos eran los restos humanos que yacían como palos ennegrecidos entre los escombros. No tardé mucho en atarme un pañuelo para tapar la parte inferior de mi rostro y así evitar inhalar lo peor de los restos.

Por lo menos ahora veíamos cierto progreso. Las brigadas antitrífido se habían deshecho rápidamente de las plantas que habían atravesado las vallas rotas. Las propias cercas habían sido reparadas. También hubo pequeños milagros de los que todo el mundo estaba sinceramente agradecido. Un mecánico aprendiz había sido sacado con vida de un pozo al que se había tirado una vez comenzado el tiroteo. Más tarde, esa misma mañana, un par de mujeres con trajes protectores habían salido cojeando de los bosquetes de trífidos. Eran supervivientes de una torre de observación periférica que había sido sorprendida por el enemigo antes del ataque.

Con el regreso del orden al campamento —la colocación de tiendas de campaña, la instalación de cocinas al aire libre— nuestras perspectivas parecían haber mejorado mucho. Las cosas parecían más claras aún con el regreso de dos de los barcos flotantes de cuatro motores que se habían marchado con las primeras luces de la mañana.

Una brigada de hombres y mujeres bien armados desembarcó en lo que quedaba de un embarcadero. Conté cincuenta personas. Descargaron del avión maletines de viaje y cajas de municiones. Durante el resto del día, los barcos voladores fueron y vinieron del campamento al cuartel general.

En un bien merecido descanso para almorzar me lavé exhaustivamente, maravillándome al ver cómo el agua que se deslizaba por mi cuerpo se convertía en tinta negra por las cenizas. Luego me senté a comer el ahora habitual guisado de pescado y trífido.

Gabriel se sentó a mi lado.

—Han llegado los refuerzos —me anunció mientras ponía trozos de pan en su cuenco—. Tropas de primera. De modo que eso nos hace pensar que el cuartel general se guarda una carta en la manga.

—¿Como qué?

—Sam ha recibido órdenes selladas del jefe militar de la marina hace aproximadamente veinte minutos. Tienen una reunión esta misma tarde. —Me miró—. Por cierto, tú estás invitado.

Me metí una cucharada de comida picante en la boca.

—¿Habrá más refuerzos? Quiero decir, cincuenta hombres es un comienzo, pero en realidad hemos perdido bastante más que eso.

—Al poco personal que hay se le hace rendir al máximo. El resto de los soldados de infantería de marina está ocupado en maniobras de contrarrebeldía en los Everglades de Florida. Y la fuerza aérea y las lanchas cañoneras están trabajando sin descanso para evitar que un grupo de piratas invada nuestras aguas en el golfo de México. Y eso fue mucho antes de que el cuartel general empezara siquiera a pensar en desafiar a Torrence.

Una vez más mi mente regresó a mi isla, a mi hogar. Más que nunca me pareció un lugar pacífico y alejado de todo aquello, que no había sido atacado durante años por ningún enemigo, ni trífido ni humano. Me parecía que los leñadores estaban entre la espada y la pared. Bandidos, piratas, incluso cazadores normales y corrientes parecían estar amenazando cada frontera.

—Y lo más triste —me dijo Gabriel— es que aquí no estamos hablando de bandoleros fanfarrones. Hemos notado que siempre que hay una mala cosecha o un duro invierno los asaltos en nuestras comunidades se triplican, ya sea para robar ganado o un par de sacos de patatas. La verdad es que la gente que nos asalta son simplemente personas normales como nosotros que se ven arrastradas por la amenaza, y la realidad, del hambre. Después de todo, si tu hijo se está muriendo de inanición, ¿tú simplemente te cruzas de brazos, sabiendo que tus vecinos tienen una despensa llena? No. Haces algo al respecto, ¿no es cierto?

—¿Quién es esa gente?

—Por lo general no lo sabemos. De lo único que estamos seguros es de que no tienen nada que ver con Torrence. Parecen ser poblados pequeños e independientes, que se buscan la vida, una vida bastante miserable, en las tierras altas. —Se encogió de hombros—. Cuando los tiempos se ponen difíciles para ellos, bajan y nos complican la vida a nosotros.

—Seguramente algo se podrá hacer respecto a ellos.

—Hemos empleado mucho combustible y tiempo de vuelo intentando localizarlos desde el aire. Pero incluso si llegamos a encontrar sus poblados, digamos que me cuesta un poco digerir la idea de bombardear familias hambrientas.

—No, me refiero a comenzar a dialogar con ellos. Cuando haya una mala época dadles comida.

—¿Darles comida? ¿Eso sería como un programa de asistencia social? ¿O como pagarle dinero a la Mafia para que nos proteja?

—Si les dais lo suficiente para que dejen de pasar hambre, entonces les quitaréis los motivos para invadir los poblados de los leñadores.

—Buena observación, David. Pero ya lo hemos intentado. A la hora de la verdad, todos se miran unos a otros con mutuo recelo. Es como Ryder Chee y su familia.

Hemos vivido muy cerca de esa gente durante los últimos veinte años, casi codo a codo. Pero cuando nos visitaron hace dos días fue la primera vez que intercambiamos una palabra con ellos.

—Y han sido ellos quienes han dado el primer paso —le respondí—. Han traído material médico.

—Y yo les agradezco su ayuda desde lo más profundo de mi corazón.

—Gabriel, estoy seguro de que...

—Y yo estoy seguro de que una de las razones por las que esa gente vino hasta aquí, caminando entre los trífidos como si no fueran más venenosos que unos cerezos, fue para regodearse de su propia inmunidad. —Sus ojos tenían un duro fulgor—. Pero supongo que una vez que normalicemos nuestra situación no volveremos a ver señales de Ryder Chee y su clan.

Me tragué la última cucharada de guisado. —Ya veo a qué te refieres cuando hablas de recelo mutuo —le dije a Gabriel antes de volver a trabajar.

Esa tarde me dijeron que debía estar presente en una reunión en la tienda de Sam a las tres en punto. Agradecido, dejé el ennegrecido caos de vigas de techo que había estado despejando, me lavé, me cambié de ropa y luego me presenté en la improvisada oficina de Sam con un minuto de sobra.

Sam no solía ser demasiado ceremonioso. Sin decir una palabra nos saludó con la mano al entrar mientras se servía una taza de café. Miré alrededor de la mesa. Sentados allí estaban los pilotos supervivientes del campamento, Gabriel Deeds, el jefe militar de la recién llegada infantería de marina y un par de miembros del equipo de Sam que hacían de secretarios. Sin decir una palabra aún sacó una carta de su maletín y la desplegó delante de él. Luego, sin mirarnos siquiera, dijo pragmáticamente:

—El teniente Truscott envió esta carta hace poco tiempo. Me gustaría que escucharais esto, por favor. —Comenzó a leer:

Desde el cuartel general, Colina del templo, al jefe militar Samuel J. Dymes, Fuerte Comanche. El alto mando le ordena que consiga el objetivo original expuesto en la orden 93C/I. A saber, entregar el sujeto C al cuartel general el lunes veintiuno. Se le recuerda que debe darle la máxima prioridad a este cometido y conseguirlo a cualquier precio. Las provisiones y los refuerzos necesarios para cumplir su objetivo acompañan este comunicado oficial. La logística de transporte es una cuestión que corre por su cuenta. Está usted debidamente informado de la importancia de esta misión. Por último, insisto en que tengo una confianza absoluta en sus aptitudes de liderazgo y en la competencia de su equipo para realizar con éxito una misión de incomparable valor para nuestro pueblo. Atentamente, general de división

Respiró profundamente y le dio un buen sorbo a su café. —En atención a los que no han visto la orden 93C /I, el sujeto es Cristina Schofield. Algo que sin duda ya os habéis imaginado. Ahora bien... éstas órdenes suelen pecar de brevedad pero creo que todos entendemos bien lo que la jefa nos está pidiendo que hagamos. Se nos exige que saquemos a Cristina de Nueva York y que la entreguemos sana y salva al cuartel general el lunes veintiuno, lo cual según mis cálculos nos da exactamente diez días.

Gabriel se puso brevemente las manos sobre los ojos con incredulidad.

—Imposible —declaró—. No sabemos dónde tienen a Cristina. Y, además, sólo contamos con cincuenta soldados de infantería de marina para llevar a cabo el trabajo.

El teniente Truscott tomó ese comentario como un desaire.

—Señor Deeds, mis hombres son absolutamente capaces de ejecutar esas órdenes.

—Mire. —El puño de Gabriel yacía cerrado sobre la mesa—. No es mi intención ofenderle. Pero Nueva York sigue siendo tremendamente grande. Está muy bien defendida con artillería y baterías de misiles. Tiene un radar, barcos que vigilan, una fuerza armada permanente de mil quinientos hombres y una fuerza de defensa civil de cerca de diez mil.

—Gabriel —lo interrumpió Sam—. Nadie está diciendo que vamos a ir a conquistar Nueva York. Será una incursión muy breve. Cuando tengamos a Cristina nos largamos de allí. Y puede que sea un buen momento para recordarle a la gente por qué necesitamos hacer eso: Torrence tiene intención de utilizar los óvulos de Cristina para crear un ejército que será inmune al veneno de los trífidos. Con ese ejército nos aplastará, así como aplastará a todas las comunidades que no estén dispuestas a entregarle a su libertad. En resumen, será mejor que rescatemos a Cristina o de lo contrario... —Se encogió de hombros—. Ya podemos ponernos a firmar nuestras propias sentencias de muerte.

—Disculpa, ¿te importa? —Gabriel señaló la carta con la cabeza.

—Claro que no. Adelante. —Sam le entregó la hoja.

Gabriel la examinó hasta que llegó a una oración que le hizo abrir los ojos de par en par.

—Aquí dice que «la logística de transporte es una cuestión que corre por su cuenta». Sam sonrió débilmente.

—Es una forma elegante que tiene el cuartel general de decir: «No sabemos cómo va a llevar a los soldados hasta Nueva York, pero estamos seguros de que se le ocurrirá algo».

Gabriel señaló con el pulgar en dirección a los submarinos destrozados.

—Nuestro número de barcos se reduce a un par de canoas y un bote. —Me miró

primero a mí, luego a los otros dos pilotos—. Pero supongo que tienes otros planes, ¿verdad?

—Por supuesto, Gabi. Podemos volar con la brigada de secuestro a Nueva York en tres horas.

—Dime que estás bromeando, Sam. Dime que todo esto es una gran broma, y entonces podremos reírnos a carcajadas. Después de eso hablaremos de la verdadera estrategia.

Sam sacudió la cabeza, sus ojos azules estaban serios.

—No es una broma, Gabi. Eso es lo que vamos a hacer. Tenemos tres pilotos y tres buenos aviones. Podemos transportar fácilmente una fuerza de noventa soldados hasta allí y luego traerlos de regreso sanos y salvos.

Gabriel parecía horrorizado.

—Venga, Sam. Acabas de oírme decir que Nueva York está protegida por radar, reflectores y alrededor de un centenar de armas antiaéreas. Esos viejos barcos voladores serán para ellos como patitos en el agua.

—No he dicho que tenía todas las respuestas, ¿no es cierto? —El rostro de Sam se arrugó hasta formar una lúgubre sonrisa—. Por eso he invitado a nuestros pilotos. Ellos pueden decirnos cómo engañar al radar.

Gabriel soltó un sincero suspiro.

—Parece que me hubieran dado el papel de abogado del diablo... y mi intención no es echar por tierra tus planes, y perdona la siniestra metáfora, pero sólo tenemos dos pilotos.

—Dos más David Masen hacen tres.

—Pero ¡con todo lo que nos ha costado alejar a David de Torrence! Debéis de estar locos para enviarlo otra vez allí.

Sam sonrió.

—Bienvenido al manicomio, Gabi.

—Pero, por el amor de Dios, ¿por qué? Si David cae en manos de Torrence estaremos otra vez donde empezamos. Peor aún. Torrence encerrará a David hasta que pueda utilizarlo como rehén para hacerse con la Isla de Wight y con esa máquina que convierte el aceite de trífido en combustible de aviación, en gasolina y en un montón de cosas más. Y entonces estaremos todos muertos y enterrados.

Sam entrelazó los dedos.

—Gabi, hay que hacer lo que hay que hacer. Tenemos que sacar a Cristina de Nueva York. Y además de esos cincuenta soldados de infantería necesitamos ingenieros y zapadores. Eso hace una fuerza de noventa personas.

—Entonces pueden ir en dos aviones, no en tres.

Sam se dirigió a mí.

—Yo no soy piloto, David. Explícale el problema a Gabi.

—Dos aviones pueden cargar noventa personas entre ambos, pero cuantos más pasajeros o carga explosiva lleves, más combustible se consume. Necesitas repartir esas noventa personas entre tres aviones para una distancia como ésta o sencillamente nos quedaríamos sin gasolina para el viaje de vuelta.

—Entonces que envíen a un piloto de otra base.

—Sabes que eso es imposible, Gabi —le dijo Sam—. Ya están todos tremendamente ocupados.

Gabriel lo aceptó con un amplio gesto.

—Vale. Lo admito. Incluso haciendo caso omiso del hecho de que creo que estamos locos por enviar a David otra vez a la boca del lobo, aún siguen existiendo otros problemas fundamentales. Uno: no sabemos dónde tienen a Cristina Schofield.

—Sí lo sabemos: en el Empire State Building. Planta noventa y tres.

—¿De modo que no habéis tardado en encontrar a otro que me reemplace allí?

—Había otro u otra —le respondió Sam—, que ya estaba allí. Tú eres el mejor, pero necesitábamos saber que teníamos a alguien que pudiese sustituirte.

—¿Por si acaso?

Sam le respondió asintiendo con la cabeza. Apareció más café sobre la mesa. Sam encendió un cigarro. Y siguió la conversación durante toda la tarde. Fuera, el escaso sol hacía todo lo que podía para iluminar el mundo. Una bandada de gansos aleteaba en lo alto tranquilamente hacia el sur; sus graznidos llenaban el aire. Detrás del vallado, los trífidos hacían sonar las ramitas, movían nerviosamente las hojas y hacían todo lo posible por hacer gala de su siniestra presencia.

Los puntos del plan de Sam fueron expuestos, trabajados y resueltos uno por uno. Necesidades de combustible, autonomía de las aeronaves, capacidad de cargar explosivos de demolición, tipos de munición, víveres, duración de la misión, ruta, etcétera, etcétera. Los detalles eran el verdadero quid de la cuestión. Porque pasar por alto un pequeño punto podía representar el fracaso catastrófico de toda la estrategia.

Lo confieso, durante un prolongado debate entre Sam y el teniente Truscott sobre si debían utilizarse municiones de punta cóncava o de punta sólida, mi mente se fue a otras cosas. Mientras hablaban hice una serie de pequeños bosquejos en un trozo de papel que encontré debajo de la mesa.

Hubo un descanso para comer, el rosbif que había llegado en avión esa misma mañana hizo su aparición entre rebanadas de pan. El descanso de guisado de pescado y trífido fue suficiente para levantar un poco los ánimos al menos.

Convocando de nuevo la reunión informativa, Gabriel planteó el problema de lo que consideraba que era un obstáculo infranqueable para cualquier avance que pudiéramos hacer con el plan.

—El radar —dijo—. Nueva York está protegida desde todos los puntos de la brújula por una amplia red de estaciones de radar. ¿Cómo harán las aeronaves para

acercarse al lugar sin ser detectadas?

Levanté un dedo. —He estado pensando un poco en eso —dije—. En primer lugar, tenemos que acercarnos de noche. En los próximos días habrá media luna y eso será suficiente para que podamos ver. —Vale. —Gabriel se encogió de hombros—. Volamos a la hermosa luz de la luna plateada. Pero el radar puede detectarnos tan fácilmente por la noche como por el día.

—Ahí está el truco —le dije—. Para evitar que nos detecte el radar tenemos que volar a muy baja altitud. Probablemente a no más de treinta metros.

—Pero aunque volemos así de bajo sobre el agua, no será suficiente para evitar que nos detecte el radar, ¿no es cierto?

—No. Como he dicho, esta parte tiene truco. —Coloqué mi tosco bosquejo de mapa sobre la mesa—. Ésta es la isla de Manhattan. Hacia el norte está el río Hudson. Si no recuerdo mal el Hudson está flanqueado por empinadas colinas y acantilados de más de treinta metros de altura. Necesitamos volar bajo sobre el río, manteniéndonos por debajo de la cima de los despeñaderos. —Señalé mi mapa—. Ésa es la única manera de llegar a Nueva York sin ser detectados por radar.

Esta vez fue uno de los pilotos quien casi se atraganta de incredulidad ante mi sugerencia.

—Eso es una *locura*. ¿Realmente nos estás diciendo que tenemos que pilotar un enorme avión de cuatro motores sobre el valle de un río a tan sólo treinta metros por encima del agua? ¿Y en la *oscuridad*?

—Puede hacerse.

—Es un suicidio.

—Lo lograremos.

—Pero un altímetro no es lo suficientemente preciso a una altitud tan baja. ¿Cómo podremos saber que estamos a treinta metros sobre la superficie?

Puse el dibujo número dos sobre la mesa.

—Colocamos pequeñas luces en cada ala. Aquí, en los montantes de babor y de estribor. Si las apuntamos hacia abajo, formando un ángulo cuidadosamente calculado, los rayos de luz de los focos caerán sobre el agua, reflejándose como dos puntos de luz. En un espejo colocado contra la ventana de la cabina, el oficial de navegación verá esos puntos de luz acercándose gradualmente uno a otro a medida que el avión va descendiendo. Como he dicho antes, esas luces estarán colocadas formando un ángulo preciso. Y, haciéndole continuamente comentarios al piloto, el oficial de navegación avisará cuando los dos puntos de luz se fundan hasta convertirse en uno solo sobre el agua. —Golpeé ligeramente el papel con la punta de los dedos—. En ese momento, indicado por la convergencia de las luces, el avión estará volando exactamente a treinta metros sobre el agua. Lo que será lo suficientemente bajo para pasar por debajo del radar de Nueva York sin ser

detectados.

Sam dio algunas palmadas.

—Y así, señoras y señores, es como David Masen se ha ganado el pan del día. — Se dirigió a mí—: Bueno, David. Además de mis felicitaciones por tu invención — dijo ofreciéndome una irónica sonrisa—, a la que le pondremos el nombre de Indicador de Altura Masen, sugiero que comiences a trabajar ahora mismo en él. Partimos hacia Nueva York en dos días.

33. EXPEDICIÓN NOCTURNA

Si las siguientes palabras pertenecen a una canción, a una obra, a una leyenda popular o si realmente fueron dichas por el mismísimo Napoleón Bonaparte, yo sencillamente no lo sé: «Vísteme despacio que tengo prisa».

Estas palabras, sin embargo, cruzaron mi cabeza cuando los tres barcos voladores despegaron de la lisa superficie del río antes de girar hacia el norte para comenzar el vuelo de tres horas hacia Nueva York.

«Vísteme despacio que tengo prisa.» Un proverbio, si es que lo era, que recomendaba cautela y tal vez cierta delicadeza a la hora de actuar, si es que quien lo decía quería llegar a algún sitio. Porque, cuando levanté el morro de la aeronave, los motores zumbando dulcemente en mis oídos, sabía que tenía un motivo oculto por el que me había asegurado el estar pilotando uno de los aviones que iban rumbo a Nueva York. Cuando llegara allí encontraría a Kerris Baedekker. Y luego la llevaría a mi tierra natal. Tenéis que comprender que era como si esa convicción se hubiera incrustado en cada nervio, en cada tendón y en cada hueso de mi cuerpo. Sabía que la rescataría. Volveríamos a encontrarnos.

Pero, para ser absolutamente sincero, lo que me desconcertaba era *cómo* iba a conseguirlo.

«Vísteme despacio que tengo prisa.» Naturalmente, nadie más sabía de mi plan. Aunque se trataba de un miserable plan a medio armar.

—¿Café?

—Por favor.

Un copiloto era un lujo que la misión no podía permitirse, de modo que Gabriel Deeds ocupaba el asiento que estaba a mi lado. Me sirvió un humeante café de un termo.

—¿Hasta ahora vamos bien? —me preguntó, alcanzándome la taza.

—Hasta ahora vamos bien —le respondí.

—Y ahora viene la parte mágica en la que los pasajeros prefieren no pensar.

Pulsé un interruptor en el panel de control que estaba frente a mí. Luego quité las manos de la palanca de mando.

Observando con un poco de intranquilo cómo la palanca de mando seguía respondiendo como manejada por una mano fantasmal, Gabriel preguntó:

—¿Piloto automático?

—El mejor amigo del piloto. —Sonreí—. Ahora puedo descansar un poco hasta que llegue el momento de aterrizar.

Los ojos de Gabriel se abrieron de par en par.

—Estoy bromeando, Gabi. Me quedaré aquí y haré mi trabajo, pero por lo menos puedo relajarme, bueno, puedo *intentar* relajarme, durante un rato.

Bebí un poco de café.

—Vaya puesta de sol. —Gabriel señaló con la cabeza a través de la ventana los llameantes rojos y dorados que irrumpían en el horizonte—. Pero preferiría estar observándolo con el suelo bajo los pies.

—No allí abajo. Ésa es tierra de trífidos. Mira a esos malditos. Debe de haber miles de ellos.

Gabriel tragó saliva.

—Aun así preferiría arriesgarme.

—¿De modo que no eres un devoto de los viajes en avión?

Con una voz bastante seca me respondió:

—Es la primera vez que viajo en una cabina.

—No te preocupes... en diez minutos te acostumbrarás. En media hora te encantará. En dos horas estarás muerto de aburrimiento.

Asintió con la cabeza. Sin embargo, su mirada me decía claramente que no creía ni una sola de mis palabras.

Me volví y le hablé al oficial de navegación.

—¿Cómo vamos?

—Vamos bien. Antes de que oscurezca, los aviones llevarán las luces traseras. El que dirige mostrará una luz trasera color verde, el avión del medio, una azul. Sigue la azul.

—Vale.

Volví a mirar fijamente a través de la ventana cómo el territorio continental de Estados Unidos se desplegaba debajo de mí en una alfombra verde. Sabía que era un verde que contenía los siniestros matices oscuros de las hojas de los trífidos. Dueños del territorio, estarían acomodándose para pasar la noche, sus raíces asentadas firmemente en la tierra que una vez formó parte de campos, parques y jardines. Podía verlos mentalmente. Encima de los tallos, los conos percibirían el sonido de nuestros aviones pasando por arriba. Los conos se moverían todos a la vez, rastreando el origen del sonido. Tal vez hicieran sonar las ramitas. Compararían tonos con un trífido vecino o enviarían un mensaje que alertaría a camaradas lejanos.

A pesar de que tal vez pude ver cincuenta y cinco mil kilómetros, no me encontré con las delatoras señales de humo que solían señalar las zonas ocupadas por humanos. Allí abajo el trífido era el rey.

Aunque el sistema hidráulico del piloto automático mantenía al avión en plena eficiencia sin variar unos económicos trescientos setenta kilómetros por hora, le echaba rápidos vistazos a los indicadores, comprobando la altitud, la velocidad de vuelo y cosas por el estilo. Un poco por delante de mí podía ver los otros dos aviones de nuestra formación. Las alas destellaban doradas a la luz del sol poniente. Para un piloto veterano como yo era una vista reconfortante.

Esta parte del vuelo, sí los dioses del aire así lo deseaban, sería razonablemente sencilla. Tomar tierra sin ser detectados cerca de la isla de Manhattan sería absolutamente otra cuestión. Con la ayuda de un par de electricistas, había construido un sistema de luces al que Sam Dymes en broma le había puesto el nombre de Indicador de Altura Masen. Los vuelos de prueba sobre el río demostraron que funcionaba a la perfección. Gracias a Dios. Porque en un par de horas tendríamos que ponerlo a prueba.

Gabriel parecía haberse acostumbrado un poco más a volar porque se desabrochó el cinturón, comentando que iba atrás para ver cómo estaban los pasajeros. Éstos consistían en veinte soldados de infantería de marina, las tropas selectas del ejército de los leñadores, junto con un equipo formado por ocho zapadores expertos en demoliciones (su enorme provisión de explosivos plásticos había sido embutida en la bodega delantera), un par de técnicos en comunicaciones por radio y, por alguna razón, una ingeniera de televisión. Aunque a mí una experta en televisión me parecía un requisito desconcertante, supuse que Sam Dymes no podía ser tan frívolo para pedirle simplemente a la dama que nos acompañara para disfrutar del viaje.

Esos aviones habían sido construidos para transportar pasajeros civiles con cierto grado de comodidad. Desde luego no habían sido pensados para llevar tropas. Así que, por el momento, nuestros pasajeros podían disfrutar de las ventajas de los tomas de corriente para las maquinillas de afeitar, del agua fría y caliente y de unos muy bien equipados «baños», como los estadounidenses llaman a los lavabos, y de una cocina igualmente bien acondicionada que presumía de tener platos calientes, una tostadora y compartimentos termo para comidas calientes. En el caso remoto de que a alguien le pidiera comida el estómago. Y digo remoto porque la noche anterior había visto a esos hombres y mujeres escribiendo cartas que serían entregadas a sus familias si no lograban regresar con vida de la misión.

Gabriel regresó con la noticia de que los pasajeros estaban bien. Muchos estaban profundamente dormidos, aunque yo no conseguía entender cómo podían dormir en un momento como ése.

Detrás de las ventanas el cielo se oscurecía rápidamente a medida que iba cayendo la noche. Fuera lo que fuera que había atenuado la luz de las estrellas y del sol había afectado igualmente a la luna. Desde luego no estaba tan brillante como debía haber estado. Se dejaba ver como un semicírculo anaranjado sobre el ala a babor.

Le lancé una mirada a Gabriel. Ahora tenía un interés más objetivo en el tema del vuelo. Vi cómo sus ojos oscuros pasaban rápidamente del horizonte artificial al indicador de velocidad de vuelo y luego al altímetro. Su mente rápida entendía la aparente confusión de esferas.

—¿Te apetece intentarlo, Gabi? —le pregunté, señalando con la cabeza la palanca

de mando que estaba frente a él—. Es bastante sencillo.

—Esta vez te lo dejaré a ti. —Me sonrió—. Para ser sincero, la idea de todos esos explosivos abajo en la bodega me está poniendo un poco nervioso.

—A mí también me vienen a la cabeza ese tipo de ideas de repente. O eso, o las quince toneladas de combustible que llevamos en los tanques... Así que espero que nadie allá atrás intente calmarse los nervios con un cigarro.

La sonrisa de Gabriel me pareció un poco forzada.

—Yo también lo espero.

Comenté algo que se me había pasado por la cabeza.

—Oí que Sam Dymes está en el avión principal. Pensé que, como comandante del campamento, se habría quedado allí.

—Los altos mandos están presionando mucho para que esta misión sea ciento por ciento exitosa. No estoy menospreciando las habilidades de esos muchachos de allí atrás, pero Sam sabe que tiene que poner toda la carne en el asador.

—Sabes, Gabi, he estado pensando...

—¿Sí? —Me miró de soslayo.

—Hay algunos detalles sobre esta misión que me han dado que pensar.

—Va a ser una misión muy dura. De eso no cabe ninguna duda.

—Sé que el objetivo primordial es alejar a Cristina Schofield de Torrence.

—Ése es exactamente el objetivo.

—Pero los leñadores no estarán pensando en crear su propia raza superior, ¿no es cierto? Después de todo, si tuvierais gente inmune al veneno de trífido, entonces tendríais ventaja sobre todos los demás.

—Es cierto. Pero no vamos a hacer nada tan radical como quitarle los ovarios y luego implantarles los óvulos a nuestras mujeres.

—¿En serio?

—¿Percibo un tono de incredulidad o me equivoco, David?

—Tal vez después de las experiencias que he tenido en el último par de meses me esté convirtiendo en una persona más recelosa.

—David, nuestra comunidad se enorgullece de su humanidad. Por eso abandonamos la junta militar de Torrence desde un principio.

Miré fijamente las luces traseras de colores de los otros dos aviones.

—Pero seguramente el mismo pensamiento debe de haber pasado por las mentes de nuestros líderes. Me imagino que le han exigido a Sam que idee también un plan B alternativo.

—¿Y cuál sería ese plan?

—Que por intereses de seguridad nacional, si Cristina no puede ser rescatada, entonces deberá ser asesinada, y su cuerpo destruido para que sus ovarios no puedan ser utilizados.

La expresión en el rostro de Gabriel se endureció.

—¿Crees que Sam Dymes sería capaz de algo tan brutal como eso?

—Las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas. Tú lo sabes, Gabi.

—Sí que te estás volviendo receloso, David.

—Estoy de acuerdo. Pero ahora mismo lo describiría como un provechoso rasgo de supervivencia.

—¿Cómo?

—Tal vez el hecho de que me hayan confiado la tarea de pilotar este avión a Nueva York me ha dado más confianza en mi propia posición entre tu gente, y tal vez esté diciendo más de lo que debería. Pero se me ocurre que sería completamente razonable ordenarles a los soldados de infantería que se aseguren de no dejarme caer en manos de Torrence bajo ninguna circunstancia.

—¿Realmente crees que te haríamos algo así?

Me encogí de hombros.

—Lo que sí creo es que sería muy prudente asegurarse de que me metan una bala en la cabeza antes que convertirme en rehén de Torrence. —Miré a Gabriel—. Después de todo, recuerdo que cuando me secuestrasteis en Nueva York había un plan alternativo por si mi rescate se ponía en peligro.

—Me parece completamente apropiado. —Gabriel asintió lentamente con la cabeza—. Lo único que puedo decir es que confíes en nosotros; te mantendremos fuera de peligro cuando ¡leguemos a Nueva York.

—Eso no va a ser fácil.

—Tienes otra razón fundamental para confiar en nosotros, ¿no es cierto? Necesitamos que nos lleses de regreso después de encontrar a Cristina.

—Habréis traído bigotes falsos y gafas oscuras para todos. Bueno... ya sé que suena poco serio, pero aún me pregunto cómo vamos a pasar desapercibidos.

Gabriel se frotó la mandíbula.

—Quizá no deberíamos haber sido tan mezquinos con la información. —Se sirvió más café en su taza—. Sabes que vamos a poner a esta gente en la parte más septentrional de la isla de Manhattan, ¿verdad? Y sabes que eso está en una zona de lo que se conoce como la Paralela 102, ¿verdad?

—Sí, eso lo sé. Pero no sé qué es ese lugar exactamente.

—Bueno, eso es muy simple. Todo ese extremo del norte de la isla es una terrible prisión.

—De modo que va a estar llena de guardias penitenciarios.

—No toda.

—Parece ser una cárcel bastante relajada.

Gabriel me miró con furia.

—Si supieras cómo son las cosas allí no dirías eso. —Ahora parecía enfadado—. No dirías eso para nada.

—Vale. Entonces dime cómo es. Si no hay guardias, ¿por qué no se escapan los presos?

—Porque Torrence es inteligente. Todo lo que necesita es un muro bien alto desde un extremo al otro de la isla, como el muro de Berlín, dividiendo Manhattan en dos. Una mitad es la ciudad, todo son luces, cafés, cines, apartamentos lujosos. Todo lo que hay más allá de lo que era la 102 es un barrio bajo: un gueto para gente del color equivocado o que no puede ver, o que no le gustó la supuestamente maravillosa administración de Torrence. No pueden trepar por el muro, que, por cierto, sí que tiene torres de vigilancia, perros y minas terrestres. Y tampoco pueden atravesar el río nadando hasta el territorio continental porque hay millones de trífidos esperándolos allí. —Continuó, ahora más concentrado en sus palabras—. En esos putrefactos bloques de viviendas viven familias con apenas un mínimo de comida para mantener unidos cuerpo y alma. Sólo que parece que trabajaran de buena gana en las fábricas en las que los explotan. La verdad es que *tienen* que trabajar o no les dan la ración de comida del día. Sin eso, ellos y sus hijos se morirían de hambre. Y lo que hace que todo funcione a la perfección para Torrence y sus amiguetes es que hace diez años se les ocurrió inyectarle heroína a parte de esa gente. Ése sí que fue un golpe maestro. —Los ojos de Gabriel ardían de furia—. Verás, la heroína enturbia la conciencia. De modo que los esclavos trabajadores ya no aprecian las puntas afiladas de su miserable realidad. Y eso significó que Torrence podía obligarlos a trabajar durante más horas. Pero no acaba ahí la cosa. La heroína es adictiva. De modo que después de unos cuantos chutes los esclavos trabajadores se convirtieron en adictos. Luego Torrence ordenó que las inyecciones debían cesar. Por supuesto, todos esos nuevos adictos se subían por las paredes, ansiando una dosis. ¿Y entonces qué es lo que hace Torrence? —Gabriel no esperó mi respuesta, sino que prosiguió—. Les ofrece a sus esclavos otro chute si alcanzan sus objetivos de producción. ¡Y abracadabra! La producción sube porque sus esclavos trabajan como locos para conseguir otra dosis. Y, sí, eso calma el mono durante algunas horas. Pero luego regresa, así que tienen que trabajar aún más duramente para el siguiente chute. Simple, ¿verdad?

Durante todo un minuto Gabriel se quedó quieto, con los puños apretados y la mandíbula moviéndose porque trataba de controlar la furia. Luego dijo finalmente:

—Así que ya ves, David, el barrio que está más allá de la Paralela 102 no es un lugar muy agradable. —Le dio un buen sorbo al café—. Es una prisión que está controlada por los presos. Es brutalmente eficiente. Y trabaja día y noche para mantener a Torrence y a sus favoritos en un nivel de vida al que se han acostumbrado. Sin embargo, lo que significa para nosotros es que hay pocos guardias como para preocuparse. También tenemos amigos allí. Mientras nuestras brigadas hagan lo que

tengan que hacer nos darán refugio seguro hasta que llegue el momento de volver a casa... Si Dios así lo quiere. ¿Entiendes, David? —Me lanzó una mirada descorazonadora—. Te prometí que estarías a salvo, ¿verdad?

Después de eso viajamos sin hablar durante un rato. Durante un largo rato. Ahora un poco más meditabundo, inspeccioné los instrumentos mientras me aseguraba de no perder de vista las luces traseras de nuestros otros dos aviones. Cuando miré mi reloj me di cuenta de que tan sólo nos quedaba una hora antes del aterrizaje. Esta vez realmente se me secó la boca. En un par de segundos apagaríamos los radiotransmisores o de lo contrario estaríamos en peligro de ser detectados por la poderosa antena de Nueva York, a pesar de que el alcance de las radios de la aeronaves había sido reducido deliberadamente. Antes de que se impusiera el silencio por radio les pedí a los pilotos de los otros aviones que revisaran las luces que medirían su altura sobre el agua. Un par de rayos brillaron de repente hacia abajo desde cada avión. Colocadas hacia el extremo de las alas, las luces ardían mirando hacia abajo en un ángulo preciso para cruzarse a exactamente treinta metros por debajo del avión. Por un momento pareció como si las cien toneladas de peso de cada aeronave estuvieran apoyadas sobre dos rayos de luz que formaban el dibujo de una X alargada bajo ellas.

Un segundo después de confirmar que las luces funcionaban bien y de solicitar que volvieran a apagarse, Sam Dymes habló por radio desde la aeronave principal. Antes que nada pidió que su transmisión se oyera también en las cabinas de pasajeros.

—Sólo falta un par de minutos para que las radios queden en silencio —dijo la característica voz de Sam, pero sonaba un poco tímida, como si el micrófono lo sobrecogiera—. Simplemente quería desearos suerte a todos y un buen aterrizaje. Sé que con nuestros pilotos estamos en buenas manos. Y... y vosotros sabéis que esta misión me asusta... verdaderamente, me asusta muchísimo. Y sería un maldito mentiroso si no os dijera a todos vosotros que me gustaría estar en casa con mi esposa y mis hijos. Porque sé que existe la posibilidad de que no todos regresemos a salvo. Quienes así lo hagan serán elogiados como héroes. Pero los que no lo consigan serán más que eso. El obsequio de sus vidas se convertirá en un puente hacia un futuro mejor para sus amigos, sus familias, sus hijos, sus nietos... no os olvidaremos. Y desearía deciros algo más sobre eso, y sobre la importancia de esta misión, pero la verdad es que no tengo las palabras suficientemente claras o suficientemente poderosas para estar a la altura de las circunstancias. Pero sí que puedo deciros que va a haber miles de personas rezando por vosotros esta noche. Buena suerte.

El siseo en los altavoces marcó el final del mensaje. Después de eso, un clic. Luego el silencio.

Volando según lo planeado, seguimos una ruta curva que nos llevó casi a ochenta

y cinco kilómetros al norte de Nueva York, asegurándonos así de estar completamente fuera del alcance del radar. Luego, y con la luna iluminando nuestro camino con su tenue luz, nos dirigimos hacia el sur. En fila india los aviones emprendieron su camino hacia el río Hudson: la gran ruta brillante que nos llevaría desde los Catskills hasta la mismísima Nueva York.

De todas formas, durante un rato pudimos permitirnos el lujo de volar a una altitud de novecientos metros. Sin embargo, si queríamos evitar la detección del radar, pronto tendríamos que bajar hasta volar rozando el agua a tan sólo treinta metros sobre la superficie del río. Esos acantilados y esas laderas se veían casi negras a la luz de la luna. Sólo esperé que pudiéramos diferenciar la cara negra de un cauce acantilado de una zona de indefensas sombras.

Al llegar a la altitud deseada, revisé los instrumentos. Gabriel me observó, luego se aclaró la garganta.

—Puede que éste no sea el mejor momento para decirte esto, David.

Lo miré.

—Tu naturaleza recelosa no te lleva por mal camino —me dijo—. Si llegáramos a fracasar y no rescatáramos a Cristina... entonces tenemos gente dentro que se asegurará de que no le sirva de nada a Torrence.

—¿Eh?

—Si Cristina no está en nuestras manos dentro de siete días, Kerris Baedekker tiene órdenes de matarla. —¡Kerris Baedekker! Entonces ella es... —Una de los nuestros. —Gabriel asintió con la cabeza, luego me dedicó una sonrisa de soslayo—. Sólo que yo no lo supe hasta ayer. Y ella nunca supo tampoco que yo era un espía. —Esta vez sacudió la cabeza—. ¿Espionaje? Es un viejo juego, ¿no crees?

En ese momento había cientos... no, miles de preguntas que me moría por hacer. Sólo que no había tiempo.

En cambio, empujé la palanca de mando.

—Agárrate fuerte —le dije—. Vamos a entrar.

34. «OTRA MANO...»

Después de rescatar a los supervivientes del desastre del *Titanic*, el capitán Rostron del *Carpathía* habló de la carrera casi suicida de su barca a través de los icebergs. Rostron dijo: «Cuando vi el hielo a través del cual habíamos avanzado durante la noche, me estremecí. Y sólo podía pensar que otra mano aparte de la mía había estado sobre ese timón durante la noche».

Esa extraña sensación también me invadió a mí. Bajaba, bajaba, bajaba a través de la oscuridad flotando, siguiendo las luces traseras de colores de nuestra aeronave gemela. A ambos lados de nuestro avión se alzaban los muros del escarpado tajo que bordeaba el río Hudson. La luz de la luna lanzaba fulgores fantasmales que llegaban al agua. Tal vez fuera sólo la estela de la aeronave principal, pero el efecto de esas luces moviéndose sobre la superficie del agua era decididamente extraño. También me distraía cada vez que me sorprendía siguiendo sus precipitados movimientos. No obstante, me obligaba a concentrarme en las luces traseras de los aviones que tenía delante. Si iba demasiado lentamente, me quedaría atrás; los perdería. Si iba demasiado de prisa, probablemente chocaría contra ellos.

Mis nervios acabaron tensos como el muelle de un reloj. Puse todos los sentidos en juego. Sentir el equilibrio de mi aeronave, oír el tono de los motores, observar las esferas, los contadores, los aviones al otro lado del cristal, los colosales muros de roca a ambos lados haciéndose aún más estrechos hasta que las puntas de las alas parecían estar a tan sólo un pelo del olvido.

Más abajo, más abajo. Aún más abajo.

Luego presioné el interruptor que encendía las luces bajo el avión.

—Vale —le dije a Gabriel. Mi voz estaba tan tranquila que yo mismo me sorprendí—. Mira el espejo. ¿Ves las luces en el agua?

—Sí, las veo.

—Dime cuando los dos puntos de luz comiencen a unirse.

—Sí. Se están acercado... Espera... se han detenido.

—Bajaré un poco más... Sigue mirando.

—Vale.

—Avísame en el preciso instante en que se toquen y empiecen a superponerse.

—De acuerdo.

Levanté un poco la válvula reguladora. El zumbido de los motores se hizo más grave.

—Ahora —dijo Gabriel—. Las luces se están tocando. Sí. Ahora empiezan a superponerse.

—Muy bien. Me mantendré a esta altura. Tú dime el momento en que las luces se separen. ¿Vale?

—Entendido.

Y así los aviones se colaron por el valle. Teniendo el cauce acantilado y los riscos que nos flanqueaban bastante por encima de nosotros, por lo que a los operadores de radar de Nueva York respectaba, bien podríamos haber estado bajo tierra. Los siguientes quince minutos fueron para acabar con los pelos de punta. Si bajábamos demasiado, haríamos mucho ruido con el chapoteo. Demasiado a babor o demasiado a estribor, y desapareceríamos en una explosión de llamas contra las faldas del valle. Justo cuando me descubrí deslizándome en un estado de ánimo digamos irreal, en el que casi podía creerme que habíamos volado hasta el interior de la Tierra y que estábamos dentro de una caverna subterránea, vi un fulgor delante de mí. Las luces de Manhattan eran aún más brillantes de lo que yo recordaba.

—Hasta ahora vamos bien —murmuré—. No hay apagón, de modo que no saben que venimos.

De repente las luces de la ciudad se hicieron aún más brillantes. Una vez más había ríos de faros a medida que los coches avanzaban en masa a lo largo de las carreteras de esa metrópolis que nunca dormía. Los rascacielos parecían torres tachonadas de luces que se elevaban hacia una luna color rojo sangre.

Delante de mí, el avión principal bajó rápidamente y aterrizó en el río, haciendo sólo un leve chapoteo. El segundo avión hizo lo mismo. Yo reduje la válvula reguladora para planear hasta deslizarme en un aterrizaje sorprendentemente suave.

—Estamos abajo —dije, casi innecesariamente—. Sólo espero que nadie nos haya visto entrar.

—Nueva York está poblada por gente que mira hacia dentro, no hacia fuera. Tampoco nos habrán oído. Todos esos coches hacen demasiado ruido. —Gabriel me lanzó una sonrisa—. Por cierto, buen vuelo, David.

—Todavía no ha acabado. Estaré más contento cuando saquemos esta máquina de aquí.

Hice avanzar el avión a través de las aceitosas aguas, manteniendo el ruido del motor lo más bajo posible. Todo lo que sabía era que me habían ordenado que siguiera al avión principal.

Comencé a sudar. El gran barco volador se había convertido en un inocente patito sobre el agua. Esperaba ver de un momento a otro el manantial de luz de un reflector apareciendo de repente en la oscuridad para atravesarnos como quien pincha una mariposa en un papel. Con eso llegaría una lluvia de disparos de ametralladora para acabar con nosotros.

Pero lo único que podía hacer era seguir de cerca a los otros dos aviones. Mis motores murmuraban tan sutilmente que nos acercamos a la orilla a una velocidad preocupantemente lenta. Justo cuando había comenzado a sospechar que había una trampa, vi al avión principal virar de repente a estribor y acelerar atravesando el agua,

dejando una estela cremosa.

El avión se dirigió directamente hacia un edificio redondo como una joroba que sobresalía en la orilla. Afortunadamente, dos inmensas puertas se abrieron en la fachada del edificio. En un momento el primer avión estaba dentro, seguido por el segundo. No dudé y abrí la válvula reguladora apenas lo suficiente para que el avión avanzara a un poco más de velocidad hacia las puertas. Apenas las traspasamos y estuvimos dentro apagué los motores, dejando que el avión avanzara en punto muerto por su propio impulso.

Allí dentro, unas luces de neón iluminaban brillantemente el lugar. Unos hombres y unas mujeres se acercaron rápidamente y se colocaron a lo largo de los embarcaderos para arrastrar los aviones manualmente y meterlos en unas grandes radas construidas con ese propósito. No era un muelle improvisado.

Examiné las paredes. Había suciedad incrustada de años. Sin embargo no tardé en distinguir varias señales. «Sólo tripulación.» «Inmigración por aquí.» «Restaurante y bar Clíper Oceánico.» «Bienvenidos a la base aérea Riverside Park.» Había otras señales para Boeing BOAC y American United Airlines. Obviamente, me encontraba en un auténtico puerto de barcos voladores que había funcionado en Nueva York antes de La Ceguera. Paralizado en el tiempo como una mosca en ámbar, ahora se había vuelto a poner en marcha discretamente.

Los soldados de infantería de marina desembarcaron rápidamente. Varias personas vestidas de civil, que no reconocí, comenzaron a descargar explosivos y municiones.

Sam apareció en el morro de la embarcación cuando estaba haciendo mis comprobaciones de posvuelo. Me hizo un gesto indicándome que abriera la ventana de la cabina.

—Muy buen vuelo, David. Ahora tenemos que llevarte a un lugar seguro hasta que estemos preparados para regresar a casa.

—Pensé que me quedaría con la aeronave. Hay...

—Es demasiado arriesgado. No tenemos ninguna garantía de que este lugar no vaya a ser registrado. Se te asignará un guía que te llevará a un apartamento. Tienes que quedarte allí hasta que vuelvan a traerte hasta aquí. ¿Has entendido?

Asentí con la cabeza.

—Date prisa —me dijo—. Tenemos que estar fuera de aquí en diez minutos justos.

Cuando abandoné la aeronave, la mayoría de nuestra gente ya estaba yéndose. Advertí que los soldados de infantería habían sido divididos en pequeñas brigadas de cuatro a ocho miembros. Cada una tenía lo que supuse que sería un guía local. Abandonaban el hangar por una puerta lateral a intervalos irregulares. A Gabriel se le había encomendado uno de los grupos. Me miró desde el otro extremo del edificio y

me saludó con la mano. Luego se perdió en la noche con una brigada de soldados. Mi grupo fue el último en irse. Vi que me acompañaban la técnica de televisión y un par de zapadores. No se desperdiciaba mano de obra. Me descubrí cargando una mochila muy pesada y mi propia bolsa.

—¿Qué hay aquí dentro? —pregunté.

—No preguntes —fue la respuesta—. Pero cuando la apoyes sobre el suelo trátala como tratarías a la mejor porcelana de tu abuela.

—Ah.

Ahora podía adivinar lo que había dentro de esa mochila.

Después de eso la traté con un tremendo respeto.

Un momento después atravesamos la puerta lateral. Una vez más tenía el sólido suelo de Manhattan bajo los pies. A lo lejos se oía el ruido de los coches mezclado con sonidos secos y metálicos que podían provenir de alguna fábrica. Delante de mí, un camino separaba el lado de la dársena de una orilla acantilada.

Nuestro grupo tenía ahora alrededor de doce personas. Sam Dymes, después de consultar con nuestro guía, se acercó a mí con paso largo y ligero.

—Mantente cerca del resto del grupo —me dijo—. Salimos en un minuto.

—¿No vamos a llamar mucho la atención, paseando por las calles de Manhattan con todo este peso sobre nuestras espaldas? —Señalé con la cabeza a todo el equipo con sus abultadas mochilas. Algunos llevaban también ametralladoras, que nos harían parecer bastante sospechosos incluso ante el menos observador de los policías.

—No te preocupes, David. Estamos al norte de la Paralela 102. Esta parte de Manhattan es bastante diferente a la parte elegante que tú conoces al sur de la isla. —Miraba constantemente a su alrededor con aire distraído, como si tuviera miedo de que alguien nos viera. Eso no inspiraba demasiada seguridad—. Es más, utilizaremos un camino bastante especial... Ah.

—¿Qué sucede?

—Nada. Es simplemente nuestra guía. Al fin ha llegado.

Me volví y divisé una delgada figura que aparecía entre las sombras. Había algo en su forma de caminar... Un segundo después avanzaba directamente hacia mí.

Me quedé mirándola fijamente.

—¿Kerris?

35. EL DOBLE

—¿Kerris?

Repetí su nombre cuando su figura iba saliendo de las sombras. Inmediatamente me acerqué a ella, con los brazos extendidos para abrazarla. Se echó hacia atrás como si hubiera estado a punto de atacarla.

—¿Kerris, qué sucede?

Me miró con la barbilla levantada. En ese momento vi una cicatriz que la desfiguraba cruelmente atravesando su rostro en diagonal desde la sien derecha hasta la comisura izquierda de la boca. Un tajo al rojo vivo que le cortaba la cara en dos. Me quedé inmóvil. De repente pensé: *Torrence le ha hecho esto.*

—Ay, Dios mío, Kerris, ¿qué ha sucedido?

Una vez más me dispuse a abrazarla. Me miró con furia.

—Kerris...

Sentí una mano en mi hombro.

—Tranquilo, David.

—Sam, mira lo que le ha hecho el monstruo. Era...

—David... David, no, escucha. —Sam me apretó el brazo—. Ésa no es Kerris. Debe de ser su hermana. Quizás incluso su hermana gemela. No lo sé.

—Madre mía... —Me volví hacia ella—. Lo siento, realmente lo siento. Pensé que...

—David, discúlpame —dijo Sam rápidamente—. Parece un truco sucio, pero no lo es. No tenía ni idea de que sería una hermana de Kerris quien nos acompañaría esta noche.

Se dirigió a la muchacha.

—Lo siento, señorita. La hemos confundido con otra persona.

Una pequeña figura oscura apareció junto a nosotros.

—Marni no habla. —El hombre se tocó la lengua—. Los policías juzgaron que de niña hablaba demasiado. —Imitó un par de tijeras con los dedos.

—No lo comprendo. —Sacudí la cabeza—. ¿Ella es una de los hijos de Torrence? ¿Y él le ha hecho eso?

Sam tenía una expresión adusta.

—Torrence tiene cientos de hijos. Los que no están de acuerdo con su criterio predominan aquí. La conclusión que saco es que es un hombre muy selectivo ejerciendo su papel de padre... por llamarlo de alguna manera. Espera, ¿qué ocurre, señorita?

La muchacha de la cicatriz, que por lo demás era tan extrañamente parecida a Kerris, parecía impaciente. Golpeó ligeramente a Sam en el hombro, luego señaló el acantilado.

—Ah, humm, vale —tartamudeó Sam—. Parece que deberíamos ponernos en marcha.

Avanzamos por las calles de dos en dos. El hombrecillo oscuro iba delante mostrándonos el camino, mientras que Marni iba detrás, asegurándose claramente de que no perdiéramos a ningún rezagado. Si me retrasaba, aunque sólo fuera ligeramente, en seguida sentía su mano contra mi mochila, instándome a que me apurara. No dudé en obedecer sus mudas instrucciones. No sabía cuántos empujones podría aguantar el contenido de la mochila.

Si había esperado encontrar un camino que subiera por el cauce acantilado, estaba equivocado. En cambio, dimos la vuelta a la escarpada pared y nos encontramos con un edificio bajo y alargado que se extendía desde la orilla del agua hasta el muro acantilado. Nos hicieron entrar en él (cuando hizo falta, con un empujón de Marni). Dentro del edificio había una serie de vías. El guía encendió una lámpara de keroseno y después hizo un gesto indicando que lo siguiéramos.

Sólo habíamos caminado un poco cuando me di cuenta de que el edificio no terminaba en el muro del cauce. Las vías continuaban hasta meterse en un túnel.

—¿El metro? —le pregunté a Sam, que caminaba a mi lado.

—No, mira el óxido de las vías. Hace años que no se utilizan. Me imagino que éste debía de ser el túnel para transportar carbón. Antiguamente, el carbón llegaba en barcas río abajo por el Hudson, luego se cargaba en trenes que iban bajo tierra hasta la ciudad.

Miró el túnel arqueado que cortaba la roca viva.

—Puede que no sea un recorrido muy pintoresco, pero si nos deja en nuestro destino sin que nadie nos vea, entonces por mí está bien.

Seguimos caminando. Aunque intentaba con todas mis fuerzas no hacerlo, me descubrí varias veces volviéndome para echarle un vistazo a Marni. Sus cabellos, sus ojos, la forma de su rostro y la de sus orejas, todas sus facciones, a excepción de la cicatriz que dibujaba una línea color rojo sangre cruzándole el rostro, eran idénticas a las de Kerris. Era un espeluznante fantasma mudo, cuya sombra me seguía según nos adentrábamos en la ciudad.

Yo pensaba: *Estoy entrando en un lugar de pesadilla. Veo a la gemela mutilada de la mujer que amo. Estoy caminando por una cueva que parece no terminar nunca. Llevo en la espalda treinta y cinco kilos de potentes explosivos. Mientras tanto, la lámpara de nuestro guía parece estar debilitándose. Se acerca la oscuridad. ¿Cuánto tiempo tardarán esos diez millones de fantasmas que atormentan Manhattan en salir arremolinándose de este túnel muerto?* Me estremecí. El aire se había vuelto mucho más frío. Lo único que podía ver eran los ojos luminosos de mis compañeros. Detrás de mí, los ojos verdes de Marni parecían aún más brillantes, como bolas de cristal deslumbrantes suspendidas en la oscuridad.

El peso de los explosivos caía todo sobre mi espalda. Una picazón demencial comenzó entre mis omóplatos. Aquella situación parecía realmente una pesadilla, sí. Deseé que alguien hablara. O que silbara. O que canturreara cualquier estúpida melodía. En cambio, seguimos avanzando en silencio. Mientras que todo el tiempo la oscuridad se posaba sobre nosotros como un peso físico.

Bienvenido al infierno, me dije a mí mismo. *Bienvenido al infierno*.

Ese viaje por el infierno finalmente terminó. Junto a una pila de máquinas oxidadas, que no podía ser otra cosa que una cinta transportadora que alguna vez había llevado carbón hasta la superficie, había una escalera de hierro. Subimos fatigosamente. Mi mochila con treinta y cinco kilos de explosivos parecía pesar casi una tonelada. Llegué hasta el último escalón con las piernas temblando, luego pasé una puerta abierta arrastrando los pies.

De repente estaba fuera, en lo que parecía ser el depósito de un comerciante de carbón. Junto a varias pirámides de carbón había montones de leña cortada. Moviéndose ahora con cautela, nuestro grupo atravesó el depósito hasta llegar a una puerta en una de las paredes. El guía la cruzó. Rápidamente se aseguró de que estuviera todo despejado y luego nos indicó con un gesto que avanzáramos. Detrás de mí, la impaciente Marni se aseguraba de que no hubiera rezagados.

La imagen que encontraron mis ojos revelaba una Nueva York muy diferente. Ahí, los edificios eran cosas bajas y esmirriadas. Fluctuaban entre chabolas de una planta y modestos bloques de viviendas de cinco plantas. Y mirarlos era casi tan atractivo como mirar una hilera de dientes podridos.

La luz de la luna revelaba aún más. Espacios abiertos de tierra, antes parques de la ciudad, me imaginé, que acababan en una especie de polígono industrial de extrarradio. Había una serie de chozas pegadas unas a otras con tubos de chimenea de los que salía humo, y no pude evitar oír el incesante martilleo y el competitivo serrar estrepitoso de metal contra metal y el gemido de las herramientas eléctricas.

—El turno de noche —me dijo Sam en voz baja—. A Torrence le gusta mantener ocupada a su mano de obra las veinticuatro horas... Sí, señorita. Ya voy. —El largo brazo de Marni se había extendido para empujar a Sam firmemente en la dirección correcta.

Una vez más, la pesadilla. Las luces de la calle estaban encendidas, irradiando un fulgor amarillo enfermizo sobre el vecindario. Sin embargo y extrañamente, a pesar de que la gente iba de aquí para allá dentro de las casas, parecía haber poca luz eléctrica en los hogares de ese gueto. Ahora pasaba junto a iglesias que habían sido convertidas en fábricas. El sonido de los martillos eléctricos retumbaba en refugios en otros tiempos tranquilos. Por lo que podía ver, había pocos vehículos motorizados allí. Hombres, mujeres y niños hacían recados urgentes con cargas pesadas de toda clase a sus espaldas: cadáveres de animales, leña, tuberías de plomo, chatarra,

neumáticos de coche. Aquí y allá, había partes de calles que habían sido cerradas con una valla para hacer de corrales para cabras, ovejas y gallinas.

Seguimos avanzando a toda prisa. Noté que nuestra brigada de aspecto extraño no atraía miradas curiosas. Aquí los ojos de la población estaban apagados, ya fuera por el trabajo excesivo, el hambre o los narcóticos, o por las tres cosas.

En un momento aminoré la marcha al ver a un niño que cruzaba la calle bajo una carga tan enorme que me puse enfermo ante semejante imagen. Su cara era una lúgubre máscara, cubierta por el dolor. Marni me hizo avanzar con un firme empujón.

De modo que seguí caminando, pasando a través de esa espeluznante variedad de construcciones que alojaban zapateros, herreros, tejedores, fabricantes de botellas, alfareros, carpinteros, constructores de barriles, de cajas, fabricantes de jabón (de donde salían espantosos olores a grasa de animal hervida). Y todo el tiempo mis pies se hundían en residuos que no me preocupé de identificar.

Llegamos a una callejuela. De una de las ventanas de un bloque de viviendas salía el sonido de un saxofón. Pero era un músico que se había vuelto loco. Un tobogán gigante de notas que subían y bajaban vertiginosamente por la escala, consiguiendo ser líricamente musicales y cacofónicas al mismo tiempo.

Ése era el lugar ideal para el sombrío viaje nocturno del alma. Sentía una opresión oscura e implacable. Mi estómago palpitaba hasta el punto de casi marearme y, Dios mío, qué no hubiera dado en ese momento por estar paseando por las suaves colinas verdes de mi tierra...

—Por aquí —dijo nuestro guía—. Por aquí. Rápido.

Sin demasiadas contemplaciones, nos empujaron por la puerta trasera de un bloque de viviendas de cuatro plantas donde fuimos empujados también escalera arriba hacia un sitio que olía a repollo fermentado. Un momento después advertí que el guía parecía estar asignando habitaciones. Bueno, eso sí que era de agradecer. Deseaba ardientemente recostarme en un colchón blando.

Me tocaba a mí.

—Entra aquí —me dijo el guía—. Tú comes más tarde.

Sam me dio una palmada en el hombro.

—Pasaré por aquí dentro de un rato para ver cómo te has instalado.

No había esperado nada lujoso, así que al menos no estaba decepcionado. Descubrí que compartía la habitación con un surtido de tubos y recipientes de cobre que borbotaban y silbaban. Si el olfato no me engañaba, el olor a malta hirviendo en una especie de cilindro de acero me sugería que mi compañero de habitación era un alambique de alcohol. Tanto el olor como el calor eran horriblos.

Me giré, pero la puerta ya se había cerrado a mi espalda, mientras el sonido de pasos pesados me decía que mis compañeros seguían entrando en las diferentes habitaciones. En un extremo de la habitación había una cortina de pared a pared.

Hacía treinta años había sido la lujosa cortina de terciopelo de algún rico. Ahora... bueno, basta decir que había conocido tiempos mejores.

Acababa de decidir que iba a echarle un vistazo a lo que había detrás de la cortina cuando la puerta se abrió detrás de mí. Miré hacia atrás y vi entrar a Marni. La cicatriz de su rostro le daba una expresión permanentemente feroz. Pero es cierto que también sus ojos eran feroces. De modo que tal vez en realidad yo no le caía bien. Quizás había malinterpretado mi anterior intento de abrazarla.

Después de mirarme fijamente y con furia durante un buen rato, se acercó al alambique. Con sorprendente violencia pateó un calderón. Eso hizo que un líquido gorgoteara a través de las tuberías. Luego sacó una botella vacía de un armario, la colocó debajo de una tubería e hizo girar un tornillo. Un líquido claro comenzó a caer goteando dentro de la botella.

Ahora, ignorándome, hizo otros reajustes en el alambique, principalmente con la puntera de la bota. Luego fue hasta la cortina y la abrió de un tirón.

Me sorprendí al ver otra figura. La muchacha estaba sentada sobre una litera. Sus cabellos rojizos habían sido cortados y luego afeitados dejando casi al descubierto el cuero cabelludo. Su rostro era delgado. Los ojos verdes, sin embargo, no tenían menos brillo. Marni se volvió para mirarme con el ceño fruncido.

Observé a las dos muchachas. Ellas me devolvieron miradas impávidas.

—Vaya, por Dios —exclamé. Ahora había dos facsímiles casi perfectos de Kerris Baedekker mirándome fijamente.

Y eso era lo que había.

Como le gustaba decir a mi madre cuando me servía verduras en el plato:

—Tienes dos opciones, David Masen. Puede gustarte o puedes aguantarte.

Disfrutara o no de la idea, allí pasaría la noche. Contra la pared había tres literas. Marni señaló enérgicamente la más alta. Con eso fue suficiente: ésa sería mi cama esa noche.

No voy a decir que fuera atenta. Fiel a sus modos, que oscilaban entre el vigor y la violencia, casi arrojó la mochila que yo llevaba en los hombros.

—¡No... *espera!* —La detuve justo antes de que tirara la mochila al suelo—. Hazlo suavemente. —Le sonreí nerviosamente, luego le señalé la mochila—. ¡Pum pum!

Me arrepentí instantáneamente de haberle hablado como a un niño pequeño. El fuego en sus ojos me dijo que Marni era cualquier cosa menos simple. Me pregunté qué habría estado diciendo para que la policía se sintiera tan provocada para cortarle la lengua.

Eso fue un poco antes de que hablara el segundo calco de Kerris.

—¿Qué es lo que hay en nosotras que te perturba tanto?

Su voz, aunque se parecía a la de Kerris, sonaba muy débilmente. De hecho, noté

que la muchacha parecía enferma. Su cuerpo se veía tan frágil que parecía que un movimiento brusco podía romperlo en pedazos.

—Yo... eh... yo... pues... vosotras me recordáis a alguien, eso es todo.

Mi intento de conversación rayaba la incapacidad de expresión. Pero la verdad era que ver lo que parecían dos Kerris Baedekker, aunque cambiadas en algunas cosas, me desconcertaba.

—¿Es porque somos hijas del general Fielding?

—¿General Fielding?

Tartamudeé una vez más, olvidándome momentáneamente de que ahora yo nombraba a Fielding por su nombre original: Torrence.

La muchacha con la cabeza rapada siguió mientras Marni me miraba fijamente.

—Tiene muchos hijos dando vueltas por ahí.

—¿Y todos se parecen a... Eh, quiero decir, ¿todos os parecéis?

—Algunos sí.

—¿Habéis oído hablar de Kerris Baedekker?

—No. ¿Por qué?

—Se parece a vosotras —dije, sabiendo que la descripción era un poco pobre—. Podría ser una hermana gemela.

—O trilliza. O cuatrilliza. —La muchacha no sonaba sorprendida—. Encontrarás a mucha gente con esta cara. —Señaló la suya—. Especialmente por aquí.

—¿Vosotras siempre habéis vivido aquí?

—No. A mí me trasladaron al norte de la Paralela 102 cuando tenía doce años. Había ido a una buena escuela y me habían calificado para seguir una carrera en administración, pero tuve una gripe y por alguna razón nunca me recuperé. —Se encogió ligeramente de hombros—. Estaba ocupando un espacio muy valioso en una clase y requiriendo demasiada comida buena. Los lisiados son un lujo que no podemos darnos, de modo que vine aquí.

Miré su rostro bajo la escasa luz, la delicadeza de sus huesos, la piel translúcida, el brillo de sus ojos. No sabía cuál era la razón... pero había algo etéreo en ella.

En cambio, su hermana, sentada junto a ella, era ferozmente fuerte.

—Lo siento —dije—. No me he presentado. Soy David Masen. Supongo que sabéis por qué estoy aquí.

—No te has presentado —repitió ella con una sonrisa cansada—. Vaya... hacía mucho tiempo que no oía tanta cortesía. Buenas noches, David Masen. Mi nombre es Rowena. Y ésta es Marni. Pero, bueno, a ella ya la conoces.

—Sí, así es.

—Marni era una muchachita muy lista. Organizaba reuniones en las que se cuestionaba la política de nuestro padre. La policía la llevó al centro de la ciudad para hacerle un interrogatorio. Cuando descubrieron la conexión familiar informaron a

nuestro padre. Él les ordenó que se aseguraran de que no volviera a hablar. También sugirió que debían aplicarle el tratamiento de fealdad. —Hizo un gesto que cruzó su cara, imitando un corte con un cuchillo—. Mi padre supone que sí eres feo, la gente no te escuchará. —Se encogió de hombros—. Y así fue como Marni acabó aquí también.

—Dios mío. Pero ¿no sabías que Marni existía hasta que la conociste aquí?

—No. Como te digo, hay muchísimos de nosotros dando vueltas por ahí... todos parecidos como gotas de agua. —Le lanzó una mirada a su hermana—. A menos que alguien nos haga algo como eso.

—Pero ¿cómo...?

—Siento ser tan descortés, David. Pero tanto mi hermana como yo necesitamos dormir. —Marni asintió con la cabeza demostrando que estaba de acuerdo. Rowena me explicó—: Las dos tenemos que trabajar mañana.

—¿Trabajar? —repetí sorprendido mientras observaba el cuerpo enfermizo de Rowena.

Ella se encogió de hombros.

—Si no trabajamos, no comemos. —Se metió lentamente bajo las mantas mientras Marni subía a la litera que había encima.

Me quedé un momento sin hacer ni decir nada.

Sin levantar la cabeza de la almohada, Rowena susurró:

—Estás en tu casa, David. Coge la litera de arriba. No está sucia.

—No... no, eh, seguro que está bien, pero el hombre que me trajo aquí dijo que más tarde habría algo para comer.

Ella me sonrió débilmente.

—Se refería al desayuno.

—Ah.

Sintiéndome un poco extraño ante la noche que me esperaba, me quité las botas y la chaqueta de piloto, luego me subí a la litera más alta. Era estrecha, el colchón fino, pero inmediatamente me quedé quieto para no molestar a mis compañeras. Rowena, especialmente, parecía necesitar algo más que una simple noche de descanso.

Antes de quedarme dormido decidí que le sugeriría a Sam Dymes —no, maldita sea, *¡le exigiría!*—, le exigiría que se hicieran los planes necesarios para pasar de contrabando medicinas y traerlas hasta aquí. Evidentemente, se necesitaban con urgencia. Pero, tal como salieron las cosas, no tuve oportunidad.

36. VIAJANDO SOLO

—Lo siento, no lo comprendo —dije, boquiabierto—. Sam Dymes estuvo aquí anoche con otras diez personas. ¿Adonde ha ido?

El hombre que había hecho de guía la noche anterior se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿No dijo nada?

—Solamente dijo que se iba. —Y luego agregó, con un poco de resentimiento—: Tenía otro guía. —Sacó una hoja de papel de su bolsillo—. Pero me dijo que le diera esto.

Con furia, me llevé la nota a mi habitación y la leí con el acompañamiento del burbujeante alambique de alcohol.

Me había despertado esa mañana mientras las dos mujeres se preparaban para ir a trabajar. Antes de irse, ambas habían bebido una taza llena de lo que fuera que goteaba del grifo del alambique. Al cabo del rato descubrí que Sam, junto con el resto de mis compañeros de viaje, se había ido.

Leí la nota.

David, parece una broma de mal gusto dejarte aquí de esta manera, pero hemos tenido que movernos más de prisa de lo que planeamos originalmente. Por tu propia seguridad, tengo que recomendarte encarecidamente que esperes, hasta que nosotros regresemos. Ahí estarás a salvo. Si necesitas algo pregúntale a Benji (es el tío que nos trajo hasta aquí). Un saludo, Sam Dymes.

Miré hacia donde había dejado la bolsa de explosivos. Ya no estaba allí. Evidentemente, los zapadores iban de camino a hacer lo que fuera que se requería de ellos.

¿Y ahora qué?

Sin ventanas a través de las que mirar afuera, me senté en una silla y me puse a oír el goteo del alcohol llenando otra botella.

Otra hora de ese goteo infernal y me habría vuelto increíblemente loco. Decidí dar un pequeño paseo. Llegué a la parte más alta del hueco de la escalera. Ése era el límite de la aventura de esta mañana, me dije a mí mismo, puesto que allí, al acabar la escalera, había una verja cerrada con candado. A medida que me iba acercando al techo no dudaba en subir a él. Lancé una mirada a mi derecha a través de una puerta abierta. Una anciana me miraba con recelo con los ojos entrecerrados. Supuse que sería una especie de conserje. Sin duda, la llave de esa verja estaba en algún lugar de su cubil, pero, salvo que me peleara con ella para conseguirla, seguía estando fuera de

mi alcance. Además, si intentaba algo, ella comenzaría a gritar sin duda y entonces el gentío subiría corriendo.

Me retiré a mi habitación. Allí consideré mis opciones. Rápidamente, me di cuenta de que eran bastante limitadas. O no moverme de esa asquerosa destilería casera o encontrar una forma de escapar. Tampoco escapar parecía muy tentador. ¿Adonde podría ir? La respuesta obvia era al sur, a la ciudad. Pero eso significaría escalar el muro de casi siete metros, que no sería una empresa demasiado fácil; en primer lugar, los guardias armados se molestarían conmigo por eso. Tal vez sería mejor esperar ahí hasta que Sam Dymes regresara.

Si regresaba.

Vaya, vaya, vaya, David, me dije a mí mismo, otra vez tu mente suspicaz...

Pero *existía* la posibilidad de que las circunstancias pudieran impedir el regreso de Sam y los demás. En cuyo caso, yo tendría que arriesgarme, dirigiéndome hacia el hangar de barcos voladores y luego a casa por mis propios recursos.

Una gota... y otra gota... y otra gota...

El alambique seguía trabajando. El casi abrumador olor de la malta y la cebada se apoderó de mi olfato. A ratos, la conserje dejaba a un lado sus tareas de portera para entrar cojeando en la habitación, coger una botella llena de bebida de debajo del grifo que no paraba de gotear, taparla, colocarla con sus primas (docenas y docenas de ellas) en un armario, luego colocar una botella vacía debajo del grifo, girar el tornillo y, sí, el goteo comenzaba una vez más.

Más tarde esa misma mañana descubrí un modo de ver la calle. Me di cuenta de que si me ponía de pie sobre una silla podía mirar a través de una rejilla de ventilación. Ahora tenía una imagen reticulada de una calle a cuyos lados había bloques de viviendas de cuatro plantas. La luz del día revelaba un panorama muy agitado. Había personas de todas las edades y de todas las razas corriendo de un lado para otro. Muchas llevaban cestos con distintas clases de cosas. También pude ver muchos ciegos. Se movían con seguridad por la calle, pero noté, casi con ganas de vomitar, que parecía que eran utilizados como bestias de carga. Llevaban inmensas cajas de madera atadas a sus espaldas con una especie de correa. No vi ni una sola persona vestida con otra cosa que no fueran los trapos más harapientos.

Seguí observando la escena durante algunos minutos. Durante ese tiempo pasaron una o dos personas en bicicleta. Vi una carretilla de mano acarreada por un hombre fornido, en la que había dos cerdos y, extrañamente, un ataúd forrado de un raso rosado de delirante matiz. Detrás de él pasó un rebaño de vacas conducido por niños con palos. Luego, por primera vez desde mi llegada a esa zona, vi un automóvil. Estiré la cabeza para ver mejor. Lo que parecía ser una caja de metal sobre ruedas apareció rodando lenta y ruidosamente. Las pocas ventanas que tenía estaban cubiertas con una malla de acero, mientras que sobre el techo destellaba una burbuja

de plexiglás bajo el sol. En esa torrecilla de defensa había un hombre sentado fumando un cigarro.

Cuando el vehículo giró en una de las calles laterales, pude ver las palabras «Policía del Sector Industrial (CNY)» estarcidas en su flanco.

Eso era importante. Había patrullas de policía a pesar de que ese campo de esclavos era principalmente dirigido por sus presos. Archivé mentalmente la información.

Apareció Benji, el hombrecito oscuro. Me miró lleno de desinterés.

—Si bajas de esa silla, Marty servirá algo de comer en el salón.

—¿Salón?

—Una habitación grande que hay al final del pasillo. ¿Tienes cigarros?

—No, lo siento. No...

—La comida está en el salón. Date prisa o desaparecerá.

Tal como me dijo Benji, me di prisa. Tenía hambre. Y además no sabía cuándo aparecería el siguiente plato de comida. En el mismísimo instante en que salí al pasillo, el hedor de la cebada y de la malta fue reemplazado por un fuerte olor a repollo hervido.

Mi olfato no se equivocó. Una sopa de repollo humeaba en una inmensa sopera. Ya había alrededor de una docena de ciegos que habían empezado a comer. Me uní a ellos. La conserje, cambiando de papel una vez más, repartía un pan que era gris y arenoso. Había un humor tan poderoso de silenciosa desesperación que parecía filtrarse a través de las ventanas de mi nariz, tan penetrante como los olores del repollo hervido. Recuerdo haber pensado: *Hay que hacer algo. Esta gente no debería tener que vivir de este modo.* Sin embargo, por mucho que lo intentara, no podía pensar en una forma de ayudarlos.

A las seis, Rowena y Marni regresaron de su trabajo. Una especie de hollín les había puesto la cara casi negra. Ambas desaparecieron en el cuarto de baño para lavarse. Luego, como si esa rutina hubiera sido establecida hacía ya muchos años, Rowena se subió a la litera de abajo, donde simplemente se sentó, claramente agotada y con mucho dolor a causa del esfuerzo y con un aspecto aún más frágil que antes. Mientras tanto, la fuerte Marni la ayudaba a ponerse cómoda, luego le trajo la sopa de repollo y el pan que eran su cena. Rowena inclinó el cuenco sobre el regazo para comer mientras Marni iba a buscar su propia ración.

Me mantuve ocupado durante un rato con la bolsa que me quedaba para darles cierto grado de privacidad mientras comían. Después de eso, me senté en la silla que estaba frente a las literas.

—Se supone que tengo que guardar esto exclusivamente como una ración de emergencia —dije—. Pero ¿querríais un poco de chocolate? —Les alcancé dos trozos. Ambas me miraron, tal vez preguntándose qué les pediría a cambio.

Torpemente les dije—: Por favor... aceptadlo. Desearía poder hacer más por... Lo que quiero decir es que... odio veros obligadas a vivir en estas condiciones, comer esta comida... es...

—¿Tan injusto?

—¡Maldita sea, sí, lo es!

Rowena me ofreció una sonrisa cansada.

—Ahora ésta es nuestra vida. —Miró a su alrededor—. Éste es nuestro hogar... tenemos que sacarle el mayor partido posible. Pero gracias por el chocolate. Creo que ni Marni ni yo lo hemos probado en los últimos diez años. —Cogió las barras de chocolate y, entregándole una a su hermana, dijo—: Marni. ¿Traerías un trago para todos, por favor?

Marni atravesó la habitación con agilidad hasta llegar al alambique. Allí sirvió cantidades generosas en tres tazas. No conseguía entenderlo. Rowena parecía no sentir ni una pizca de lástima por sí misma. Con algo parecido a la serenidad, simplemente me miraba fijamente mientras yo intentaba desembarazarme verbalmente de la culpa que estaba sintiendo, diciéndole que Torrence era despreciable y que obligar a la gente a la esclavitud no era nada menos que perverso.

Mientras tanto seguía tartamudeando, sintiendo una mezcla ardiente de culpa y furia.

—Pero sin duda la gente del resto de Manhattan no puede tolerar que os tengan aquí en estas horrorosas condiciones, ¿verdad?

—No lo saben. Es tan simple como eso.

—Pero *tiene* que haber rumores sobre cómo son las cosas aquí. ¿Qué hay de los conductores de camiones que trasladan productos del norte al sur de la isla?

—Nuestros señores son muy cuidadosos. Todos los productos son enviados por la noche a almacenes que están en la frontera, utilizando esclavos de aquí. Por la mañana trabajadores libres del sur de la Paralela cargan los productos en camiones para que sean distribuidos por la ciudad. Una práctica muy ingeniosa, ¿verdad?

—¿De modo que las dos fuerzas de trabajo nunca se encuentran?

—Nunca. La gente del sur no tiene ni idea de nada, creen que un hada madrina llena cada noche los almacenes por arte de magia.

—Pero ¿la gente de la ciudad nunca se cuestiona qué sucede aquí?

—Algunos sí. Como aquí Marni, por ejemplo, cuando era una estudiante. Pero hacer eso es arriesgarse a acabar también aquí. Y si eso te sucede, entonces es como morir e ir al infierno. —Rowena se encogió de hombros—. Sabes que nunca vas a regresar y que nunca más vas a ver o a comunicarte con tu familia. —Bebió un poco de la taza—. En realidad, algunas personas que viven en la ciudad deben de tener una vaga idea de lo que hay sobre la Paralela, que es una especie de prisión, pero ¿cuándo el gran público se ha interesado realmente por el mecanismo de funcionamiento de

las cárceles? Como con la eliminación de residuos o el proceso de llevar ganado a tu plato en forma de rosbif, uno tiende a no reflexionar sobre ello muy profundamente.

Me indigné al pensar en semejante injusticia.

—Háblanos de tu vida, David —me solicitó—. ¿Cómo es tu hogar?

Dos miradas verdes clavadas en mis ojos. Ambas extrañamente parecidas. Una vez más tuve la sensación de que eran formas sobrenaturalmente cambiadas de Kerris Baedekker mirándome a mí. Una tenía una belleza misteriosa pero delicada. La otra tenía un rostro cruelmente marcado por ese tajo en diagonal color carmesí.

Era difícil que la vida en la Isla de Wight no pareciera un paraíso cuando describí las suaves colinas, el fresco aire del mar, la casa de mi familia escondida en el fértil y verde corazón de la isla. Les conté también mi historia. Hasta sonrieron, entretenidas, escuchando el relato de algunas hazañas mías de cuando era niño, que en determinado momento habían tenido como resultado la espectacular destrucción del laboratorio de mi padre.

Y, a decir verdad, sentí cariño por mis compañeras de habitación. Mientras hablábamos, vi un espíritu animado surgiendo lentamente en ambas. El rostro marcado de la pobre Marni había cambiado de repente, mostrando una sonrisa conmovedoramente hermosa. El sentido del humor de Rowena surgió de un manantial muy profundo. Si hubiera podido sacarlas de allí y llevarlas a mi tierra, se habrían convertido otra vez en seres humanos que viven plenamente. La buena comida, el descanso, el aire fresco y las simples libertades de las que nosotros disfrutamos las repondrían. De eso estaba seguro.

Las observaba tomar la bebida del alambique. Fuera cual fuese su sabor, tenía un efecto reconstituyente. El rostro de Rowena adquirió un poco de color. Marni se animó más. Finalmente notó que yo no había tocado mi taza. La señaló, luego describió con gestos el acto de beber.

Asintiendo con la cabeza y sonriendo, levanté la taza y me la llevé a los labios.

Diez minutos después, seguían saltándome las lágrimas de los ojos. Luego oí un ensordecedor sonido metálico que venía del pasillo.

37. Y, ENTONCES, COMO ORFEO...

El sonido metálico vino acompañado de enérgicas voces. Secándome aún los ojos después de tragar la endiablada bebida, salí corriendo al pasillo. Estaba lleno de ciegos que exigían saber qué era lo que estaba pasando. Al final del pasillo pude ver a la conserje cojeando hacia la verja, que era de donde provenía el sonido. Al ser lo suficientemente alto para poder ver por encima de las cabezas de los que había delante de mí, vislumbré a un hombre con el rostro colorado y una gorra de visera negra. Estaba golpeando la verja con un garrote.

—¡Déjame entrar, mujer! —gritaba—. ¡Déjame entrar ahora o les ordenaré a mis hombres que disparen!

La anciana hizo lo que le decían. Pude ver la mitad superior de la verja sobre las cabezas abriéndose de golpe hasta golpear contra la pared.

—Fuera de mi camino... ¡Apartaos!

El hombre de la gorra se fue abriendo paso. Los ciegos que estaban delante de mí fueron obligados a retroceder. Una mujer tropezó en medio de la aglomeración. Rápidamente, la puse de pie para impedir que siguieran pisoteándola.

Para entonces yo también había sido empujado hacia atrás hasta pasar la puerta de mi habitación. Ahora podía ver que los hombres que obligaban a los ciegos a retroceder eran policías. Esos hombres, sin embargo, sólo se parecían superficialmente a los pulcros agentes que había visto en mi primera llegada a Nueva York. Estos eran individuos de aspecto bruto. Los uniformes estaban manchados de sudor y bastante estropeados. Los polis llevaban espantosas porras o escopetas. Y estaba claro que no estaban de humor para perder el tiempo. A medida que iban empujando bruscamente a los ciegos hasta el fondo del pasillo, se me ocurrió por primera vez que estaban allí por mí. Tal vez alguno de los residentes del bloque de apartamentos les había informado confidencialmente de la llegada de un grupo de forasteros. Quizá la policía estaba allí para registrar a los misteriosos intrusos.

Doblé las rodillas para tener la cabeza por debajo de las que me rodeaban. Al mismo tiempo permití deliberadamente que mis ojos se apagaran mientras hacía todo lo posible por interpretar el papel de un hombre ciego. Tocaba a tientas las paredes mientras me movía hacia atrás para refugiarme en el salón. La policía comenzó a abrir puertas a patadas para llevar a cabo su búsqueda. Cualquiera que se interpusiera en su camino era alejado a empujones brutalmente.

—¡Mirad por todas partes! —gritó el agente al frente de la situación—. ¡Éste es el sitio!

El agente con el rostro colorado llegó a la puerta de la habitación que yo había compartido con las dos muchachas.

—Ah —dijo, satisfecho consigo mismo—. Aquí. El soplón estaba en lo cierto.

En ese momento pensé en encontrar la manera de salir por la parte de atrás del edificio. Hasta una ventana me serviría.

El cara colorada se echó hacia atrás y les hizo señas a sus hombres para que entraran en la habitación.

—Adelante —tronó—. Pero tened mucho cuidado. No, muchacho. Ten cuidado con eso, cuidado. Primero desatornilla la tubería. No, no os molestéis en romper nada... Dejadlo ahí, en el maldito suelo.

Con la policía ahora en la habitación me fui un poco hacia adelante para mirar el interior.

El cara colorada estaba de pie con las manos en las caderas, observando cómo sus hombres desmontaban el alambique.

—Cuidado con las tuberías de cobre. —Luego agregó, con bondadosa brutalidad—: Si alguien abolla esas tuberías, le abollaré yo mismo las malditas orejas.

Extrañamente, sus palabras tenían sonidos vocales cerrados típicos de Yorkshire mezclados con el acento de Nueva York. Sin duda, el relato de cómo ese hombre de mediana edad de Yorkshire había llegado a Nueva York sería toda una historia épica. Pero lo que estaba haciendo ahora estaba bastante claro. Ésa no era una redada legal de alcohol. El agente estaba sin duda alguna apropiándose del alambique, junto con cada botella de bebida alcohólica que había en el lugar, para su propio beneficio.

Marni no se tomó demasiado bien que un policía se sirviera de una botella medio llena que había en una mesa junto a su litera. Saltó para detenerlo. El hombre era grande y luchó brevemente con la muchacha.

—¡Déjala en paz! —Rowena bajó arrastrándose de la litera para ayudar a su hermana.

Sin girar la cabeza siquiera, el hombre la empujó otra vez hacia la litera. Vi cómo su antebrazo se descolocaba y crujía contra el poste de la litera. Instantáneamente, su rostro se arrugó por el dolor. Marni, con los ojos ardiendo de furia, le escupió al hombre en la cara.

Este la insultó y levantó la botella sobre la cabeza de ella.

—Maldita sea, Harry. —El hombre rubicundo se rió a carcajadas del colega que estaba luchando con Marni—. ¿Qué demonios estás haciendo jugando con esas muchachas?

El hombre parecía a punto de comenzar a quejarse de Marni, pero estaba claro que el cara colorada no tenía tiempo para tonterías.

—Bájala, Harry, no sabes dónde ha estado. —Señaló a otro policía—. Ahora comenzad a bajar todo esto al camión... y tened mucho cuidado, maldita sea. No quiero oír ningún estruendo ni botellas que se rompen. Tratadlas como trataríais a un maldito bebé. ¡Harry, déjala! Sigue moviendo las botellas... No, empieza por las llenas, muchacho.

El hombre conocido como Harry simplemente empujó a Marni para apartarla de su camino. Con el entrecejo fruncido, levantó una caja de botellas y se dirigió con ella hacia la puerta. Yo volví a retroceder, adoptando una vez más una mirada ciega.

Mientras tanto, la conserje se lamentaba.

—Déjanos la bebida. ¿Por qué no puedes dejarnos algunas botellas...? No lo necesitas todo. ¡Deja las botellas!

—Cállate —respondió bruscamente Harry, aún enfadado por su pelea con Marni.

Después de eso se instaló un silencio descorazonador entre los ocupantes del bloque de apartamentos. Ya habían vivido todo eso antes: las redadas de la policía, los abusos.

Cuando el último hombre se fue con la última caja de bebida, regresé a la habitación donde Marni estaba atando un cabestrillo improvisado alrededor del cuello de Rowena. La propia Rowena parecía enferma de dolor. Levantó la mirada cuando yo entraba en la habitación. —¿Estás bien? —le pregunté. —Ay, me he roto el brazo —dijo como si hubiera sido culpa suya—. Maldita sea, mañana no podré trabajar.

—No te preocupes por el trabajo. Alguien tiene que verte ese brazo.

—Hay alguien que podría volverme a colocar el hueso en su lugar... sólo que ahora no me darán ningún vale. —Me encargaré de que tengas comida —le dije. —No es solamente la comida. —De repente sonaba increíblemente cansada—. No conseguiré los vales para mis inyecciones hasta que empiece a trabajar otra vez.

—¿Inyecciones? —Caí en la cuenta—. Ah. —Recordé lo que Gabriel me había contado de la política de Torrence de esclavizar a sus trabajadores con heroína—. Ah, entiendo.

Ella sonreía a medida que el dolor se hacía más profundo. —Lo del alambique es una lástima. La bebida hubiera ayudado a aliviar el dolor.

Para entonces la mayoría de los ocupantes del edificio se había retirado a sus propias habitaciones para pensar en su desgracia. Sin embargo, un anciano se acercó para observar el brazo de Rowena. Me estremecí al ver el retorcimiento entre la muñeca y el codo en el lugar en el que se había roto el hueso.

—Ponte lo más cómoda que puedas —le dijo el hombre amablemente—. Regresaré en unos minutos. Necesito fabricar unas tablillas.

—Gracias.

Yo estaba lleno de rabia y de impotencia. ¿Cómo podía haberme quedado allí de pie observando a esos matones hacer eso? Pero ¿qué podría haber hecho? Eran muchos, tenían armas. Yo no tenía nada.

Marni hizo lo que pudo. Ayudó a Rowena a recostarse en la litera, luego colocó tiernamente una almohada debajo del brazo roto.

Una vez más rebusqué en mi bolsa. Creí que había visto algo antes, cuando me entregaron las raciones de comida de emergencia. Sí, allí estaba: una pequeña caja de

cartón con una cruz roja en la tapa.

—¿David?, ¿David Masen? —Levanté la mirada y vi a Rowena observándome—. David —me dijo—, tienes que irte ahora mismo de aquí.

—Pero...

—Escucha. No es seguro que te quedes aquí.

—Los policías vinieron por el alambique.

—Aunque no hubieran estado buscándote a ti, ¿cuánto tiempo crees que pasará antes de que uno de los agentes se acuerde de haber visto una cara que no pertenece a este lugar?

—Estoy seguro de que no han podido verme muy bien.

—David, vamos, por favor. Puede que hayan estado preocupados por nuestra pequeña máquina milagrosa y no hayan roto ninguna botella, pero de repente uno de ellos se preguntará por qué había por aquí un chico tan bien aumentado. Créeme, regresarán. Y más pronto que tarde. —Hablaban tan enérgicamente que sin querer se molestó el brazo. El dolor le hizo hacer una mueca—. Y si crees que serás un héroe por quedarte aquí, piénsalo dos veces. Si te cogen aquí, nosotras también nos veremos perjudicadas.

—Vale —respondí—. Simplemente decidle lo que ha ocurrido a Sam Dymes cuando regrese. —Me puse rápidamente la chaqueta de piloto—. Volveré a los barcos voladores.

—No los encontrarás tú solo... Marni —se dirigió a su hermana—, lleva a David de regreso a su aeronave.

Marni asintió con la cabeza, luego me hizo una señal indicándome que me moviera.

—Vale. Cuídate, Rowena... y será mejor que te quedes con esto. —Le entregué el equipo de primeros auxilios—. Hay un par de inyecciones de morfina y una hipodérmica. Ya sabes... por si lo necesitas.

—Gracias, David. Te lo agradezco.

Sin pensar me incliné hacia adelante y la besé. En ese momento estuve a punto de hacer una estupidez. Estuve a punto de decirle que regresaría y que las sacaría a ella y a Marni de allí. Y que además les patearía el trasero a esos policías matones. Pero sabía, es más, estaba completamente seguro de que eran promesas que nunca podría cumplir.

—Adiós, David. Ahora, por favor, date prisa.

La conserje había previsto ese cambio en los acontecimientos. Sin un murmullo siquiera, abrió el candado de la verja, y seguí a Marni escalera abajo. Pronto estuvimos en la calle. A la luz del día, destacaba como un hombre de Marte, de modo que volvió a empujarme adentro, se puso un dedo delante de los labios y luego salió corriendo otra vez por el pasillo. Regresó en un momento y me ayudó a ponerme un

abrigo que olía como el demonio. Si estaba negro de suciedad o si era el tinte de la tela, nunca lo supe. Se echó hacia atrás, sus claros ojos verdes evaluando el resultado. Sacudiendo un poco la mano para indicarme que no era suficiente, se agachó sobre el suelo del pasillo. Frotó las manos en las baldosas, luego regresó junto a mí. De pie frente a mí y muy cerca en el estrecho pasillo, pasó las palmas de las manos por todo mi rostro, prestando particular atención a la frente y a la nariz.

Después volvió a observarme, asintió con la cabeza indicando que ahora estaba satisfecha, me cogió por el codo y me impulsó hacia la puerta. Ahora, adecuadamente disfrazado, caminé rápidamente por las calles. Marni andaba a zancadas a mi lado, con la barbilla en alto y decididamente.

Hicimos el recorrido del día anterior a la inversa. Con el sol del atardecer inclinado sobre las calles, nos metimos rápidamente en el depósito del comerciante de carbón y luego bajamos al viejo túnel que, hacía mucho tiempo, había sido un conducto para el carbón desde *el* río Hudson hasta la ciudad de Nueva York. Una vez más, ese paseo espeluznante a la luz de una lámpara y a través de esa caverna llena de ecos.

Por fin emergí, agradecido por haber visto ese lúgubre lugar por última vez. No debí de haber agradecido nada con tanta rapidez.

Porque allí, junto al hangar de las aeronaves, había tres de los vehículos con forma de caja. Había policías con sus gorras de visera negras entrando y saliendo por la puerta. Incluso reconocí al cara colorada de Yorkshire. Saludó a un superior a su llegada y lo hizo pasar, encantado, al hangar. Allí acababa mi viaje de regreso a casa.

Me volví para decirle algo a Marni, que estaba observando a la policía con furia en los ojos.

—Marni —le dije, llegando a una decisión que tenía que haber tomado hacía ya varias horas—. ¿Puedes llevarme hacia el sur, a la ciudad?

38. FRUSTRACIÓN

Una vez más, dentro del túnel. Marni y yo desanduvimos los pasos que habíamos dado a través de esa caverna lúgubre y muerta. Había esperado emerger una vez más en el depósito del comerciante de carbón, pero en cambio ella me llevó más allá del montón de correas transportadoras. Después de caminar durante más de un cuarto de hora, con la lámpara irradiando una mancha de luz amarilla a nuestro alrededor, Marni se subió a lo que parecía ser el andén de una estación. Luego se dirigió hacia una serie de grandes puertas de madera. Abrió una. Las bisagras oxidadas protestaron chillando. Se oyeron patas escabullándose sobre el hormigón: las ratas huían.

Había un antigua señal en una pared que decía: «A partir de aquí, únicamente Personal Autorizado. Universidad de Columbia». Colocándose los dedos delante de los labios para indicarme que guardara silencio, Marni se movió, ágil como un gato, a través de los inmensos sótanos de la universidad. A la luz de la lámpara, vislumbré el cuarto de la caldera con los hornos apagados hacía ya mucho tiempo, desde los que salían redes de tubos de hierro.

Se detuvo un momento, contemplando una serie de oscuros corredores que parecían perderse en la oscuridad del infinito. Había cables muy viejos colgando como parras negras, mientras que las tuberías de la calefacción envueltas en telarañas serpenteaban a lo largo de túneles para luego desviarse abruptamente y salir por una pared.

Sentí la mano de Marni en la manga y nos pusimos en marcha una vez más. Habíamos avanzado quizás otros cien metros cuando me señaló el hueco de una escalera. Subí detrás de ella para aparecer en un edificio abandonado, donde atravesamos puertas con los nombres de profesores universitarios muertos hacía ya mucho tiempo. Un momento después emergimos en una amplia calle flanqueada por altos edificios. Mi anhelada esperanza de encontrarme en la acera limpia de la ciudad desapareció en un instante. Allí, el suelo de las calles estaba tan cubierto de desperdicios como el de Harlem. Seguía habiendo gente en harapos corriendo de un lado para otro, cargando cosas. Una niña de alrededor de nueve años se esforzaba duramente en empujar una carretilla colmada de pieles de animales que goteaban sangre. Una vez más, las tiendas y los cafés eran utilizados industrialmente. Había hombres y mujeres trabajando frenéticamente en tornos, prensas de metal, sierras.

Sentí un golpe seco en un costado del cuerpo. Marni me lanzó una mirada de advertencia. Deliberadamente, bajó la cabeza mientras caminaba y luego me miró de soslayo para asegurarse de que yo había adoptado la misma postura.

Un cartel me indicó que estábamos en la avenida Amsterdam, una calle que en otros tiempos había sido próspera y que atravesaba Manhattan de norte a sur. Otro cartel en el cruce de calles me indicó que habíamos llegado a la 114, el siguiente

decía 113. Ahora el orden ascendente de los números de las calles nos informaba de que nos estábamos moviendo hacia el sur, lo que significaba que no estábamos a mucho más de media hora andando de la 102, donde el muro de la prisión de casi siete metros de altura dividía Nueva York en dos. Llegar al muro era la parte más fácil. Encontrar la manera de atravesarlo sería ya otra cuestión.

Pasamos junto a una inmensa construcción gótica que originariamente no podría haber sido otra cosa que una catedral. Dentro había hueras de ciegos sentados. Todos martilleaban piezas de metal plateadas con gran destreza. El ruido que producían cientos de personas repicando era enorme. Lo único que pude hacer fue taparme las orejas con las manos mientras salíamos a toda prisa por una puerta abierta.

Entonces vi que el flujo de gente cargando cosas o empujando carretillas parecía converger en un único punto. Recordé lo que Rowena había dicho acerca de unos almacenes en la Paralela 102 que eran llenados durante la noche por esclavos y vaciados por la mañana por trabajadores de la ciudad.

Para mayor preocupación, también había más policías. Es cierto, la mayoría iba en coches o en las furgonetas con forma de caja que había visto antes, con sus torrecillas de plexiglás donde llevaban las armas. No obstante, había algunos a pie. Éstos parecían estar ocupándose del tráfico. Dirigían a bestias de carga humanas por ciertos caminos que acababan en diversos puntos de recogida. Una fila de muchachas descalzas se turnaba para vaciar cestas con pinzas de colores para la ropa en una gran carretilla. No pude evitar notar que dos de las muchachas se parecían extrañamente a Kerris. La progenie de Torrence habitaba en todas las manzanas de la ciudad o, al menos, eso me parecía a mí.

A pesar de que todo aquello parecía ser la práctica habitual, tenía la sensación de que esa noche había habido un cambio en la rutina.

De pie junto a la carretilla había un par de mujeres de mediana edad. Sus ropas y sus elegantes zapatos revelaban en un instante que esas damas no eran residentes del gueto. Estaban hablando entre ellas mientras observaban a las muchachas de las pinzas para la ropa. Caminando aún con la cabeza gacha comencé a interesarme más por lo que estaba sucediendo allí. Las dos mujeres estaban haciendo una evaluación de las muchachas. De vez en cuando una de las mujeres escogía a una de ellas, a quien se le ordenaba que fuera hasta el límite de la calle, donde había ya de pie un número cada vez más grande de muchachas igualmente escogidas. Las que no eran elegidas se alejaban caminando con sus cestas vacías.

Una mirada furtiva al otro lado de la calle me demostró que ese proceso de selección estaba sucediendo en otros lugares. Pares de hombres y de mujeres con carpetas se movían por los talleres, observando detenidamente a los trabajadores. De vez en cuando, una muchacha o una mujer era llamada y se le ordenaba que se colocara en un lugar determinado al extremo de la calle. Noté que Marni también

lanzaba miradas curiosas por debajo de su melena de cabellos rojizos. Definitivamente algo estaba sucediendo. Pero ¿qué?

Por un momento creí que la elección de las muchachas era arbitraria. Pero luego me di cuenta de que sólo las que habían pasado la pubertad estaban siendo elegidas. Mientras que las mujeres que sobrepasaban la mediana edad eran pasadas por alto.

Me vinieron dos palabras a la mente: Operación Avalancha. De modo que había comenzado. Los médicos de Torrence estaban seleccionando a mujeres en edad de tener hijos (aunque algunas apenas la tenían). Me imaginé que la raza superior de Torrence debutaría de aquí a unos nueve meses. Mi línea de pensamiento llegó a un abrupto final. —¡Oye! Espera. Tú, ahí. Pelirroja. Quédate quieta, muchacha. Marni obedeció. Mantuvo la cabeza hacia abajo, la mirada fija en el suelo. Copié su postura sumisa. *Dios mío, pensé, sólo faltaría que una de las mujeres notara la calidad de mis botas, y todo habrá acabado.* Le lancé una mirada de soslayo a un policía que estaba de pie en la esquina de la calle, con las manos en las caderas y una escopeta colgando descuidadamente sobre la espalda. Lo único que podía hacer era esperar a que la mujer con los zapatos elegantes dijera lo que tuviera que decir antes de poder seguir adelante.

La mujer dijo bruscamente:

—¿Nombre y número? Marni seguía mirando al suelo.

—Muchacha, te he preguntado tu nombre y tu número. Sentí que me hundía. Esto no pintaba nada bien.

—Muchacha. ¿Estás siendo insolente? Si es así, te advierto...

—Es muda —dije rápidamente, haciendo que mi voz sonara lo más servicial posible—. Su nombre es Marni.

—¿Sí? —La mujer estaba preparada con el bolígrafo sobre la carpeta—. ¿Y su número?

—¿Su número? —repetí torpemente—. No lo... —Ay, por el amor de Dios, ven aquí, muchacha. —La mujer cogió brutalmente a Marni por los cabellos y le levantó la cabeza. Arrugó la nariz para expresar su desagrado al ver el rostro marcado de Marni—. Ay, el tratamiento de fealdad, ¿no es cierto? ¿La lengua también? Abre la boca... Sí. Bueno, no te necesitamos para que utilices la lengua ni la cara, ¿verdad? —La mujer marcó con una señal un cuadrado pequeño de la hoja—. Ahora date media vuelta. —Otra vez bruscamente, cogió el escote del jersey de Marni y lo estiró hacia abajo, dejando al descubierto su hombro—. Quédate quieta, muchacha. No puedo leerlo si te mueves así.

Entonces vi una larga serie de números tatuados en la parte de atrás del hombro de Marni.

Después de copiar el número en su carpeta, la mujer señaló un grupo de muchachas a un lado de la calle.

—Ve y quédate allí. No te muevas hasta que yo te lo indique.

Empecé a seguir a Marni.

—Oye —dijo la mujer. —Me giré para mirarla—. A ti no te necesitamos, grandullón. Sigue con tu trabajo.

Miré al policía que estaba al otro lado de la calle. Aún no estaba mirando hacia mí, pero sabía que se acercaría rápidamente si la mujer armaba un escándalo. Fui subiendo la calle, manteniendo la posición servil de la cabeza hacia abajo como todos los que me rodeaban. A medida que iba avanzando, le iba lanzando miradas a Marni, que se había quedado allí de pie con las otras muchachas. Articulé con los labios: «Espera». Ella me contestó asintiendo con la cabeza.

Justo delante de mí se detuvo un autobús y comenzaron a subir a él muchachas de otro grupo. Era bastante evidente que estaba recogiendo grupos de muchachas a lo largo de la calle y llevándoselos. En ese momento no pude darme el lujo de elaborar un plan de acción claro. En cuanto llegara a la calzada me acercaría a Marni. Si la perdía, dudaba que lograra llegar alguna vez a la ciudad.

Para entonces, la mujer con la carpeta estaba ocupada tomando nota de los datos de una muchacha que llevaba una carretilla. Rogué que no mirara en ningún momento en mi dirección.

Llegué al corrillo de muchachas en el que estaba Marni. Detrás de mí, el autobús se movía pesadamente recorriendo la calle, el motor sonaba cada vez más fuerte a medida que se iba acercando a mí. Sin detenerme le hablé a Marni.

—Marni. Camina delante de mí. Sigue caminando naturalmente. Pero si grito «corre», ponte a correr.

Asintiendo con un gesto, dio unos pasos delante de mí. Una vez más mantuvimos las cabezas agachadas.

—Muchacha. ¡Te he dicho que esperaras! —La voz indignada de la mujer cortó el ruido de la calle como la hoja de un cuchillo.

En la esquina, el policía miró a su alrededor para ver qué estaba sucediendo.

—¡Agente! —gritó la mujer—. ¡Detenga a la pelirroja!

El corpulento hombre en seguida entendió cuál era la situación. Se acercó decididamente y cogió a Marni por el codo con su enorme puño.

—Quédate aquí hasta que averigüe lo que está sucediendo —le dijo a Marni—. Y, maldita sea, quédate quieta.

No esperó a que ella accediera. La golpeó furiosamente en la cara, haciéndola girar sobre los talones. Yo me acerqué al policía, que seguía agarrando a Marni. Ella sacudía la cabeza, medio atontada. Vi una mancha de sangre en sus labios.

En un segundo miré a la gente que tenía más cerca. Descarté a uno tras otro como posible ayuda hasta que vi a una anciana con una carga de barras de hierro. En un acto reflejo, saqué una de las barras de hierro de su cesta y la golpeé con todas mis

fuerzas contra la cabeza del policía.

Ni siquiera me vio venir. Con un gruñido de tos cayó en el barro. Marni miró al hombre caído con aturrida incredulidad.

Inmediatamente oí gritos, mientras la mujer con la carpeta entraba en un ataque de chillidos cada vez más estridentes.

—¡Vamos! —Cogí a Marni por el brazo—. ¡Corre!

Echamos a correr a toda prisa bajando la calle. Al otro lado otro policía gritaba por la puerta de uno de los camiones cuadrados. Vi la torrecilla de plexiglás sobre el vehículo girar suavemente hasta que el cañón de la ametralladora quedó apuntando hacia nosotros.

—¡Más rápido! —grité.

En ese momento varios disparos pasaron gimiendo junto a mi cabeza. La pared que estaba junto a mí de repente parecía burbujear a medida que las balas pulverizaban trozos de ladrillo.

El artificiero de la policía había disparado demasiado alto. No cometería dos veces el mismo error.

El pánico convirtió la calle en una masa rabiosa y aterrorizada de gente que gritaba, corría, tiraba el contenido de sus cestas. Frente a mí, un hombre se retorció en la acera, agarrándose la cabeza, donde había recibido una bala de rebote.

Marni atravesó rápidamente una puerta abierta. La seguí. Me sorprendí en un extenso salón donde los ciegos habían estado haciendo juguetes con animales disecados. Ahora, asustados por los disparos, giraban las cabezas, buscando el origen del sonido.

—Sigue moviéndote —le dije a Marni—. Tiene que haber otra salida en este lugar.

Una vez que estuvimos en el edificio, fuera de su vista, lo más sensato habría sido que el artificiero dejara de disparar. No lo hizo. Disparó más a través de la puerta abierta. Uno de los fabricantes de juguetes se echó hacia atrás, con el pecho ardiendo donde una bala incendiaria le había rasgado la ropa. Los trabajadores gritaban, presas del pánico, antes de salir atropelladamente por la puerta de entrada.

La ametralladora tableteaba con furia. Miré hacia atrás y vi los cuerpos alcanzados por las balas cayendo en la cuneta.

Marni pensó con más claridad que yo. En lugar de darle vueltas a la tragedia me empujó con fuerza hacia la puerta de salida que había en el fondo del taller.

Ahora sí sin detenerme, atravesé corriendo una despensa llena de cabezas de muñeca con los ojos fijos, luego salí medio tambaleándome por una puerta que daba a una callejuela trasera, donde aproximadamente una docena de hombres y mujeres desconcertados caminaban con sus cestas y carretillas. Habían oído el tiroteo, pero era evidente que no sabían lo que estaba ocurriendo ni de dónde provenían los

disparos.

Con la velocidad de un atleta, Marni corría delante de mí. Fuera cual fuese el lugar de destino, fueran las que fuesen las consecuencias, io único que podía hacer era seguirla.

39. EN LA PROFUNDIDAD

—¡Alto!

No obedecemos la orden. Antes de que el agente que había surgido de repente frente a nosotros pudiera accionar su escopeta, nos escabullimos en otra callejuela.

Ésa no había sido una buena elección. Porque moviéndose pesadamente hacia nosotros se acercaba otro camión blindado. Los ojos del conductor ardían a medida que aceleraba, echándose encima. Marni estaba preparada para escapar del vehículo corriendo, pero yo le indiqué que corriera *hacia* él. Apostaba a que el artificiero en su torrecilla sobre el camión no podría bajar lo suficiente la boca del arma para alcanzarnos si estábamos demasiado cerca.

El arma ladró y unos disparos que volaron demasiado alto sobre nuestras cabezas me indicaron que estábamos a salvo de la ametralladora, al menos, por el momento. El pesado camión era otra cuestión. Aparentemente, su conductor había decidido sencillamente atropellarnos.

—Sube a la valla —le grité a Marni.

Ambos saltamos por encima mientras el camión se cernía amenazantemente sobre nosotros. Un segundo después, para nuestra sorpresa, estábamos en un jardín amurallado lleno de cabras.

Lancé una mirada hacia atrás; la burbuja de plexiglás de la torre armada quedaba más alta que la valla. Una vez más giró lentamente hasta que la ametralladora quedó apuntándonos.

Marni no necesitaba que yo la apurara. Con la velocidad de un relámpago trepó al muro del jardín contiguo. La seguí, cayendo sobre un montón de plantas de patata mientras las balas masticaban hambrientas las piedras de la albardilla. Nos detuvimos un momento para tomar aliento mientras el artillero aprovechaba para perforar el otro lado del muro y poner a prueba el espesor de los ladrillos. Sin duda esperaba que las pesadas balas de la ametralladora atravesaran completamente todo el muro y nos mataran a los dos.

Afortunadamente, algún constructor fallecido hacía ya mucho tiempo había hecho bien su trabajo. La pared aguantó firmemente a pesar de que las balas producían una ventisca de argamasa de nuestro lado. Marni me miró y yo asentí con la cabeza. Seguimos avanzando, manteniéndonos lo más agachados posible. A pesar de que ya no podía verlo, oí cómo el camión de la policía daba marcha atrás en la callejuela mientras el artificiero en su torre miraba por encima de muros y vallas, buscándonos en los jardines. Sin embargo, esta vez tuvimos mucho cuidado de que no nos viera. Utilizando como refugio gallineros, conejeras y varios arbustos, logramos pasar de jardín a jardín. Si los que vivían en las casas estaban por allí, yo no los vi. Habían oído los disparos. Ahora se quedarían dentro de sus casas hasta que se terminara el

problema.

A medio camino de la parte trasera de aquellas viviendas, Marni descubrió un pasillo que iba a parar a la calle principal, justo frente al bloque de viviendas. Me cogió de la mano y me arrastró hacia allí.

Era muy parecida a cualquier otra calle de ese inmenso campo de prisioneros. Había gente cargando cosas. El suelo estaba lleno de barro. Había una serie de talleres con trabajadores que daban todo de sí y más; cosiendo, fundiendo, trabajando la madera, tejiendo alfombras, hirviendo grasa animal para hacer velas.

Yo no sabía dónde estábamos, aunque afortunadamente la espabilada Marni sí. Avanzamos a toda prisa por esa calle, luego nos metimos en otra red de callejuelas. Para entonces, el anochecer había comenzado a escurrirse en la noche. Las luces de la calle parpadeaban cuando Marni me atrajo de un tirón hacia una especie de ruinas de estilo gótico que estaban junto a una línea de edificios de cuatro plantas. Al entrar en ese lugar, inmediatamente me di cuenta de que era una iglesia cuyo interior hacía muchos años que había sido destruido por el fuego, dejando el techo abierto al cielo de la noche. En las ventanas destrozadas de cristales de colores aún quedaban tristes atisbos de ángeles y santos.

Seguí a Marni por encima de los escombros hasta que salimos por una puerta que había en la parte trasera de la iglesia.

Ahora estábamos en un cementerio que había sido habilitado para unos cerdos que resoplaban y hozaban formando barro en el suelo. En el extremo del cementerio, Marni me detuvo, luego señaló una pared.

Con cautela, miré por encima de ella. Por un momento, el brillo de las luces me deslumbró. Y entonces lo vi. Una barrera de siete metros de altura hecha de hormigón, brillantemente iluminada con focos, se extendía hacia mi izquierda y mi derecha hasta donde me alcanzaba la vista. De este lado (el lado prisión) los edificios más cercanos a la alta pared habían sido arrasados para crear una franja de tierra abierta que se extendía a lo largo de ésta. A su vez, la pared estaba vallada con alambre de espino. Examiné su parte superior. Cada doscientos metros aproximadamente pude ver torres de vigilancia. Si hubiera esperado que esas atalayas no estuvieran armadas, mi nivel de optimismo habría sido propio de un lunático. Para subrayar esa idea vi un coche de policía deteniéndose en una de las torres. Dos hombres bajaron de la parte de atrás y subieron la escalera que llevaba a lo alto de la torre. Un momento después salieron otros dos hombres: era la hora del cambio de guardia.

Durante lo que me pareció un largo rato, me quedé mirando fijamente el muro, que parecía pertenecer a una fortaleza. Estaba quizás a cuarenta y cinco metros de mí. Detrás de él estaban las brillantes luces y las comodidades de la ciudad de Nueva York. Incluso podía oír el tráfico. Los aromas de algún restaurante de primera clase,

que seguramente se encontraba justo detrás del muro, llegaron a mi nariz. En alguna parte, tal vez a no más de unos cuantos pasos, estaría Kerris Baedekker.

En ese momento la verdad me asoló. Esa ciudad con todas sus luces, su ruido, su ajetreo, su bullicio y sus miles de coches era un fraude, una trampa secreta perpetrada por Torrence. Malgastaba preciados recursos a tal velocidad que pronto conduciría a la ciudad a la ruina. Como un insolvente que gasta dinero que no tiene para impresionar a otros, él *compró* la lealtad de sus ciudadanos libres pagándoles con baratijas, ya fueran coches, televisores a color, emisoras de radio a troche y moche o el último y más elegante vestido de noche. Los sonidos de Nueva York seguían llegándome, pero lo único que verdaderamente oía ahora era el resonante sonido metálico de un recipiente vacío.

Miré a Marni, que estaba observando fijamente el muro con sobrecogimiento.

—¿Y ahora qué, Marni? ¿Tenemos que ir bajo tierra otra vez para llegar al otro lado?

Me respondió que no sacudiendo la cabeza. La seguí en cuanto comenzó a moverse otra vez. Esta vez, su ruta nos llevó en un recorrido paralelo al muro. Sin embargo, tuvo cuidado de permanecer a la sombra de edificios abandonados. Con la ausencia de sonidos de la calle, nuestras pisadas parecían anormalmente ruidosas. Yo echaba vistazos hacia atrás una y otra vez, seguro de haber oído pasos que nos seguían. Pero era simplemente el eco de nuestros propios pies. Después de un rato terminó el yermo urbano. Entramos en la parte norte de Central Park, que había sido cortado en dos por el muro de hormigón. Ahí, inesperadamente, había apacibles campos de cebada, patatas y remolachas. Una oveja balaba por allí en algún lugar de la penumbra. Cuando llegamos al otro extremo del parque, avanzando una vez más entre ruinas urbanas, las piernas comenzaron a dolerme despiadadamente.

—¿Cuánto falta? —le pregunté a la incansable Marni.

Sacudió ligeramente las dos manos, cosa que yo interpreté como «ya no falta mucho».

Aun así, yo aún no comprendía cómo íbamos a escalar ese muro. Había visto algunas verjas, pero parecían estar firmemente cerradas. Además, los guardias de las torres observaban cada centímetro de pared. Si no había ningún camino subterráneo, entonces, como dirían los neoyorquinos, no me lo explicaba.

Se estaba acercando la medianoche cuando de repente llegamos al final de la barrera divisoria.

Me sorprendí mirando un amplio río. El muro en sí terminaba unos metros más allá del borde del agua. Sin embargo, con un montón de madera y muchísimo alambre de espino había sido extendido unos veinte metros dentro del agua.

Sentí que mi corazón se hundía.

—¿Cómo vamos a hacerlo, Marni?

Me miró; sus ojos verdes brillaban con el reflejo de los focos. Después se encogió de hombros como diciendo «¿Quieres decir que todavía no lo sabes?».

—Marni, no, allí no. No cree que sea posible.

Ella asintió con la cabeza con entusiasmo y luego describió con gestos el acto de nadar.

Me mordí el labio.

—Temía que hicieras eso.

Caminó hasta el borde del agua pero la detuve.

—No, todavía no. Veamos si encontramos un modo mejor. —Señalé la orilla del río, donde quedaba alejada del muro de hormigón, que parecía tan poco escalable como la cara de un acantilado escarpado—. Veamos si podemos encontrar un bote o algo —dije—. Hasta un bidón de aceite sería mejor que arriesgarnos completamente desprotegidos.

Marni asintió con la cabeza, un poco reacia. No cabía duda de que la muchacha tenía agallas, me dije a mí mismo. Quería zambullirse y nadar bordeando la barrera. Sin embargo, yo no estaba seguro. Recordé, de mis excursiones con Kerrís, que ahí estábamos en el extremo oriental de la isla de Manhattan, de modo que éste tenía que ser el río Harlem, cerca de donde se unía con el East River en la siniestramente llamada Puerta del Infierno. Y ése no era el nombre frívolo de una extensión de agua normal y corriente. De improviso, la Puerta del Infierno podía convertirse en un torbellino de mareas violentas y corrientes asesinas que podían arrastrar incluso al nadador más fuerte hacia el más allá inmenso de las aguas.

Además, me acordé de los trífidos acuáticos en el estanque Columbus hacía apenas unos días. No disfrutaba con la idea de descubrir lo que ocultaban esas aguas cenagosas. Rastreamos la orilla del río pero no encontramos ningún bote. Una vez más, Marni hizo mímica describiendo una brazada. Me negué sacudiendo la cabeza.

Volvimos a adentrarnos en las calles. Allí tenía que haber algo que pudiéramos utilizar. Caminé por una callejuela, mirando con atención jardines y patios traseros. Al poco rato oí el sonido de una sierra. Dirigiéndome hacia el origen del sonido, llegué a un taller. A la luz de una lámpara, un hombre moreno cortaba con sierra unos tablones de madera. Detrás de él había un armario a medio montar.

Lo que me llamó la atención en particular fue media docena de sacos de plástico llenos de serrín. Le hice señas a Marni para que se escondiera en las sombras.

Solamente tenía que esperar el momento en que llegara mi oportunidad. El hombre moreno caminó hasta una puerta y gritó a través de ella.

—Joe... ¡Joe! ¿Ya has terminado con ese café? —El carpintero atendió a una voz lejana—. ¿Cómo dices? Joe, has dicho que tardarías diez minutos, hombre. Ya ha pasado casi media hora. Tengo que terminar este mueble y enviarlo, o no me van a dar la dosis. Y no hay manera de que lo haga si tú no traes ese café. Maldita sea,

hombre, me estoy quedando seco. Si no vas a ponerte de mi parte, entonces me ocuparé de que no recibas tu comida. ¿Me has escuchado, Joe?

Mientras el carpintero regañaba a Joe, cogí dos sacos de serrín. Luego regresé a donde estaba Marni.

—Vale —le dije—. Regresemos al río.

—Tú simplemente haz lo mismo que yo —le dije.

Marni asintió con la cabeza; sus ojos verdes estaban serios.

Vacíé el saco de plástico en la orilla del río. Ella hizo lo mismo. Luego me quité rápidamente la ropa y la metí en el saco. Después de haber sacado los cordones de las botas, las puse también en el saco.

No era el momento de falsos pudores. Sin embargo, me aseguré de mirar a Marni directamente a los ojos cuando le decía:

—Ahora ata la punta del saco con el cordón. Asegúrate de que quede bien cerrado y apretado... No, no saques el aire de la bolsa. Asegúrate de que quede bastante aire dentro. Cuando la termines de atar debería quedar inflada... Bien, así. ¿Preparada?

Asintió con la cabeza. Estaba decidida, con la barbilla en alto.

Entré en el agua. Estaba absolutamente helada. Me rechinaron los dientes. A medida que me iba adentrando en el río intenté ignorar la cortante gravilla bajo mis pies. No dejé de observar el río ni un segundo. Se veía especialmente oscuro y de alguna manera endemoniado a esa hora de la noche: un abismo profundo y siniestro, rebosante de terribles e indescritibles horrores.

Me di cuenta de que podía haber más de esos trífidos acuáticos ocultos y al acecho bajo la superficie. Sin embargo, pensé algo precipitadamente, las plantas o bien no habían llegado todavía hasta aquí o preferían las aguas tranquilas de un lago. A juzgar por la presión que podía sentir alrededor de mis piernas desnudas, la corriente del río Harlem era decididamente feroz.

Le lancé una mirada a Marni. En la penumbra su piel quedaba de un blanco luminoso. Jadeaba y metía el estómago hacia adentro ante la sacudida del frío.

—No te preocupes —le dije—. No deberíamos tardar mucho tiempo.

Asintió con la cabeza.

Le miré el rostro. La cicatriz había desaparecido en la oscuridad. Lo que sí se veía muy bien eran sus hermosos ojos. Revelaban una notable seguridad en sí misma. Rechiné los dientes y me pregunté a qué nuevos peligros la estaba exponiendo.

Algo se deslizó por mi rodilla. Instantáneamente me quedé inmóvil. El agua era demasiado oscura y cenagosa para ver algo. Pero sabía que lo había sentido. Algo suave y resbaladizo acababa de rozarme la piel desnuda.

En cualquier momento esperaba ver un aguijón salir de debajo del agua y azotarme.

Me quedé allí de pie, completamente inmóvil, sin respirar, con el corazón dando

golpes secos en mi pecho. Lo que fuera que me rozara no regresó. Debió de haber sido una planta del río o incluso una anguila. Por otra parte, no quería pensar demasiado en lo que podía ocultarse en esa viscosidad tan asquerosa.

—Ahí vamos, Marni. —Reuní toda la confianza que me quedaba—. No nades todavía. Simplemente deja que la corriente te arrastre río abajo hasta pasar el muro. Ahora, pon tu brazo alrededor del saco y deja que te mantenga a flote. ¿Vale?

Respondió asintiendo con la cabeza y sonriendo con dificultad.

—Muy bien. Con calma. Y quédate cerca de mí. No tenemos que perdernos de vista.

El agua fría que subía por mi cuerpo me hizo apretar la mandíbula. Oía jadear a Marni a medida que se iba adentrando más en las aguas del río.

El saco de plástico se tensaba cada vez más debajo de mi brazo y aceptaba mi peso. A mi lado, el saco de plástico que llevaba Marni relucía de un color plateado. Sólo esperé que los guardias del muro no lo notaran. Unos cuantos disparos bien apuntados acabarían pronto con nosotros.

Descubrí que tenía que remar lentamente con el brazo libre para mantenerme junto a Marni. Y no me había equivocado respecto a la corriente; en tan sólo unos momentos nos había arrastrado hasta el medio del canal. A unos siete metros por debajo de nosotros estaría seguramente el fondo del río, lleno de las desconocidas cosas que lo habían adoptado como hogar. En un abrir y cerrar de ojos fuimos arrastrados río abajo hasta pasar la tremenda extensión del muro. Ahora podía ver las luces de la ciudad. Los coches se movían atropelladamente por las calles. Hasta podía ver gente caminando por el paseo marítimo del río. Los pájaros nocturnos se estaban divirtiendo.

Mientras tanto, a Marni y a mí, a tan sólo cuarenta y cinco metros del bullicioso muelle, el río nos envolvía, haciéndonos girar, amenazando con darnos la vuelta y hundirnos.

—Cógeme la mano —le dije a Marni jadeando—. No puedo mantenerme cerca de ti.

Marni levantó la mano por encima del agua. Se la cogí con fuerza. Entonces ella señaló con la cabeza el saco al que yo estaba aferrado.

Se había desinflado un poco, y al mirar hacia abajo vi un chorro de burbujas que salía a borbotones de un pequeño corte en el plástico. Asintiendo con la cabeza, le di la vuelta al saco y cogí con el puño la parte del plástico donde el corte dejaba escapar el aire.

—Tendremos que acercarnos a la orilla —le susurré—. No quiero que la corriente nos arrastre al otro lado.

No agregué que la orilla del otro lado de Manhattan era una masa superpoblada de trífidos.

Comenzamos a nadar, empujando los sacos llenos de ropa por delante de nosotros. Una vez más, algo suave se deslizó por la piel desnuda de mi barriga, casi sacando un alarido de mis labios. Mantuve la boca cerrada haciendo un esfuerzo digno de Hércules. Pero los escalofríos me recorrían toda la espina dorsal y el cuero cabelludo, como las patas puntiagudas de unos insectos.

Mientras nadaba esperaba que unos dientes se clavaran de repente en mi pierna o incluso, irracionalmente, que una mano pequeña rompiera la superficie del agua frente a mí y me cogiera por el cuello.

Pero el nadador nocturno no regresó. Seguimos avanzando. Señalé unos arbustos que colgaban sobre el agua.

—Vamos hacia allí —le susurré a Marni—. No creo que puedan vernos desde la calle.

Tardamos bastante en completar los últimos metros. Una fuerte corriente nos empujaba hacia atrás, y yo todo el tiempo esperaba que el morador del río saliera de repente del agua y arremetiera contra mí.

Marni nadaba con ímpetu, el destello blanco de las plantas de sus pies apenas delante de mis narices. Unos segundos después sentí que algo cortante me golpeaba la rodilla. Allí estaba otra vez. Metí la mano dentro del agua para defenderme... y toqué una piedra.

Agradecido de tener otra vez el suelo bajo los pies, salí del río y me reuní con Marni. Exhausto, me senté junto a ella mientras se escurría el pelo para quitarse el agua. Yo había comenzado a buscar a tientas el cordón mojado que ataba mi saco, cuando Marni me dio un codazo y luego me indicó con la cabeza que mirara el agua.

En la penumbra vi una forma redonda y lisa que irrumpía en la superficie del río. Era de color negro brillante, como el regaliz. Vislumbré una aleta dorsal. Y entonces oí el sonido del aire por fin liberado; un vapor blanco vaciló brevemente sobre el agua.

De modo que allí estaba mi monstruo, mi morador de las profundidades.

Con una sonrisa, y un aplastante sentimiento de seguridad, dije, tanto para mí mismo como para Marni:

—Es sólo una marsopa de puerto.

Aunque apenas tuve tiempo de disfrutar del sentimiento de alivio, porque en ese momento un brazo emergió abruptamente de los arbustos blandiendo la hoja letal de un cuchillo de caza hacia mi garganta. Después aparecieron más brazos y cogieron a Marni y la arrastraron hacia las sombras.

40. LA FERIA DE LAS TINIEBLAS

Fuimos alejados del borde del agua y luego arrastrados hacia el interior de los arbustos. Podía sentir la hoja del cuchillo pinchándome la piel. Tenía la sensación de que cualquier movimiento estúpido que hiciese sería el último.

Una mano me cogió la mandíbula, levantándome la cabeza hacia la luz de la calle que se filtraba a través de las ramas.

—¿Qué deberíamos hacer con esta parejita de enamorados? —susurró una voz.

—Mátalos.

—Pero...

—Y hazlo de prisa. Usa el cuchillo.

Desde otro lugar apareció una tercera voz que susurraba.

—Un momento. Yo he visto antes la cara de este tío.

—¿Y?

—Vaya, es el tipo que nos trajo hasta aquí... el inglés... humm... Masen. Eso es; Masen.

—¿Estás seguro?

—Sí, completamente.

Siguieron murmurando durante un rato. Una voz susurró.

—Esperad aquí un momento. Regreso en seguida.

El «en seguida» pareció durar media hora. Mientras tanto, nuestros captores nos tenían bien agarrados. Vi la reluciente hoja de un cuchillo también en la garganta de Marni. Aún empapado, sentía que mi cuerpo se entumecía de frío.

Finalmente oímos un crujido en los arbustos.

Una voz susurró:

—Sacramento.

Mi apresador respondió con un suave «Berlín».

Más gente se adentró en los arbustos. Luego una voz nueva aunque familiar preguntó:

—¿David? ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

La mano que me cogía por la mandíbula me soltó. Me volví y vi a Gabriel Deeds mirándonos a Marni y a mí con asombro. Una lenta sonrisa comenzó a extenderse por su rostro y agregó:

—¿Y por qué estáis desnudos?

Rápidamente, le conté a Gabriel lo que había ocurrido, incluyendo la penosa noticia de que las autoridades habían encontrado nuestros barcos voladores. Mientras hablaba saqué con alivio la ropa que estaba en el saco y me la puse. Marni hizo lo mismo.

Gabriel chasqueó la lengua cuando oyó lo de los aviones.

—Tendremos que encontrar otra manera de regresar a casa. Pero lo primero es lo primero. Te llevaremos a otro lugar seguro hasta que acabe todo esto.

—No, no lo haréis. Ahora soy participante activo de esta misión. Un participante completamente activo. Voy a encontrar a Kerris y la sacaré de aquí.

—Si ella quiere irse.

—Oiré esa decisión de sus propios labios.

Gabriel asintió con la cabeza.

—Vale. Pero no podemos hacer nada hasta mañana por la tarde. Todas nuestras unidades están escondidas hasta la hora cero.

—¿Hora cero?

—Cuando comiencen los fuegos de artificio. Más tarde te lo explico.

Me puse las botas de aviador en los pies aún mojados.

—Pero ¿cómo conseguisteis atravesar el muro? —le pregunté.

—Fuimos otra vez bajo tierra. —Le lanzó una mirada a Marni—. Pero me imagino que tu guía no conocía ese camino. —Una pequeña sonrisa le curvó los labios—. Os hubierais evitado mojaros los pies... y ahorrado alguna que otra molestia.

Después de ese comentario, nos indicó con un gesto que lo siguiéramos.

—Observad bien por dónde camináis. Los zapadores estaban colocando cargas aquí abajo cuando os vieron retozando en el río. —Señaló con la cabeza el bloque de hormigón de un edificio a menos de treinta pasos—. Instalación antiaérea, así que chitón —dijo llevándose los dedos a los labios.

Cuando estuvimos alejados de los arbustos noté que los zapadores y Gabriel llevaban ropa informal de civil, lo que les permitía confundirse con los neoyorquinos. Gabriel echó un vistazo a las ropas de Marni y le murmuró algo a uno de los zapadores, que se quitó su jersey y se lo entregó a la chica. Ella se lo puso sobre el suyo, ocultando los agujeros rasgados y zurcidos. El jersey que le prestaron era absurdamente largo, pero al menos ya no parecía tanto alguien que acabara de escaparse del campo de esclavos.

No tuvimos que caminar demasiado. Apenas habíamos recorrido una manzana antes de que Gabriel nos señalara una puerta junto a un café muy iluminado. Golpeó ligeramente la puerta con los dedos. Se abrió unos pocos centímetros. Luego, cuando el hombre del otro lado quedó satisfecho con la identidad de Gabriel, abrió totalmente la puerta.

Detrás de ella había una escalera. Gabriel nos enseñó el camino escalera abajo hasta llegar a un gran sótano. Medio salón estaba lleno con fardos de papeles. En otra parte había camas improvisadas sobre una plataforma de fardos. En un rincón alguien había apilado paquetes de comida enlatada y botellas de agua.

—Servios lo que queráis para cenar. —Gabriel nos invitó haciéndonos una señal

con la mano—. Me temo que son judías hervidas y frías directamente sacadas de una lata. Pero hay mucho pastel de manzana y crema. —Sonrió— Creí que debíamos aprovisionarnos con una buena reserva por si Sam Dymes llegara a pasar por aquí.

—¿Dónde está?

Gabriel respondió encogiéndose de hombros.

—Está de viaje de negocios.

Miré a Marni. Se había recuperado ya del baño de esa noche y se estaba comiendo un abundante plato de judías frías.

Para entonces ya eran las tres de la mañana. Durante los siguientes tres cuartos de hora regresaron más zapadores de sus misiones. En seguida se quitaban los zapatos y después se retiraban a las camas improvisadas.

Gabriel nos entregó mantas a Marni y a mí. Luego simplemente dijo:

—Mañana es un gran día, David. Lo mejor será que descanséis un poco.

Recuerdo haber pensado con bastante claridad, acostado ya en el colchón de fardos de papeles lleno de bultos, que lo único que no podría hacer en ese momento era dormir.

Apenas había cerrado los ojos, o al menos eso me pareció, cuando los abrí y vi a Gabriel agachado junto a mí. La luz del sol entraba a raudales a través de un enrejado con cristal que había sobre mi cabeza.

—Hay un poco de café —dijo Gabriel con el rostro serio—. Coge una taza, luego ven a la mesa. Hay algunos detalles que necesito explicarte.

Me senté a su lado en la mesa. Sobre mi cabeza, los pies moviéndose de un lado para otro me indicaron que la gente de Manhattan estaba haciendo sus cosas como cualquier otro día. Le lancé una mirada a una pared donde había un reloj colgado de un clavo. Escrito al lado con tiza había un mensaje dirigido a la unidad que había pasado aquí la noche: «Sincronizad vuestros relojes a esta hora». El reloj indicaba que faltaban pocos minutos para las diez. Había dormido hasta tarde. Marni sonrió y me saludó con la mano desde donde estaba sentada comiendo de una lata. Le habían dado ropas nuevas que le sentaban muy bien, y su larga cabellera rojiza brillaba como consecuencia de un muy buen cepillado. Si no fuera por la cicatriz que le atravesaba el rostro, habría podido pasar desapercibida entre la multitud de la ciudad.

Gabriel desplegó un mapa.

—Vale —dijo—. Todo sucederá esta tarde a las cinco... ése es el comienzo de la hora punta. Los coches abarrotarán las calles. Los trabajadores atestarán las aceras y los metros en su camino de regreso a casa. —Señaló el mapa. Tenía la característica forma de zanahoria de la isla de Manhattan—. Nosotros estamos aquí, en el Upper East Side. Sabemos que Cristina Schofield y Kerris Baedekker están en el Empire State Building.

—¿Kerris sabe lo que está sucediendo?

—Sabe que *algo* va a pasar. Pero aún no tiene los detalles. Torrence le ha ordenado que sea compañera de piso de Cristina para asegurarse de que esté feliz y entretenida antes de su... —dijo haciendo una mueca— operación.

—Ayer vi cómo se llevaban algunas muchachas de las calles al norte de la Paralela 102. Me imaginé que estaba empezando.

—Te has imaginado bien, David. Cualquier mujer capaz de dar a luz un niño será fecundada. Al norte de la Paralela 102 es obligatorio. Aquí en la ciudad será considerado algo patriótico... pero me imagino que cualquier mujer que no se presente como voluntaria para ser anfitriona de uno de los embriones de Cristina recibirá mucha presión para hacerlo. Después del último intento de sacar a Cristina de aquí en submarino, Torrence se ha vuelto suspicaz respecto a nosotros.

—¿De modo que Cristina no será trasladada a un hospital?

—No. Torrence ha ordenado que una suite de oficinas en la parte más alta del Empire State Building fuera convertida en una clínica, con sala de operaciones y todo. Una vez que los ovarios de Cristina hayan sido extirpados quirúrgicamente, serán enviados a hospitales y clínicas de maternidad que estarán preparados para el programa de implantación.

—¿Y cómo nos meteremos en el edificio para sacar a Cristina?

—Buena pregunta. —Gabriel adoptó una postura pensativa, la preocupación se reflejaba en sus ojos—. Es una muy buena pregunta. Sabemos que no va a ser fácil. Torrence es muy meticuloso respecto a su propia seguridad. En los edificios que rodean el Empire State tiene la mayor parte de las fuerzas armadas de Manhattan de guardia permanente. Están respaldados por tanques y coches blindados. Además, tiene sus propios guardaespaldas, los Guardias, emplazados dentro de su edificio. Son un puñado de matones despiadados que hacen por él el trabajo sucio.

—Nosotros tenemos alrededor de sesenta soldados de infantería. ¿Crees realmente que conseguiremos entrar en esa fortaleza?

—No, no podemos abrirnos camino sencillamente a puñetazos. —Gabriel golpeó ligeramente su fuerte dedo contra el mapa—. Sam Dymes cree que nuestra única oportunidad de éxito es llamar la atención de casi todo el ejército de Torrence y llevarlo hasta el extremo sur de la isla, aquí a TriBeCa y la parte baja de Manhattan. Va a utilizar un destacamento de soldados de infantería, zapadores y operarios clandestinos para atacar las baterías de la costa y hacer que Torrence crea que es el prelude de una gran invasión por mar. —Gabriel sonrió lúgubrementemente—. Lo creas o no, una de nuestras armas es la hora punta de Manhattan. Las calles estarán atascadas de coches cuando lancemos el ataque a las grandes armas de la costa.

Los tanques y los coches blindados de Torrence tendrán que viajar desde Midtown hasta la parte baja de Manhattan. La distancia es de menos de cuatro kilómetros, pero con suerte, y un poco de picardía de nuestra parte, tardarán una hora

en atravesar el tráfico.

—Pero, aún así, nuestros soldados de infantería sólo están armados en el mejor de los casos con ametralladoras. No tendrán ninguna posibilidad si se enfrentan a los tanques.

—Por eso en cuanto los soldados de infantería los vean llegar pararán el ataque de despiste y se dirigirán todos hacia el Empire State Building. Ah, y las calles que rodean Greenwich Village están en el lado estrecho, y tendremos zapadores allí para hacer aún más caótico el tráfico.

Miré el plan. Sobre papel parecía seguro. Pero me vino a la cabeza algo que Gabriel había dicho.

—Me has dicho que el tráfico a la hora punta era una de nuestras armas secretas. ¿Cuál es la otra?

—No nos llaman los leñadores porque sí —dijo Gabriel—. Durante años hemos utilizado los trífidos como línea importante de defensa contra Torrence. Y ahora vamos a utilizarlos una vez más.

—¿Cómo?

—¿Ves esos puentes que cruzan East River? Cada uno de ellos está cerrado con un vallado de nueve metros de altura. Hemos colocado explosivos para volar esas vallas por los aires a las cinco en punto. —Silbé discretamente. Gabriel continuó—: La gente de Torrence tendrá que enfrentarse a muchos trífidos cuando éstos comiencen a atravesar los puentes en dirección a Manhattan. Y cada uno de los soldados de Torrence que podamos alejar del Empire State Building hace que nuestro objetivo principal sea un poco más fácil de alcanzar.

—Gabi —le dije—, hay decenas de miles de hombres, mujeres y niños en esta isla. Son personas inocentes que no tienen nada que ver con el régimen de Torrence. Vais a acabar manchados con su sangre.

Gabriel no estuvo de acuerdo.

—Los neoyorquinos tienen un plan de contingencia. Cuando suenen las alarmas, y estarán sonando en toda esta maldita ciudad, ya lo vas a ver, entonces la gente, si está lejos de su casa, se meterá en los túneles del metro para protegerse. Una vez que la electricidad del sistema ferroviario sea cortada, pueden albergar a miles de personas. Confía en mí, David. La población general estará a salvo.

Respiré profundamente. La idea de hacer que los trífidos se desbandaran por un área hasta entonces segura no me gustaba nada.

—¿Hay algo más que debería saber?

—Hay algunas sorpresas más.

—¿Como cuáles?

—Ay, David Masen, son secretas hasta para mí.

Desde luego que había más sorpresas. Pero no todas habían sido planeadas por el

eficaz Sam Dymes.

41. HORA CERO

Las horas previas a las cinco en punto de esa tarde pasaron muy lentamente. Una dolorosa lentitud que el pesado tictac del reloj de la pared no hacía nada por aliviar.

Al mediodía, gran parte de la unidad que había estado acampada en el sótano había partido ya a sus respectivos destinos. Yo pasaba el tiempo con Marni. Ella había encontrado un juego de ajedrez de viaje que había dejado uno de los zapadores. En la tercera partida, cuando su reina, su torre y su alfil estaban otra vez acorralando a mi rey en una esquina, no me quejé cuando Gabriel dijo:

—Bueno, David. Llegó la hora de equiparse. —Señaló con la cabeza una maleta en la que sobresalían varias bocas de armas apuntando al techo—. ¿Sabes cómo manejar una ametralladora y granadas?

Le dije que sí.

—Bien. Escoge la que quieras. La Ingram es la más liviana de llevar, pero la vieja M3AI tiene más fuerza. Ay. —Había recordado un detalle—. Más tarde, cuando se arme la gorda, si alguien a quien no conoces te grita la palabra «Sacramento», tú responde «Berlín». De lo contrario es muy probable que te disparen y te maten.

Una información bastante útil. Esperé recordarla llegado el momento.

Cinco de la tarde. Hora punta. El sonido del tráfico fuera se hacía cada vez más intenso. Más pies golpeteaban la rejilla acristalada. Lo que no oí fueron explosiones. Ni siquiera los disparos de los leñadores atacando las baterías al sur de Manhattan.

Gabriel Deeds debió de haber leído mis pensamientos.

—Estamos demasiado lejos para oír cómo estallan las vallas de los puentes. Lo que de momento nos hará la vida más fácil. ¿Preparado?

Asentí con la cabeza.

Aparte de Marni, Gabriel y yo, había cinco leñadores. Todos llevaban armas ocultas de diferentes formas, ya fuera en bolsos o en estuches de instrumentos musicales. Gabriel llevaba una ametralladora y una cartera de granadas en un estuche de guitarra. Mi ametralladora encontró un hogar acogedor, aunque temporal, en una bolsa de viaje de lona.

Gabriel se dirigió a iodos.

—Vale. Son las cinco. Los ataques habrán empezado. La noticia tardará en hacerse pública al menos algunos minutos. Así que, de momento, cuando subamos a la calle, nos dispersamos y caminamos en parejas... y me refiero a *caminar*. Tenéis que parecer ciudadanos que sencillamente queréis llegar a casa después de un largo día en la oficina. —Nos miró fijamente a cada uno—. Y buena suerte. Quiero veros a todos regresar a casa. Vamos, Benjamin, llévanos afuera.

Pronto estábamos de camino. Cuando llegáramos al Empire State el plan de ataque de los leñadores al edificio estaría acercándose a su objetivo. Después de eso,

nuestras órdenes serían directas y simples, preocupantemente directas y simples. Teníamos que reagruparnos y luego dirigirnos hacia el norte, a la Paralela 102. Desde allí teníamos que recuperar de alguna manera nuestros barcos voladores para el viaje de regreso a casa. Con una creciente sensación de malestar, me di cuenta de que no sólo era probable que tuviéramos que avanzar luchando todo el camino hasta el hangar que estaba en la orilla del río, sino también que los hombres de Torrence que estuvieran vigilando los aviones hubiesen quitado sencillamente los cables de los motores o cortado los cables de control, inutilizando así las aeronaves. Si eso sucedía, estábamos realmente encallados. Y ¿entonces qué? Yo únicamente esperaba que Sam Dymes tuviera un plan alternativo escondido en esa larga manga suya.

Dirigí la atención otra vez a la calle. Los coches y peatones se agolpaban a lo largo de ella. Era como cualquier hora punta en Nueva York. Pero sabía que, a tan sólo unos kilómetros de allí, había estallado una batalla feroz por el control de las baterías.

A mi lado, Marni caminaba con la cabeza gacha, intentando ocultar lo más posible el rostro marcado con su larga cabellera roja. Apenas un poco más adelante, Gabriel se movía con ese paso largo y relajado tan suyo.

—¡Oye, Gabi! —El grito venía de un conductor de taxi en su coche—. Hace semanas que no te veo... ¿En qué has estado metido?

La tensión me contrajo los músculos del estómago. Seguro que Gabriel era un hombre buscado en Nueva York. Si era reconocido por un policía, entonces el tiroteo comenzaría más pronto que tarde. Con aire despreocupado, Gabriel se inclinó sobre la ventana del taxi. Sonriendo, relajado, intercambió algunas palabras con el conductor, luego señaló su reloj. Me imagino que le estaba diciendo que tenía prisa. Pero, en cualquier caso, la luz verde del semáforo ya estaba brillando y la fila de vehículos comenzó a moverse haciendo ruido.

Gabriel siguió caminando. Pero me di cuenta de que ahora le prestaba más atención a la gente que iba en coche y a los que lo rodeaban en la acera. Hasta levantó el estuche de la guitarra y lo puso frente a su pecho, como preparado para abrir la tapa rápidamente con un golpe seco.

Yo bajé un poco la cremallera de la bolsa de viaje. Lancé una mirada hacia abajo y vi e! destello del metal de la metralleta. Levanté con cuidado la cremallera otra vez para asegurarme de que ningún transeúnte viera el arma. Y, en ese momento, supe que estaba preparado para comenzar a disparar si tenía que hacerlo.

El tráfico seguía zumbando a nuestro alrededor. Una vez más parecía la hora punta de un día cualquiera de la semana. La gente estaba sentada en los restaurantes y los bares bebiendo café. Un muchacho vendía periódicos en la esquina de una calle. Los semáforos seguían su sucesión de luces de verde a rojo una y otra vez. Los letreros iluminados en las esquinas encendían intermitentemente sus «Camine... No

camine». Nosotros nos movíamos con el flujo de peatones.

En ese momento me dije a mí mismo: *Algo ha salido mal. Han suspendido el ataque. Todo se ha ido al infierno.*

Sin embargo, Gabriel seguía caminando a unos dieciocho metros por delante de nosotros. Detrás de mí, los otros leñadores caminaban solos o en parejas, intentando parecer parte de la multitud.

Debido a la tensión, mi boca se había secado tanto cuando llegamos a la Quinta Avenida que parecía que me hubieran soldado la lengua al paladar. Ahora ya podía ver claramente el Empire State, aproximadamente a trescientos cincuenta metros de allí. Una torre brillante bajo el sol del final de la tarde que se erguía fría y aparentemente tranquila sobre las bulliciosas calles de la ciudad.

Desde luego no había señales que indicaran que en ese momento estaba teniendo lugar un ataque armado. Lo único que podía oír eran los coches, los gritos de los vendedores ambulantes, música sonando a través de la puerta abierta de una tienda de ropa. Pero ni un solo disparo.

Entretanto, Gabriel habría podido ser un hombre de vuelta a casa, sin otra cosa en la mente que una cerveza helada. Pero, justo cuando empezaba a pensar que llegaría a la base del Empire State Building y encontraría el lugar con tanto ajeteo como siempre, se produjo un repentino alboroto.

Vi reaccionar a Gabriel. Se detuvo de repente, luego me miró duramente. No me gustó la expresión de su rostro. Una mezcla de miedo y desconcierto. Me apresuré hacia adelante, buscando el origen del repentino estallido de gritos y chillidos. Y entonces lo vi.

No tenía nada que ver con lo que pudiera estar pasando o no en el Empire State Building. Una oleada de gente salía en tromba de una de las calles transversales.

Un taxi amarillo se subió rugiendo a la acerca, haciendo sonar la bocina. Un camión intentó colarse entre el tráfico pero chocó contra un autobús. Mientras, la gente que iba a pie huía de algo que yo no alcanzaba a ver, todos corriendo y tropezándose en la misma dirección. Observé, lleno de asombro, ese aluvión de humanidad entrando atropelladamente en la Quinta Avenida para luego desaparecer en las calles de enfrente.

Alcancé a Gabriel.

—Gabi, ¿qué está sucediendo?

—No lo sé.

—No oigo los disparos.

—Yo tampoco.

—Pero ¿por qué está corriendo esa gente?

—No tengo ni idea. Pero, sea lo que sea, están muertos de miedo.

Nos quedamos allí observando cómo de la calle salía más y más gente presa del

pánico. Dejaban caer los bolsos, los maletines, las compras. Muchos habían perdido incluso los zapatos en la locura por escapar. Pero ¿escapar de qué?

Me metí en medio del tráfico que se había detenido sencillamente por la densidad de coches y por la gente que corría atravesando su camino. Un camión salió rugiendo locamente de la calle lateral y chocó contra unos coches que estaban inmóviles en la Quinta Avenida. Ahora toda la calle era un gran embotellamiento.

Avanzando unos pasos más entre los coches, miré a lo largo de la calle en cuestión. Los neoyorquinos seguían corriendo para alejarse de ella, algunos tan frenéticamente que tropezaban y se caían de bruces. Otros caían encima de ellos hasta que se formó una masa de extremidades en la acera mientras la gente lograba levantarse a duras penas, sólo para ser atropellada otra vez por una avalancha interminable de hombres y mujeres.

Y entonces vi la causa del pánico. Se me heló la sangre al ver con incredulidad lo que estaba apareciendo por la esquina de un edificio. Dieciocho metros de altura, el tallo sacudiéndose y balanceándose, las oscuras hojas verdes temblando a cada paso, el cono en el extremo del tallo doblándose lentamente de izquierda a derecha: era un trífido salido directamente de una pesadilla. Rápido como un relámpago, su aguijón se desenroscaba a toda velocidad atacando al grupo de gente que se había caído. Una y otra vez azotaba el látigo como un capataz de esclavos.

Unos chillidos desgarradores llenaban el aire.

El trífido se detuvo en la esquina. No tenía prisa, en absoluto. El cono se giró para examinar la calle. Luego, como si tomara una decisión, siguió adelante con aire despreocupado, matando con facilidad a medida que iba avanzando.

—Maldita sea —dijo Gabriel. Sus ojos oscuros brillaban con horror—, ¿Cómo ha podido llegar un trífido hasta el centro de la ciudad? Y mira el *tamaño* de esa cosa.

—Habías dicho que los zapadores destrozarían las vallas de los puentes.

—Pero de todas maneras eso no habría hecho que los trífidos se internaran en el corazón de la ciudad. Hay brigadas antitrífido que tendrían que haberse ocupado de ellos. Deberían haber quemado a esas malditas cosas apenas cruzaran el puente. ¡Es imposible que los trífidos consigan llegar a estas calles!

—Pues ése ha llegado.

Señalé con la cabeza a la planta que seguía avanzando a bandazos sobre sus tres enormes patas en forma de tocón. Nunca había visto un espécimen de semejante tamaño. Como la variedad acuática de la planta asesina que habíamos encontrado en el estanque Columbus, esa inmensa variante de trífido debió de crecer en el interior de Estados Unidos, lejos de los ojos humanos. Una vez más eso señalaba la existencia de un intelecto en esas plantas. ¿Acaso el «alto mando» trífido había ocultado esta variante como un arma secreta para ser utilizada cuando estimara que la humanidad estaba en su punto más vulnerable?

Ese monstruo debía de ser por lo menos cinco veces más alto que sus hermanos más altos. También parecía moverse cinco veces más de prisa. Cruzaba la calle y desaparecía en una calle lateral.

—No te preocupes por eso —me dijo Gabriel—. Las brigadas antitrífidos no tardarán en llegar.

Apenas acababa de decir esas palabras cuando toda una masa de follaje apareció de repente en otra calle lateral detrás de nosotros. Conté quizá ocho plantas asesinas. Eran, sin lugar a dudas, tan altas como su camarada que acababa de marcharse tambaleándose en dirección a Times Square. Los agujones se soltaban de un golpe. Más gritos. Ahora el pánico era *total*. Los motores de los coches rugían mientras los conductores trataban de encontrar una ruta para escapar, pero con el tráfico ya parado lo único que conseguían era chocar contra otros. Muchos confiaban en la protección de sus vehículos y se sentaban dentro, encogiéndose y con las ventanas bien cerradas. Pero acababan descubriendo, de la peor manera, que no estaban tan seguros como habían creído. Simplemente la fuerza de esos agujones gigantescos destrozaba el parabrisas de un solo golpe y, luego, el siguiente ataque daba con los ocupantes del coche, envenenándolos con letal eficiencia en cuestión de segundos.

Los conductores se dieron cuenta rápidamente de que la única manera de escapar era a pie, de modo que, abriendo de golpe las puertas de sus coches, comenzaron a correr. Muchos no eran lo suficientemente rápidos. Unos agujones de treinta metros de largo chasqueaban cortando el aire con extraña precisión para dar con rostros expuestos. Pronto, docenas de cuerpos yacían agitándose violentamente en la calle.

Hombres y mujeres gritando corrían hacia una aparente seguridad, sólo para verse enfrentados con otro trífido más que aparecía tambaleándose por una esquina. Se veían obligados a correr otra vez por donde habían venido escapando.

Miré al final de la calle. Una estrecha entrada de metro había quedado completamente bloqueada por aterrorizados neoyorquinos, mientras la gente luchaba e intentaba abrirse camino hacia lo que esperaban desesperadamente que fuera el lugar más seguro.

El timbre particular de esos frenéticos chillidos atrajo la atención de un trífido. Dejó de avanzar hacia el norte. El cono de la punta del tallo se giró (y en mi mente no lo dudé ni un segundo) para *mirar* a la masa de humanidad que intentaba bajar atropelladamente la estrecha escalera. Sabiendo dónde encontrar presas fáciles, cambió de dirección para acercarse tambaleándose a los cientos de aterradas personas.

Y ese monstruo de su especie podía moverse *de prisa*. El tallo azotaba hacia atrás y hacia adelante por encima de los camiones. Podía ver el verticilo del agujón contrayéndose al tensarse, preparado para atacar.

Ya había visto suficiente. Sacando la ametralladora de la bolsa, apunté y dejé que

la repugnante planta estallara en mil pedazos, haciendo trizas el cono y destruyendo el agujón.

La mirada de Gabriel me apuñaló.

—No debiste haber hecho eso, David.

—No voy a quedarme de brazos cruzados mientras gente inocente es masacrada a mi lado por esas cosas.

—David, ése no es nuestro objetivo.

—¡Al diablo con el objetivo!

Los disparos habían atraído la atención de otros trífidos. Se acercaban tambaleándose con entusiasmo desde el otro lado de la calle. La gente, presa del pánico, avanzó en masa hacia nosotros. Marni fue empujada y alejada de mi lado. La cogí y la arrastré otra vez hacia la relativa seguridad de la entrada de una tienda.

—Vale, David —dijo Gabriel—, has traído aquí a los grandullones. ¿Ahora qué?

Miré las formas oscilantes de las gigantescas plantas. Obviamente no podía dispararles a todos los tallos y destruirlos.

—Sostén esto. —Le entregué el arma a Gabriel. Luego me dirigí a Marni—: Ayúdame a encender las radios de los coches. Todas las que puedas... ¡y ponlas a todo volumen!

La expresión de Gabriel me indicó que creía que me había vuelto loco. Pero Marni no dudó. Corrió conmigo a lo largo de una fila de coches que formaban una especie de bloque. Todos habían sido abandonados y algunos tenían los motores apagados. Encender las radios y luego subir el volumen al máximo sólo nos llevaría un rato. Pronto, una mezcla de emisoras de música clásica, jazz y debates resonaba por las puertas abiertas de los coches.

Marni y yo regresamos donde estaba Gabriel, encendiendo radios a tanto volumen que la carrocería de los coches vibraba.

Para entonces los trífidos deberían haber llegado a nosotros. Pero se detenían en cada vehículo para investigar el origen del sonido. Yo acababa de llegar a la cabina de un camión y había encendido la radio cuando la música de blues fue cortada en mitad de un acorde. Una apremiante voz femenina dijo: «Atención. Atención por favor. Éste es un aviso público. Han sido vistos trífidos en Manhattan. Si están en casa o en un edificio seguro, quédense ahí. Si están en un coche o escuchando este mensaje en algún lugar público, diríjense hacia el norte, hacia la Paralela 102. Allí serán abiertas las puertas y podrán refugiarse al norte del muro hasta que pase el peligro. Repito. Por su propia seguridad, diríjense a la Paralela 102. Se abrirán las puertas para que...».

En ese momento había muchas cosas que ocupaban mi mente para pensar en las consecuencias de que decenas de miles de neoyorquinos se encontraran de repente en un barrio tan lúgubre como el que había al norte del muro de la prisión.

—Muy inteligente, David —reconoció Gabriel con desgana—. Le has dado a esa gente la oportunidad de salvarse. —Me devolvió el arma—. Pero es hora de que hagamos lo que hemos venido a hacer. Vamos.

Después de decir esas palabras, condujo a nuestro pequeño grupo hacia el Empire State Building. Ahora ya no quedaba prácticamente nadie en las calles. O bien habían corrido hasta los bloques de oficinas o se habían metido en los túneles del metro. Allí, al menos, esos monstruosos trífidos no podían alcanzarlos.

Que era más de lo que podía decirse de nuestra posición completamente expuesta. Teníamos que colarnos constantemente entre el embotellamiento de coches abandonados, mientras trífido tras trífido entraban tambaleándose en la Quinta Avenida. En ese momento me quedó bien claro que los trífidos no habían salido a la desbandada y caóticamente, sino que se trataba de un ataque organizado. Hasta donde yo pude determinar, se movían de este a oeste, dirigiendo a la gente delante de ellos. Luego dejaban a uno en una esquina para que vigilara la intersección. Si esto continuaba así, los trífidos no tardarían en acorralar a los peatones desprotegidos. Es más, la cuestión era sencillamente que el volumen de esas plantas no permitía empujarlas ni siquiera con un coche. Tendrían que ser atacadas con lanzallamas y con excavadoras.

Estábamos a unos noventa metros del Empire State cuando vimos salir de él a una muchacha con un rifle.

—¡Sacramento! —dijo apuntándome con el arma en el pecho.

—¡Berlín! —La palabra pasó por mis labios antes de que fuera consciente siquiera de que la había dicho.

Ella asintió con la cabeza.

—Vale. Quédate aquí. —Luego se dirigió a Gabriel—. Los soldados de infantería están entrando ahora, señor. Fueron retrasados un rato por trífidos en el sur.

—¿De dónde demonios salen todos esos monstruos?

—Hubo un cambio de planes, señor. Además de volar por los aires las vallas de los puentes, los ingenieros consiguieron abrir los túneles que hay bajo el río.

—Dios mío... eso significa que los trífidos están surgiendo desde el suelo *en medio* de la ciudad.

—A mí me parece una táctica muy cínica —dije yo—. Esa gente que estaba en la calle ni siquiera tuvo una oportunidad. ¿O ahora vamos a considerar esa matanza simplemente como otro maldito accidente?

La mirada de Gabriel se endureció.

—Algunos lo llamarían la hora de la venganza.

Me giré para mirar otra vez la Quinta Avenida y me di cuenta de que cualquier discusión sobre la moralidad de los actos de los leñadores tendría que esperar. El trífido más cercano estaba a unos ciento ochenta metros de distancia tal vez. Es más,

parecía estar interesándose especialmente por nosotros.

—No creo que sea demasiado seguro para nosotros quedarnos aquí mucho rato más —dije.

Una explosión colosal ahogó cualquier respuesta que Gabriel tuviera intención de dar.

Me volví y vi nubes de humo saliendo de la planta baja del Empire State. Gabriel me miró descorazonadoramente.

—Están entrando —me dijo. Luego corrió hacia el inmenso edificio que era el cuartel general de Torrence y su palacio imperial.

Yo no había llegado tan lejos para esconderme ahora en la entrada de una tienda. Lo seguí y, justo en ese momento, comenzó el tiroteo.

42. LUCHA DE FUEGO

Las brigadas de marines de los leñadores aparecían por detrás de coches o puertas y corrían hacia la planta baja del enorme edificio. El humo ya se había despejado lo suficiente y vi que un par de puertas habían sido voladas en mil pedazos. Los soldados entraban por ahí. Disparaban cortas ráfagas con las armas automáticas, eliminando a los oponentes con los que se encontraran.

Mi grupo sacaba rápidamente las armas de bolsas y estuches a medida que iba avanzando. Gabriel Deeds abrió de golpe los cierres del estuche de guitarra. Sacó su ametralladora y luego se colgó la cartera llena de granadas de mano sobre el hombro.

Yo lancé una mirada hacia atrás y vi más trífidos inmensos. Esas cosas se movían con una majestuosidad espantosa, los tallos de dieciocho metros se balanceaban con toda la elegancia y la amenaza de una cobra gigante, mientras los conos se movían de izquierda a derecha examinando la calle. Con absoluta precisión, los agujones chasqueaban atravesando el aire para cobrarse otra víctima. Incluso mientras yo miraba, un hombre fue lo suficientemente negligente para mirar desde una ventana abierta en una tercera planta. El agujón le dio en la cara. Se vino abajo y cayó al suelo; su grito hizo eco en toda la calle.

Todo parecía indicar que teníamos una alianza con el mismísimo diablo. Pero tuve poco tiempo para reflexionar sobre la moral de los leñadores por dejar que esos monstruos invadieran las calles de Manhattan. Delante de mí estaba la entrada destrozada. Un cadáver asolado por las balas yacía desplomado sobre el suelo.

Segundos más tarde, seguí a Gabriel al interior del edificio. Marni iba a mi lado. Ése no era un sitio para ella, pero al mismo tiempo no podía dejarla a merced de las plantas asesinas que había fuera.

Dentro del edificio reinaba el caos. La gente corría por todas partes. Algunos disparaban. Otros escapaban para salvar la vida. En ese espacio cerrado, el ruido de los disparos y el estruendo de las granadas eran tan estrepitosos que sentía que el cráneo me iba a estallar. Un humo azul empañaba el aire. Bajo éste, hombres y mujeres yacían muertos o heridos.

Me refugié detrás de un sofá. Gabriel y Marni se agacharon a mi lado.

Estábamos en un gran vestíbulo de entrada. Yo ya había estado allí cuando había visitado a Torrence con Kerris. Estaban las mismas estatuas de Alejandro Magno, Julio César y Adriano entre helechos en tiestos formando masas de vegetación.

Ahora sí podía comprender el desarrollo del ataque. Los marines avanzaban en pequeños grupos de cinco o seis, saliendo hacia adelante, por decirlo de alguna manera. Un grupo se adelantaba y conseguía un objetivo. El que seguía a ése avanzaba para conseguir el siguiente, y así sucesivamente.

Las ametralladoras escupían desde las matas de helechos, que ocultaban

seguramente a los guardias de Torrence. Hecho que se confirmó cuando un soldado arrojó una granada al follaje. La explosión destrozó gran parte de las hojas y dejó al descubierto una estructura de hormigón baja pero de gruesas paredes, un fortín. A través de unas ranuras que tenía a los lados, las bocas de las armas expulsaban torrentes de balas.

Los marines caían como bolos. La sangre inundaba las alfombras.

—Maldita sea —exclamó Gabriel—. Nos están dando una paliza.

—Y ahora ¿qué hacemos?

—Empujad el sofá hacia adelante. Que cuadre con el fortín... y, por el amor de Dios, manteneos agachados.

Los tres empujamos el sofá, que avanzó con facilidad porque tenía ruedas. Como barrera a prueba de balas entre esas ametralladoras de gran calibre y nosotros era poco sólido. En el mejor de los casos, los artilleros que estaban dentro del fortín sencillamente no notarían nuestro avance en medio de aquella carnicería.

Cuando estuvimos a treinta pasos de ellos, Gabriel sacó una especie de pistola muy brillante que tenía un cañón extraordinariamente grande. Metió con un chasquido un proyectil de aspecto bulboso en la recámara.

—Bajad las cabezas. —Disparó al fortín con la pistola granada. El proyectil chocó contra el flanco de hormigón, donde estalló con un feroz estruendo—. Maldita sea, estoy temblando.

Recargó el arma, respiró profundamente y volvió a disparar. Esta vez, la granada se metió de lleno en una abertura que había en la estructura de hormigón. Lancé una mirada prudente en el momento preciso y vi cómo la explosión sacudía polvo blanco del exterior del fortín. Inmediatamente, comenzó a salir humo de las ranuras por las que asomaban las armas; finalmente, la ametralladora que estaba del otro lado quedó en silencio.

En ese momento, una mano le dio una palmada a Gabriel en el hombro.

—Buen disparo, Gabi.

Me di la vuelta y vi a Sam Dymes ofreciéndole una adusta sonrisa.

—Si logramos apoderarnos del vestíbulo, ya casi estaremos allí. —Sam me saludó con la cabeza—. Veo que te has unido al equipo.

—Yo también tengo cosas que hacer aquí, Sam.

—Me alegro muchísimo de que estés aquí, David. Parece que vamos a necesitar a cualquiera que pueda disparar un arma. —Se llevó la mano al codo, donde una mancha roja se extendía por la ropa de su camisa—. Es sólo el fragmento de una granada. Tendría que haber aprendido a lanzar esas malditas cosas más lejos. —Sacudió la cabeza como arrepentido—. Me salió el tiro por la culata, como dice el viejo dicho.

De una escalera que había frente a nosotros empezó a aparecer un tropel de

figuras con uniformes negros.

—Alguien ha movilizado a los guardias —murmuró Gabriel. Levanté la ametralladora y le disparé al grupo de hombres fuertemente armado. Varios de ellos se precipitaron hacia adelante y bajaron la escalera rodando. Gabriel disparó otra de sus granadas de pistola. La explosión derribó a varios más.

En ese momento vi de soslayo un parpadeo verde. Uno de nuestros zapadores caía hacia adelante, agarrándose el cuello. Con un alarido penetrante se desplomó retorciéndose en el suelo.

Miré hacia atrás y vi que un trífido joven había conseguido entrar en el edificio. A pesar de medir tan sólo dos metros de altura, seguía siendo letal. Me preparé para lanzarle un par de disparos. Las balas dieron en el cono, destrozándolo igual que al aguijón.

—Tenemos trífidos acercándose a nuestras espaldas —grité—. Hemos de salir del vestíbulo.

Sam tenía una expresión muy seria.

—Parece que estamos entre el diablo y el infierno.

Tenía razón. Frente a nosotros, los guardias de uniforme negro estaban entrando en el vestíbulo. Mientras que, detrás de nosotros, la calle parecía haberse convertido en una especie de bosque encantado. Sí «encantado» era la palabra adecuada. Donde había habido aceras de hormigón, paredes desnudas y asfalto inundado de coches, ahora había una extensión de vegetación selvática que crecía a medida que los trífidos devoraban Manhattan.

Señalé un pasillo que se alejaba del vestíbulo.

—Allí hay un ascensor —grité—. Vamos por allí.

—Todavía no hemos conseguido el control del vestíbulo.

—Dejad que los hombres de Torrence y los trífidos se maten por él. ¡Vamos!

Salí corriendo de detrás del sofá. Me siguió Gabriel, luego Marni y después Sam. Cuando llegamos al ascensor se nos habían unido un par de soldados que llevaban grandes ametralladoras.

Gabriel miró el ascensor con recelo.

—¿Y si lo han bloqueado?

—Sólo hay una manera de averiguarlo. —Tiré de la puerta. Se abrió suavemente y reveló un tranquilo interior de caoba. Había espejos que nos devolvían la imagen de nuestras caras manchadas por el humo—. Entrad. Rápido.

No podíamos perder ni un segundo. Una puerta cercana se abrió bruscamente y apareció la cara de sorpresa de un guardia. Levantó su rifle, pero nuestros soldados fueron más rápidos. Lo dejaron seco allí mismo. Pero aparecieron más hombres desde dentro del salón, disparando contra nosotros.

Cuando estuvimos todos dentro del ascensor, cerré la puerta de un tirón. Era uno

de esos antiguos ascensores manuales. En lugar de pulsar botones que coincidían con los números de las plantas, había simplemente una rueda que giraba hacia ambos lados sobre un cartel que ponía «Arriba» y «Abajo». Hice girar la rueda. Con un temblor, el ascensor comenzó a subir a un ritmo majestuoso.

Demasiado majestuoso. Una figura oscura apareció al otro lado de la puerta acristalada y disparó a través del cristal. Yo disparé también para contrarrestar su ataque.

Un segundo más tarde el ascensor estaba fuera de peligro.

Cogiéndose el codo ensangrentado, Sam Dymes consiguió sonreír frágilmente mientras señalaba con la cabeza el espejo destrozado que había detrás de él.

—A algún desgraciado le quedan siete años de mala suerte.

Lentamente, haciendo crujir las vigas, el antiguo y venerable ascensor nos llevó cada vez más y más arriba. Eché un vistazo a mi alrededor y me di cuenta de que, a excepción de la herida en el codo de Sam, estábamos todos ilesos. Marni me miró, los ojos verdes serios pero decididos. Le entregué una pistola automática. Asegurándome de que el cierre de seguridad estuviera quitado, le dije:

—Si la llegaras a necesitar cuando salgamos, sólo apunta y dispara. ¿Vale?

Asintió con la cabeza.

Gabriel y los marines aprovecharon el respiro temporal para recargar las armas. Yo hice lo mismo, metiendo una recámara nueva en mi ametralladora.

Sam señaló con la cabeza la manecilla ascendente que indicaba los números de los pisos.

—Necesitamos llegar a la planta noventa... pero estad preparados. Algo me dice que puede que tengamos un comité de recepción esperándonos.

—Entonces evitémosla y subamos a la noventa y uno —le dije—. Con un poco de suerte no nos estarán esperando allí. Entonces bajaremos a la siguiente planta.

—Buena idea. —Sam hizo una mueca al flexionar el brazo herido—. ¿Alguien sabe cómo controlar esto?

Marni asintió con la cabeza y se acercó a la rueda de control.

—Vale, bajamos en la noventa y uno. —Sam sacó una pistola de su cinturón—. Pero si los guardias de Torrence tienen la costumbre del gatillo fácil, entonces puede que destrocen la puerta cuando pasemos por la planta noventa. De modo que echaos hacia atrás, contra las paredes laterales... No, no os vayáis al fondo del ascensor. Aquí, a ambos lados de la puerta.

Y así esperamos. El indicador que estaba sobre la puerta señaló la planta ochenta y uno... lentamente subió a la ochenta y dos.

Ahora los sonidos de la batalla en el vestíbulo de abajo habían desaparecido. En el ascensor, junto con chirridos de cables y de poleas, podía oír los sonidos de las respiraciones desiguales de mis compañeros.

Era un extraño descanso. No había ningún plan que pudiera repasar mentalmente para el próximo combate. Lo único que podía hacer era quedarme allí de pie y esperar lo que fuera que iba a suceder después.

—Muy bien, preparaos. —La voz de Sam estaba oprimida por la tensión—. Estamos llegando a la planta noventa.

A través del cristal roto de la puerta del ascensor, el bloque de oscuridad cedió el paso a una franja de luz cuando nos acercamos a la planta noventa. Yo había esperado un estallido de disparos a través de las puertas del elevador.

Nada. El elevador siguió subiendo.

Marni detuvo el ascensor en la planta siguiente. Los soldados salieron primero, espalda contra espalda, con las ametralladoras preparadas. Luego nos hicieron señas para que saliéramos nosotros. Me encontré de repente en un pasillo con oficinas detrás de cada puerta. Hasta ahora, el lugar parecía estar vacío. Una señal nos indicó dónde estaba la escalera.

De camino, los marines abrían de una patada cualquier puerta que les pareciera sospechosa. En el interior de una había media docena de oficinistas escondidos detrás de una hilera de archivadores.

—¡No disparen! —gritó un hombre de cabellos grises.

—No disparemos si ustedes no nos disparan —respondió Sam cortésmente—. ¿Tienen armas?

—No, señor. Somos simplemente archiveros.

—¿Archiveros?

—Sí, señor.

—¿Han visto guardias en esta planta?

—No, señor.

—¿Me está diciendo la verdad, señor? —Sam apoyó la boca de la pistola en el interior del brazo ensangrentado.

El hombre de cabellos grises levantó aún más las manos, luego lanzó miradas de preocupación a sus colegas.

—Pues... eh, sí que vi algunos guardias en la escalera, ellos...

—¿Cuántos? ¿Y dónde, exactamente?

—Cuatro. Estaban arrastrando una ametralladora sobre un trípode. Eh, la estaban bajando por la escalera justo al final del pasillo.

—Gracias —dijo Sam con sincera cortesía—. Siento haberlo asustado a usted y a sus colegas. —Antes de abandonar la oficina agregó—: Ah, y les recomiendo que se queden quietos detrás de esos armarios. Y no cometan ninguna estupidez como hacer llamadas telefónicas. ¿Entendido?

—Por supuesto que sí, señor. Gracias.

Regresamos al pasillo. Sam habló con los soldados, quienes luego tomaron la

delantera mientras avanzábamos en fila india hacia la escalera.

Cuando tuvimos a la vista el hueco de la escalera, los soldados hicieron gestos indicándonos que nos quedáramos un poco retrasados. Entonces todos ellos tiraron del percutor de una granada, que lanzaron por debajo del hombro escalera abajo. Antes del estruendo de las explosiones, oí un grito de miedo. Después de eso, sólo silencio. Los marines bajaron corriendo y disparando las ametralladoras apuntando a un blanco que había abajo, y luego nos hicieron señas para que los siguiéramos. Vi una pesada ametralladora inclinada sobre su trípode justo en la curva de la escalera. Había varios cuerpos ensangrentados extendidos sobre el suelo boca abajo.

—Encargaos de que ese hombre sea mencionado en los informes —dijo Sam, sonriendo secamente—. Nos ha salvado el pellejo.

Pisamos los escalones de mármol con tiento sobre un charco carmesí, que era tan resbaladizo como el aceite de un motor, por lo que tuvimos que aferrarnos con fuerza a la barandilla de la escalera para evitar resbalarnos y caer de bruces en el suelo. No obstante, no tardamos en llegar al pasillo de la planta de abajo, donde le dimos un buen uso a la carísima alfombra limpiándonos en ella las suelas de las botas.

Un cartel nos informó de que estábamos en la planta noventa. Allí también había un extraño silencio. Me sorprendí lanzando una mirada hacia afuera por una ventana y vi cómo el sol caía sobre un Manhattan aparentemente calmo, con los rojos rayos del atardecer reflejándose en las ventanas de los bloques de oficinas.

—No os detengáis —susurró un soldado—. Yo os cubriré las espaldas.

Con un marine por delante y otro cuidándonos la cola, avanzamos por el pasillo. Torrence había estado muy ocupado allí arriba. Las oficinas habían sido convertidas en un hospital autosuficiente. Vislumbré azulejos manchados y la alta y aplastante luz de una sala de operaciones.

Ése fue el momento preciso en que unos puntos de luz aparecieron de repente a ambos lados de mi cabeza, pasando como un rayo por el pasillo.

Instantáneamente, me agaché. Al mirar atrás vi un par de guardias con uniformes negros disparándonos con rifles automáticos. El soldado que nos guardaba las espaldas había recibido la peor parte. Su cuerpo sin vida yacía boca abajo en el pasillo. Apretando el gatillo del arma, regué a los hombres con cartuchos de ametralladora. Disparos aún más salvajes desgarraron el yeso de las paredes, formando nubes de polvo blanco.

Vi cómo los dos hombres se desplomaban sobre el suelo mientras parpadeaba para quitarme el polvo de los ojos.

—¡Moveos! —gritó el soldado de infantería que iba al frente. Atravesó el pasillo corriendo. Nosotros lo seguimos.

Un momento después irrumpió en un vestíbulo. En seguida vi una hilera de figuras con uniformes negros armando una barricada improvisada de escritorios

volcados, armarios de archivos y otros muebles. Sin embargo, aunque parezca extraño, estaban del mismo lado de la barricada que nosotros; no, como podríais pensar vosotros, del otro.

—Soltad las armas —gritó Gabriel—. *Soltadlas*.

Algunos prefirieron no hacerlo.

Un disparo con buena puntería salió de la pistola de Marni e hizo que uno de los hombres cayera contra un escritorio, cogiéndose la garganta con ambas manos.

Yo también disparé. Las balas arrancaron trozos de madera de los escritorios. Pero algunos tiros encontraron blancos más blandos. Las figuras con uniformes negros saltaban como marionetas a las que les habían cortado los hilos antes de dejarlas caer en el suelo. Otros guardias escogieron la segunda opción.

Gritando con todas sus fuerzas, arrojaban las armas a un lado y levantaban las manos. Gabriel se acercó a ellos, ordenándoles que se tumbaran en el suelo con los brazos extendidos. Noté que cojeaba y que dejaba un rastro de sangre en la alfombra. Una única mirada a Sam Dymes me bastó para darme cuenta de que una bala había hecho mella en su barbilla. Gradualmente, una barba roja se formó alrededor de su mandíbula inferior. Pero, después de todo, no parecía muy malherido, y se acercó al soldado para hablarle.

En ese momento, me di cuenta de que mi oreja izquierda parecía estar extrañamente fría, como si hubieran puesto contra ella un trozo de hielo. Para mi sorpresa, su tercio superior sencillamente había desaparecido. Mis dedos brillaban de color carmesí cuando los miré. Bajé la vista y me mire el brazo derecho. Estaba salpicado de pequeñas heridas y de cada una de ellas pendía una perla de sangre. Afortunadamente, no sentía dolor en el brazo y, cuando comprobé cómo se movía, vi que lo hacía bastante bien.

Tardamos algunos minutos en trasladar a los guardias supervivientes y a los heridos a un almacén. Observé que había un teléfono en un rincón y me tomé la libertad de arrancarlo de la pared antes de encerrar a los hombres dentro.

Cuando nuestro pequeño equipo, cada vez más empapado de sangre, volvió a reunirse en el vestíbulo, Sam dijo en voz baja:

—Ahora creo que no tenemos más remedio que atravesar esa barricada.

—¿Crees que Kerris y Cristina todavía están aquí?

—Eso nos dice la información más reciente.

Gabriel nos miró.

—¿Habéis recargado las armas?

Asentimos con la cabeza.

—Vale —susurró Sam—. Allá vamos.

Corrimos hacia el muro de muebles. En ese momento, mi brazo decidió que era un buen momento para comenzar a dolerme. Gruñendo, con los dientes apretados, me

subí a la barricada hasta deslizarme al otro lado.

Me encontré con la imagen de una segunda hilera de mesas volcadas, que habían sido llevadas hasta el fondo de un pasillo para formar otra barricada más. *Estupendo... sencillamente estupendo*, pensé, mientras mi sistema nervioso se concentraba en claras y limpias señales intermitentes de dolor, que enviaba a mi ya muy sufrida mente consciente. Avancé pesadamente con la ametralladora en una mano. Y, justo entonces, la boca de un rifle apareció sobre una mesa, y de repente me encontré mirando al otro lado del cañón un par de ojos verdes enmarcados por cabellos rojizos.

Me detuve inmediatamente.

—¿Kerris? —dije con incredulidad.

El rifle bajó y reveló un rostro sorprendido.

—¿David Masen? Maldita sea, ya era hora.

43. INTERVALO

Simplemente me quedé allí de pie mirando fijamente el rostro de Kerris. Hasta ese momento me había costado creer que alguna vez volvería a poner los ojos en ella.

Sonrió.

—Estaba empezando a pensar que nunca ibas a llegar.

—Como casi todos los viajes, ha sido un poco accidentado —conseguí decir.

Un momento después, Gabriel se acercó.

—Será mejor que acaben ese abrazo dentro —nos dijo con una sonrisa cansada—. Podemos tener compañía en cualquier momento.

Se alejó por el pasillo. Dos guardias yacían muertos a lo largo de las paredes. De repente salió Cristina de una puerta lateral.

—¡David! ¡David!

Se abalanzó sobre mí y me abrazó con tanta fuerza que me recordó el estado de mi brazo. Pero, a pesar de las agudas oleadas de dolor que subían y bajaban por todo mi antebrazo, le di un abrazo, encantado.

—Vaya, me alegro de volver a verte... ¿No te han hecho daño?

La cara de Cristina brillaba de emoción. Luego, de un modo sorprendentemente claro y articulado, dijo:

—¡Kerris montó aquí toda una guerra! Disparó contra los hombres malos. Después construyó el muro. Y luego nos sentamos a esperarte a ti... —De repente me regañó con la mirada—. Pero has tardado mil años, perezoso.

Sonreí.

—Bueno, ahora estoy aquí. —Miré a Sam—. Ahora lo único que tenemos que hacer es dar con la forma de salir todos de aquí.

Sam se tocaba la mandíbula pensativamente. Pareció sorprenderse al ver la sangre en la punta de los dedos.

—Supongo que no podemos ir a ninguna parte apresuradamente. Sin embargo, se me ocurre que en algún momento se van a abrir las puertas de ese ascensor. Y entonces saldrán de allí o los hombres de Torrence o nuestra gente. De modo que hasta entonces será mejor que me asegure de que haya alguien vigilando la barrera.

Fue a decirle algo al soldado, que ocupó una posición con su ametralladora detrás de una mesa volcada.

Entre tanto, Marni se acercó a nosotros. Kerris se sobresaltó al verla. Ambas mujeres se observaban fijamente la una a la otra. En un acto inconsciente, Kerris pasó un dedo por el rostro, siguiendo la misma línea que la cicatriz de Marni. Era el gesto de alguien que mira su reflejo en un espejo.

—Eres mi hermana, ¿no es cierto? —le preguntó Kerris en un susurro.

—Marni no puede hablar —le respondí yo, y le expliqué brevemente lo que sabía

de ella.

Kerris asintió con la cabeza. Parecía aturdida ante la imagen de la mujer que estaba de pie frente a ella.

—Hace mucho me pregunté si tenía una hermana gemela. Después de todo, tengo muchos hermanos y hermanas, y algunos de ellos son gemelos. Pero tuvimos que ser separadas al nacer. Mira sus ojos. Son idénticos a los míos... sólo que su pobre cara... Me gustaría ponerles las manos encima a las ratas que le han hecho esto.

—Me parece que ya has empezado. —Señalé con la cabeza a los guardias muertos.

Kerris me explicó lo que había sucedido. Ella estaba con Cristina cuando oyó sonar la alarma de ataque. Después se habían producido varias confusas llamadas telefónicas desde la planta baja diciendo que abajo estaban en medio de una lucha. Los guardias que vigilaban la planta noventa le habían dicho a Kerris que ella y Cristina serían trasladadas a otro sitio de Manhattan. Obviamente, si eso sucedía, Sam y sus hombres habrían tenido que enfrentarse otra vez al problema de encontrarlas. Por lo tanto, Kerris había decidido que había llegado la hora de actuar. Sabía que los leñadores habían conseguido infiltrar a dos agentes en el personal de enfermería de esa planta. De modo que, cogiendo armas de una reserva secreta, habían matado a dos de los guardias y luego habían conseguido levantar barricadas justo al comienzo del pasillo. Más guardias habían llegado a esa planta, donde construyeron una segunda barricada. El as que se guardaba Kerris en la manga, y lo sabía muy bien, era que los guardias no se arriesgarían a herir a Cristina ni a los preciados óvulos que llevaba en sus ovarios, intentando entrar a tiros.

Luego le expliqué que la batalla de la planta baja había sido aún más complicada por una afluencia de trífidos en las calles de Manhattan.

Durante un rato, un silencio extraño se instaló en la planta noventa. No fue ni roto por los hombres de Torrence, ni aliviado por los nuestros. No sonaba ningún teléfono. Las luces eléctricas estaban encendidas normalmente. Detrás de las ventanas, un sol color rojo sangre se posaba sobre el horizonte. Nos mantuvimos ocupados revisando las armas y vendando nuestras heridas. Afortunadamente, ninguno de nosotros había sufrido heridas demasiado graves. Probablemente el que se había visto más afectado era Gabriel. Una bala había atravesado su pantorrilla. Sin embargo, siguió saltando de un lado para otro con la ayuda de una escoba, la parte del cepillo bajo su brazo, imitando fielmente al capitán Silver.

Me acerqué a Kerris, que estaba de pie junto a una ventana.

—¿Puedes ver algo?

—Estamos a demasiada altura. Desde aquí arriba todo se ve completamente normal. —Señaló con la cabeza el río Hudson, que relucía rojo y dorado por la puesta de sol—. Es hermoso, ¿verdad? —Y agregó melancólicamente—: Pudo ser digno del

Paraíso. Una vez fui de pesca río arriba. Desde allí podía verse todo lo que quedó de las mansiones de los millonarios en las laderas y, por un instante, uno podía imaginarse cómo habían sido antes de que todo se fuera al infierno. En mi mente veía niños jugando en piscinas y mamás y papás leyendo en tumbonas o asando carne en barbacoas chisporroteantes... —Sacudió la cabeza tristemente—... ¿Crees que esos días volverán alguna vez?

—En algunos lugares del mundo eso ya ha ocurrido —le dije—. En mi tierra aún tenemos la Noche de la Hoguera. Hacemos grandes fogatas, lanzamos fuegos artificiales y asamos patatas al horno. A los niños les encanta. Y a los adultos también. —Sonreí—. Pero los adultos se levantan con resaca a la mañana siguiente.

—¿La Noche de la Hoguera? ¿Qué es eso?

—Una antigua costumbre pagana. —Sentí que una gran sonrisa me llenaba el rostro—. Probablemente esté relacionada con un rito de fertilidad. También quemamos en el fuego efigies de un hombre llamado Guy Fawkes.

—Qué curiosos que sois los británicos. —Arrugó la nariz, divertida—. Y pensar que voy y hago algo tan ridículo como enamorarme de uno.

La besé.

—Si vamos a hacer esto bien —le dije—, tienes que venir a mi tierra y conocer a mi familia.

Miró a su alrededor la oficina en la que estábamos suspendidos a cientos de metros en el cielo.

—Será para mí todo un placer cuando salgamos de aquí. Y, entonces, para cumplir con todas las convenciones del Viejo Mundo, también nos casaremos, ¿no?

Le sonreí.

—¿Por qué no?

Y sólo por un instante me sentí flotando en una burbuja de felicidad... tan maravillosa como incongruente.

Tal vez como una especie de antídoto natural para las precarias horas que pasamos allí arriba en el rascacielos, la gente se mantuvo ocupada con distracciones triviales: preparaban más tazas de café, jugaban a cartas por cerillas. Más tarde encontré a Sam Dymes sentado en un escritorio, apuntando notas en un cuaderno.

Levantó la mirada y se fijó en mi cabeza vendada.

—A ver, David, ¿cómo está esa oreja?

—El pedazo que todavía queda unido a mi cabeza me pica como loco. —Le ofrecí una sonrisa cansada—. En cuanto al otro trozo que está por allí tirado en algún lugar del pasillo, no me duele nada.

Sam se rió entre dientes.

—Me imagino que eso es lo que vosotros los ingleses llamáis humor negro. ¿Café? —Sirvió el líquido humeante en una taza de papel—. Desde luego Torrence

no escatima en calidad.

—Gracias. —Cogí la taza—. ¿Cómo está tu brazo?

Levantó un poco el brazo en cabestrillo.

—Ah, bien, bien. Simplemente me corté en la curva del codo. —De esa forma tan característica suya, Saín de repente cambió el curso de la conversación—. ¿Sabes? En medio de toda esa lucha me ocurrió algo muy curioso. Vaya sorpresa, la respuesta a un problema de ingeniería que había estado preocupándome durante meses apareció de repente en mi cabeza. Y allí estoy, disparando a seres humanos vivos y de repente me digo a mí mismo: «Sam Dymes, por qué no llevas la vía férrea hacia el norte del lago y no hacia el sur, porque...». Ay, no sabes de qué demonios estoy hablando, ¿verdad? —Su discurso se aceleraba a medida que se iba entusiasmando—. Antes del servicio militar, yo era ingeniero ferroviario, y lo volveré a ser cuando mi largo viaje de servicio acabe, si Dios quiere. Mira, tengo este problema espinoso y fascinante que consiste en colocar una vía férrea desde un nuevo puerto en el lago hasta la ciudad. Sólo que había todas estas colinas y peñascos, e inmensos y sucios barrancos en el camino... molestándome una barbaridad. Fuera lo que fuera que planeara nunca resultaba bien. Y, entonces, cuando veníamos echando pestes por ese pasillo, las armas echando fuego, las granadas tronando como si fuese el Apocalipsis, de repente me digo a mí mismo: «Sam, ¿por qué no llevas la vía férrea hacia el norte del lago...? Ahorrarás kilómetros de vía y meses de trabajo...». Ahora bien, David, a mí me parece que ése era un momento bastante singular para que se me ocurra semejante idea, justo en mitad de una batalla sangrienta, ¿no crees? Y por eso ahora me estoy tomando unos minutos para escribirlo y así no olvidarlo.

Sam siguió hablando durante un rato. Me di cuenta de que, igual que Kerris y yo hacíamos planes de ensueño para el futuro, el desgarrado ingeniero había encontrado un refugio temporal en su visión de una nueva vía férrea.

Eché un vistazo a mi alrededor. Marni y Cristina habían logrado compenetrarse. Sonriendo, se comunicaban con un lenguaje de señales improvisado, que ambas parecían entender. El marine charlaba con unas muchachas que eran técnicas de laboratorio y que habían sido parte del equipo secreto. Kerris seguía mirando por la ventana. Ahora la noche había caído. Las luces estaban encendidas con normalidad en los edificios vecinos.

Sólo Gabriel Deeds estaba sentado en la barricada. Observaba las puertas del ascensor con ojos meditabundos. Junto a él yacía una pesada ametralladora que le había quitado a un guardia muerto. Sabía que estaba esperando el momento en que los hombres de Torrence salieran corriendo de los ascensores.

Los ascensores, a pesar de lo preparado que estaba Gabriel, permanecieron resueltamente inactivos durante el resto de la noche. Dormimos por turnos. Sam, Gabriel y yo nos turnamos para vigilar el ascensor y el pasillo que llevaba a la

escalera. Por la mañana hicimos un desayuno con comida que aún había en la cantina. Sam se aseguró de que los cautivos que estaban en el almacén recibieran bebida y comida.

Cuando comencé mi turno de vigilancia en la barricada, Sam se paseaba de un lado a otro con una taza de café en la mano. Después de mirar fijamente un momento los silenciosos ascensores, se rascó la mandíbula, ahora con una barba incipiente.

—¿Sabes? —me dijo—, estoy empezando a pensar que nuestra gente no consiguió apoderarse del edificio. Seguramente, de haber sido así, ya se habrían puesto en contacto con nosotros.

—Pero, bueno, tampoco hemos sabido nada de los hombres de Torrence.

—Eso es cierto... muy cierto. —Se pasó el dedo pensativamente por el caballete de la nariz—. Pero nosotros tenemos lo que Torrence considera ahora sus bienes más valiosos.

—Cristina.

—Y tú, no lo olvides. Tú, David, eres la llave de Torrence para llegar a la Isla de Wight y a esa máquina vuestra que convierte savia de trífido en gasolina. Ambos sois de tremendo valor para él. Y, ambos, si estuvierais en sus manos, le permitiríais seguir construyendo su imperio hasta que... —Sam extendió los brazos como queriendo abarcar todo el globo terráqueo—... Bueno... no creo que Torrence haya puesto límite a sus ambiciones. ¿Tú qué piensas?

—¿Así que crees que es poco probable que Torrence envíe a sus guardias hasta aquí disparando sus ametralladoras y lanzando granadas?

—No creo que lo haga todavía.

—De modo que la cuestión es quedarse quieto y ver qué hace primero.

—¿Crees que deberíamos empezar la guerra nosotros? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—A mí simplemente me pone intranquilo pensar que le estamos dando tiempo para que trame algún plan.

—Pero ahora estamos aquí arriba en la planta noventa y no tenemos adonde ir.

—Estoy de acuerdo. Tal vez deberíamos considerar la idea de descubrir lo que está pasando abajo. Después de todo, hay una tercera posibilidad.

—¿Y cuál es ésa?

—Que tal vez Torrence también haya perdido la batalla. ¿Qué sucedería si los trífidos han tomado el control del lugar?

—Puede que tengas razón.

Reflexionó un momento.

—Humm. ¿Sabes una cosa? Creo que le pediré a Gabi que se dé un pequeño paseo por abajo, si su pierna se lo permite.

Gabriel Deeds deseaba un poco de acción. Cogió la ametralladora.

—Nada heroico, Gabi —le dijo Sam—. Simplemente trata de averiguar lo que está ocurriendo allí abajo, y luego regresa lo más de prisa que puedas. ¿Vale?

—Vale. —Cogió un par de granadas con una de sus inmensas manos—. Pero puede que ponga un par de estos huevos en el camino.

Seguí a Gabriel hasta el hueco de la escalera. Continuaba cojeando, utilizando la escoba como muleta, pero él no iba a dejar que algo tan nimio como una herida de bala lo detuviera. Rápidamente lo detuve antes de que descendiera más, luego me puse los dedos delante de los labios, porque había oído vagamente, apenas más que un eco, unos pasos sigilosos.

Llevé hacia atrás el gatillo del revolver. Luego, inclinándome un poco hacia adelante, grité hacia abajo por el hueco de la escalera:

—¡Sacramento! —Mi voz bajó haciendo eco. Siguió una larga pausa. Volví a gritar—: ¡Sacramento!

Y entonces llegó una respuesta:

—¡California!

Mi disparo en respuesta a eso bajó rebotando por el hueco de la escalera.

Obviamente, Gabriel no bajaría por ese lado. Durante los siguientes diez minutos, él y yo arrastramos varios escritorios desde una oficina cercana y los arrojamos escalera abajo. Cuando terminamos, si había alguien intentando subir la escalera, tendría que trepar por una complicada maraña de muebles. Por supuesto, eso sólo nos dejaba la escalera despejada para subir a la siguiente planta. Vi que había una verja que podía correrse y ser cerrada firmemente. Como no había candado, nos apañamos con varios trozos largos de cables de electricidad, hasta que la verja quedó bien cerrada. Le di el último toque colocando una granada de mano pegada con cinta adhesiva a la pata de una mesa, con el percutor atado a una cuerda que a su vez estaba atada a la verja. Cualquiera que consiguiera abrir la verja se encontraría con una sorpresa bastante desagradable y ruidosa.

Se lo contamos a Sam.

—Supongo que ahora lo sabemos —dijo en voz baja—. Torrence ha derrotado a nuestra gente. Sus guardias se han apoderado del edificio.

No había pasado mucho tiempo después de esas palabras cuando sonó el teléfono. Sam lo miró fijamente un momento y luego comentó:

—Creo que alguien quiere conversar.

Ese alguien era el mismísimo Torrence. Confirmó que sus hombres tenían el control del edificio, que la invasión de los trífidos había sido frustrada y que sus secuaces tenían una vez más total control sobre Manhattan. Exigía que nos rindiéramos inmediata e incondicionalmente.

Sam le sugirió a Torrence que quizá le agradaría un viajecito al infierno. Y luego colgó el teléfono.

Cuando Torrence volvió a llamar (rechinando los dientes, me imagino) propuso unos términos más moderados. Salir sanos y salvos de Nueva York a cambio de Cristina Schofield. Magnánimamente, dijo que incluso yo podía irme sin problemas.

Sam le respondió que lo pensaría. Luego volvió a colgar el teléfono.

—Por supuesto no me fío ni un pelo de este tío —nos dijo Sam—. Nos traicionará en cuanto salgamos de aquí.

—Eso no nos deja muchas opciones —dijo Gabriel—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Yo lo veo así: o nos quedamos aquí esperando, sabiendo que no se atreverá a arriesgarse a herir a Cristina en un tremendo ataque, o nos entregamos. O encontramos otra manera de salir de aquí. —Sus ojos azules estaban muy serios mirándonos a cada uno de nosotros—. Por lo tanto, señoras y señores... ¿se os ocurre alguna idea?

44. EN EL PAÍS DE LOS CIEGOS, EL TUERTO ES REY

Sam Dymes señaló que ése no era el momento de tomar una decisión precipitada. Torrence no intentaría tomarnos por la fuerza allí arriba en la planta noventa. También podíamos esperar el momento oportuno; quizá poco a poco llegaríamos a alguna conclusión. Por otro lado, tampoco podíamos quedarnos allí a esperar para siempre. De modo que, cuando Torrence llamó otra vez, Sam comenzó a negociar. Ese proceso duró hasta bien entrada la tarde.

Esa tarde, un poco después de las seis, Kerris levantó la mano.

—Espera. ¿Alguien oye eso?

—Son disparos —dijo Sam—. Pero ¿quién está disparando a quién?

Gabriel fue hasta las puertas del ascensor con el arma preparada.

Yo lo seguí. Presionando mi oreja sana contra las puertas pude oír el sonido de los tiros resonando en el hueco del elevador. En un principio, los disparos tableteaban ininterrumpidamente. Luego, finalmente, todo se apaciguó hasta que sólo se oyeron algunos tiros esporádicos. Momentos más tarde todo era silencio.

Sam se quedó de pie, con la cabeza indinada hacia un lado, intentando oír más sonidos. Finalmente dijo:

—Bueno, ¿qué demonios ha sucedido allí abajo?

Nos colocamos detrás de la barrera de muebles de oficina. Mientras lo hacíamos oí un zumbido. Fui en busca de la fuente del ruido hasta que me encontré con una pequeña caja de madera en la que había una serie de interruptores.

—Es el interfono —me dijo Kerris—. Alguien está intentando ponerse en contacto con nosotros a través del sistema interno.

Sam lo miró con suspicacia durante algunos segundos.

—¿Por qué no utilizan el teléfono como hicieron antes?

—Tal vez la línea telefónica esté colapsada.

—Bueno. —Sam cogió la caja de madera. Estaba unida a un cable que se alejaba serpenteando por la pared—. A ver, ¿cómo se enciende esto?

—Así. Déjame a mí. —Kerris apretó uno de los interruptores de la caja.

Sam se quedó en silencio. Simplemente escuchaba. Un tenue siseo salió del altavoz. Y, luego, dijo con vacilación—: ¿Hola?

Una voz masculina llegó por el altavoz.

—Sacramento.

Un rayo de esperanza iluminó los ojos de Sam. Ante la palabra clave de respuesta, preguntó:

—¿Quién eres?

—Sargento Gregory Campbell, marines leñadores, división C, señor.

—¿Está ahí el teniente Truscott?

—Lo siento, lo han matado hace tan sólo un momento, señor. Aquí abajo ha habido una batalla tremenda.

—¿Cuál es la situación?

—Nos reagrupamos con otras brigadas, señor. Luego lanzamos otro ataque al edificio hace alrededor de media hora.

—¿Ahora mismo estáis en ello, Campbell?

—Sí, señor, pero no podremos aguantar mucho tiempo más. Con todo respeto, señor, tienen que bajar al vestíbulo inmediatamente para que podamos irnos de aquí. Los tanques enemigos llegarán en cualquier momento.

—Gracias, Campbell. Ahora mismo bajamos. —Sam nos miró a todos—. Parece que acabamos de comprar el pasaje de vuelta.

Desde ahí los ascensores eran automáticos. Gabriel presionó el botón de llamada y, en tan sólo unos momentos, el ascensor llegó.

Cuando las puertas se cerraban con nosotros ya dentro esperando el largo descenso, Sam dijo:

—Agrupaos alrededor de Cristina cuando salgamos al vestíbulo. Y tened también las armas preparadas. —Se quedó mirando con preocupación la manecilla que descendía indicando las plantas—. Después de todo, no sabemos qué vamos a encontrarnos allí abajo, ¿verdad?

Le lancé una mirada a Kerris. Ella me ofreció una sonrisa tranquilizadora y sentí cómo apoyaba la mano en mi antebrazo.

Lo que encontramos fue desde luego una sorpresa. El vestíbulo estaba vacío. Miré a mi alrededor, observando manchas negras sobre el suelo de mármol donde habían estallado granadas y también varias marcas color óxido de sangre seca. Cuando salí del ascensor con mis compañeros vi que los muebles estropeados habían sido puestos en su sitio. Aunque pareciera extraño, a pesar de los sonidos de lucha que habíamos oído antes, no había a la vista ni un solo cartucho usado.

En la entrada del edificio había un solitario soldado de los leñadores con un rifle y el característico pañuelo verde alrededor del cuello.

—Por aquí, señor —dijo—. Por favor dense prisa.

Desde donde estaba vi que tenía la cara muy colorada. De repente me di cuenta de que estaba sonrojado de vergüenza, o de pena.

Estábamos a medio camino sobre la enorme extensión de suelos de mármol, cuando oí que Gabriel musitaba:

—No me gusta el aspecto de este... Algo no va bien.

Otros cinco pasos... y entonces algo extraño le sucedió al soldado solitario. De repente disparó hacia atrás. Mientras corría a toda prisa hacia la puerta soltó un grito reprimido:

—¡Lo siento! No quería...

Cuando desapareció por la puerta, una docena de figuras con uniformes negros ocuparon su lugar. Sin armar ningún jaleo nos apuntaron con sus ametralladoras.

Nosotros hicimos lo mismo con nuestras armas.

Entre los guardias hubo un hombre que dio un paso hacia adelante y al que yo ya había visto antes. Era Rory Masterfield, el hombre de mirada penetrante que había conocido en el barco de vapor que me trajo por primera vez a Nueva York. Vestido con pantalones y una camisa de cuello abierto, extendió la mano para demostrar que no iba armado.

—Kerris. Pídeles a tus amigos que bajen las armas.

—No.

—*Pídeselo* —insistió Masterfield—. No tiene sentido que mueras por esto.

—Nos estamos marchando de aquí —exclamó Kerris—. Diles a tus hombres que despejen el camino.

—Sabes que no pasaréis esta puerta. Hay cientos de nuestros soldados allí fuera en la calle.

—No dispararéis.

—¿Ah no?

—No. Porque no os arriesgaréis a lastimar a Cristina. Torrence valora demasiado lo que ella tiene para hacer algo así.

—Entonces estamos en un callejón sin salida, ¿no te parece?

Mientras pronunciaba esas últimas palabras se echó hacia atrás. Luego levantó los dos brazos sobre la cabeza.

Yo interpreté eso como una señal para alguien. Miré a mi alrededor buscando francotiradores escondidos. Sobre mí cabeza vi algo que me hizo pensar que unos electricistas habían comenzado a preparar una iluminación temporal para reemplazar las lámparas de araña que habían sido destrozadas durante el tiroteo del día anterior.

Sólo que de los cables no colgaba ninguna bombilla. En cambio, había largos y delgados cables de los que colgaban unos objetos que parecían velas.

Sam también los vio. Sacó una granada del cinturón. Yo levanté el cañón del arma. Lo último que recuerdo con claridad es el cañón azul oscuro apuntando a los guardias en la puerta de entrada.

Porque en ese preciso momento sentí que todo el edificio se había derrumbado sobre mi cabeza.

La primera percepción que tuvo algún sentido para mí después de eso fue el recuerdo de haber mirado hacia arriba y haber visto ese techo engalanado con cables. Colgando de los cables, como una extraña fruta, había cartuchos de dinamita.

Nunca oí realmente la detonación. (Al menos, no *recordaba* haberla oído; uno de los síntomas de la conmoción cerebral. Supongo.) Pero sí que sentí sus efectos. Cuando abrí los ojos lo único que pude ver fueron pares borrosos de botas corriendo

alrededor de mí cabeza. En ese momento aún no podía oír nada. De hecho, sentía como si mis orejas estuvieran llenas de algodón. Y tenía una sensación de hormigueo en la cara.

De momento estaba contento de estar recostado allí en el suelo, porque el mundo había decidido tambalearse para todos lados a mi alrededor. Pero, justo cuando decidí que definitivamente no estaba preparado para ponerme de pie, unas manos me cogieron de la ropa y me levantaron brutalmente hasta ponerme de pie. Parpadeé y mi visión nublada mejoró. A mi derecha estaba Gabriel Deeds. Le salía sangre a raudales de la nariz y tenía un ojo cerrado por una hinchazón descomunal.

Miré a mi izquierda. Allí estaba Kerris, con el rostro blanco como el papel. Recuperé la capacidad de oír de repente, acompañada por un zumbido que, supongo, venía de alguna parte de mi confundida cabeza después de la explosión. Detrás de mí estaba Sam Dymes, la cara ennegrecida por los efectos de la explosión. Y allí estaba también el resto de nuestro desastrado equipo: Cristina, Marni, el soldado y dos agentes secretas.

Y, arremolinándose a nuestro alrededor en un estado de tremenda emoción, había docenas de guardias. Vi a Rory Masterfield observándome con una expresión en el rostro que sólo podía describirse como de satisfacción personal.

Hice una mueca de dolor al aumentar el escozor alrededor de mis ojos. Al ser un poco más alto que la media, me imaginé que estaba pagando el precio por haber tenido la cara más cerca de la explosión. De repente comencé a sentir una especie de picor y quemazón.

Varias manos me cogieron los brazos, buscando cualquier arma que aún pudiera tener escondida en una manga o en una bota. Entonces los guardias se quedaron satisfechos. Uno de ellos gritó hacia la entrada:

—¡Tenemos a los prisioneros!

La hilera de uniformes negros se abrió frente a mí.

Una figura alta se adelantó. Una vez más me sorprendí mirando ese rostro resuelto con un ojo verde y otro amarillo. Torrence parecía satisfecho de sí mismo. Observaba atentamente mi cara, como si fuera una antigüedad muy buscada.

—Sí —dijo por fin—. Sí que te pareces sorprendentemente a tu padre, Masen. — Me sonrió—. Ahora, dentro de un rato, podré devolverle a Bill Masen este favor. — Se señaló el ojo de yema de huevo—. Créeme, se lo devolveré con intereses. ¿Y cómo está tu madre, Josella Playton?

Mantuve la boca bien cerrada.

—¿O ahora se hace llamar Josella Masen? —Volvió a sonreír, luego acercó su rostro al mío de modo que el globo ocular quedó delante de mis propios ojos—. Espero ansiosamente nuestra fiesta de reencuentro. Humm. Ahora que lo pienso, Josella no debe de ser tan vieja, ¿verdad? Oh, sé que será ya un poco mayorcita para

tener hijos *naturalmente*. Pero estoy seguro de que podrá ser anfitriona de la progenie de Cristina, ¿no crees?

Torrence no esperó una respuesta. En cambio, miró al resto de su captura. Una vez más parecía satisfecho de sí mismo. Tenía todas las razones para estarlo. Nos había atraído con engaños hasta el vestíbulo utilizando a un soldado al que había capturado. Con un golpe de brillantez, sus hombres habían colgado cartuchos de dinamita por todo el techo, utilizando el explosivo de tal forma que lo que produjo no fue una metralla letal, sino que generó una oleada de explosiones que aturdió a sus víctimas. Existía la posibilidad de sufrir heridas más serias en la cabeza, pero Torrence había apostado que los ovarios en el interior del vientre de Cristina quedarían ilesos y que sus cirujanos podrían extirpárselos rápidamente si era necesario. Pero, claro, mi padre siempre admitió sin reparos que Torrence tenía grandes habilidades organizativas, aunque fueran aplicadas completamente a lo bruto. Es más, debió de haber impulsado a sus brigadas antitrífidos a la acción de la noche a la mañana. A través de una ventana podía ver las excavadoras blindadas ¡levándose a las terribles plantas de dieciocho metros de altura que habían sido quemadas hasta convertirse en cenizas por lo que debió de haber sido una verdadera tormenta de fuego levantada por los grupos de lanzallamas. Con Manhattan despejada de invasores, humanos y trífidos por igual, la ciudad estaba una vez más en las manos de hierro de ese hombre.

Torrence hizo una pausa para mirar a sus dos hijas. Primero observó a Marni, prestando especial atención a la cicatriz. Luego se volvió para mirar a Kerris.

—¿Sabéis una cosa? —comenzó a decir—, creo que realmente sois gemelas. Por supuesto, ahora no parecéis tan idénticas. —Habló por encima del hombro—. Masterfield.

—¿Señor?

—Quiero que te asegures de que Kerris Baedekker se parezca más a su hermana. Luego puede ir al Complejo de Maternidad.

—Sí, señor. —Rory Masterfield hablaba con abierto entusiasmo—. ¿Y los demás, señor?

—David Masen es importante para mi estrategia respecto a la Isla de Wight. En cuanto a los otros... —Hizo un ademán despreciativo con la mano—... Creo que tendrán una larga y desagradable carrera en las minas de carbón. Sin posibilidades de ascenso, naturalmente. Pero lo que considero esencial es... Con un rugido mudo, Marni se libró del hombre que la tenía prisionera. Se lanzó hacia adelante, arañándole la cara a Torrence con los dedos. El se echó hacia atrás. Pero antes llegué a ver unas líneas rojas cruzando una de sus mejillas.

Antes de que los dedos de Marni pudieran alcanzar su único ojo sano, los guardias se habían abalanzado sobre ella, arrastrándola hacia atrás. Rugiendo de

furia, dirigió la atención hacia ellos.

En un solo movimiento, Torrence sacó una pistola de debajo de su chaqueta y disparó.

Marni apretó la palma de la mano contra el pecho. Luego, mientras su rostro se arrugaba por el dolor, se desplomó sobre el suelo. Y allí quedó boca abajo, inmóvil.

Cerré los puños y calculé las posibilidades que tenía de darle a ese hombre aunque fuera un solo y tremendo puñetazo en medio de la cara.

Torrence, sin embargo, decidió no correr más riesgos. —Encadenadlos. — Furioso, se tocó el lado arañado del rostro; luego miró con ira el cuerpo inmóvil de Marni—. Y arrojad esa cosa al incinerador. —Se quedó con la pistola en la mano.

Los guardias habían comenzado a ponerme bruscamente unas esposas de acero en las muñecas cuando oí un alboroto en la calle. Por un momento esperé realmente que ese ruido indicara el regreso de los trífidos. Pero éstos no eran gritos de alarma. Era más bien un creciente rumor de voces que, a pesar de estar bastante tranquilas, insistían en algo.

Torrence puso en blanco un feroz ojo verde mientras miraba hacia la entrada principal. Seguí su mirada. Allí en la entrada había una fila de agentes armados con rifles, Vi que se miraban con inseguridad unos a otros. Luego, uno por uno, se hicieron a un lado.

Levanté la cabeza con curiosidad para mirar por encima de los guardias que estaban frente a mí cuando un murmullo de voces penetró por el vestíbulo. Hasta los guardias se distrajeron de su trabajo de encadenar a los prisioneros.

Para entonces, los agentes se habían abierto un poco más, y vi, con cierto grado de incredulidad, un curioso grupo de personas marchando por el vestíbulo. Me di cuenta de que eran ciegos. Se movían con mucha seguridad, sus bastones blancos golpeaban con fuerza el suelo de mármol. De hecho, eran tantos que el golpeteo de sus bastones ahogaba cualquier otro sonido del lugar.

—¿Qué es esto? —preguntó Torrence con suprema irritación—. Sacad a esta gente de aquí.

Pero los ciegos avanzaron, y lo que en un principio creí que eran docenas de ellos resultó que eran cientos. Y eran toda una mezcla. Todos los colores diferentes de la humanidad estaban allí. Algunos iban vestidos con pulcritud, otros llevaban harapos. Claramente, habían venido tanto desde la libre Manhattan como del campo de esclavos del norte.

La expresión de Torrence oscilaba entre la furia y el desconcierto.

Al frente de esta extraña procesión había una mujer ciega de unos setenta años con largos cabellos blancos; junto a ella, una niña que podía ver le hacía de guía.

De repente Torrence soltó una carcajada. Me miró a mí, luego a Sam Dymes.

—¡Ya sé lo que es esto, Dymes! —Señalando a los ciegos con su pistola, dijo—:

Ésta es tu arma secreta. —Se rió aún más fuerte—. ¿Esto es lo mejor que has podido hacer?

—Yo... yo no sé nada de esto. —La voz de Sam era apenas un susurro.

—Ah, ¿entonces estás renegando de esta absurda pantomima? ¡Por fin un poco de cordura! —Luego Torrence se dio la vuelta y les gritó a los hombres y mujeres ciegos —: ¡Escuchadme! ¿No sabéis que el viejo refrán sigue siendo cierto? —Señaló su ojo verde—, ¡Que en el país de los ciegos, el tuerto es el rey!

—General Fielding —comenzó a decir la anciana con voz muy tranquila.

—Oh, vete de aquí, mujer ciega. Y llévate a tu chusma contigo.

—No vamos a irnos, general Fielding. ¿O deberíamos dirigirnos a usted por su verdadero nombre...? ¿Es Torrence, verdad?

El humor de Torrence desapareció de repente.

—Masterfield, haz despejar este lugar, y si no se largan en cinco minutos, da la orden de abrir fuego contra ellos.

Los guardias levantaron sus armas.

La mujer habló con una voz muy clara. Pero no se dirigió a Torrence. En cambio exclamó:

—¿Stephen? ¿Stephen? ¿Estás ahí?

Ésa era una señal para todos los ciegos. Con tranquila dignidad comenzaron a gritar a viva voz:

—¿Elizabeth? ¿Elizabeth?

—¿Anthony?

—¿Hans, estás ahí, Hans?

—¿Joe? ¿Me oyes, muchacho?

—¿Colleen?

—¿Rose?

—¿Aaron, estás ahí, hijo?

—Theo...

—Michael, soy tu padre...

Los ciegos esclavos y los ciegos libres estaban llamando a sus hijos e hijas.

—¿Colleen?

—Benjamín, soy tu madre.

—¿Me oyes, hijo?

—Thomas...

Con incontenida furia, Torrence les ladró a sus hombres:

—Sacad a esta gente de aquí con vuestras propias manos si es necesario... Si no se mueven, metedles una bala. ¡Disparadles como a perros!

Miré a los guardias que nos rodeaban. No podrían haber parecido más aturdidos si toda una escuadra de tanques hubiera atravesado las puertas tronando. Por todas

partes, los hombres armados, y ruborizados, comenzaron a mirarse unos a otros para ver lo que hacían sus compañeros.

No hicieron nada.

Los ciegos siguieron llamándolos.

—Joe, escúchame. Baja el arma, muchacho.

—Colleen, guarda el arma.

—Benjamin...

Miré a cada uno de los guardias. Sus adustas expresiones habían comenzado a cambiar a medida que las poderosas emociones empezaban a crecer dentro de ellos.

De repente, un agente de policía arrojó su arma al suelo, donde armó un gran estrépito al caer.

Y, todo el tiempo, las claras voces de los ciegos seguían llamando a sus hijos e hijas.

—Recoge esa arma —le dijo Torrente, furioso, al guardia—. ¡Recoge esa arma o te juzgaré en consejo de guerra!

Sacudiendo la cabeza, el hombre bajó la vista al suelo. Después de eso, alguien arrojó un rifle y luego una ametralladora.

—Os *ordeno* que recojáis esas armas.

Otra arma cayó al suelo, luego otra y otra más. Pronto, el sonido del metal golpeando contra el mármol llenó el vestíbulo. Miré a los agentes que estaban en la entrada. Hacían lo mismo con sus rifles y pistolas. Con la misma rapidez con que los sonidos habían llenado el vestíbulo, todo quedó en silencio.

Entonces habló la anciana.

—Todo ha acabado, Torrence. Tus codirigentes han sido arrestados. Serán juzgados en un tribunal de justicia a su debido tiempo. Como tú.

—¿Qué? Vosotros... ¿unas *criaturas* como vosotros vais a juzgarme a mí? Nunca... *nunca*.

Levantó la pistola y apuntó a la anciana a la cara.

A veces se dice que no existe nada parecido a un verdadero accidente, que nuestros deseos inconscientes guían nuestras acciones.

Sólo uno de mis brazos había quedado esposado, el proceso había sido interrumpido por la llegada de los ciegos. Ahora de mi muñeca derecha colgaba casi un metro de cadena. En el extremo de esa formidable cadena había una pesada esposa de acero.

Antes de que Torrence pudiera disparar, hice virar la cadena con todas mis fuerzas. Mi intención había sido golpear el brazo que sostenía la pistola. Pero lancé la cadena demasiado alto. En ese momento, Torrence oyó el sonido de la cadena acercándose y se dio media vuelta.

La esposa chocó contra un lado de su cara. Vi con absoluta claridad el daño

causado por la esposa de acero abierta cuando se incrustaba en su ojo bueno.

Los gritos, los insultos, la tremenda desesperación y la furia de la ira sin palabras pero sí vociferante de Torrence seguían resonando en todo el edificio incluso después de que los médicos se lo llevaron.

Me volví y divisé a Kerris arrodillada junto a Marni, sosteniendo una mano manchada de sangre. Las lágrimas brillaban sobre sus mejillas. Me acerqué a ella. Creo que en ese momento fui el único que me moví. A pesar de que el vestíbulo albergaba quizá a quinientas personas, todas estaban inmóviles. Como si incluso en ese momento, a pesar de que el hombre había sido deshonrado y depuesto, el fantasma de Torrence siguiera de alguna manera dominando el lugar.

Pero, por más temible que hubiera sido el tirano, la maligna presencia por fin pasó y desapareció por completo. Los guardias se reunieron con sus madres y padres ciegos. A juzgar por las emociones que demostraban, tuve la sensación de que los soldados no habían visto a sus padres en mucho, mucho tiempo.

Ése fue, quizá, el instante en que la maldición de Torrence se rompió definitivamente. Las familias, ahora que habían vuelto a encontrarse, comenzaron a irse en pequeños grupos. En un rato, nosotros también nos iríamos. Pero no todavía. Teníamos que hacer los preparativos para Marni. Nos aseguraríamos de que todo saliera lo mejor posible.

45. COMIENZA UN NUEVO MUNDO

En una clara mañana de octubre, el casco del barco volador besó la superficie de un mar perfecto. Eché hacia atrás la válvula reguladora, y los motores que habían hecho posible nuestro vuelo de quince horas hacia el este a través del Atlántico quedaron en silencio. Las colinas verdes de la Isla de Wight estaban tal como yo las recordaba. Una bruma aferrada a la orilla suavizaba los contornos de las casas de Shanklin. Ahora, una lancha a motor enganchaba una cuerda al morro de la aeronave y la remolcaba hacia el embarcadero, donde una multitud bastante numerosa se había reunido para darnos la bienvenida.

Había sido un viaje muy largo y aún quedaba mucho que hacer en Manhattan. Pero consideré que lo mejor era que mis padres conocieran a la mujer que llevaba en su vientre a su primer nieto.

Desembarcamos con un gran recibimiento y frenéticos aplausos. Nunca había visto nada igual. ¿Qué había pasado con la habitual reserva inglesa? Sonreí al ver a Gabriel Deeds rodeado de docenas de isleños, ansiosos por darle un apretón de manos. El indio norteamericano, Ryder Chee, era una figura impresionante e incongruente en medio de la multitud. Pero incluso su habitual expresión solemne se convirtió en una arrugada sonrisa cuando los isleños avanzaron en masa hacia él para darle la bienvenida.

Cristina reía, encantada, agitando y golpeando las manos frente a la multitud; los ojos le brillaban de emoción.

Todo fue confuso, por no decir un poco alborotado, durante un buen rato. Pero de repente me encontré cara a cara con mi padre. En su rostro fuerte apareció una gran sonrisa.

—Disfruta este momento, hijo —me dijo, posando sus manos sobre mis hombros—. Te están dando una bienvenida digna de un héroe... y te la tienes absolutamente merecida.

Hablar coherentemente se convirtió en algo imposible. Había demasiados abrazos, apretones de manos y besos, demasiadas palmadas en la espalda. Mi viejo amigo y piloto Mitch Mitchell consiguió alargar la mano por encima de la multitud, demostrando tener una impresionante longitud de brazo que justificaba su apodo de Mono. Me frotó enérgicamente la cabeza mientras exclamaba:

—Cisne Blanco, mañana por la noche a las ocho. ¡ Las cervezas las pago yo!

Poco a poco conseguimos llegar al centro de la ciudad, donde nos esperaban varios coches.

Mi padre, Bill Masen, ese héroe de una época anterior, se había enterado a través de mensajes de radio de lo que me había ocurrido durante las últimas semanas, pero estaba ansioso por saber más.

—¿Y dices que la muchacha que encontraste, Cristina Schofield, es realmente inmune al veneno de trífido?

—Al igual que Ryder Chee y su tribu. Pueden caminar entre trífidos como quien da un paseo por el huerto.

—Por la radio me habías dicho que tenías guardada otra sorpresa para mí.

Sonreí.

—Sí, así es.

Mi padre me sonrió abiertamente.

—Vamos, David, ¿qué es? No vas a dejar a tu viejo padre con la incertidumbre, ¿verdad?

—Me temo que tendré que hacerlo durante un rato. Es algo que tengo que explicarte.

—En ese caso, estoy más que intrigado. Bueno, tú coge el primer coche. —Mi padre se acercó a Kerris, que caminaba cogida del brazo de mi madre—. Kerris, querida, ve tú con David. Nosotros os seguiremos.

Y, así, un convoy de coches salió de Shanklin, rumbo a un hotel en el campo que alojaría a todo nuestro grupo. Mientras nos dirigíamos hacia allí, pensé en la revelación que tenía reservada de sorpresa para mi padre y me pregunté cómo reaccionaría.

Observé ese paisaje tan familiar para mí. Me sentía muy bien por estar de vuelta en casa. Sin embargo, no pude evitar reflexionar sobre los últimos meses, empezando por lo que al principio pareció ser una misión desafortunada para liberar a Cristina. En cuanto se llevaron a Torrence ciego me di cuenta de lo que había pasado. Recordé cuando los trífidos habían invadido las calles dando bandazos y cuando escuché la emisión de radio que ordenaba a los neoyorquinos que se dirigiesen hacia el norte por su propia seguridad. Ahora entendía perfectamente por qué los ingenieros de radio y de televisión se habían unido a la misión de los leñadores. El día del ataque, las emisoras de radio y televisión habían sido tomadas y se habían transmitido emisiones de advertencia, instando a la población a que huyera hacia el norte de la Paralela 102. Exponer a los neoyorquinos libres a la horrenda realidad del campo de esclavos había sido un elemento significativo en el plan global de Dymes. El plan había funcionado espléndidamente. Tal era el flujo de humanidad aterrada que se dirigía hacia el norte que los guardias de la prisión de Torrence se habían visto obligados a abrir las verjas. (Sin duda también se habían visto persuadidos por el avance de esas monstruosas plantas a través de las calles de Manhattan.) Así que decenas de miles de habitantes del sur de Manhattan se encontraron de repente refugiados en los guetos del norte. Allí habían mirado a su alrededor con horror y asombro. Así de fácil se vio revelado el secreto de Torrence. Lo que sucedió después había sido la espontánea marcha de los ciegos hasta el Empire State Building, fueran esclavos o ciudadanos libres.

En ese preciso momento murió el perverso régimen de Torrence. Los campos de esclavos fueron liberados. Las familias se habían reunido. Por supuesto, la transición no fue sin dificultades y contratiempos y, de hecho, el proceso aún estaba en marcha.

Al llegar al hotel cenamos. Se intercambiaron historias familiares. Mi padre habló con Ryder Chee como si hiciera décadas que se conocían.

Entonces le dije a mi padre:

—A Ryder Chee le gustaría llevar a cabo una pequeña prueba contigo y con el resto de la gente que está en este salón. Si todos están de acuerdo, por supuesto.

Eso despertó inmediatamente la curiosidad de todos.

—¿Podríais arremangaros? —pregunté.

Todos accedieron.

Mi padre levantó una ceja.

—¿Ésta es la sorpresa final que me habías prometido?

Le respondí asintiendo con la cabeza y sonriendo.

—Así es. —Yo también me arremangué—. Ryder Chee acabó de ultimar la prueba la semana pasada. Todavía necesitamos pulirla para que todos en la isla puedan someterse a ella rápidamente y con precisión. Pero Chee ya ha resuelto la mayor parte.

—Ahora realmente has despertado mi curiosidad —dijo mi padre—. ¿Y de qué se trata esa prueba exactamente?

No pude evitar darle un toque teatral.

—Espera y verás.

Ryder Chee iba de persona en persona mientras Cristina le llevaba una bandeja sobre la que había aproximadamente una docena de agujas sobre papel esterilizado. Cogiendo una aguja, mojaba suavemente la punta en una solución rosada que había dentro de un frasco pequeño de cristal. Luego, trabajando muy metódicamente, iba de una persona a otra, pinchando a cada uno en el antebrazo con una aguja antes de desecharla, seleccionando una nueva y repitiendo el proceso con el siguiente candidato.

Miré fijamente la diminuta marca del pinchazo en mi piel. Chee me dijo que no tendría que esperar mucho. No lo hice. El pinchazo comenzó a picarme y luego a escocerme mientras me aparecía en el brazo una mancha roja.

Mi padre se miraba el brazo con expectación. Luego meneó la cabeza, casi como si se hubiera decepcionado al no ver aparecer la mancha roja en su piel. Ryder Chee miró detenidamente su brazo.

—¿No sientes nada, Bill Masen?

—Nada de nada. —Mi padre parecía desconcertado. Ryder Chee asintió con la cabeza lleno de satisfacción. Y luego preguntó:

—Bill Masen, ¿todavía hay muchos trífidos en Inglaterra?

—Sí, diría que sí. Está todo infestado de esas plantas. ¿Por qué?

—Porque, si lo deseas —le dijo Chee a mi padre—, podrías hacer un viaje por el territorio continental. Y caminar entre los trífidos.

Mi padre parecía asombrado.

—¿Quieres decir que esta prueba ha demostrado que soy inmune?

—Pinché tu piel con una aguja mojada en una solución del veneno de la planta. No hubo reacción. Así que los trífidos no pueden hacerte daño. Pero no puedo decir lo mismo de tu hijo. Él sí puede ser dañado por la planta.

—Pero ¿cómo? —preguntó mi padre, sorprendido—. Hace treinta años casi me quedo ciego a causa de un trífido. Sentí la cara como en llamas.

—Y desde ese día has comido trífido, has trabajado con ellos. Has estado expuesto a su veneno en cantidades tan pequeñas que han sido inofensivas para ti. Con el transcurrir de los años, eso ha estimulado a tu cuerpo para que te proporcionara una inmunidad natural, casi de la misma manera en que los encantadores de serpientes se vuelven inmunes al veneno de la serpiente. —Examinó los brazos de las demás personas que había en el salón—. Un cuarto de la gente que está aquí reunida no ha respondido a la prueba de manera adversa. Supongo que esta muestra será representativa de la población local en su totalidad. Muchos miles de habitantes de estas tierras serán inmunes. Ahora son libres de comenzar a reclamar sus antiguas tierras natales.

Mi padre se quedó allí sentado frente a la mesa, sacudiendo la cabeza. La verdad tardaría un tiempo en hacer mella. Había trabajado muy duramente para encontrar una forma científica de neutralizar el poder de los trífidos. Sin embargo, mientras él trabajaba sin descanso en su laboratorio, su propio cuerpo había hecho exactamente eso, y ni siquiera él lo sabía.

Ésa es una de las imágenes más significativas que me han quedado de todo aquello. Mi padre está sentado junto a Cristina. Y, mientras mira su antebrazo impecable, su expresión es de sobrecogimiento. En él ve la clave de un nuevo mundo.

Eso fue hace más de seis meses. Ahora, aunque hoy es el último día de marzo, aquí en Manhattan seguimos atrapados en el más feroz de los inviernos que haya vivido nunca. La ciudad es arrasada por ventiscas de nieve, convirtiendo en un remolino blanco el mundo más allá de mi ventana en la centésima planta. Normalmente, hubiera podido ver perfectamente la Estatua de la Libertad, la desembocadura del río Hudson en el Atlántico, y la pequeña isla donde el ciego Torrence sigue rugiendo su furia en su prisión solitaria.

Mientras los restos dispersos de la humanidad seguían sus antiguos instintos y se declaraban la guerra unos a otros, el amplio universo funcionaba de acuerdo con las leyes eternas que gobiernan su propio mecanismo celestial. Mientras luchábamos por obtener el control de Manhattan, la nube de polvo interestelar, que sabemos ahora que

fue la responsable de la gran oscuridad que se posó sobre la Tierra, seguía paseando a la deriva por el sistema solar. A veces formaba un velo denso entre nuestro planeta y el sol, convirtiendo el día en la más negra de las noches. Durante los meses de verano volvió a hacerse más densa. Las heladas de agosto arruinaron nuestras cosechas. Ya en septiembre había doce centímetros y medio de nieve sobre el suelo de la Isla de Wight y algo parecido sucedía en los estados sureños de Estados Unidos.

En octubre, la nube de polvo había desaparecido, sin duda continuando su silencioso viaje por el cosmos. Para nosotros, sin embargo, el daño que había hecho persistía. Aunque ha habido alegrías, incluyendo el nacimiento de nuestro hijo William y el ver a Rowena recuperando la salud, ha habido también, y sigue habiendo, tristes realidades a las que enfrentarse. La lucha por conseguir comida suficiente para nuestra gente es interminable. Los neoyorquinos han tenido que aceptar drásticas reducciones en su nivel de vida con la liberación de los campos de esclavos. Esos días de consumismo glotón han terminado ahora y seguramente no volverán, al menos en un futuro próximo y, con suerte, nunca más. Ahora los trífidos son más agresivos que nunca. Mutan más de prisa, producen especímenes nuevos y más mortíferos. Sin embargo, al menos ahora, los habitantes de la Isla de Wight, los de Manhattan y los de las comunidades de los leñadores se han unido, aliados tanto contra el hambre como contra la amenaza de los trífidos.

Hoy más temprano, sentado aquí frente a mi escritorio, con los aullidos del viento soplando nieve contra el cristal y William dormido en la habitación de al lado, había llegado, en este relato de mis experiencias, a la parte en la que se suele escribir esa única y sencilla palabra: *Fin*. Luego pensaba buscar a Kerris y compartir un café con ella antes de regresar a nuestro apartamento. Pero, como en tantas otras áreas de la vida, tanto si estamos hablando de civilizaciones como de individuos, sencillamente no se puede decir «Hemos llegado al final» como si todo dejara de existir más allá de ese punto.

Me han traído esto a casa hace no más de media hora, cuando Sam Dymes entró dando saltos en mi oficina y diciendo:

—Oye, perdona que te moleste, David, pero quiero que mires esto...

Me enseñó un informe de la gente del grupo de Wireless Investigación anunciando que habían captado una señal de radio inexplicable, e indescifrable, de asombrosa potencia. Mientras escribo esto aún puedo ver a Sam paseándose entusiasmado de un lado a otro, repitiéndole los detalles a Kerris: que las transmisiones se oían a voz en grito desde un rincón lejano del mundo, que hacen que nuestros mejores transmisores parezcan tan potentes como un megáfono de lata, que ya está planeando enviar una expedición para encontrar la fuente de esa misteriosa emisión...

¿Lo veis? No hay finales. Hasta hace un momento había estado mirando hacia el

futuro y me veía durante meses en esta oficina, trabajando en los horarios de vuelo de nuestras líneas aéreas, calculando presupuestos para el servicio de correo aéreo y otra cantidad de tareas esenciales pero triviales.

Pero ahora me estoy viendo una vez más detrás de los controles de una aeronave, la luz dorada del sol brillando sobre las alas, los motores zumbando más dulces que la miel. Y allí en el horizonte, nuevos territorios que piden a gritos ser explorados.

De modo que aquí, en la última página, tengo el presentimiento de que tendré que desafiar a la convención. Porque no puedo escribir con seguridad *Fin*.

En cambio, a las puertas de un nuevo mundo y de nuevas aventuras, sí puedo escribir, y así lo haré, con total seguridad:

Éste es el comienzo...